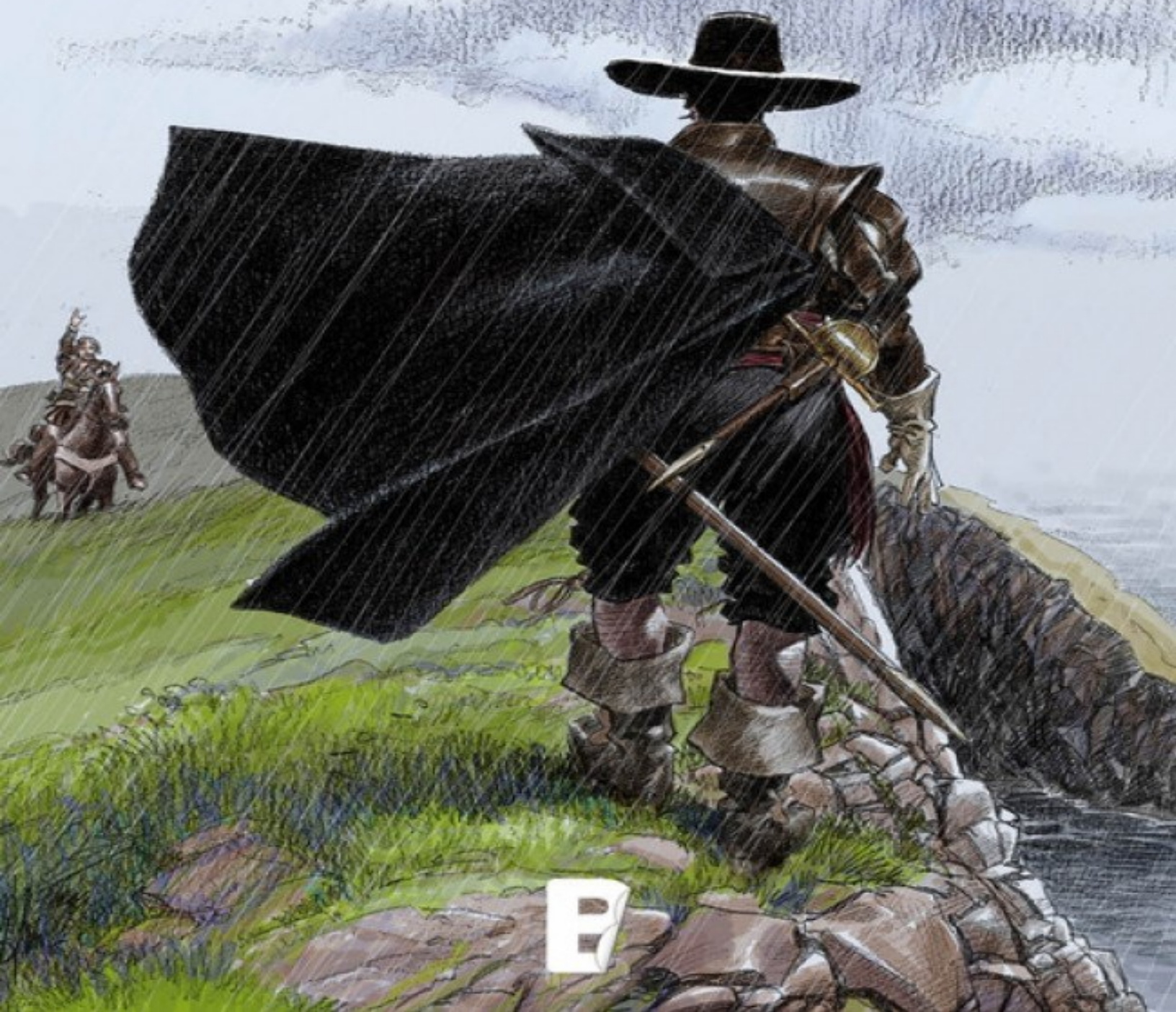


JUAN TAZÓN
SABED QUE MI
NOMBRE SE PERDIÓ

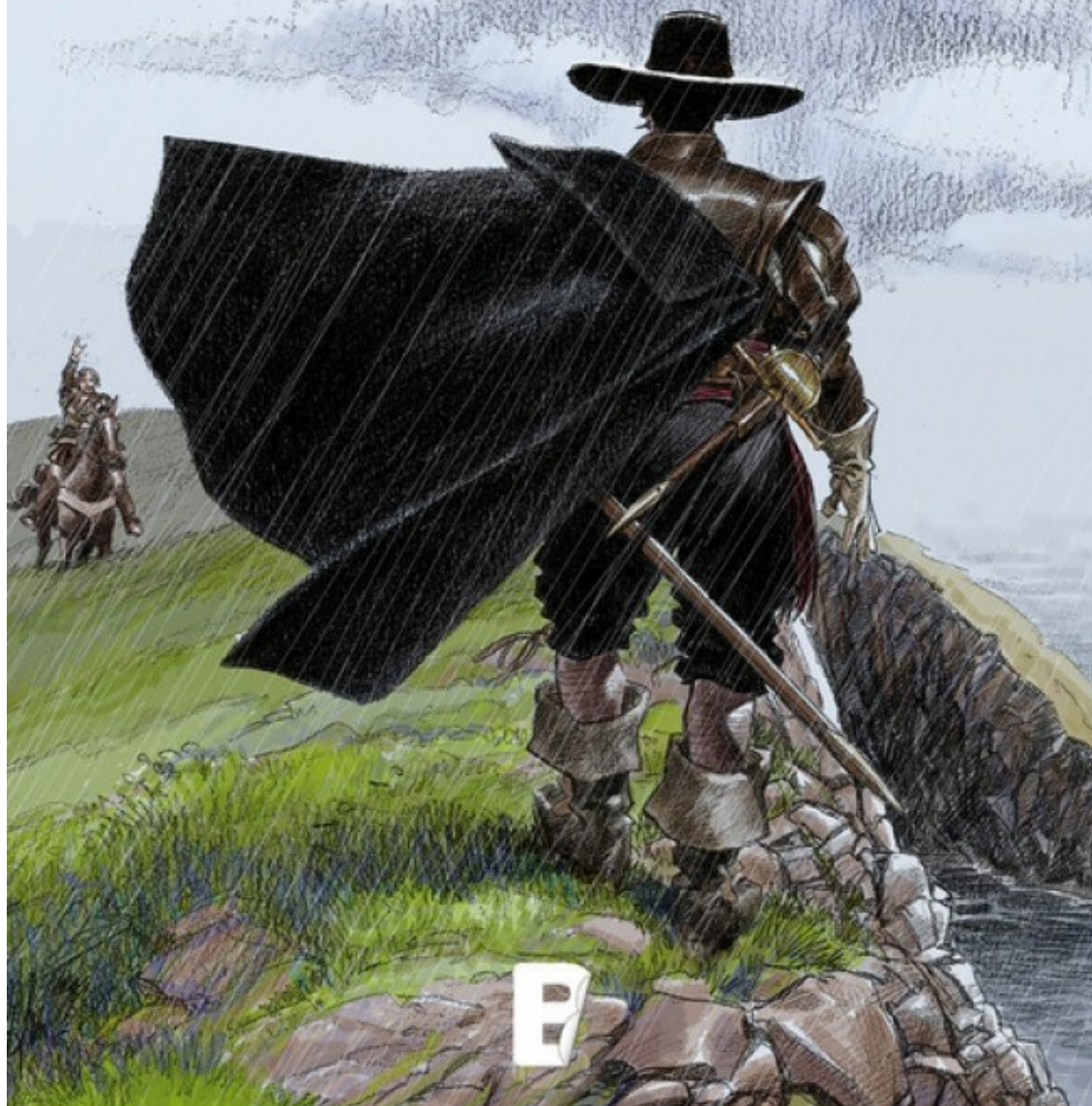
Nuevos hechos de armas del capitán Alonso Cobos



B

JUAN TAZÓN
SABED QUE MI
NOMBRE SE PERDIÓ

Nuevos hechos de armas del capitán Alonso Cobos



Para Pat, Rosita, Ashlingy Donal

*Know my name is lost. By
treason's tooth hare-gnawn
and canker bit. Yet I am
noble as the adversary I
come to cope withal.*

Edgar, *King Lear*, Act V,
Scene III

*Sabed que mi nombre se
perdió, roído por el diente de
la traición, mordido por la
úlceras. Pero soy tan noble
como el adversario con
quien vengo a medirme.*

Edgar, *El rey Lear*, Acto V,
Escena III

LO QUE LOS SOLDADOS ESPAÑOLES
AMOTINADOS PIDIERON AL COMENDADOR
MAYOR DE CASTILLA EN PRIMERO DE MAYO
DE 1574 Y DE LO QUE SE LES RESPONDIÓ

(Archivo General de Simancas, Estado, Legajo 557)

... suplican a su Majestad que por servicio de Dios y bien de todos tenga en cuenta que al tiempo que se instituyó la paga que ahora tienen, que la tal institución fue que el soldado pudiese comer y vestirse y ahora todas las cosas han subido a excesivo precio, de manera que para solo el comer no basta, pues lo demás no saben cómo se podrá haber que acrecentando el sueldo, como la honestidad y razón lo requieren. Junto con esto, a conforme a la antigua y muy usada costumbre, les mande poner en las vituallas precio honesto, de manera que puedan vivir. Que de otra manera es imposible y más habiendo de por medio lo que por la honestidad se calla.

Respuesta que se les da:

En cuanto me fuere posible se pondrá en las vituallas tan buena orden que los soldados puedan pasar con su sueldo mejor de lo que hasta aquí lo han podido hacer. Y en lo del crecimiento del sueldo, yo acordaré a su Majestad la razón que hay que se les haga la merced que pretenden.

Relación de algunos de los motines más importantes que siguieron a lo dicho, con protagonismo de la infantería española (1574-1600):

Aalst, Amberes, Kortrijk, Diest, Dunquerque, Zichem-Tienen, La Chapelle, Sluis, Châtelet, Calais, Ciudadela de Cambrai, Ardres, Doullens, Lier, Ciudadela de Amberes, Gante, Hamont-Diest.

ACLARACIÓN Y AGRADECIMIENTO

El presente volumen se divide en dos partes, ofrecidas en el orden que se estima más conveniente para el lector. El llamado «apéndice» completa en ese sentido el corpus principal ofrecido en primera instancia. Y lo hace, a mi humilde entender, de manera magistral, por cuanto lo primero carecería de mucho sentido o, como poco, se podría entender que acaba de manera muy «atropellada», si lo segundo no viniera a continuación a aclarar por una parte la inmensa mayoría de cuestiones vislumbradas con antelación y, por otra, a «cerrar» la historia.

Mis gracias, por tanto, a J. E. Hainsworth, colega y gran amigo, por ese «apéndice». Rigurosa y pulcra, su traducción del documento preservado en el Archivo General de Simancas no puede ser mejor. Al menos yo no puedo imaginármela. De la misma manera, su edición, en especial sus notas explicativas, vienen a añadir mucha luz sobre un escenario histórico complejo como es el triángulo de acción entre Inglaterra, España e Irlanda entre los años 1579 y 1586 (años durante los que transcurre la acción de la primera parte de esta novela).

JUAN TAZÓN

PARTE I

I

LA MARCA

En otras circunstancias aquella herida no habría sido mortal. Pero en las presentes sí lo era. Lo sabía; como sabía que nunca podría llegar a entregar aquel papel a H. Había perdido ya mucha sangre y no tenía tiempo, medios o ayuda para taponar aquel flujo viscoso de vida que no podía ver en la oscuridad, aunque sí palpar. Montar aquel caballo, además, empeoraba la situación: el trote aceleraba la hemorragia. Aunque también era verdad que el animal le había salvado hasta ese momento la vida tras haber respondido a sus espuelas un segundo después de haber sentido el impacto de bala. No podía estar muy lejos de la aldea de Roch, como tampoco debía de estarlo del bosque de Eweston, de cuya milenaria arboleda H le había hablado hacía cuatro meses. Como buen irlandés, había intuido lo que el joven e impulsivo galés al servicio del embajador español en Londres no había acertado a explicar entonces con palabras: que la tierra hablaba siempre a quien sabía escuchar. Susurraba. Y lo hacía para pedir ayuda al amante dispuesto a sacrificar su vida por ella. Así quería creerlo en ese momento, porque eso haría su muerte más fácil. Su inevitable y muy cercano final tendría un sentido, pero solo

si el papel que llevaba escondido en el pomo hueco de su daga llegaba a H. No conocía su contenido, pero sí podía imaginar su importancia: Angus O'Daly no le habría hablado como lo había hecho de no haberse tratado de algo de lo que podían depender muchas vidas: «Cruza el mar hasta la punta de San David, y luego cabalga hasta Eweston como lo hiciste las otras veces. ¡Vuela, Fergus! Entrega la daga a H. Contiene información que puede cambiar nuestras vidas y que el embajador español ha de ver.» Luego le había mirado fijamente a los ojos, como solo los bardos saben hacerlo. Había habido ira en su cara, pero también, había pensado, un leve atisbo de esperanza. La misma que les había mantenido con vida ante el terror que los ingleses habían usado para abrir en canal su tierra de Munster. Era eso precisamente lo que no podía traicionar: la fe de los desesperados; la de hermanos que ya no contaban con lágrimas para llorar ante las cabezas degolladas que algunos oficiales ingleses usaban para marcar el camino hasta sus tiendas de campaña; la de madres que tiraban enloquecidas de los pies de sus hijos para abreviar su agonía en la horca. Por eso debía, en su creciente debilidad, intentar llegar hasta el tenue resplandor que le había parecido ver entre los árboles. Era su única esperanza. Encontrar la aldea de Roch, en la que habría tenido que detenerse a dar los tres golpes que habrían hecho ponerse en marcha a H hacia la cabaña junto al arroyo Brandy, ya en pleno bosque de Eweston, era ahora imposible. Los perseguidores debían de estar cerca, la vista se le estaba nublando y a duras penas podía ahogar los gemidos que el dolor le provocaba. Era como si alguien aplicara hierro al rojo sobre su cuerpo. Sí... aquella pequeña luz, aquel resplandor, marcaba su final. No podría ir más lejos. Pero si llegaba a ella sin que las alimañas que le perseguían lograran darle caza, H podría aún hacerse con aquel papel. Lo habían hablado la última vez ¿Había sido aquello una premonición? Podría ser. H era joven, pero había en él la inteligencia destilada de

siglos que en su oficio marcaba la diferencia entre la vida y la muerte: «Busca, si algo sale mal, un lugar en el que la marca sea discretamente visible. Yo lo encontraré.» Luego le había dibujado sobre el polvo del camino una cruz invertida: «San Pedro murió boca abajo. Con humildad. Yo no soy mejor, Fergus, que quien me enseñó.» No había añadido más. No había hecho falta. Sobraban explicaciones sobre lo que realmente había querido decir: vive lo suficiente para dejar la señal que pueda mostrar dónde está escondido el mensaje. Luego... muere. En paz, con la conciencia aliviada de haber servido como buen católico a Nuestro Señor.

Lo haría, pero un segundo antes cerraría los ojos para verse corriendo con Aishling en el valle de Aherlow. En primavera, cuando el nuevo sol doraba los campos en los que ella había concebido su hijo. No entraría de otra manera en el dominio de las sombras, aquel del que ningún viajero retorna, como había oído decir a H. ¿O sí ocurría? ¿Existía la posibilidad de volver? O'Daly había contado muchas veces historias que hablaban de vivos capaces de ver a los muertos, de los que recibían consejo. Y Sanders, el jesuita: ¿no les había dicho al desembarcar con Fitzmaurice en Smerwick hacía muy pocas semanas que matar al hereje inglés les garantizaría estar junto a los elegidos por Dios para el retorno entre los vivos? Él, Fergus MacSheehy, no había matado a ninguno. Ya no podría hacerlo. Pero lo había deseado todos y cada uno de los días de su vida. Y no pediría perdón por ello antes de su último suspiro. Por eso no, aunque sí lo haría por la cobardía que se lo había impedido. No había sido un buen aliado del acero. La espada nunca le había elegido. Pero, en cambio, sí había sabido siempre cómo moverse y escurrirse en las sombras. Por eso hoy estaba en Gales. Pocos irlandeses habrían sido capaces de atravesar las líneas inglesas para embarcarse en el este, donde más fuerte era el enemigo, rumbo a la isla grande.

Intentó aguzar el oído por un instante cuando el caballo

detuvo momentáneamente su carrera. El fuerte viento del oeste batía el ramaje, pero las dos veces en que las ráfagas disminuyeron en intensidad le pareció oír en la distancia el ladrido de un perro, justo en la misma dirección en la que había visto el pequeño resplandor unos minutos antes. Ese era el camino a seguir. A juzgar por los ladridos del animal, aquel lugar, que supuso habitado, no podía estar muy lejos. Pero en su condición, atravesar el trecho que le pudiera faltar se le antojaba más allá del límite marcado por la muerte. Su respiración era ahora entrecortada. El latir del corazón había bajado en intensidad. Apenas le quedaba una brizna de fuerza para mantenerse sobre la silla, porque ni siquiera podía ya apretar los flancos del caballo y tirar de las bridas para hacerle ir en la dirección deseada. Cerró los ojos antes de volver a oír el ya familiar ladrido...

* * *

—¡Chitón, *Ronco*! Ya sé que viene alguien...

No hizo falta una segunda orden. El animal calló, como lo hacía siempre, en el mismo momento en que vio a su amo blandir el cuchillo con la mano derecha, esta vez para hacer frente a lo que pudiera surgir de la enorme y negra boca arbolada. La noche había caído hacía un buen rato y las nubes tapaban por completo la luna en cuarto menguante que Tom Conway había esperado para podar las dos ramas de nogal que habían amenazado con derrumbar el ya de por sí inestable tejado de su cabaña: una mísera casucha en el bosque en la que Tom pasaba los meses de verano y otoño preparando el carbón vegetal que luego vendía en Roch. En su impuesta soledad, solo mitigada por el perro de presa que le había acompañado los últimos seis años, el fuego era un alivio. Daba calor y compañía, generaba buenos sueños y

hacía desaparecer durante algunos minutos el dolor en los huesos. Lo encendía por lo general todas las noches secas en el pequeño claro frente a la choza de troncos y le gustaba que fuera bien vivo, en claro contraste con el mortecino y humeante quemar necesario para hacer el carbón durante el día. Esta noche, sin embargo, no brillaba como de costumbre: las ráfagas de viento iban en aumento y aunque hecho en un lugar resguardado en el límite del bosque, no quería arriesgarse a que alguna chispa penetrara en la densa foresta de Eweston.

Aguardó a unos pasos de las llamas, para no ser plenamente visible, con las piernas ligeramente flexionadas y situado frente a la oscuridad que *Ronco* encaraba con todo su cuerpo en tensión. El animal, como el carbonero sabía, se debatía entre hacer caso a su instinto y ladrar amenazadoramente o callar, como se le había ordenado. Por el momento la obediencia al amo imponía su ley, aunque quebrantarla o no dependería de lo que pudiera hacerse visible en el claro. Podía ser cualquier cosa, pensó Tom, y debía estar preparado. Incluso para lo peor, lo que supondría pelear por su vida. El bosque era su santuario, pero no siempre ofrecía seguridad. La noche le dotaba de nueva vida. Era entonces cuando las criaturas más peligrosas vagaban en plena libertad, a la búsqueda de comida. Y como ellas, los ladrones y asesinos, muchos de ellos desertores, dispuestos a atacar en las aldeas para luego resguardarse de vuelta en la lóbreguez más recóndita. Había vivido siempre con ese miedo y, por esa razón, sabía cómo hacerle frente. Pero la gente de Roch había hablado últimamente de otras amenazas. Su hijo, que venía a verle al bosque una vez por semana, se lo había contado con detalle: cosas horribles estaban sucediendo en el oeste, al otro lado del mar. Los ingleses habían embarcado tropas en Bristol y las estaban empleando a fondo en el sur de Irlanda. Los vecinos hablaban de muerte... y de hambre. De gentes errantes que comían cadáveres para poder seguir

con vida un día más. Algunos, había oído decir, habían cruzado el mar dispuestos a todo con tal de escapar de aquello. Pelearían y morirían antes que dejarse atrapar por el *sheriff*. Este podría ser uno de esos casos. Pero entonces ¿qué haría?, ¿cómo respondería si lo fuera? Analizó unos segundos esa posibilidad hasta concluir que no habría peligro si tenía que verse en esa tesitura, porque él, Tom Conway, no haría frente a un hermano católico en su necesidad. María, la madre cuya santidad los ingleses habían anulado en su herejía, la madre a la que desde niño se había acostumbrado a rezar en la hora del miedo, le ayudaría. No emplearía el cuchillo en ese caso. Él no sería un pez que tragara el cebo de la recompensa con el que la autoridad pagaba a quienes entregaban al brazo de la ley a errantes, papistas y ladrones. Aunque sí lucharía por defender la poca comida que le quedaba o la vida de *Ronco*. Era de ley: su perro haría lo mismo por él.

El caballo que surgió de la sombra disipó en gran manera su grado de incertidumbre: ningún vagabundo en su sano juicio montaría un animal como aquel. Nadie con la cabeza en su sitio robaría una montura que ninguno en la comarca compraría porque nadie se arriesgaría a ser acusado de cómplice de un cuatrero. Y exponerse a ser visto montándolo equivaldría a pedir a voz en grito su inmediata detención y ejecución por parte de la autoridad. Ni siquiera la huida lo explicaría: robar comida podía para muchos *sheriffs* justificar la horca, pero solo por norma si había existido violencia; robar ganado, por el contrario, garantizaba, en cualquier caso y bajo cualquier circunstancia, colgar de la rama más cercana. No, todo aquello tenía por fuerza que responder a algo diferente. No le cabía ninguna duda. Era otra la explicación que debía buscar y se encontraba en un caballo y un hombre que permanecían ahora frente al fuego, frenado el animal en su trote por un *Ronco* cuyo gruñido constante y en aumento denotaba su creciente hostilidad. El jinete, por

su parte, permanecía agarrado al cuello del animal, inerte, a punto de caer.

Tom se acercó lentamente para examinar aquel cuerpo, en cuyo costado se hizo visible ahora un reguero de sangre que se perdía a lo largo de la pierna hasta penetrar en la bota. Un leve quejido, sin embargo, le hizo ver al instante que había todavía vida en él, algo que el perro pareció corroborar con un ladrido seco.

—Lo sé, *Ronco*, pero no vivirá. Fíjate en su vientre.

La herida se hizo plenamente visible a la luz de las llamas cuando Tom depositó al jinete sobre el terreno: un hombre de unos treinta años, de pelo rojizo sujetado en derredor por un fino lazo de cuero, y cuya ropa ciertamente no correspondía a la de un mendigo. La sangre lo había empapado todo, incluida la manta corta que había usado para protegerse del frío y que el carbonero desabrochó con diligencia. «Buena lana, *Ronco*. Es irlandesa.» Alguien, pensó a continuación, había intentado cobrarse aquella vida y no sería insensato pensar que, como buen cazador, estuviera siguiendo el rastro de la sangre. «Y si es así, llegará hasta aquí. Tarde o temprano.» Quienquiera que fuera el responsable, añadió en su fuero interno mientras examinaba el cuerpo, había llevado a cabo bien su labor: el disparo había penetrado por el costado y luego salido por la espalda, lo que por un lado explicaba por qué aquel hombre no había muerto de inmediato. Por otro, sin embargo, corroboraba lo peor: la herida estaba situada en una zona en la que la pérdida abundante de sangre estaba garantizada. El color y viscosidad de la ropa hablaban por sí mismos: era indudablemente letal. «Solo es cuestión de tiempo, *Ronco*, y no mucho. No puedo hacer nada por él. Ha perdido mucha sangre.»

Fue en ese instante, sin embargo, cuando se fijó en sus labios: se habían movido; se movían. Querían decir algo. De

manera instintiva elevó ligeramente la cabeza del moribundo tras apoyarla en la misma manta que le había quitado. Su respiración mejoró, lo que, a su vez, le permitió abrir los ojos por un instante antes de hablar.

—*Sancta Maria... mater Dei...*

Nunca, en las pocas ocasiones en que en su futuro relató los hechos de aquella noche, dejó Tom Conway de derramar una lágrima al mencionar palabras que habrían de cambiar su vida. «Cuatro palabras... y una nueva vida al ayudar a un hermano», diría por regla general, para luego callar y rememorar la contestación que, dubitativamente, logró darle en su mal aprendido latín de la niñez:

—*Ora pro nobis... peccatoribus, nunc et in hora mortis nostrae. Amen.*

Un levísimo apretón de la mano del moribundo le hizo comprender que la respuesta había sido de su agrado. En su último tramo de vida, pensó el carbonero, aquel extraño había encontrado un hermano en la fe. «No morirá en soledad», se dijo, y el pensamiento le reconfortó: el día había tenido un sentido, uno de los mejores. Ayudaría a aquel hombre a cerrar en paz los ojos y no dejaría que el cazador cobrara su pieza. «Esta vez no.» Se puso en pie de un salto y procedió a despojar al caballo de sus alforjas antes de darle una fuerte palmada en el lomo para que se adentrara en la foresta.

—¡A por él, *Ronco!*

Dejaría que el animal huyera, aunque sabía que no iría muy lejos. Por la mañana lo buscaría. Pero ahora tocaba alejar a aquel hombre de una senda que bien podrían hoyar los pies que le perseguían. Tenía que procurar borrar cualquier evidencia que delatara que el moribundo había ido a dar con sus huesos hasta aquel lugar. Se agachó, por tanto, para intentar pasar un brazo por debajo de su cabeza y, así,

arrastrar al herido hasta la cabaña. Entonces lo oyó:

—La... marca...

Dudó por un momento sobre su correcta interpretación, lo que le obligó a cejar en su empeño por arrastrar el cuerpo y a prestar toda su atención a aquellos confusos sonidos que luchaban de nuevo por salir de aquellos labios:

—La cruz... la cruz...

—¡Por Dios! ¿Qué cruz? —preguntó nervioso ante lo que entendió que podía ser el último delirio de aquel desconocido.

La respuesta fue aún más enigmática.

—Invertida... la cruz... invertida... en la puerta.

Tom entendió lo dicho, pero supo al instante que no podría ya hallar respuestas a las preguntas que se agolpaban en su mente. La repentina y fría fijación de la mirada en un punto inconcreto hablaba por sí sola: aquel extraño acababa de morir frente a la humilde cabaña de un carbonero como él, en una de las más inhóspitas esquinas de su tierra. Y lo había hecho dejando tras de sí el rastro de un misterio que quizá nunca llegaría a desentrañar. Acababa de hablar de cruces... invertidas, asociadas a puertas. «¿Era eso lo que había querido decir: una cruz que debía ser hecha visible en la puerta?» Y si era así, «¿por qué?, ¿para qué?». ¿Qué impulsaba a un hombre como aquel a elegir esas palabras y no otras en el último suspiro de vida? Todo resultaba muy extraño, dolorosamente confuso, pero si había algo sobre lo que estaba seguro, se repitió en su interior, era que no debía perder más tiempo sin actuar. Podía ver ahora a *Ronco* de nuevo tenso al encarar la misma oscuridad de la que había surgido el cuerpo que ahora yacía inerte a sus pies. Algo que solo podía presagiar una cosa: el perseguidor o perseguidores llegarían en minutos, los mismos que contaba para hacer desaparecer el cadáver en el interior de su

morada. Luego, si vivía, habría tiempo para tomar una decisión sobre el último mensaje de aquel hermano en la fe. Era lo que tocaba hacer, con decisión y energía, sin renunciar a la promesa sagrada recién hecha: que no saldría de su boca una palabra que pudiera quebrar el descanso de aquella alma a quien el capricho del destino le había unido. Y todo ello en la seca noche de un día 8 de agosto de 1579, miércoles para más señas, aunque bien pudiera ser que las cuentas no estuvieran bien hechas: llevaba ya más de una semana sin ver a su hijo. Y la soledad, él lo sabía mejor que nadie, engendraba confusión y pesadillas que ni siquiera su acogedor fuego podía disipar.

EL VERDUGO Y LA MACHETA

No sabía a ciencia cierta qué se había hecho con las manos. Se lo había preguntado a sí misma en sueños y no había obtenido respuesta. Era la derecha... en ambos casos, creía recordar, pero no estaba completamente segura:

—¿Por qué la izquierda, sir Francis?

La pregunta no sorprendió al secretario de estado, sir Francis Walsingham: era de un tipo que la reina solía hacer de un tiempo a esta parte. Elizabeth, reflexionó, ganaba en opacidad y eso la hacía... más impredecible que nunca. Costaba cada vez más llegar a conseguir un grado mínimo de certeza sobre lo que realmente pensaba aquella mente de mujer. Sobre todo desde que el francés la hubiera cortejado. Era como si Alençon hubiera despertado algo en ella, como si le hubiera dado una seguridad de la que hasta entonces había carecido. ¿Le había hecho el duque creer de nuevo en la quimera de la maternidad a sus cuarenta y seis años? ¿Era eso?

—Majestad, no puedo... saber de qué me habla... si no...

—¿No puedes, Francis? ¿De verdad? ¿Tú, que siempre sabes no ya solo lo que mis súbditos hablan sino lo que

piensan o lo que sueñan?

—Majestad...

—¡Vamos, moro mío!

El consejero bajó la cabeza sumisamente. Era mejor así. En tardes como aquella, los hombres que se comportaban como barcos no se equivocaban: la búsqueda del puerto seguro, ante la certeza de tormenta anunciada por los nubarrones del horizonte, era la única opción sensata. En su caso, ese abrigo se encontraba en el silencio, aunque no por ello pudiera por entero escapar a un zarandeo que, en el caso de la reina Elizabeth, podía llegar a ser refinada y sumamente cruel.

—¿Se refiere quizá su majestad a la ventana... de la izquierda? ¿La única —dijo señalando hacia ella con su índice izquierdo— emplomada con las arm...?

—¡Moro! ¡Pierdes facultades, negro ratoncillo de campo! Aunque me diviertes. —La reina añadió con una sonrisa cargada sin disimulo con una nota de picardía—. ¡Sigue así, duendecillo puritano!

Sir Francis agradeció el leve respiro que se le otorgaba: Elizabeth, después de todo, quizá solo quisiera jugar. Le ocurría en ocasiones: podía reír loca y apasionadamente y exigir que todo el mundo en derredor bailara al mismo son. La ley del jardín era la pleitesía y aquella esmeralda engastada sobre un mar de plata que los hombres daban en llamar Inglaterra pertenecía a Elizabeth. Ella era su Eva virginal en aquel Edén, aunque estaba por ver quién era Adán y quién la serpiente.

—¡Vamos! ¡Inténtalo de nuevo! Tenemos toda la tarde. ¿No te acuerdas de cómo nos divertimos en el último consejo en Greenwich y el tiempo que nos dimos?

La preocupación volvió a ser palpable en el rostro del consejero. La alusión a ese consejo en concreto, el más

violento que él recordara, no podía presagiar un mar con viento bonancible. No. El barco seguiría al abrigo del silencio.

—Majestad, no puedo... No sé bien qué decir.

—Nadie desayunó... nadie comió... y nadie cenó. Excepto yo, claro. ¿Lo has olvidado ya, Francis? Porque si es así —añadió con una nueva y forzada sonrisa— quizá deba endurecer las condiciones la próxima vez.

El consejero mantuvo la mirada fija en el suelo. Resonaban en su memoria aún los gritos y los reproches con que la soberana les había intentado humillar. A él y al conde de Leicester, los únicos en el consejo capaces de llevar la contraria a la corona ante un posible enlace matrimonial con aquella rana francesa de cara repulsiva. Aunque bien sabía Dios, sin embargo, que la coincidencia de parecer con el conde no estaba dictada por las mismas razones. Para Leicester, Alençon y su sueño de matrimonio constituían en sí mismos una afrenta a su discutible honor. ¿No había el conde hecho asesinar en su día a su primera esposa para así librarse del único obstáculo en el camino a la mano real? Nadie lo había podido probar entonces, aunque muchos lo hubieran sospechado. Pero él, Francis Walsingham, no necesitaba pruebas. Sencillamente lo sabía, como sabía que un posible enlace de Elizabeth con el francés sumiría a Inglaterra en el pozo del falso y corrupto papismo, responsable del baño de sangre en el continente.

—Francis... ¡Francis! ¿Qué piensas, alma atormentada? Sigo aquí y he hecho una pregunta. La reina necesita una respuesta.

«¿A qué, por Dios?» Aquella mujer podía llegar a exasperar a cualquiera. Contenía en sí misma la ponzoñosa esencia destilada de la feminidad: doblez, desatada coquetería, loca insensatez... debilidad y mudanza de pensamiento. No le resultaba fácil hallar un rasgo positivo en ella, excepto lo que en sí misma representaba. Pero por ello

daría la vida. Inglaterra necesitaba desesperadamente un icono capaz de brindar cohesión donde no solía haberla. ¿No era ese su pasado: la guerra civil que había desangrado a la nación? ¿Y no sería su futuro si alguien no lo evitaba: la muerte de la reina a manos de asesinos católicos y con ella la división del reino, el fin de su amado protestantismo? Eso era precisamente lo que no debía suceder, y para ello llegaría a cualquier extremo, incluido el exterminio, si fuera necesario, de las ratas que al otro lado del mar habían abierto la puerta a los españoles. Irlanda era eso: una mera puerta trasera. Pero daba acceso al paraíso. Ese era el sueño de Felipe. Y coincidía con su peor pesadilla. Los españoles habían encontrado el camino hasta allí, incluso habían desembarcado tropas, si los últimos informes eran fiables. «Y aquí perdemos el tiempo jugando a la izquierda y a la derecha.»

—¿A qué izquierda en concreto se refiere su majestad?

—Hablo de manos, moro, morito. —La reina contestó mostrando y agitando ambas palmas.

—¿Manos, majestad?

—¡Claro, negro doncel! Las que cortó el verdugo.

La súbita palidez en la cara del cortesano demostró al momento que la respuesta real había hecho mella en su última línea de defensa. La alusión a manos que la reina había hecho solo podía referirse a las que Stubbs y Page habían perdido exactamente el 3 de noviembre. A veces, se dijo el cortesano, ocurría: un mismo día deparaba una súbita y caótica multiplicación de hechos. Aquel había sido uno de ellos. «Uno de los peores»: William Page y John Stubbs, hermanos en la fe, hermanos en el pensamiento, hermanos en la acerba crítica contra el enlace de la reina con el francés, habían ambos perdido su mano derecha sobre el patíbulo levantado en la plaza del mercado de Westminster. El verdugo había sido diestro con la macheta. Tanto que

ambos habían tenido tiempo de proclamar su lealtad a la soberana antes de desmayarse. La rapidez del corte les había dado esa oportunidad. Y luego... estaba Irlanda: el conde de Desmond había sido proclamado traidor a la corona ese mismo día; el mismo en el que la muralla de Youghal, en la costa sur, se había derrumbado. ¿Presagiaba eso la caída de Irlanda? Los papistas así lo creerían. Pero creer no equivalía a ser. Su religión se lo había enseñado. Solo el tiempo habría de decir hacia qué lado se inclinaría la balanza. El tiempo... y la sangre derramada.

—¿Acaso se refiere su majestad a Stubbs y Page? Si es así, su majestad debería saber que el miembro amputado fue el derecho.

—Ah..., ya veo ¿Y con qué escribirán ahora, me pregunto? ¿Utilizará Stubbs la misma mano que usó para quitarse el sombrero antes de caer desmayado sobre la tablazón? Tendrá que aprender a escribir de nuevo, si ese es el caso.

Elizabeth, como inmediatamente notó el secretario, había cambiado súbitamente el tono de voz. Se entraba, lo sabía por experiencia, en un terreno con escarpaduras donde la cautela no siempre evitaba caídas.

—Yo diría, majestad, que con su gesto Stubbs quiso demostrar su lealtad pese a lo que había escrito.

—Y yo respondería que fui generosa, Francis. John Jovey es responsable de ese hecho. Es a él a quien Stubbs y Page deben la vida. Él me convenció para no firmar su merecida sentencia de muerte.

Walsingham tragó saliva de nuevo. Con dificultad, dada la sequedad de su boca. Como consejero, debía obediencia. Como buen protestante, se debía primero a Dios y a su verdad.

—¿De veras lo cree, majestad? ¿Habría sido... merecida?

La tormenta tardó unos segundos en desatarse. Pero, cuando lo hizo, la virulencia de la misma le cogió por sorpresa. Nunca antes había visto a la reina defender su posición con ese grado de agresividad.

—¿Lo dudas? ¿Qué si no la muerte merece quien habla de mi prometido como la vieja serpiente llegada la segunda vez para seducir a la Eva inglesa y sembrar la ruina en el paraíso? ¿No fue eso? ¿No fue exactamente eso —repitió a gritos Elizabeth, mirando fijamente a los ojos al secretario— lo que esos imbéciles ignorantes y traidores dijeron en su libelo? ¿Eh?

—Sí, majestad... pero...

—¡No hay peros, Francis! ¡No llegaré hasta ahí! —añadió con gritos aún más agudos, permitiendo así que una deforme mueca se adueñara del encerado rostro—. ¡No dejaré que el patíbulo se seque mientras haya traidores a mi alrededor con peros en la lengua!

La reina no hablaba en vano. Amenazas como aquella nunca debían tomarse a la ligera. Hoy hablaba de manos con su reina, pero no todas eran iguales. Una, al menos, era diferente a todas y no era otra que la que tenía frente a sí: porque daba vida y muerte por igual. Y muchas veces podía hacerlo caprichosamente, al azar. Casi juguetonamente. Su padre, el viejo león, había sido igual. Elizabeth había seguido fielmente su estela: vivir en su cercanía exigía no olvidar el cadalso. Ni siquiera durante un segundo. «El poeta era feliz», se dijo recordando viejas líneas que había leído la noche anterior: aquel que vivía en Kent para pasear con su arco y olvidar la corte.

—¡Ese es el problema, Francis! En su ignorancia el pueblo habla de lo que no debe. ¿Quiénes son ellos para opinar sobre un matrimonio real?

¿Se equivocaba al pensar que su soberana parecía de

repente haber dulcificado de nuevo la voz? ¿Podía explotar ese hecho? ¿Debía?

—Majestad, el pueblo, estoy seguro, habla así por el amor que siente hacia su reina. A mi señora no deberían preocuparle, si me permite, las palabras sino el silencio.

Alzó la mirada para comprobar que, esta vez, era él quien había creado perplejidad. Veía ahora a una mujer a quien acariciaban los últimos rayos de la tarde. Pero lo hacían, pensó el secretario, para mostrar su fragilidad. Ahí residía la explicación para sus frecuentes explosiones de cólera: gobernar exigía en su caso pagar el tributo que suponía renunciar al amor. Y eso la debilitaba. Alençon le había dado alas. Elizabeth había tomado ciegamente por ciertos todos los frutos de la adulación de poetas y pintores durante los días en que el francés había permanecido a su lado endulzando sus oídos. Se había emborrachado con sueños. Pero el despertar le mostraba ahora una trágica y muy diferente realidad: podría gobernar, pero jamás, pensó el consejero, podría compartir su lecho con un ser amado libremente elegido.

—¿A qué te refieres, Francis, cuando hablas del silencio?

—Me refiero, majestad, al que mostró la muchedumbre en Westminster. Cuando Stubbs y Page perdieron sus manos nadie habló, nadie gritó... nadie hizo el menor ruido.

—¿Por qué... por qué no?

—Porque el pueblo es celoso por naturaleza, majestad. Para ellos, su reina ya está casada. Con su pueblo, con su gente. No quieren ver a otro ocupando ese lugar y menos si es un francés. Stubbs y Page, si me lo permite su gracia, han hablado por muchos.

Elizabeth no contestó de inmediato. De hecho, tardó lo que al secretario le pareció una eternidad en volver a articular palabra. Y cuando lo hizo, fue sencillamente para

pedir a una dama de compañía que le trajera su libro de oraciones. No fueron minutos agradables para él. Se debatía en la duda. La que sus palabras habían generado: ¿había sido demasiado osado?, ¿había ido demasiado lejos?, ¿qué repercusión podía tener todo ello? Las preguntas se agolpaban en su mente, pero en casos así sabía sacar provecho a su conciencia. No era la primera vez que ocurría. «Y debe estar tranquila.» Nada había habido en sus palabras que pudiera o debiera alterar esa quietud. Sencillamente había dado voz a un pensamiento generalizado que el pueblo inglés había manifestado como solo él sabía hacerlo: con indiferencia. En manos de aquellas gentes era un arma que ningún soberano debería desdeñar. La frialdad del pueblo, como la historia había escrito en el caso de María, suponía siempre la avanzadilla de la caída en desgracia. Eso era lo que Elizabeth debía evitar. Ese conocimiento era el que, si realmente era inteligente, su soberana debiera explotar.

—Retírate, Francis. Y, por favor, perdona... mi mal humor.

—Majestad, solo he mostrado genuina y sincera lealtad.

—Lo sé, sir Francis. Como sé que este matrimonio podría reforzar a Inglaterra frente a España. ¿No lo has considerado nunca desde ese ángulo?

El secretario abrió los brazos y extendió las palmas para expresar su falta de respuesta. Sencillamente no tenía un solo argumento que pudiera esgrimir para mostrar su conformidad con la opinión de su soberana.

—Portugal es la clave, mi buen y leal súbdito. El rey Felipe invadirá ese territorio sin tardar. Está escrito. Muerto su sobrino, el rey Sebastián, la corona y el imperio portugués le pertenecen. O al menos eso cree. ¿Qué haremos como nación cuando pueda contar con esa nueva flota y los tesoros portugueses de ultramar?

El razonamiento no era nuevo. Alguien, creía que

William Cecil, había sugerido algo similar en la última reunión. Pero para él mediaba un abismo hasta que un rey como Felipe pudiera asegurarse el empleo de aquellas naves contra Inglaterra.

—Portugal luchará, mi señora. Y nosotros les ayudaremos. El rey Felipe no lo tendrá fácil. Por eso quizá sea prematuro pensar en esa posibilidad. Como secretario me preocupan otras zonas como...

—Irlanda. Lo sé, Walsingham. Y sé lo que estamos haciendo allí, aunque no hable de ello. Eleanor, la condesa de Desmond, me ha escrito para contarme que nuestros soldados han abierto la tumba de la primera esposa del conde y esparcido sus huesos...

Era la primera vez que el secretario oía algo sobre la existencia de esa correspondencia entre ambas mujeres. En sí mismo el hecho le causaba perplejidad: la condesa de Desmond era, por extensión, traidora como su marido. Desmond y sus hermanos se habían levantado en armas contra Inglaterra. Ayudaban abiertamente a España. Estaban detrás del reciente desembarco en Smerwick en el que habían tomado parte incluso jesuitas como Nicholas Sanders, el desecho de Surrey que había cambiado Oxford por Roma. ¿Por qué mantenía la condesa abierto ese canal de comunicación con la reina? ¿Y, sobre todo, por qué se le permitía? La reina Elizabeth jamás había condescendido a mirar la traición con un mínimo de misericordia. Aquella carta, aquellas cartas, si existía más de una, representaban algo nuevo. ¿Cómo demonios llegaban a la mano real sin pasar por el riguroso escrutinio que como secretario de estado debía llevar a cabo? ¿Quién hacía llegar ese material desde Irlanda? ¿Qué sabía la reina a cambio que él ignorara?

—Los españoles muerden, mi señora, donde somos débiles. Pero no hay nada que la fuerza no pueda poner en su sitio. A veces es necesario aplicar dolor.

—Y a veces amor, mi Francis, aunque ni tú ni Leicester estéis de acuerdo. Retírate. Necesito descansar.

La reverencia del secretario la dejó en soledad. Era lo que necesitaba para abrir y hojear lo que celosamente guardaba en su libro de oraciones. Era el lugar más apropiado para hacerlo, porque no dejaba de ser, en cierto modo, una plegaria. De amor. Personal. Regada con mil lágrimas. Escrita con el dolor que solo una mujer que ve alejarse el amor y la juventud podía sentir. *Muero de pena y no puedo mostrar mi dolor.* Esa había sido su primera línea. *Amo y sin embargo me veo forzada a parecer que odio,* había sido la segunda. La carga de la máscara era cada vez más pesada. *Soy y no soy.* Apariencia y realidad. ¿Dónde se encontraba su verdadero yo? *Siento frío y ardo a la vez.* Lo había escrito pensando en él. Pero Alençon ya no estaba a su lado. Solo quedaba ese papel y el dolor que representaba: que jamás le sería dado amar y poder mostrar amor. Ojalá que pudiera morir, *para así olvidar lo que el amor alguna vez significó.*

Cerró los ojos y la oscuridad le desveló lo que había olvidado: la orden que había dado para que las manos de Stubbs y Page fuesen comidas por los cerdos. No probaría la carne de ese animal en lo que le quedara de vida.

POST MORTEM

No era fácil ver en aquel estado al hombre que le había salvado la vida y no poder aliviar su dolor. «El tiempo lo curará, Ginés.» En la taberna lo había tenido que oír varias veces en los últimos meses, pero se le antojaba que aquellas palabras carecían de sentido. No era verdad: el tiempo no podía curar ciertas cosas. ¿Había acaso el tiempo curado la pesadilla de la encamisada que le despertaba bañado en sudor cada noche? ¿Por qué no curaba el maldito tiempo eso y destruía aquellas caras? Ahora sabía que aquello le acompañaría el resto de su existencia. Y lo mismo le ocurriría al alférez Cobos: vería a su mujer y a su hijo todos y cada uno de los días de su vida. Saldrían a su encuentro. Y le dirían, para su desesperación, que habían sido muertos por una mano vil. No necesitaba oír sermones para saber que existía el infierno. Nadie tenía que convencerle de eso porque lo había visto ya. Pero no era como aparecía en los cuadros de la iglesia. Los demonios no llevaban cola y no vivían bajo tierra entre calderas donde eternamente cocían a los pecadores irredentos. «Cuentos de sobonas.» Con él no valía porque la verdad, su verdad, era otra. Una mucho más aterradora a la que había llegado por convencimiento: que el

espacio del horror era el sueño, y la noche, su tiempo. Y vivir equivalía a visitar esas regiones. Irremediamente. Diariamente. «Cada uno acude con lo que lleva auestas, el niño con la sonrisa y el viejo con la memoria.»

No, no podría hacer nada para aliviar el dolor del alférez de infantería don Alonso Cobos Cornwell, hijo de La Montaña. Había pasado varios años con él en Flandes y le debía, como se repetía a sí mismo cada mañana al levantarse, la vida. Ni más ni menos. Era así de sencillo. Los brazos del alférez le habían sacado a rastras de aquel barrizal en Zierikzee. Nadie había mirado atrás, salvo él. Y nadie había arriesgado los cojones ante los tres jinetes holandeses, salvo él. «Esas deudas no se pagan. A lo sumo se igualan con otra de igual calibre.» Era lo único que podía hacer, se dijo: vivir para encontrar al diablo hecho hombre que había acabado con la vida de aquellos inocentes. Pero ¿cómo empezar?, ¿dónde buscar aquella mano asesina? No había cabos sueltos. Nadie al que hubiera preguntado había visto entrar al matarife, nadie había oído nada. La casa, de una sola planta, se levantaba en la zona del beaterío de Santa Catalina de Sena, a corta distancia de la puerta de Valnadú que el rey hubiera mandado derribar unos años antes. Era de las llamadas «a malicia» y eso había puesto las cosas fáciles a aquella mano cobarde: había entrado por la parte de atrás, aprovechando la ausencia del alférez en Flandes, para hacer su obra rápida y fríamente.

¿Qué la había guiado hasta allí? Se había hecho la pregunta mil veces en aquellos dos días y no había encontrado respuesta. «Nada cuadra, joder, salvo quizás...» Habían pasado dos meses desde que los hechos hubieran ocurrido y lo poco que Cobos y él sabían había salido de la boca del alguacil que había levantado los cadáveres en su día y examinado la vivienda: «No ha sido obra de ladrones. Esos hijos de puta siempre lo destrozan todo». Tampoco, y era de lo poco en que se encontraba un ápice de consuelo, había

habido una violación. Cuando fueron encontrados, los cuerpos yacían en la parte trasera de la casa, en lo que Cobos llamaba la socarreña: una parte atechada, pero abierta al exterior, idónea para las monturas y los aperos. Nada en concreto había llamado la atención del justicia, nada que pudiera encontrarse fuera de lugar, nada que invitara a seguir un cauce de indagación. Madre e hijo no parecían haber opuesto resistencia. Pero era eso, la ausencia de marcas, lo que carecía de sentido. ¿O sí lo había? ¿Era aquello el resultado de una venganza dirigida expresamente contra Cobos? Y si fuera así, ¿no habría querido el vengador asegurarse de que la razón de su macabra obra resultara evidente?

El alférez, sin embargo, no había dicho nada al respecto. Parco siempre en palabras, sus gestos eran ahora los de un taciturno que voluntariamente huía de la luz. Comía poco y vivía prácticamente en una de las estancias de la casa, de la que solo salía ocasionalmente y una vez caída la noche. La última vez había sido para entregarle un billete escrito de su puño y letra.

—Preséntalo en el Alcázar. Si alguien te pone dificultades da mi nombre y pide que se lo repitan a la persona que figura en el papel. Eso arreglará las cosas.

Así lo había hecho, con diligencia y sin sobresaltos. El billete había sido recogido por uno de los bisoños de la guardia. Azorado cuando Ginés le había hecho sabedor de su rango de sargento en el tercio antes de su licencia, el piquero le había hecho primero esperar y luego llevado en persona hasta el mismo destinatario, donjuán de Zúñiga, ante quien había dado las explicaciones oportunas. Aquel papel llegaría a su destino. No le cabía duda. Como no le cabía de que de alguna manera aquel documento tenía que ver con las muertes. No había preguntado a Cobos y no lo haría. Respetaría el silencio y el duelo, pero viviría a su lado.

Vigilaría su espalda. «El día llegará», se repitió. Uno en que quizá Dios tuviera a bien darle la oportunidad de nivelar las cosas con el alférez. Mientras tanto solo cabía esperar y tratar de ser útil de la única manera en que podía serlo en esas circunstancias: evitando que Cobos se quitara de en medio. Lo había visto en otros en el mismo Flandes: gente desesperada que renegaba de la voluntad de vivir, gente a la que los camaradas habían llegado a alimentar de la misma manera que se cebaba a los patos. Haría lo mismo si fuera necesario, aunque algo le decía que Cobos no era de esos. Si decidiera hacerlo, el alférez sería de los que actuaría rápido. Así luchaba y así moriría. «Pero no lo hará mientras yo esté a su lado.» Esa era su obligación ahora, aunque cumplir con ella le exigiría renunciar al aguardiente. «Si tiene que ser, será. No más de dos vasos al día.»

4

LA ACADEMIA

Juan de Idiáquez no sabía quién había sido en origen el responsable de la elección de aquel nombre que tanta gracia les había hecho la primera ocasión en que todos sin excepción se habían reunido. Probablemente, pensó mientras acudía al encuentro, habría sido Juan de Zúñiga. De todos ellos siempre había sido el más ocurrente. La Academia sonaba bien, pero sobre todo hacía justicia a sus miembros: todos sin excepción se habían elevado hasta los últimos círculos de gobierno gracias a la formación recibida en el entorno del duque de Alba. Él había sido el gran padre de todos, por decirlo de alguna manera. «El momento llegará con este rey en que el papel impondrá más ley que la espada. Y cuando eso ocurra, quiero que vosotros estéis allí para ocupar los puestos oportunos.» Recordaba bien aquellas palabras. Como recordaba el momento en que habían sido dichas: justo antes de que el duque les hubiera dejado atrás para ponerse al frente de los tercios enviados a Flandes.

Para su desgracia, había tenido razón. En los últimos años los hombres de guerra como él habían cedido en preeminencia frente a los hombres de pluma, tinta y billete de los que el rey gustaba rodearse. Era un hecho palpable,

aunque nada aseguraba que esa fuera una tendencia inquebrantable. De hecho, las cosas habían cambiado mucho en los últimos meses. «Y cambiarán aún más», reflexionó con pesadumbre. Habría nuevos escenarios de guerra, Idiáquez estaba seguro, pero sería necesario imponer una jerarquía de necesidades. Eso era precisamente lo que ahora mismo le quitaba el sueño. Por esa razón necesitaba la ayuda de los viejos amigos junto a los que se había formado. Sus años de embajada en Génova y Venecia le habían otorgado experiencia. Le habían cambiado. «Quizá no para bien.» Pero lo que ahora tenía entre manos escapaba en gran manera a su control. Ser secretario de estado con plena responsabilidad sobre los asuntos exteriores, «más allá de nuestras fronteras», como le había dicho el mismísimo rey en persona, le abrumaba. Podía sobrellevar el enorme peso del trabajo, el horario intempestivo que en ocasiones su señor Felipe imponía, las miradas de recelo de secretarios como Vázquez, o incluso sus zancadillas. Pero la contienda y la muerte, el asesinato incluso, o la toma de decisiones que implicaban adelantar ciertos informes de guerra frente a otros, eran harina de otro costal. Su antecesor en el cargo, Antonio Pérez, no había tenido escrúpulos en ese aspecto. ¿Pero no era eso precisamente lo que explicaba su caída en desgracia y arresto? ¿No era la acusación que sobre él pendía del asesinato del secretario Escobedo lo que en última instancia había hecho que él, Idiáquez, pudiera ahora plantarse ante sus viejos camaradas para decirles a la cara «yo soy el sustituto del traidor»? Lo era. Sin duda. Pero la respuesta seguía sin aclarar el grado de responsabilidad de Pérez en el asesinato del Verdinegro. ¿Quién había hecho correr la sangre en la calle de la Almudena aquella noche? Y, sobre todo, ¿quién había ordenado aquel asesinato? ¿Se le pediría a él en un futuro que actuara como sospechaba que se le había pedido a Pérez; esto es, como última salvaguarda de una monarquía que se veía obligada a actuar más allá de

los confines de la ley?

Dobló la esquina para darse de bruces contra una fuerte corriente de aire que a punto estuvo de hacer volar su sombrero. Hacía frío, lo que evidenciaba la cercanía del invierno. Pero en él no causaba esta vez la tristeza con la que anteriormente solía haberlo recibido. Este año no. El invierno hacía por norma callar las armas, los ejércitos se retiraban a sus cuarteles, la guerra se aplazaba. Y eso significaba menos trabajo, menos angustia. ¿Era así, en todo momento y lugar? Él sabía bien que no. También eso explicaba la reunión a la que acudía: lo poco que sabía de Irlanda no tenía nada que ver con la paz o con un cese de hostilidades.

—Lo quieras o no, Juan, hay españoles allí. Lo sé, el rey no los ha enviado; son voluntarios. Pero están. Y los irlandeses creen que luchan porque nuestro rey y el santo padre así lo han ordenado. Por eso te toca de cerca el asunto. Más de lo que crees.

Idiáquez guardó silencio, sopesando con cuidado lo que Zúñiga acababa de manifestar con su acostumbrada pero a veces muy molesta sinceridad. No llevaban reunidos más de diez minutos y acababa de oír lo que ya sabía pero habría deseado no tener que escuchar.

—¿Quiénes son, Zúñiga? Partes como embajador para Roma. Por fuerza has de estar informado si el Papa tiene algo que ver con esto.

—Te daré consejo sin que lo pidas, *caro amico*; despréndete para siempre de esa capa de ingenuidad si quieres sobrevivir. Recela de todo y de todos, incluido el rey. Del rey más que nadie. ¿Sabes ya lo que la gente dice sin rubor?

Idiáquez negó con la cabeza. Zúñiga era así: la calle era su mundo. Por eso era y sería un buen embajador: vivía para

las comidillas.

—Pues dice que de la risa del rey al cuchillo hay dos dedos. Así que aplícate el cuento. ¿Su Santidad, dices? ¿Preguntas en serio si el santo padre tiene algo que ver?

No hubo esta vez respuesta por parte de Idiáquez. Aquel gesto en Zúñiga de mirar durante unos segundos al techo solo podía significar una cosa: que ordenaba sus ideas para resultar claro en la exposición que habría de seguir. Y esta podría quizá ser larga. Mejor si lo era, porque necesitaba información detallada. «Cuanta más, mejor.»

—Estamos todos de acuerdo en que el rey don Sebastián murió ignominiosamente en Alcazarquivir el año pasado, ¿no es así?

Fue Cristóbal de Moura quien esta vez tomó la palabra para quebrar al instante el discurso de Zúñiga. Se entendía bien la razón, pensó Idiáquez: era portugués de nacimiento y había vivido aquellos hechos en la proximidad que le había otorgado ser el hombre elegido por el rey Felipe para actuar de embajador ante su sobrino don Sebastián. Aquel asunto, por tanto, le tocaba de cerca. Eso, sin duda, excusaba su vehemencia.

—Lo dije en su día y tuve trágica razón. La campaña de África era una locura. Fue... fue el sueño de un niño que quiso jugar a la guerra. Fijaos dónde nos sitúa su muerte.

—En un nuevo mundo, amigos —zanjó Zúñiga con deliberada y extrema seriedad—. Moura, tú lo sabes mejor que yo. No tomaré a mal, pues, tus correcciones de ser necesarias.

Zúñiga esperó a tener la sutil y muda aquiescencia de su oyente antes de continuar:

—Pues bien, he aquí las claves del futuro que nos espera. Para empezar, habrá guerra en Portugal. El cardenal infante don Enrique que ahora gobierna allí morirá, si algo saben los

médicos, en breve. Y cuando eso suceda, nuestro rey tendrá que coger con las armas ese trono.

—¡Le corresponde por herencia! —terció de nuevo Moura, esta vez acaloradamente.

—Lo sé, Cristóbal. Pero no se lo regalarán. Tendrá que acudir a Lisboa a cogerlo por la fuerza. Ese fue el legado de Alcazarquivir. El tiempo lo dirá, pero tú, Idiáquez, eres testigo de que solemnemente aquí y ahora juro pagar un banquete a don Cristóbal si me equivoco en lo más mínimo.

Hubo por primera vez risas en la reunión. Volvían a ser los tres alegres amigos de juventud. No estaban todos, como Zúñiga había hecho ver al principio, pero sí los tres que el destino había unido con lazos más estrechos.

—Pues bien —siguió Zúñiga—, algunos de los que hoy luchan en Irlanda estuvieron allí. Aquel insensato de Stukeley los llevó a África con el rey Sebastián y muchos perecieron allí, pero no todos.

Idiáquez recordó con dificultad aquel rostro del pasado. El del malhablado aventurero de Devon que un día hubiera recalado en Vivero al frente de ochenta salvajes para hablarle con insolencia al rey de tierras irlandesas por conquistar... de sueños por soñar.

—¿Es cierto —preguntó Idiáquez con mal disimulado interés— que fueron sus mismos hombres los que le mataron en el curso de la batalla? Quiero decir a Stukeley. Yo le conocí en su día...

—Lo es, Juan —afirmó Moura con rotundidad—. Como lo es que el rey Sebastián murió allí igualmente. Los que dicen que sigue vivo y que regresará..., los sebastianistas..., solo hablan así para perjudicar los derechos al trono portugués de nuestro rey.

—Esos hombres, Idiáquez —dijo Zúñiga retomando su explicación—, fueron en su día la escoria de Roma que el

papa Gregorio XIII sacó de las cárceles para que siguieran el estandarte de Stukeley. La idea era ir a Irlanda, pero Stukeley negoció con don Sebastián al fondear en Lisboa y acabaron en África. No me extraña que le mataran.

—¿Había españoles en su día en esa expedición? —preguntó Idiáquez con aparente indiferencia.

—No que yo sepa —respondió Cristóbal de Moura con rapidez.

—Pero en Irlanda sí los hay, Idiáquez —se apresuró a indicar Zúñiga—. No muchos, es cierto. Pero hay algunos. Son gente de fortuna, voluntarios, todos muy mal equipados, que se han unido a ese ejército de desarrapados por mil y una razones, no todas, supongo, confesables. Siguen, si estoy bien informado, a un tal James Fitzmaurice a quien el Papa apoya. Él es su maestro de campo. Y luego están los religiosos...

—¿Hay religiosos, Zúñiga? —preguntó Moura enarcando las cejas con teatralidad para demostrar su falsa sorpresa.

—Sanders está allí.

—¿Nicholas Sanders...? ¿El jesuita?

—Sí, Cristóbal, aunque te parezca mentira. Ya sé que se hablaba de él como futuro cardenal...

—Hay más, queridos amigos. O puede haberlos. Eso sí lo sé con cierta seguridad —añadió Idiáquez para sorpresa esta vez de ambos oyentes—. Un franciscano de nombre Mateo de Oviedo ha revuelto el avispero hasta lo indecible para que apoyemos allí lo empezado. Si no se ha embarcado ya, lo hará en breve. Y sobre Fitzmaurice...

Ni Moura ni Zúñiga interrumpieron su gesto. Era habitual en él: el pañuelo perfumado con agua de romero no faltaba jamás cuando se trataba de Juan de Idiáquez. Siempre había sido así, como pareció querer evidenciar la rápida mirada que

Zúñiga y Moura se intercambiaron.

—... Ayer por la noche pude ver un despacho, si se puede llamar así, que hablaba de su final. Fue muerto en una escaramuza con un clan rival, aliado de los ingleses. Los suyos escondieron su cuerpo en un tronco putrefacto después de seccionarle la cabeza.

—¡Por Dios, Idiáquez! ¿De qué hablas? ¿Por... por qué habrían de hacer eso?

—¿No te lo imaginas, Moura? —preguntó a su vez Idiáquez acompañando sus palabras con una leve sonrisa en la que no faltaba un aderezo de ironía y hastío.

—Me imagino —aventuró Zúñiga— que para que no cayera en manos enemigas. Habría sido un preciado botín.

—Así es —corroboró Idiáquez—. Pero hasta ahí llega mi información. Todo lo demás es noche.

Se hizo el silencio entre los tres, tan solo brevemente interrumpido en un par de ocasiones por la molesta tosecilla que Moura no había podido evitar desde que comenzara su reunión. «Pensarán —se dijo Idiáquez—. Cada uno a su manera. Son hombres de reflexión. No podría desear mejor compañía.» Su fe era la del menos curtido; la de aquel que en el pasado siempre se había apoyado en sus mayores, aunque estos solo tuvieran uno o dos años más que él. Pero ciertos hábitos de la juventud perduraban. Y el de la confianza en lo que aquellos dos amigos pudieran aportar para su beneficio era uno de ellos. Los dos se habían batido en el exterior. Sabían juzgar hechos, tenían capacidad para ver más allá de la máscara. Habían estado muy cerca de la fuente de poder para saber que no siempre sus remansadas aguas eran seguras. Por eso habían llegado hasta allí. No era otra cosa lo que sus carreras evidenciaban: que habían sabido elegir entre opciones, estableciendo siempre la diferencia entre lo moralmente necesario y lo

mundanalmente oportuno. Nadie había en quien Idiáquez pudiera confiar más.

—¿Conoces en persona al embajador español en Londres, a Bernardino de Mendoza, Juan? —preguntó Zúñiga para sorpresa de su interlocutor.

—Nunca nos hemos visto, aunque, claro está, hemos intercambiado despachos.

—Si yo estuviera en tu lugar, Idiáquez, tendría muy en cuenta lo que te voy a decir.

—¡Habla, Zúñiga! —dijo con cierto grado de nerviosismo Moura, ante una pausa que se le antojó demasiado larga.

—Es un hombre... especial. Nunca matará en el desempeño de su cargo, pero conseguirá que quien lo tenga que hacer encuentre el camino lo más allanado posible. Siempre, claro está, que se actúe en beneficio de España.

—¿Y no lo harías tú, Zúñiga? —preguntó Idiáquez sin despegar su mirada del suelo.

—Lo intentaría, Juan. No lo niego. Pero nunca podría llegar a hacerlo tan bien. Bernardino es un maestro de los juegos en la sombra. Si yo fuera Elizabeth y tuviera, como tiene la reina inglesa, a alguien así... tan cercano dormiría tranquila.

—¿Por qué me preguntas por él, Zúñiga?

—Porque hay dos cosas que debes aprender de su quehacer si quieres afrontar tu tarea con garantías, Idiáquez.

—¿Y son?

—Que necesitas ojos fiables para ver donde tú no puedes llegar e Irlanda es un buen ejemplo de lo que te hablo...

—¿Y...?

—Y que nadie está ahora mismo mejor informado que él sobre el avispero irlandés, si me permites usar tus mismas

palabras. Háblale en confianza. Usa mi nombre; me conoce y me aprecia. A pesar de su fama y a pesar de lo que te he dicho antes, es alguien en... quien... se puede confiar. Así lo creo.

No eran malas observaciones. No conocía bien a Mendoza y por esa razón recibía aquellas palabras de Zúñiga con gratitud: las relaciones con Inglaterra se deterioraban a marchas forzadas, dada la prisión de la Estuardo, la piratería, la crueldad usada contra los viejos aliados irlandeses, la descarada ayuda a los rebeldes flamencos o la infame aproximación y frívolo coqueteo de la corona con el francés. La embajada española en Londres vivía, lo sabía bien, literalmente asediada por un enemigo que cubría con esmero entradas y salidas. Mendoza se defendía con tesón e inteligencia, no le cabía la menor duda, pero eso no disminuía la creciente amenaza de aquel reino sobre los intereses españoles. Las afrentas se habían multiplicado hasta límites inimaginables tan solo unos años antes. El rey mismo, le constaba, llevaba años, precisamente desde que Stukeley hubiera recalado en Vivero, en la costa gallega, considerando la posibilidad de un ataque frontal. Había llegado incluso a sondear al duque de Alba, una persona que, como bien sabía Idiáquez, no arriesgaría un ejército sin contar con el suficiente dinero detrás. ¿No era eso lo que siempre les había dicho a aquel grupo de aprendices de brujo: que el oro era el nervio de la guerra? No, ese ataque de frente y por derecho no llegaría de momento. El rey, le gustara o no, tendría que bailar en otros escenarios primero, aunque también en ellos necesitaría a Alba. Más de lo que imaginaba porque, si Zúñiga tenía razón, tendría que emplearle en Portugal en breve para ponerse al frente de los tercios. Inglaterra tendría que esperar. ¿Pero cabía decir lo mismo de Irlanda cuando ya la lucha estaba en marcha? Así estaban las piezas sobre aquel tablero de ajedrez y ahí residía el problema. Uno que pasaba por tomar unas

decisiones que a la larga invalidarían otras. Moura, como si hubiera leído en su interior, fue ahora el que interrumpió su reflexión:

—No obres, Juan, sin saber. Y para saber, necesitas que alguien te brinde información. El rey te la pedirá y cuando lo haga querrá que sea fiable. No adules. No endulces falsamente la realidad. Anticípate, obrando por tu cuenta si es necesario, sin lesionar los intereses de tu señor. Lo admitas de buen grado o no, tu tarea será precisamente esa: brindar opinión a partir de lo que conoces.

—¡Así ha de ser! —corroboró Zúñiga, exteriorizando abiertamente su placer por lo que había salido de los labios de Moura—. ¡Nadie podría haberlo dicho mejor! Pero a todo ello habría que añadir algo que no te gustará, Idiáquez.

Había suavizado sus últimas palabras con una abierta y franca sonrisa, pero no por ello dejó Idiáquez de sentir que lo que iba a oír a continuación podría ser de enorme trascendencia.

—No uses los viejos ojos y oídos. Ya tienen dueño y serán fieles a él, sea quien sea.

Zúñiga había optado de nuevo por la gravedad, pero no había sido lo suficientemente claro para que Moura entendiera todas las implicaciones de lo dicho.

—Explícate mejor, Juan. No comprendo bien lo que has querido decir.

—Es algo, Cristóbal, que en su día me explicó mi hermano Luis. Idiáquez necesita ojos que puedan ver y juzgar lo que ocurra más allá de nuestras fronteras. Pero si es listo no empleará a los que ya lo han hecho para otros en el pasado. Y no digo nombres. No debiera, porque si lo hace lo lamentará. Esas lealtades no se olvidan fácilmente.

—No tengo otra opción, Zúñiga. Y tú lo sabes. El tiempo apremia, no...

—Sí la hay, Idiáquez. Yo te la daré. ¿Te suena el nombre de Diego Ortiz de Urizar?

—Vagamente. ¿Por qué?

—Hoy es capitán en Sicilia. A él se debe el nuevo cuerpo de caballería ligera en la isla. Pero no siempre estuvo allí. Hubo un tiempo, cuando yo le conocí, que luchó en Flandes, primero junto a nuestro amado duque y luego con Don Juan. Fue allí donde labró su primera fama, que luego acrecentó con un sonado viaje a Waterford, en Irlanda, en el setenta y cuatro. ¿Sabéis qué hizo?

Fue una pregunta retórica, hecha tan solo para ganar un breve tiempo durante el cual recordar hechos que, como era ahora visible, afectaban emocionalmente a quien lo estaba contando.

—Fue en Goes, en la isla de Walcheren. Yo estaba en la cercana Middleburg, asediada también. Había llegado allí de incógnito semanas antes tras salir a uña de caballo de Roma y fue una de esas ocasiones en las que uno sabe que solo un milagro que nunca ocurrirá puede remediar la situación. Solo que aquí... sucedió. De repente, una mañana, Goes vio llegar en su ayuda a los tres mil que mandaba Cristóbal de Mondragón... Nos salvaron la vida.

—Cubrieron tres leguas durante la noche —puntualizó ahora Moura con visible orgullo.

—Tres leguas, sí, vadeando el Escalda, con el agua al pecho para poder llevar ese tan necesario socorro. Y ahora, preguntaos algo: ¿quién franqueó esos pasos?, ¿quién señaló el camino a seguir? O si queréis, ¿cómo pudo Mondragón guiar a sus hombres en la oscuridad sin que tuvieran un tropiezo con un enemigo que cubría un asedio?

Ninguno de los dos oyentes interrumpió esta vez. La respuesta parecía obvia.

—Sí, fue Ortiz de Urizar, a la sazón capitán de infantería.

Pero lo que muchos no saben es que no estuvo solo en aquello. Le acompañó un joven alférez, Alonso Cobos. Los dos se infiltraron en territorio enemigo durante dos días con sus noches para estudiar y analizar defensas, ver la mejor manera de sortear obstáculos... y también para matar. Nunca lo comentaron abiertamente, pero no menos de seis enemigos cayeron a cuchillo. Hoy Cobos está aquí, en Madrid. Yo no olvidaría ese nombre, Idiáquez.

Nombres. Solo el de Urízar le resultó familiar. Su viaje a Waterford y Dungarvan... en el sur de Irlanda. Había leído algún informe sobre aquello. Gabriel de Zayas lo había mencionado recientemente, le pareció recordar. Pero no sabía nada respecto al otro hombre.

—¿Cómo sabes que Cobos está en Madrid? ¿Le has visto?

—No... Digamos que él me ha visto a mí. O, mejor dicho, un sargento borrachuzo con el que parece que ahora vive. Un tal Ginés. Me entregó ayer mismo un billete de Cobos para Urízar, sabedor de mi inmediato viaje a Italia.

Idiáquez asintió en silencio, valorando con cuidado lo oído, atesorando cada pequeño trozo de información. Sabía que el más pequeño detalle podría ser necesario en un futuro quizá no muy lejano.

—Hay algo más, Idiáquez.

De nuevo la voz de Zúñiga le puso en alerta, algo que también fue obvio en Moura.

—Cobos perdió a su mujer y a su hijo hace tan solo unos meses. Los dos fueron degollados en el hogar. El asesino —añadió esta vez con dificultad al articular— no... no ha sido capturado... Y lo peor es que no se pueden volcar sospechas con fundamento sobre nadie en particular. Ese Ginés me lo contó todo.

—¿Hubo al menos algo en concreto que explicara las muertes: robo, alcohol... honor quizás?

—No, Moura. La casa estaba en orden. Todo indica, a mi parecer, que algunos fantasmas del pasado hicieron su aparición. Eso es todo. Alguien saldó cuentas... así. Y no reparó en la inocencia de la sangre vertida.

—¿Cómo lo sabes, Zúñiga?

—No lo sé, Idiáquez —respondió con visible irritación y alzando ligeramente la voz—. Lo intuyo, como lo intuirías tú si conocieras un poco de su pasado. Hombres así, aunque tengan amigos que se jugarían sin dudar el pescuezo por ellos, también se crean enemigos. Cobos no es alguien que medre con la adulación. No rehusará jamás la primera línea de combate, no dejará en la estacada a un hermano de armas. Pero no admitirá ciertos hechos. En los cuarteles se oyen cosas. Tú lo sabes, Idiáquez. Tú también, Moura. Sabéis cómo se mueve ese mundo.

Sí, los tres lo sabían: la guerra sacaba lo mejor y lo peor de cada cual. Después de lo dicho por Zúñiga no olvidaría con facilidad ese nombre. Había un hombre detrás que, si el amigo estaba en lo cierto, había sido responsable de hechos en el pasado que muy pocos podían como soldados contar en su haber. Pero ¿qué quedaría de aquel ser tras haber sufrido en carne propia las consecuencias de la venganza, si es que aquellos crímenes se podían explicar a partir de ella? ¿Qué había detrás? Podría ser cualquier cosa. Había conocido a hombres que jamás olvidaban una afrenta, aunque esta fuera supuesta. El olvido no era una de sus virtudes. ¿Había ocurrido lo mismo con el asesino de aquella madre y de aquel hijo? No buscaría a Cobos por el momento. Nada había en principio que le forzara a hacerlo. Pero bien pudiera ocurrir que se viera obligado a cambiar de opinión a su vuelta a un Alcázar donde el sueño, siempre breve y poco profundo, jamás servía de cobijo frente a las preocupaciones. Hoy ocurriría lo mismo, pero al menos se acostaría sabiéndose en posesión de amistades como aquellas que

desinteresadamente habían acudido en su ayuda. Era raro: en un mundo como el suyo, hecho de papel, no había amigos. Era la primera regla que el duque les había enseñado en aquel lejano pasado del que, pese a todo, perduraba el eco de las risas.

RECOMPENSA A LA BONDAD

Ante el embajador español había elegido H como su nombre en clave porque con ello honraba la memoria de su tío Hugh, a quien hacía ya muchos años que no veía y a quien Mendoza apreciaba sinceramente. Si otro de sus tíos, hermano de Hugh, Thomas, estaba en lo cierto, aquel pariente querido y admirado debía de estar en Flandes. Había sabido de su paso por España primero, luego Roma, más tarde Francia, donde otro hermano, Robert, había echado raíces como canónigo de Le Mans, y finalmente Bruselas. Sí, allí debía de estar y allí se uniría a él si alguna vez lograba ahorrar lo suficiente para abandonar la tierra que había visto nacer a todos aquellos Owen: Plas Du, su amado trozo de Gales en aquella península de Lleyn monótonamente barrida por el viento. Mendoza, además, se lo había prometido: «Aguanta hasta que esta tormenta pase y yo mismo, hijo, te llevaré al maldito Flandes junto a tu tío Hugh». Mendoza lo cumpliría, no le cabía duda, pero el tiempo para ello no había llegado aún.

Hoy H estaba más al sur. Llevaba ya tres semanas de espera en Roch, lo que era inusual. Normalmente su estancia allí no habría pasado de las dos. Pero no sabía explicar a

ciencia cierta por qué había optado voluntariamente por la demora. De hecho, la zona de la punta de San David no le gustaba. Y si la frecuentaba dos o tres veces al año era porque la necesidad lo imponía. En un pasado no tan lejano habían sido los sacerdotes a los que habían tenido que ocultar. Plas Du estaba ya muy vigilado, así que Roch había parecido en su momento una buena opción: el tío Thomas tenía parientes católicos en la zona, dispuestos como todos los Owen a jugar sobre el peligroso filo que separaba la vida del martirio.

Más recientemente, sin embargo, la razón de que pasara aburridas horas en la remota aldea habían sido los irlandeses. Ahora mismo Roch era el único puente con el que los sublevados en Munster contaban para hacer llegar peticiones e información al embajador español en Londres. Y Dios sabía que necesitaban ayuda. Por eso, como sucedía en el caso de los sacerdotes, el sacrificio merecía la pena. Lo había hecho ya en varias ocasiones: esperar, recibir a la paloma y luego partir hacia Londres para perderse en la zona de Southwark. Era allí donde la gente de Mendoza le encontraba, casi siempre en el mismo prostíbulo. Católico sí, pecador también. *«Primo veneziani, dopo christiani.»* Londres, con su bendito Southwark, era su recompensa por aquellas largas y solitarias horas pasadas en vela esperando los golpes en la ventana que miraba hacia el bosque de Eweston. Tres golpes. Siempre la misma cadencia. Eso era lo que aquel MacSheehy siempre había hecho para hacerle encaminarse al solitario paso del arroyo Brandy. Eso era lo que la paloma mensajera irlandesa tendría que haber hecho hacía ya tres semanas. Y eso era precisamente lo que no había ocurrido. Podría haber cabalgado de vuelta a Plas Du. Nadie habría dicho nada. No habría habido reproches. Es más, habría sido lo más sensato dadas las circunstancias y lo que Mendoza le había repetido: «Huele el aire, hijo, y saca los pies de allí en cuanto haya peligro. Tiene un olor especial.

Se reconoce al instante.» Pero ninguno de aquellos pensamientos había sido lo suficientemente convincente como para acallar su instinto. Había oído ya el peligro, varias veces durante la última semana. Había sentido el aliento de la alimaña. Cercano. A su espalda. Pero también había prestado oído a su voz interior, esa cuyo eco no habría podido explicar a nadie, y lo que había dicho era claro y rotundo: la paloma había llegado a la punta de San David, pero no había podido dar los tres golpes en la ventana. Y solo un hecho podía explicarlo: alguien se lo había impedido. No tenía manera de saber cómo o cuándo. Pero tampoco sabía si Fergus MacSheehy seguía con vida. De hacerlo, le necesitaría. De estar muerto, habría intentado desesperadamente un minuto antes de cerrar los ojos hacer lo que habían convenido en la primavera. Necesitaba buscar la cruz invertida, un minuto más, una hora más... un día más.

Por esa razón hoy reconocía a caballo, en la madrugada y lentamente, el borde del bosque en una dirección contraria a la que Fergus tendría que haber tomado. Iba en contra de la lógica. Pero eso exactamente era lo que tenía que hacer, porque nada había sido lógico hasta allí. La lógica habría llevado a Fergus hasta la aldea. La falta de la misma probablemente explicaba su desaparición.

Llevaba encima todo lo que necesitaba, todo lo que no podía ni debía dejar atrás si las circunstancias imponían una rápida huida, incluidas las monedas de oro españolas que habría tenido que dar al irlandés y que los hombres de Mendoza le habían entregado. Era su primer mandamiento, nacido hacía años de una amarga experiencia: «cuando toca huir, no hay tiempo para llenar la alforja. Debe estar llena antes del desenlace, sea este el que Dios decida que sea».

Obligaba a andar a su caballo más despacio de lo que el brioso animal habría deseado en el frescor de la mañana.

Pero no podía arriesgarse a pasar por alto el mínimo detalle que pudiera arrojar un indicio sobre lo que le había ocurrido a MacSheehy. Bordeaba el bosque, evitando deliberadamente entrar en su fronda. Tendría tiempo para eso más tarde. Ahora tocaba completar por la margen exterior el imaginario círculo que había trazado en su cabeza. Luego lo estrecharía. Y si no descubría nada, entonces... Southwark tendría que esperar a mejor ocasión. Pero aún faltaba tiempo para volver grupas hacia Plas Du. ¿Qué era lo que el irlandés le había dicho la última vez que tanto le había hecho reír? «Ah, sí: cuando Dios hizo el tiempo, galés..., hizo mucho.» Tenía horas por delante, muchas si hicieran falta. Tantas como fuesen necesarias para poder dormir con la conciencia tranquila.

No había estado nunca en aquella parte de Eweston. Era... diferente a la zona de poniente. Los árboles, notó, eran más altos, más corpulentos, quizá porque crecían al abrigo de los vientos procedentes del mar que en la parte contraria limitaban el crecimiento de alisos, fresnos y robles, las tres especies que más abundaban. Eso explicaba las dos humaredas al frente, sin duda: era un lugar idóneo para carboneros, como probablemente lo eran los que habían encendido aquellos fuegos con la primera luz. En sus circunstancias no estaba seguro de querer compañía, aunque quizá no la pudiera evitar. Por otra parte, no perdía nada cruzándose en el camino de hombres como aquellos, acostumbrados a la soledad y, por tanto, alejados de los tumultos y peligros de un mundo de dudosa belleza, como el suyo, cuando se le comparaba con Eweston.

No tuvo que cabalgar mucho para notar la presencia de vida: en medio de un claro obviamente despejado por la mano humana, un formidable perro de presa le hacía frente para defender la humilde cabaña de troncos que se erguía detrás de él. No ladraba y eso le hizo detenerse al instante; los colmillos al descubierto que apreció en su boca y el sordo

y persistente gruñido le indicaron al momento que atacaría la montura en el mismo instante en que diera un paso adelante. Tendría que volver sobre sus pasos y dar un rodeo. No había otra posibilidad si quería explorar aquella parte de la linde del bosque.

No se había equivocado; los sacos acumulados contra una de las paredes de la mísera vivienda evidenciaban que aquel era el lugar de trabajo de un carbonero. Vivían, lo sabía, existencias duras no exentas de riesgo. Gales sabía un poco de eso. Como sabía de los muchos que habían muerto cuando las altas piras necesarias para hacer el carbón se les habían venido encima. Era curioso pensar, reflexionó, lo cerca que a veces se estaba de giros inesperados que podrían cambiar una vida; lo cerca que se podía estar de la felicidad sin ser percibida, vista, sentida; llevaba en la alforja monedas en oro por un valor equivalente al que uno de aquellos carboneros habría estimado más que suficiente para convertirse en príncipe. Y, sin embargo, el hombre tiznado y harapiento que ahora veía traspasar el umbral de una desvencijada puerta ignoraba, y probablemente no lo sabría jamás, que apenas a cuatro pasos se encontraba lo que podría sacarle, a él y a los suyos, del bosque para siempre.

—¡Cállate, *Ronco*! No tema, no le hará nada mientras yo esté aquí o no sea necesario.

—¡No lo será, se lo aseguro!

—Bueno... —replicó aquel mugriento ser con palabras no exentas de sorna—, eso es más de lo que yo sé. Pero como *Ronco* me ha hecho caso, le daré el beneficio de la duda. El hombre con el oficio más antiguo del mundo le saluda de buena mañana y le invita a un trago del destilado de la familia. No lo encontrará mejor —añadió mientras guiñaba un ojo— en todo Gales. ¡Por San David!

—Y por San David se lo acepto. No sería un buen galés si no lo hiciera —contestó H mientras descabalgaba.

—¡Uhhh! Así que es galés. Como no había visto el puerro en la cabeza...

Los dos rieron de buen grado la ocurrencia. Parecía haber nobleza en aquel embarrado ser. La que no había habido en ningún carbonero, H recordó con melancolía, en los cuentos que su madre le había contado en sus primeros años: el hombre del saco siempre estaba en sus labios. Sucio, con el alma negra como el carbón que producía, dispuesto siempre a llevarse a las espaldas en un saco al mocosito travieso; una criatura del bosque que, como el lobo o el zorro, había poblado los sueños de sus primeros años.

—¿Por qué ha dicho que su oficio es el más antiguo? —preguntó H con genuina curiosidad.

—¿Acaso no lo es? ¿Ha leído su señoría la Biblia?

—¡Claro!

—Bueno, pues entonces ya sabe más que yo, porque no sé leer. Pero al grano. ¿Cuáles fueron las primeras tareas de Nuestro Señor?

—Pues... si no me equivoco... la primera fue crear los cielos y la tierra...

—¡Exacto! Y luego, ¿qué hizo? —preguntó aquel hombre con cabeza ahora ladeada y ojos semicerrados, como si con su gesto quisiera exagerar el grado de atención con el que aguardaba la respuesta.

—La luz... Creó la luz.

—¡Bien! ¡Conoce su Biblia, señor mío! Y ahora dígame, ¿cómo pudo iluminar la noche sin quemar carbón, eh? Eso es lo que yo digo: tuvo que sacarlo primero de las entrañas de la tierra para luego quemarlo, porque solo el carbón le habría permitido tener suficiente luz para hacer todo lo demás. Tenga en cuenta que le quedaba una buena faena por delante.

H no pudo evitar la carcajada. Hacía mucho tiempo desde que alguien o algo hubiera provocado la última. Aquel hombre le había recibido sin suspicacia. No habían mediado preguntas, no había asomado en él ni por un segundo el recelo con el extraño. Al contrario, le había bastado un minuto para hacerle sentir que era acogido con las manos abiertas. Todo parecía carecer de... lógica. Pero como sus mismos movimientos evidenciaban, ¿no carecía igualmente de lógica su proceder esa fría mañana?

—¡Podría haber quemado leña!

—¡Le pillé! Eso mismo fue lo que dijo Crispín el tuerto cuando se lo pregunté. ¿Y sabe cómo le gané las dos cervezas?

H negó con la cabeza sin haber logrado todavía suprimir la risa que la ocurrencia anterior de aquel buen hombre le había provocado.

—Porque los árboles no habían tenido tiempo de crecer todavía. ¡Dios solo llevaba un día trabajando!

Ronco acompañó esta vez la renovada risa del viajero con sus ladridos. Los rápidos movimientos de su cola dejaban patente que H había dejado de ser el extraño contra el que tan solo unos minutos antes toda prevención había sido poca.

—Iré, señor, adentro a por el destilado. Y si tardo en salir dé un golpe en la puerta. Por cierto, mírela bien, que no sea muy fuerte, porque si lo es... se caerá.

H no supo nunca explicarse qué fue lo que en ese momento súbitamente le alteró, hasta el extremo de helar su sonrisa: si la breve pero sumamente fija e intensa mirada de aquel carbonero en el momento justo en que pronunció aquellas palabras o el súbito fogonazo de una cruz invertida labrada en la margen superior izquierda de una puerta que, como bien se le había indicado, se caía a trozos. Comprendió que no había inocencia alguna en aquel acto: se le sometía

de alguna manera a prueba. Fergus MacSheehy había estado allí, ahora no le cabía ninguna duda. Había oído de aquel hombre palabras que le habían impulsado a revelar el signo de la cruz. Y luego... luego nada que pudiera imaginar con un mínimo grado de seguridad. Fergus, con toda probabilidad, yacía muerto. Pero su mensaje estaba allí, lo que le obligaba a transitar por un terreno para el que, como ahora se daba cuenta, no había habido preparación previa. Preguntar directamente podría acabar con todas las esperanzas; el hombre con toda probabilidad no diría nada a nadie que por adelantado no hubiera desvelado que era conocedor de esa clave. Desvelarla, sin más, hacer partícipe al extraño de la conclusión sobre el destino de un amigo que aquella cruz invertida generaba, se le antojaba, igualmente, arriesgado; el menor grado de sospecha sobre su persona podría inducir al carbonero a decir que aquellas muescas habían sido simplemente el fruto de una tarde aburrida. No habría daga si cometía el más pequeño error.

—¿Se siente bien, señor? Parece que acaba de ver al mismísimo Satanás.

El carbonero no esperó esta vez a recibir contestación. Siguió hablando a medida que se acercaba a la choza, dejando así a H sumido en la encrucijada de su pensamiento.

—Podría ser, ¿sabe? Anda por aquí a menudo. Por eso tengo el destilado. Porque puede hasta con el mismísimo diablo.

Aquellos breves minutos en soledad le dieron tiempo para tomar una decisión. Arriesgada en extremo, ciertamente, pero la única que en aquel momento se le antojó oportuna. Si algo salía mal... siempre podría matar al perro y luego...

Ahuyentó este último pensamiento al instante. Se ceñiría a su primer impulso. Y rezaría para que aquel ser le reconociera por lo que era: un hombre que se había

aventurado hasta allí siguiendo la insistente voz de su instinto. No buscaba al amigo. Fergus no lo era. Como tampoco buscaba acallar la mala conciencia con la que, quizá, se habría tenido que enfrentar al embajador español de haber iniciado su vuelta sin más a Plas Du. Era algo más profundo. Se lo debía... a sí mismo. No estar donde estaba, no hacer lo que hasta ahora había hecho o no afrontar lo que pudiera derivarse de lo que iba a hacer habría sido una traición a su propio yo, a la confianza en uno mismo de la que tantas veces el mismo Mendoza le hubiera hablado. Así lo entendía. Hacerlo, en cambio, le daba seguridad. La cruz invertida a la que ahora miraba fijamente de nuevo era la prueba palpable de que lo que muchos habrían llamado simplemente testarudez le había llevado a buen puerto.

—Aquí está, y sigue oliendo repugnantemente —dijo el carbonero volviendo a guiñar el ojo izquierdo y trayendo de vuelta una pequeña jarra de barro y dos vasos—, lo que indica que puede y debe ser bebido. ¡Sí señor!

H aceptó el vaso para a continuación volver a dejarlo sobre la losa a su izquierda, sin haber siquiera probado su contenido. Si iba a hacer lo que tenía decidido, mejor hacerlo de inmediato.

—Señor... no interrumpa lo que... debo decirle, se lo ruego...

Se dio tiempo, antes de continuar, para buscar en su mente palabras que no traicionaran su misión, pero que dejaran evidencia del vínculo que le había unido al MacSheehy. No debía dar más explicaciones. Si había una tesitura, pensó, en la que hablar más de lo necesario podía dar al traste con lo que ahora le parecía una alocada decisión era esta. Pero había dado un primer paso y no cabía ya vuelta atrás.

—En algún lugar de este bosque —dijo espaciando sus palabras— yace muerto alguien a quien... un sufrimiento...

compartido me unió. No sé... no sabré probablemente jamás por qué murió aquí. Pero sí sé, porque esa cruz me lo dice — dijo señalando con su temblorosa mano hacia la puerta y hablando ahora con una cadencia más rápida—, que aquí fue ayudado a morir y que aquí encontró un último consuelo...

Se levantó a continuación bruscamente para buscar en una de sus alforjas uno de los dos saquillos de monedas que llevaba en la montura. Miró al carbonero cuando lo tuvo en la mano y antes de dar lo que se le antojaba que era el paso más crítico. No había preocupación o ansiedad en aquel rostro. Ni siquiera, pensó H, perplejidad. Al contrario, si hubiera tenido que explicar lo que leía en aquella faz, el término más adecuado habría sido «sosiego». Aquellos ojos hundidos en la negrura hablaban de... Deshecho en un primer momento la palabra que había surgido en su interior: no definía lo que veía sino lo que ardientemente quería ver. Era eso. Su mente le traicionaba. ¿Cómo si no explicar que aquellos ojos le miraban con... bondad, con ternura, incluso? La que un hermano sentiría por otro. Se agachó entonces para coger de nuevo el vaso que minutos antes hubiera rechazado y beber de un trago un aguardiente que al instante le quemó la garganta. Habría querido con él despertar a la realidad que debía ver, dejando atrás lo que tan solo podía ser el fruto de su imaginación. Pero no surtió efecto: habría necesitado algo más que aquel fuego líquido para hacer que su pensamiento discurriera en otra dirección.

—Acepte estas monedas, se lo ruego, antes de que monte y me aleje. Este oro solo habla de gratitud, la que alguien como yo siente por la mano que cerró los ojos de un hombre a quien en vida aprecié. Buscaba esa cruz en la mañana... Solo eso... Solo quería verla... Por eso estoy aquí. Ahora volveré a Roch donde estaré un par de días.

No diría más. No debía. Había tirado sus dados y solo Dios podría decir a partir de ese momento si el cinco doble

que necesitaba se haría visible. Extendió su mano hacia el carbonero, quien, a su vez, le estrechó la suya. Solo que al gesto de su mano derecha aquel hombre añadió el de la izquierda cuando esta cubrió el apretón que ambos se daban. No hubo palabras. Solo *Ronco* rompió brevemente el silencio cuando abrió por un segundo sus fauces para primero bostezar y luego contemplar con indolencia la escena que se desarrollaba a su frente.

Giró sobre sus pies y se alejó. Lenta y cansinamente. El caballo agradeció con un cabeceo la caricia que le hizo antes de montar. Debía ahora iniciar su vuelta por el mismo camino que le había llevado hasta allí. No cabía dar otro paso en otra dirección. Este era el baile del «todo» con la «nada», en el que la música venía impuesta por un suave viento del nordeste que limpiaría el cielo de nubes aquel día. Los marineros decían que era el aliento de Dios. Quizás. Y quizá Dios tuviera a bien señalarle con un gesto que no se había equivocado en lo que el resto de la humanidad habría tomado por simple y llana locura.

No fue, sin embargo, nada parecido a lo deseado y expresado en aquella duda lo que, en definitiva, le permitió ese día sostener la daga irlandesa en su mano frente a la tumba del MacSheehy, entregada por un carbonero en quien fueron bien visibles los surcos que las lágrimas trazaron sobre su sucia tez. No fue un rayo celestial o una voz de ultratumba los que le hicieron detenerse sobre sus pasos para hacer girar bruscamente el caballo. Fueron, tan solo, las palabras en latín que en secreto, a escondidas, pronunciaba cada día en compañía de los suyos; aquellos que sabían bien a qué clase de muerte se enfrentarían si llegaban a oídos equivocados. Y salieron de la boca de un hombre al que un instinto que había querido acallar había juzgado en términos de bondad. No se había equivocado: «*Ave Maria, gratia plena, Dominus tecum...*»

LA TARDE DE LOS HUESOS

A espada, pica y cuchillo. No malgastaría pólvora. Sir William Stanley contó de nuevo a los prisioneros: cuarenta; veinticinco hombres, diez mujeres y cinco niños. Prácticamente todas las almas de la aldea que había ordenado quemar hacía dos horas.

—¡Wilkes!

—¡Señor!

—¡A mi señal, y rápido! ¡Acorte la agonía! Y caven luego las tumbas. ¡Una por cabeza!

—¿Una por cabeza, capitán? ¿Por qué no obligamos a los prisioneros a que lo hagan ellos? Los soldados, señor..

—¡Una por cabeza! Y usted, alférez, cavará la primera. ¡Es una maldita orden! Tan sucia y asquerosa como la que también le acabo de dar para que ponga fin a las vidas de esos miserables. ¿Queda claro, Wilkes, o prefiere pagar su insolencia con una mano de azotes?

Volvió de nuevo a contemplar la faz de la miseria y de la desesperación. Entre aquellas gentes, ambas damas caminaban orgullosas y altivas. Como lo hacía igualmente la

inocencia. Aquellos miserables conformaban su ejército. Habían sido esclavizados por ellas desde el nacimiento, sin promesa de redención. Hoy esas altivas damas cobrarían su inaplazable tributo. Y lo harían merced a él, William Stanley, su intachable servidor y recién nombrado caballero a manos de sir William Drury, con el total beneplácito de la diosa Gloriana. Por ella sus mejores hijos, como él, sacrificaban todo... incluida la posibilidad de mirarse sin vergüenza en el espejo. También eso era parte de la soldada.

Miró la tierra antes de bajar la mano que señalaría el comienzo de la carnicería. Necesitaba en esos últimos segundos recordar una vez más por qué estaba allí a punto de hacer aquello. Una vez más... y había perdido ya la cuenta de cuantas veces lo había hecho a lo largo del día. Pero quizás esta, la última, le permitiera encontrar un sentido. No podía dejar de darse esa oportunidad, equivalente en sí misma al último y desesperado trago de agua del naufrago. Una vez más... para recordar a James Rowley.

Decir que él y sus hombres le habían encontrado muerto clavado a la puerta de su torre de piedra sería empezar por el final. Constituiría una falsedad sostener que las muertes de aquellos miserables que iban a ser ajusticiados eran el legítimo pago con el que se vengaba el salvajismo y la ferocidad con el que las huestes de Desmond habían actuado aquellas pasadas semanas. Hacerlo sería, además, injusto, porque hoy era tan viejo que a sus treinta y un años sabía que la primera víctima de la guerra, de todas las guerras que él había presenciado, era la justicia. Lo había visto con Alba en sus primeros años como soldado. ¿Habían sido justos alguna vez el fuego y la espada? Había creído en un remoto pasado que sí. Hoy reconocía cuán equivocado había estado. No, no sería justo recordar solo a James Rowley. Porque si de recordar se trataba habría que retrotraerse a la tarde de los huesos.

La llamaba así. No tenía mejor nombre. Incluso sus hombres se habían adueñado de esas palabras. Circulaban entre carcajadas en los fuegos de campamento. Eran ya parte de un bagaje que los pocos que vivieran después de pasar por aquel infierno dejarían a sus nietos. Seguirían en sus últimos años rememorando aquella tarde en la que se habían plantado ante el castillo de Askeaton para forzar a Desmond a rendirse, siguiendo así las órdenes del más letal de los hombres: el idiota con mando. Malby. Nicholas Malby y sus malditas órdenes. Malby y sus asesinos. Los que habían asado los pies del obispo O'Healy con botas de hierro antes de colgarle, los mismos que entre risas habían ahorcado a más de doscientos en su camino a Askeaton. Vivían para matar. Los Wilkes de este mundo. Ataviados con casacas que les otorgaban pleno derecho a saciar su sed de sangre. «Son buenos soldados, Stanley. Y lo son porque ansían matar. ¡Mírelos!» No había hecho otra cosa. No podía hacer otra cosa. Su infierno personal consistía precisamente en eso: en contemplar cada día el eficiente trabajo de Circe. No eran hombres a los que como capitán mandaba. Habían tomado la poción de la diosa de Eea y ahora vagaban en esta otra isla convertidos en bestias, despojados de toda humanidad. ¿Quién sino el animal abriría el vientre de madres que aún no habían dado a luz su fruto? ¿Quién sino la bestia ahorcaría a niños y obligaría a sus padres a contemplarlo?

Como ingleses, recogían el fruto de la ira y del odio. Eran los Malby y los Wilkes quienes cada día echaban en tierra fértil aquella simiente que luego regaban con sangre. Ganaban batallas, sí, como Monasternenagh, entre Bruff y Croom. Pero su guadaña solo podía segar un número limitado de cabezas, menos siempre que las que el odio engendraba y aquella tierra paría. Hacerlo, además, requería vencer el miedo. Y no era fácil. «¡Ubuuuu!» Sonaba así. Había sonado así. Él lo había escuchado: el grito de batalla del salvaje entre la traicionera niebla de la mañana. Helaba la sangre.

Por esa razón Malby les había situado con el río Maigue a sus espaldas en Monasternenagh. Romper la formación y huir habría equivalido a morir ahogado en profundas aguas que la turba ensuciaba. Por eso habían luchado como lo habían hecho: con la desesperación del acorralado. Porque solo la desesperación les había permitido aguantar el feroz y ciego embate de los *gallowglasses*. Los mosquetes servían de poco en esos casos porque su cadencia de tiro era lenta. No contaban con hombres cuya destreza les permitiera una rápida y segura recarga. La vida pendía entonces de las picas.

Los había visto varias veces en su vida. Cara a cara. En el combate. Los McCabe más al norte, con O'Rourke. «*Aut vincere aut mori.*» Era su lema. Valientes hasta la locura. Diestros con el hacha como solo podían serlo los hombres de las tierras altas que desde la niñez hacían de aquel filo su mejor aliado. Y luego estaban los MacSheehy. Habían seguido el estandarte de los Fitzgerald durante siglos y seguirían haciéndolo hasta su exterminio. Gerald Fitzgerald, conde de Desmond, empleaba a muchos, pero la mayoría se había unido a sus hermanos, John y James. Estos eran los hermanos a los que habían combatido aquel día en Monasternenagh y a los que habían obligado de nuevo a retirarse al bosque. Pero ¿a qué precio? ¿Había merecido la pena? Hoy debía recordar las caras que había visto, hundidas en el barro. Las de los que habían muerto para que él siguiera vivo. El precio de la mutilación. La amarga cara de la victoria. Ahí residía su esencia: el vencedor quedaba vivo y con ojos. Y no podía evitar ver. Vivir para contemplar un nuevo amanecer en el que, con los Malby y los Wilkes, con la escoria asesina de este mundo, se mediría a hombres que como Gerald Fitzgerald luchaban por mantener lo que sus padres les habían legado. ¿Quién sino el ladrón les tacharía de rebeldes?

Nadie iniciaba una guerra sin una excusa. Y la suya era

aparentemente intachable: luchar, matar... y morir en aquella última esquina de Europa, en aquel reducto de tierra virgen estancada en el tiempo de la leyenda, era el fin más noble del ser civilizado, cuya esencia como soldados ingleses representaban. Matar al salvaje, como otros lo habían hecho en el Nuevo Mundo, era un acto de fe. Fe en el nuevo hombre de la nueva era, una que habría de elevarlos hasta las estrellas. ¿No hablaba así el poeta? Sí... comulgaban con el creador de sueños que leía en el futuro para hallar en él la excusa que permitiera quitar de en medio los obstáculos humanos del presente. Era, además, fácil hacerlo cuando se observaba la conducta de los salvajes: en Youghal, los irlandeses habían arrasado la ciudad, derribado sus muros, incendiado, saqueado y repartido sus mujeres por lotes que luego se habían distribuido entre los clanes más aguerridos; en Smerwick, las huestes de John y James se habían lanzado abiertamente en socorro de lo que el miserable jesuita Sanders había desembarcado: un grupo de pordioseros que no habrían podido avanzar y ocupar una sola milla por sí solos.

Sanders, Nicholas Sanders... Aquel desembarco tan solo había pretendido prender la mecha para que se diera la explosión de los clanes del sur. Los Sanders de este mundo: representaban la fe, pero no la caridad que esta defendía. De haberlo hecho no habrían sacrificado a aquellos infelices.

Había oído que el jesuita vagaba ahora entre el bosque y la ciénaga. Solo le quedaba buscar una esquina donde morir porque ya no tenía ejército, aunque sí el incendio que había buscado con su descabellada acción. Llamas que arderían durante años... porque les había dado a ellos, los ingleses, la excusa perfecta para el saqueo y la violación: la tierra sería suya porque así lo habían querido los salvajes que la habitaban. El nuevo hombre lucharía para erradicar el falso papismo, los hábitos de la trashumancia, evidencia de su salvaje retraso..., las crueles leyes de los Brehon. Irlanda

ardía, sí, pero no solo porque Sanders hubiera desatado ese incendio sino porque ellos, los ingleses, lo habían alimentado. ¿No era eso lo que habían hecho la tarde de los huesos?

Askeaton había sido bello. Los muros de caliza gris de la abadía franciscana se habían levantado orgullosos hasta hacía bien poco a orillas del Deel, la misma corriente que bañaba a su frente la isla sobre la que se erguía el imponente castillo de los Fitzgerald. Era esa geografía, precisamente, la que había enervado más de lo habitual a Malby: Desmond habría aguantado en aquel baluarte durante meses si hubiera sido necesario, tantos como hubiera sido preciso esperar hasta que llegara la ayuda española en la que él y sus gentes ciegamente creían. ¿Fue eso, el tiempo que no tenían para un asedio, lo que le obligó a dar la orden? ¿Quiso con ello sacar al zorro de la madriguera? Si fue así, lo consiguió. Hoy Gerald Fitzgerald, decimocuarto conde de Desmond, se movía con sus huestes como un animal desbocado que no guardara recuerdo alguno de los años en los que dócilmente hubiera obedecido el dictado de la brida. Luchaba con ferocidad, con desesperación... la que Malby había desatado al desenterrar frente a él los restos de los antepasados enterrados en la abadía... La tarde de los huesos. El conde lo había visto desde su torre: soldados jugando vergonzosamente con calaveras a las que primero habían dado de beber y luego pateado hasta hundirlas en el Deel; los huesos de su primera esposa orinados y cubiertos de excrementos por una soldadesca brutal animada a hacerlo por mandos como Wilkes, ebrios de ron y venganza. Y luego... las llamas, que habían devorado en pocas horas las sagradas paredes de lo que hasta entonces había sido... tan solo... un reducto de paz y oración.

Malby, sin embargo, no era un ser inteligente. Si lo fuera, hoy podría creer que todo aquello había tenido por objetivo conseguir aumentar deliberadamente la virulencia

del fuego ocasionado en primera instancia por Sanders y Fitzmaurice. Pero no había habido, ahora estaba seguro, un plan premeditado. Si hubiera sido así, hoy Malby tendría su reconocimiento, el de un capitán inglés como él que había visto aquello mismo en el pasado, en otra guerra, en otro lugar. El odio podía llegar a cegar al enemigo. Por esa razón y en ciertas dosis, como si fuera un veneno, podía a veces ser un buen aliado. El duque de Alba conocía bien ese remedio y cómo aplicarlo. Pero Malby no era de su escuela. Los Malby de este mundo, como los Wilkes, saciaban simplemente su instinto asesino. Mataban para ser fieles a su naturaleza: la misma que guiaba a la bestia. ¿Podía esa conducta explicar la muerte de James Rowley, su amigo?

Podía. Lo hacía. Porque aunque no hubiera sido buscada premeditadamente, la inmediata consecuencia de la tarde de los huesos había sido la de la acción inmisericorde guiada por la ira en el enemigo. ¿No era siempre así? ¿No acababa el perro que guardaba un mínimo de nobleza en su interior rebelándose y mordiendo la cruel mano de quien le infligía un injusto castigo? Amos y animales. James Rowley había sido lo primero. Pero no había sido, que él supiera, cruel a la hora de sacar adelante una hacienda en la que habían trabajado muchos irlandeses. ¿Acaso había importado?

Atacaron por la noche. Alguien, como luego pudo averiguar, había dejado abierto el paso hacia el interior de la pequeña torre. Y no hubo más, porque la sentencia de muerte se dictó en el mismo instante en que aquel enemigo silencioso pudo cruzar el umbral. Él mismo había visto los cadáveres, todos decapitados a excepción del cuerpo del amigo que había sido clavado en su totalidad a la tablazón de entrada. Aquello fue lo que más le había impresionado. ¿Dónde estaban esas cabezas? ¿Qué se había hecho con ellas? ¿A qué remota esquina de aquel salvaje paraíso habían sido llevadas por la jauría? ¿También habían sido pateadas?

Es lo que habría querido preguntar a Angus O'Daly cuando se habían visto en secreto. Como bardo habría tenido la respuesta. Pero no había tenido coraje para hacerlo. Habría sonado a reproche y él, como soldado inglés, no tenía ninguna fuerza moral para hacerlo. No era mejor que ellos. O'Daly, por su parte, actuaba simplemente como correo de la condesa. Cumplía con su obligación: le entregaba las misivas que luego él hacía llegar hasta Londres. ¿Llegaban a manos de la reina? Creía que sí, aunque no tenía certeza absoluta ni quería averiguarlo. Por esa razón se limitaba tan solo a entregarlas al enlace militar, en secreto y al margen de cualquier otro despacho. Esa era la orden que había recibido de lord Burghley, cuyo peso político al lado del trono era más que patente. Nadie, ni siquiera Walsingham, podía compararse a él. Actuar como agente a su servicio no era, nunca lo había sido, un encargo sujeto a discusión. El flujo de información, por razones que él siempre desconocería, era necesario; debía mantenerse a cualquier precio, como Burghley había ordenado; y él estaba en Irlanda para satisfacer ese deseo real, si es que en verdad lo era.

La última tarde, sin embargo, había preguntado y dicho otras cosas a aquel hombre sabio. Entre ellas, algo que seguía pensando... algo que seguía queriendo hacer. No había pensado en los detalles. No estaba en su mano, tampoco, decidir exactamente qué pasos habría de dar y en qué dirección. Lo ignoraba, como ignoraba en qué recóndita esquina de su interior habría de encontrar la exacta respuesta a su necesidad. ¿Era hastío de la guerra? No. Era soldado, moriría soldado. Solo sabía hacer aquello, pero no quería seguir haciéndolo con las reglas de los Malby. ¿Era esa su íntima razón? Quizás. Y si lo era, ¿no se traicionaría a sí mismo siguiendo el falso señuelo del honor? ¿Era eso lo que buscaba? ¿Una esquina del mundo donde el honor tuviera cabida en el combate? El bardo O'Daly no había hecho preguntas. Sencillamente le había dejado hablar. Como lo

habría hecho un confesor frente a un alma angustiada. Y entonces lo había dicho en voz alta. Por primera vez. Lo que casi ni siquiera se había atrevido a decirse a sí mismo en la intimidad de la noche: «quiero abandonar el servicio inglés para unirme a los españoles». Lo había dicho rápido y sin pausa, como se habría de beber el veneno para quitarse la vida. Quizá fuera eso, después de todo: morir para poder vivir. Dejar de ser lo que se era para poder renacer a una nueva vida... lejos de allí, quizás incluso en el mismo Flandes de sus nunca olvidados retazos de juventud. Había sido feliz allí. Así lo recordaba. Había habido privación y dolor. La guerra nunca sería guerra sin esos hermanos a su lado. Pero había habido camaradería. Recordaba aquellas caras mejor que las de los soldados que hoy le acompañaban. Aquí... sentía la soledad. Una, además, que era dolorosa en extremo: la que solo puede sentir un soldado que no encuentra razón en conciencia para sentir respeto por los suyos y sí, en cambio, la obtiene para hacerlo con el enemigo. Había visto la mirada de los irlandeses al ser atacado por ellos, minutos antes de que murieran ajusticiados o cuando amargamente habían visto arder lo poco que habían poseído: era la misma que la del niño a cinco pasos que moriría cuando él bajara la mano dentro de unos segundos. Una muy distinta a la que ahora podía apreciar en Wilkes.

SEETHING LANE

Su segundo hogar en Londres, después de la casa frente a la vieja muralla que la familia había ocupado desde 1568 en la zona cercana a Crosby Place, no estaba lejos de la Torre; razón por la cual sir Francis Walsingham no había dudado en su día en invertir una sustancial suma de dinero en su compra. Las ampliaciones, dos en diferentes períodos, habían venido más tarde, cuando las tareas de gobierno habían hecho necesario disponer de más espacio. Le gustaba vivir y trabajar allí. Seething Lane, situada como estaba en lo alto de la pequeña loma frente al recinto amurallado, era una calle tranquila, donde apenas se dejaba notar una ínfima parte del bullicio que a unos pocos minutos, como en Billingsgate, resultaba tan molesto. No era raro, por tanto, que Thomas Phelippes tuviera hoy que acudir precisamente allí a despachar con el hombre de quien su sustento había dependido los últimos años. A ojos del mundo, Walsingham era el patrón al que servía como secretario. Para los muy pocos mejor informados, era algo más, lo que explicaba por qué el tiempo que se veía obligado a pasar en Seething Lane había ido en aumento durante los últimos tres años.

En ese período la red de informadores en el exterior

había crecido considerablemente. Que él supiera, porque sir Francis se lo hubiera confiado, había doce puntos permanentes de inteligencia en Francia, nueve en Alemania, cuatro en Italia, otros cuatro en España, tres en Flandes y uno en Constantinopla, Argelia y Trípoli respectivamente. Y a ellos había que añadir los centenares de carácter irregular, normalmente domésticos, que tanto papel habían obligado a acumular. La canalización de aquella información y, sobre todo, el cruce de la misma, como ocurría en casos como el de Francia, donde la red de agentes era extensa, hacía inviable dedicar al trabajo las esporádicas jornadas del pasado. La labor ahora requería una constancia prácticamente diaria y un minucioso escrutinio. Solo así podía quedar asegurado en un alto índice de ocasiones que el dinero entregado no había ido a parar a las manos de uno de los muchos que sabían que sir Francis pagaba bien, sobre todo si esa información tenía que ver con la infiltración de agentes católicos o jesuitas, y que para cobrar estaban dispuestos a cualquier cosa. Ocurría a veces: alguien, aun a riesgo de perder su vida con posterioridad en un anónimo callejón, sencillamente aderezaba una historia a cambio de recibir el pago de rigor. Esa era la paja a separar del grano que representaban quienes acudían a Phelippes tras haberse asegurado de que lo que iban a vender era una mercancía que el comprador no rechazaría, especialmente cuando había sido obtenida en las circunstancias más ventajosas. Tal era el caso de algunos informadores que él había conocido que habían empleado un tiempo en prisión para conseguir las confesiones de reos católicos a los que el dolor y la privación les habían hecho ceder al abrazo del falso amigo de celda.

Los soplones y espías eran tan variopintos como la información misma, hasta tal punto que nadie habría podido catalogarlos. A lo sumo, habría podido establecer dos grupos, algo que sir Francis le había explicado desde el principio de su carrera: los que actuaban por dinero y los que lo hacían

por principios. De poder o tener que elegir, siempre era mejor acudir al segundo. «Las ideas y los principios, Thomas, conducen a los hombres a cimas que el dinero solo puede entrever.» Era algo contrario a lo que Phelippes siempre había sostenido hasta entonces, pero el tiempo parecía haber dado siempre la razón a un secretario de estado como sir Francis para quien el estudio de la naturaleza humana constituía no solo una obligación sino incluso un placer, uno de los pocos, junto con la cetrería, que se permitía en su vida.

Maliverny Catlyn pertenecía a ese último grupo. Phelippes le había conocido por primera vez en Cambridge, y ya había sido entonces visible en él, pese a sus pocos años, la tendencia puritana que en el adulto habría de ser tan evidente. Luego había seguido un tiempo en el ejército, donde sir Francis, aprovechando su paso por Francia como embajador, le había reclutado. Reservado y culto, Catlyn era uno de los hombres más inteligentes de aquel creciente mundo de sombras. Tenía talento, sobre todo para el rastreo: donde otros jamás habrían visto ni siquiera la huella del agente católico, la rápida y sorprendente intuición de Catlyn le abría insospechados caminos a la madriguera. En esos casos, sin embargo, jamás cobraba la pieza en persona. Se limitaba tan solo a guiar a los cazadores, renegando así de la recompensa ofrecida por la entrega del trofeo. Era su rasgo más sobresaliente, pero uno que le había permitido tener una carrera más larga de lo acostumbrado: su rostro no era conocido. Los católicos que habían visto caer hasta cuatro sacerdotes en aquellas redes jamás habían podido poner cara a quien en primera instancia había denunciado la ubicación de los escondrijos, o a las familias que habían custodiado a los religiosos.

Trabajaba por lo general solo, salvo en casos, como el que Phelippes tenía que examinar hoy, en el que por imposición de sir Francis se había movido con otro agente

más veterano, Walter Williams. Lo había exigido el terreno, pero la experiencia no había sido del agrado de Catlyn, algo que se hizo evidente en las primeras respuestas al interrogatorio de Phelippes.

—Yo habría querido permanecer en Roch más tiempo, señor, pero Williams se empeñó en seguir adelante. Eso nos dejó con las manos vacías.

—¿Por qué, Williams, impusiste tu criterio a Catlyn?

No era una pregunta que Williams pudiera contestar con facilidad. A la confusión de los hechos en su momento, debía añadir ahora la de su propia mente, acrecentada por la lacerante mirada de un hombre como Phelippes que no solía ser compasivo con el error.

—Seguimos al sospechoso prácticamente desde su desembarco en un punto aislado de la costa que nos habían señalado, señor. Era él. Tenía que ser él. Le dejamos caminar hasta llegar a la montura que le proporcionó un campesino. Luego fuimos tras sus pasos de nuevo, procurando acortar la distancia. Se dio a la fuga en dirección al bosque de Eweston en el mismo segundo en que le dimos el alto. Así que disparamos, señor Phelippes, pero luego no encontramos el cuerpo. Estuvimos cerca, lo sé, de cogerlo pero se nos escapó de entre los dedos.

—¡No escapó! —dijo tajantemente un Catlyn a quien la respuesta de Williams parecía haber molestado profundamente—. La herida era mortal, estoy casi seguro. No pudo haber ido muy lejos. Lo sé porque fui yo quien disparó.

Phelippes zanjó aquel primer conato de confrontación con un rápido gesto de su mano. Por experiencia sabía que las recriminaciones mutuas no aportaban ninguna claridad. Y si algo necesitaba era precisamente un análisis sosegado y frío de algo que para él, como su pregunta evidenció, resultaba todavía confuso.

—Catlyn, ¿visteis a alguien en el bosque que pudiera haberle cobijado?

—Lo vimos, señor, pero no consideramos que pudiera haber prestado ninguna ayuda al irlandés. Era un sucio carbonero. Estaba sentado a la lumbre y su perro nos cerró el paso. El irlandés no habría podido pasar de allí. Lo más seguro es que diera un rodeo...

—Por eso, si me lo permite, señor —dijo Williams, aprovechando la pausa—, convencí a Catlyn de seguir adelante, sin permanecer en Roch. El irlandés tuvo por fuerza...

—... que seguir adelante, como dices. ¿Herido mortalmente? —preguntó Phelippes con evidente escepticismo y antes de seguir con su propia deducción—. Lo dudo, Williams. Lo dudo mucho. Más bien me inclino a pensar que antes de adentrarse en el bosque para morir pudo dejar la mercancía a recaudo en algún lugar. ¿Dices que aquel carbonero no os resultó sospechoso? ¿No pudo habérselo entregado a él?

—Nada hay seguro, señor Phelippes —respondió Catlyn con rapidez—, pero lo dudo mucho. Habríamos visto algo... su caballo, por ejemplo. Allí no había nada que nos hiciera sospechar. El mismo carbonero se habría delatado al hablar, y aquel hombre parecía tranquilo una vez que le hicimos saber que no le haríamos daño. Por eso yo quería haber vuelto sobre nuestros pasos para permanecer en Roch un tiempo. Alguien...

—Debisteis hacerlo —sentenció Phelippes con brusquedad—, ahora ya no cabe mirar atrás.

La contrariedad sentida era evidente en él. Había costado tiempo, energía y dinero conseguir información fiable y detallada del canal de contacto que los rebeldes irlandeses habían establecido con el embajador Mendoza. Era cierto,

todo se debía en origen a un golpe de fortuna, pero en aquel oficio no constituía algo extraordinario. Lo importante, lo que realmente separaba el éxito del fracaso, era el talento consistente precisamente en admitir que la casualidad nunca explicaba las coincidencias y que ningún comentario, por irrelevante que pudiera parecer, debía ser desechado. En Catlyn ese tipo de habilidad estaba desarrollada hasta un extremo desconocido en la mayoría de informadores, lo que en sí mismo explicaba por qué había tenido tanto éxito a la hora de descubrir los escondrijos católicos. Muy pocos habrían reconocido la cara de un parroquiano en un burdel de la orilla sur como la misma de alguien a quien había visto rondar en dos ocasiones la residencia de Mendoza. Y menos aún habrían sido los que en el oficio hubieran dado importancia al aparentemente trivial comentario, acompañado de un guiño, que aquel hombre había hecho a la prostituta con la que compartía mesa sobre el amigo galés a quien ambos habrían de ver a los dos meses. Para Catlyn, eso había bastado. Con el dinero entregado con posterioridad a la misma mujer a cambio de retazos de información y la paciencia debida, el cuadro había ido tomando forma. Y mostraba a las claras a un galés procedente de Roch, católico según creía la prostituta y para quien esta solo tenía el nombre de H, que a intervalos regulares de cuatro meses visitaba Londres para encontrarse en el burdel con aquel hombre a quien en dos ocasiones había entregado a hurtadillas lo que a la mujer le había parecido un pequeño fajo de papeles. Esos habían sido los datos seguros y concretos con los que habían contado. Luego habían existido otros: meras elucubraciones a partir de detalles, como el broche irlandés que el galés había regalado a la prostituta, pero no por ello menos importantes a la hora de conformar la hipótesis que Catlyn había expuesto a sir Francis: que ordenados secuencialmente aquellos datos hablaban a las claras de un canal de información que iba desde Irlanda

hasta Ely Place, donde Mendoza tenía su guarida.

El secretario de estado había dado por buena aquella suposición, no tanto, creía Phelippes, porque le pareciera lógica o verosímil, sino porque procedía de Catlyn, cuyas excelentes dotes intuitivas reconocía. Por esa razón Walsingham le había dejado obrar como lo había hecho, acudiendo a Gales con la intención de detener al hipotético enlace irlandés y poder así llegar a conocer detalles tanto de quienes le habían enviado desde Irlanda como de quienes le esperaban para llevar el mensaje a Mendoza.

Nada, sin embargo, había salido bien, lo que reducía la capacidad de actuación futura al mínimo. No eran muchos los pasos que ahora se podían dar, aunque sí había uno que parecía evidente.

—Williams, ¿cuándo exactamente perdisteis la pista?

—Fue en la noche del miércoles, señor Phelippes. De eso hace seis días.

«Lo que significa que aún podemos estar a tiempo de cazar al enlace si es verdad que se hizo con la mercancía, si acude al burdel y si somos capaces de identificarle», reflexionó Phelippes tras hacer un rápido cálculo de las jornadas necesarias para cubrir la distancia entre Roch y Londres. «Demasiados síes.»

—Bien. Estas son mis órdenes, Williams. Cúmpleslas y recibirás tu dinero. De lo contrario no habrá pago alguno, ni por esto ni por la jornada de Roch.

No hubo protesta alguna. Con Thomas Phelippes no habría servido de nada, salvo, quizá, para no volver a trabajar para él o algo peor, como imaginó de inmediato. Los resultados habían sido nefastos y en gran medida la culpa era suya, pensó Williams. Aceptaría lo que viniera, por muy duro que pudiera resultar.

—Acude a...

—¡Hará lo que yo le ordene, Thomasss!

La voz de sir Francis sonó a sus espaldas. Apenas audible. Sibilante. Ninguno se había dado cuenta de su presencia en aquella estancia, la más nueva de las ampliaciones, conectada con la casa principal y depósito organizado de documentación.

—De nada serviría sentarse a esperar. El pájaro ya ha volado. Quiero que Williams vigile en Ely Place, Phelippes. No estamos cubriendo bien las entradas y salidas de la embajada española y ahora más que nunca es conveniente que vigilemos a Mendoza. Es importante que pongamos nombre a las nuevas caras. ¿Lo has entendido bien, Williams?

Era la cuarta vez en su vida que veía a sir Francis, a quien ahora hacía una reverencia con visible nerviosismo. La primera había sido hacía cinco años en la prisión de The Clink, en donde Williams había permanecido catorce meses hasta poder comprar su libertad a cambio de información sobre dos presos.

—Bien. Retírate.

Sir Francis esperó a que el sonido de los pasos se perdiera. Luego se dio la vuelta para encarar a Catlyn, a quien ordenó sentarse con un gesto de sus ojos. Antes de volver a hablar, sin embargo, se tomó un tiempo para primero leer con parsimonia la documentación sobre su mesa y luego entregar a Phelippes un par de papeles firmados con mano titubeante. Era un hombre, como Catlyn pudo ahora examinar con detenimiento, cuya natural palidez quedaba incrementada por ropajes de un riguroso negro en el que no tenía cabida ninguna clase de ornato, ni siquiera un minúsculo brocado. Movía con destreza sus dedos, extremadamente finos, sobre un papel que cada poco alisaba en los bordes con sus yemas. Transmitía pulcritud... y frialdad, especialmente cuando hablaba. La obvia molestia que creaba en el oyente con su tono deliberadamente bajo,

incluso cuando daba órdenes, parecía complacerle. Eran pocos los que podían responder de inmediato sin necesidad de disculparse por tener que solicitar una aclaración que, normalmente, era ofrecida acompañada de un gélido esbozo de sonrisa.

—¿Cómo ha dicho su señoría, si se me permite?

—Pregunto, Catlyn, si has estado alguna vez en Irlanda.

—Luché allí, como sabe su señoría.

—Oh, sí, lo había olvidado. Mis disculpas. ¿Estuviste en la zona fronteriza del Palé, no es así?

Catlyn se movió nervioso sobre su asiento mientras con su mano izquierda acariciaba un lóbulo, normalmente cubierto por el cabello, al que faltaba un buen trozo de carne, tributo a una bala que no había llevado su nombre. No imaginaba por qué su pasado militar en Irlanda podía ser ahora de importancia.

—Así fue, señoría. Estuve dos años allí antes de pasar a Francia.

—¿Y te gustaría volver, Maliverny?

No era realmente una pregunta, se dijo Catlyn, lo cual invalidaba la posibilidad de evaluar posibles respuestas. Ayer habría dicho que no incluso bajo tortura. Hoy sabía que, de hacerlo, su vida probablemente no se alargaría más allá de dos días.

—Lo haré si es necesario, su señoría.

—Y yo te lo recompensaré, Catlyn. Eres uno de mis mejores hombres. Por eso te necesito allí, algo que no sería necesario de haber cogido al irlandés.

Había aprendido rápido con Phelippes; en su mundo, no había jamás posibilidad de elección. El trabajo podía ser presentado de varias maneras, desde la brutal a la refinada, pero no era un plato que se pudiera rechazar. Sir Francis no

ofrecía. Exigía, aunque fuera, como ocurría en ese momento, con aparente delicadeza.

—Viajarás al sur entre las tropas que sir Arthur Grey de Wilton va a desplazar allí en la primavera. Habla con su secretario, Edmund Spenser. Phelippes te ayudará a encontrarlo. Tu labor, sin embargo, no será luchar. Eso sería fácil. Quiero que, por el contrario, te enfrentes a algo más difícil...

Dejó transcurrir unos segundos antes de continuar. Lo hacía habitualmente. Ese breve tiempo, durante el cual su acerada mirada se posaba sobre el interlocutor cuando este se debatía aún en la incertidumbre sobre lo que habría de ser su inmediato futuro, ofrecía, pensaba sir Francis, la cara más vulnerable del ser humano, la que no salía a relucir cuando se era enteramente consciente de la necesidad de erigir defensas.

—¿Alguna duda, Catlyn?

—Nin... ninguna, señoría —respondió con un inicial pero rápidamente dominado titubeo—, solo espero no defraudar.

—No lo harás. Estoy seguro. Bien, presta atención...

Phelippes dio un paso para acercarse. La experiencia le decía que lo que habría de seguir sería dicho en un tono ligeramente inferior. No debía perder una sola palabra.

—Viajarás con Grey de Wilton, pero quedará claro con el salvoconducto que Phelippes te entregará que respondes ante mí. Establecerás contacto con el alférez Stephen Wilkes. Es un sobrino del escribano real, Thomas Wilkes, y sirve a las órdenes del capitán William Stanley. ¿Conoces a alguna de las personas que he nombrado, Maliverny?

Negó con la cabeza. Uno de los nombres, el del escribano del consejo privado de la reina, le era familiar, pero jamás se había cruzado en su camino.

—Wilkes, como digo, te ayudará en lo que necesites. Tu tarea será doble. Averigua para empezar cómo viajan las cartas que la condesa de Desmond escribe a la reina. Alguien en inicio debe pasarlas desde el enemigo a nuestra zona. Y aquí se hace igualmente necesario averiguar cómo llegan a la mano real. Supongo que no te llevará mucho tiempo. En segundo lugar...

Sir Francis hizo de nuevo una pausa para estudiar las facciones de un rostro que ahora no solo no dejaba traslucir ninguna clase de emoción sino que le miraba directamente a los ojos. Aquellas frialdades e indiferencia serían útiles...

—... En segundo lugar, como digo, están los españoles... Hay informes de La Coruña que indican que van a desembarcar nuevas tropas en Smerwick. No parece que sean muchas en principio, pero vendrán más. Procura moverte todo lo que puedas en la zona costera del sur, en la franja que va de Waterford a Kinsale. Esa, por fuerza, ha de ser la zona donde operen sus espías.

—Si han de desembarcar más tropas y bastimentos —intervino Phelippes sin que sir Francis hiciera nada inicialmente por impedirselo— lo intentarán allí. En el setenta y cuatro...

—Lo recuerdo perfectamente, Thomas, pero son detalles antiguos que no ayudarán a Maliverny.

Su observación, como Phelippes pudo observar, había causado malestar en sir Francis. Conocía a su señor y aquella cortante respuesta a su comentario solo podía indicar que el recuerdo de ciertos fracasos seguía siendo doloroso. Habían perdido entonces la posibilidad de eliminar a dos espías, según habían deducido, que se habían movido en esa zona con la intención de suministrar el mayor número de detalles sobre puertos y zonas de desembarco. Solo uno de ellos, un capitán de infantería, había sido capturado, pero ni siquiera en aquel caso las cosas habían salido bien; a los dos días, sin

tiempo para que el potro le hubiera forzado a confesar, había conseguido escapar con alguna clase de ayuda local que no habían podido precisar. Con todo, se dijo Phelippes en su propio descargo, era conveniente recordarlo: si los españoles consideraban seriamente la posibilidad de enviar refuerzos, lo harían a esa zona. La presencia de aquellos espías en el pasado lo corroboraba. Habían hecho daño. Conocían bien la zona. Era la más cercana a España y el conde de Desmond contaba allí con muchos brazos dispuestos a luchar junto a un ejército invasor.

—Haré como ordena su señoría. Entiendo que mis informes...

—Entrégaselos a Wilkes, Catlyn. Es de entera confianza. Uno por semana, aunque no haya nada reseñable o digno de mención. Si así ocurriera, si no hubiera nada, entonces... háblame... de... los halcones. ¡Sí, los halcones!

No había en aquellas últimas palabras, creyó Catlyn, ironía o doble sentido. Walsingham, podría jurarlo, había hablado para dar rienda suelta durante dos segundos, los mismos que había tardado en sofocar la ligera risa que había acompañado su gesto, al hombre libre de cargas que probablemente solo en muy contadas ocasiones y durante muy breves espacios de tiempo lograba ser. Sabía de su afición a la cetrería. Williams se lo había dicho. En su mansión campestre de Barn Elms, sobre la orilla del Támesis y a escasa distancia de Westminster, Walsingham tenía ocho aves de presa, tres de ellas regalo de la mismísima reina. El secretario de estado se refugiaba allí: un lugar en el que, de creer a Williams, se había llegado a ver a sir Francis, vestido como un campesino, reír a carcajadas al jugar con su hija Francés, hoy dama de compañía de Elizabeth. Costaba creer que aquel semblante adusto enmarcado en la negrura pudiera, siquiera durante unos segundos o minutos, dar rienda suelta a una alegría que Catlyn no había imaginado

que existiera.

No era el único en reflexionar de esa manera. Otros como Phelippes lo habían hecho también en el pasado al verse sorprendidos por reacciones como aquella. En este último caso, sin embargo, los años al lado del secretario de estado habían añadido algo que por fuerza Maliverny Catlyn ignoraba en aquel momento: que la risa no era parte de la esencia verdadera del hombre sino de su personaje. Nadie, ni siquiera él, conocía la verdad que se escondía bajo el negro de unos ropajes que parecía haberse extendido al cabello y las cejas. Había oído quejarse a sir Philip Sydney por la ausencia de un apelativo real para él, cuando el resto de consejeros, incluido Walsingham, tenía uno: «¿cómo puede la reina llamarle "moro" a él y a mí tratarme con desprecio?». «Moro.» Era acertado. Gloriana lo había engendrado. ¿Sería ella la única acaso capaz como diosa de ver lo que a los simples humanos no les era dado contemplar? Podría ser.

8

BERNARDINO DE MENDOZA

El reloj había hecho sonar dos campanadas en la madrugada, pero volvería a preguntarlo. Mil veces si fuera necesario. La hora y el cansancio eran lo que menos importaban en esos momentos.

—Otra vez, Quinn. ¿Quién era el jodido carbonero? ¿Tiene un puñetero nombre? ¿Vive en alguna otra pocilga que no sea ese agujero de mierda en el culo del bosque de Eweston donde hace el carbón? ¡Recristo, quiero respuestas!

No las había. Quinn lo había gritado a los cuatro vientos durante aquellas dos horas: H no había explicado prácticamente nada, salvo el asombroso gasto hecho para poder traer la daga. Pero ¿por qué quería Mendoza esos detalles? «¿Qué coño importan?»

—Le he dicho todo lo que H me contó, señoría. No hay más. No lo puedo inventar. Estará en Southwark hasta pasado mañana. Podemos...

—¡Ya lo sé! Ya sé lo que podemos hacer, Quinn: sacarle de la cama, traerlo aquí y de paso exponerle a ser identificado por esos hijos de puta —dijo el embajador extendiendo bruscamente el brazo hacia la ventana.

Thomas Quinn nunca antes había visto a Mendoza así. Había habido momentos malos en aquel año y medio que llevaba como embajador residente, pero ninguno como este. Nunca antes se había dirigido a él con ese grado de insolencia. Solo el contenido del papel extraído de la daga que H le había entregado en Southwark, y que Mendoza se había apresurado a guardar en un cajón bajo llave, podía explicarlo. Había generado, pensó, una reacción inmediata y extraña. Mendoza lo había leído tres veces acercando, como en él era últimamente habitual, los ojos hasta casi tocar el papel con los mismos y luego se había dejado caer literalmente sobre el sillón del ángulo más alejado, su mirada fija en un punto inconcreto de la pared opuesta. Así había permanecido durante al menos media hora, hasta que habían empezado las preguntas. Una detrás de otra. Sin respiro. En un tono que había ido aumentando hasta llegar a la abierta e hiriente recriminación por la falta de respuestas.

—¿Hasta pasado mañana, dices?

—Señor, eso fue lo que él dijo.

—Bien, pues si es así... prepara el barril y dale una patada. En los mismos cojones si es preciso. ¡Lo quiero aquí al mediodía!

Lo habían hecho en otra ocasión y había dado buenos resultados, recordó Quinn. Con sir James Croft. Un barril de cerveza vacío, de los de mayor tamaño, acondicionado con paja en su interior para que el ocupante pudiera aguantar mejor los golpes. Entre otros dos y sobre un mismo carro no llamaba la atención y eso es lo que se pretendía. Que supieran en la embajada, la vez anterior las cosas habían salido a la perfección: sir James había entrado y abandonado el recinto por el mismo medio para seguir luego disfrutando del mismo grado de confianza en el consejo de la reina. H no podría quejarse. «Si es bueno para un par inglés, habrá de serlo para él.»

—Lo haré, señor. Estará aquí a la hora señalada... como que me llamo Thomas.

El embajador se quedó solo en la sala. Estaba exhausto. Aquellos pocos meses en Londres estaban empezando a dejar una huella evidente en su cuerpo: a su creciente dificultad para leer la documentación, se había unido en las últimas semanas un temblor de la mano derecha que le afectaba durante horas y que no podía en modo alguno mitigar. Sabía que Quinn y el resto de las personas a su cargo lo habían visto, pero nadie había hecho preguntas. «Y se agradece.»

Los hechos eran incuestionables: la acumulación de tareas a la que se veía obligado a hacer frente triplicaba la de sus antecesores en el cargo. No era, sin embargo, algo que quisiera evitar. De hecho, y en la inmensa mayoría de casos, su mano se encontraba en el origen de los problemas. Aquel papel, por ejemplo, extraído del pomo de una daga irlandesa aquella misma tarde, era una prueba evidente: el fogoso H lo había entregado a Quinn en Southwark y valía, literalmente, doscientas veces su peso en oro; no solo por su importancia, sino porque ese era el equivalente en monedas de dorado metal que aquel loco, si había entendido bien a Quinn, había dado a un carbonero en un oscuro bosque de Gales para poder conseguirlo. Y H era su criatura: criada con mimo a sus pechos y poseedora de un agudo instinto natural que desde Ely Place había tenido el cuidado y la paciencia de alimentar durante aquel tiempo. Era un Owen, y como ocurría con los perros de raza, la camada a la que pertenecía había preservado con fidelidad rasgos de descendencia únicos que marcaban la diferencia con el común de los mortales. Tenía muy pocas dudas al respecto: H, como su tío Hugh, con quien había trabajado en el pasado, había nacido para las sombras. Tenía lo que se necesitaba: inteligencia, valor y desapego. Y sabía, pese a su juventud, lo que aquellos que habían durado más de dos años en el oficio debían saber: cuidar de sí mismo, reír en la desgracia, silbar frente al

miedo, sacar partido a la falsa apariencia y, llegado el caso y tal como había hecho aquel MacSheehy, asumir con frialdad la necesidad de matar... o morir. Por eso se había entendido tan bien con el irlandés. Por eso aquel papel había llegado a sus manos.

«Uno que habla de una dulce promesa.» Inconcreta, pensó; sin forma, pero real. Siete palabras. Presas en el viento de la guerra. «¡Oíd, oíd, pueblos dormidos!» Así había gritado, como recordó de repente, un dominico en la Plaza Mayor de Valladolid, frente al convento de San Francisco, un lejano Viernes Santo. «¡Siete palabras en la cruz! ¡Siete!» había gritado repetidamente aquel hombrecillo de hábito raído ante su atemorizada y silenciosa audiencia. «¡Aprestad a su luz vuestros oídos!» Eso exactamente había añadido después en aquella gélida mañana. Y ahora esa última, extraña y sorprendente frase parecía cobrar sentido de repente. ¿Era eso lo que debía hacer? ¿Aprestar su oído a la promesa de luz salida de los labios de un capitán inglés en Irlanda? «*William Stanley busca el amparo de España.*» Ese era el mensaje surgido tras calentar el papel para hacer visibles los trazos del limón entre líneas. No había duda alguna. O'Daly había puesto esmero en aquel despacho, no ya solo para hablar del soldado sino para describir una situación desesperada en la que, como se especificaba, el conde de Desmond se había visto obligado a dar un salto en el vacío del que no habría vuelta atrás. Vagaba, como sus hermanos, de aldea en aldea, uno con la bestia a la hora de buscar abrigo y comida en el bosque. Miles habían sido ajusticiados, muchos más habían muerto de hambre. Para los pocos supervivientes apenas quedaba un vestigio de esperanza, el que repetía la balada cantada de fuego en fuego que hablaba de ayuda española. O'Daly lo había resumido en una frase: «No hemos olvidado las palabras del capitán Urizar.» «Tampoco yo», se repitió Mendoza en silencio mientras enderezaba sus pasos a la capilla de la

santa Etheldreda, dentro del recinto palaciego de los obispos de Ely en el que se encontraba la embajada. Había sido en el setenta y cuatro. Una misión rápida, aunque no carente de peligro, como el apresamiento de aquel capitán durante los dos últimos días había demostrado. O'Daly le había sacado de un pozo inmundo de tortura donde habría muerto de haber permanecido dos o tres días más. Pero había valido la pena, no solo porque Urizar hubiera estudiado con detalle fondeaderos, murallas y recursos, sino porque había dado consuelo y ánimos a los católicos irlandeses. «Y ahora el matadero irlandés.» El que la corona española había decidido que fuera al permitir el infame desembarco de desarrapados, prácticamente sin armas, siguiendo el estandarte de locos como Sanders. «¡Maldito Sanders!» O'Daly había escrito en el documento que la disentería le estaba matando. «¡Que se pudra en el infierno!» Esa no era manera de luchar. La guerra contra el inglés no se hacía así. El fanatismo del jesuita les había servido la victoria en bandeja. Solo faltaban las cabezas de los Desmond para completar aquella orgía de sangre. «Y las obtendrán. Sin tardar.» Lo que sabía de los preparativos en La Coruña, impulsados por el franciscano Mateo de Oviedo tal y como Juan de Idiáquez, el nuevo secretario, le había informado, no presagiaba nada mejor. Frailes y armas. No casaban. Se cometería el mismo error, porque el puño caía ahora sobre Portugal. Irlanda no entraba en los planes de los tercios. Nunca lo había hecho. ¿Lo haría alguna vez? ¿Había surgido la figura de William Stanley entre la bruma para cambiar ese destino?

Se sentó en el segundo banco de la nave, tras rezar arrodillado durante unos minutos. Le gustaba aquel lugar, especialmente el frente oeste en el que un impresionante vitral dejaba pasar el río de luz que tanto contribuía a los mágicos contrastes del interior. En el tiempo que había transcurrido desde su llegada a Londres había disfrutado de muy pocos placeres: reflexionar en aquella esquina de la

iglesia, comer las fresas del pequeño trozo de jardín libre de las garras de Christopher Hatton, el favorito a quien la reina había obsequiado con gran parte de aquel recinto, y beber la cerveza de la taberna The Mitre, justo en la frontera entre territorio obispal y territorio de favorito, eran tres de una lista que no pasaba de cuatro. Pensar en el cuarto, como hizo durante un par de segundos, le hizo sonreír. «¡Ojalá pudiera olvidarme de esto entre sus brazos!»

Se levantó para volver a sentir de nuevo el frío y la humedad de la noche en el claustro. Amanecería dentro de muy poco. Era curioso, extraño incluso: llevaba más de un día completo en pie, se sentía exhausto, pero no podría dormir más de tres horas cuando se decidiera a hacerlo. Volvería a oír las voces, unas que nada tenían que ver con los coros de arcángeles que Quinn, su más fiel ayudante, decía que podía escuchar cada noche. Dichoso él y dichoso todo aquel a quien no perseguían los gritos de aquellos seres... que no abrían jamás sus ojos.

Saludó con una leve inclinación de cabeza al centinela, situado a escasos metros de The Mitre, encargado de la vigilancia de la zona que daba al jardín del favorito real. No tenía muchos a su cargo, apenas una docena, pero eran hombres curtidos que no se arredraban ante los insultos y las provocaciones del exterior. Walsingham sabía algo sobre cómo forzar al enemigo a vivir en eterna tensión y la embajada le resultaba un campo de pruebas irresistible. ¿Podía confiar en el instinto de H? ¿Había cocinado Walsingham este pastel? Tenía dudas. La rata puritana era lista, muy lista. Solo su inteligencia explicaba por qué no se había podido asesinar a Elizabeth. Se había confiado en Ridolfi en el pasado y el embajador español en aquel momento, Guerau de Spes, había descubierto, demasiado tarde, que siempre había sido un agente doble. El no cometería ese error. ¿Podía considerar la posibilidad, por remota que pudiera parecer, de que Stanley fuera igualmente

un agente doble que Walsingham quisiera infiltrar? Podía. Debía hacerlo. Las piezas encajaban. ¿Quién podía asegurar que el despacho escondido en la daga no era falso? ¿Tenía alguna prueba de que O'Daly lo hubiera escrito? No. Y no podía obtenerla por el momento. El MacSheehy había muerto. Y eso acrecentaba la duda: Walsingham podía sencillamente haber descubierto el canal de comunicación y actuado en consecuencia dejando la daga a cargo de aquel maldito carbonero.

Avanzó despacio hasta situarse junto al cerezo, al lado de la taberna, que marcaba el comienzo de los dominios del relamido cachorro danzarín de Hatton. Pocos favoritos habían podido alcanzar ese nivel de ascendencia sobre la reina. «¡Qué lejos pueden llevarle a uno dos buenas piernas!» Se sentó solo durante un par de minutos, el tiempo que tardó en sentir la necesidad de orinar. Últimamente le *ocurría a menudo*. Mucho más que hacía unos pocos meses, otra señal de la presión a la que estaba sometiendo a su cuerpo. «Para Hatton. Esto no le puede venir mal. Las cerezas le sabrán mejor esta primavera.»

Sintió al instante un profundo alivio que le ayudó a volver a analizar ciertos hechos desde otro ángulo. Sus anteriores pensamientos, concluyó, podían considerarse ridículos. Debía admitirlo. No podía... no podía llegar tan lejos. El cansancio le estaba obligando a aceptar visiones fantasmales reñidas con la realidad. «Es todo más sencillo.» Tenía que serlo: H había actuado siguiendo su instinto. Y este no le había traicionado. Era él quien había acudido al mensaje. No al revés. Nadie se le había acercado para hacerle entrega de la daga. Si así hubiera ocurrido podría entonces tener razones para el recelo. Pero no era el caso. Podía, como embajador, sentirse orgulloso y afortunado: a su temblorosa mano había llegado una información que abría puertas insospechadas hasta entonces: «Stanley... William Stanley; nacido en Hooton; católico, como todos los

Stanley.» ¿Por qué no? No había visto nunca al hombre, pero había oído hablar de él. En Flandes, hacía unos cuantos años. Como él, había luchado bajo las órdenes de Alba. Uno de los pocos ingleses que entonces lo había hecho. Por eso había circulado su nombre. Por eso y por su valor en combate. O'Daly no había mencionado la razón de su deseo de deserción. Probablemente ni siquiera el mismo Stanley lo supiera con absoluta certeza. «¿Importa realmente?»

Se puso de nuevo en movimiento. Siempre pensaba mejor así. Las ideas estaban ahí. Solo era cuestión de salir a su encuentro, como hacía el cazador con la pieza: «sí importa; mucho». Al fin y al cabo se trataba de comprar y vender. Acudiría a Irlanda para hacerse con la lealtad de un hombre. Daría dinero por esa alma. ¡Claro que sí! Pero la tasación dependería del grado de necesidad, de la desesperación. La que sintiera... el traidor. Le costó pronunciar la palabra en su interior, pero definía en sus justos términos lo que Stanley era. ¿Podía fiarse de... un traidor? El capitán inglés lo era. No necesitaba esperar a que cruzara la línea para saberlo porque la intención había sido declarada. Pero ¿qué exactamente provocaba esa reacción en un hombre por lo demás valiente, con una reputación intachable entre los suyos? Necesitaba saberlo para poder actuar en consecuencia. Y solo había una manera de hacerlo: acudiendo a la carnicería.

Volvió lentamente sobre sus pasos tras haber cruzado la mirada en la distancia con uno de los criados armados que Hatton había apostado a unos cuantos pasos de la taberna. A la luz de la tea aparecía como un hombre muy corpulento. «¿Un nuevo matón, Hatton?» Quizás hasta supiera hablar. El mastín podría entonces contar a su señor el episodio del riego del cerezo. «Que te aproveche la fruta, bailarín. Ah, y no te olvides de obsequiar a tu señora.»

H. Tendría que ser él. No tenía a otro mejor. Necesitaba a

Quinn a su alrededor porque conocía muchas de las caras que por orden de Walsingham vigilaban entradas y salidas en Ely Place. Sin él, no habría contacto fiable con el exterior. Y no confiaba en el resto. Sencillamente, no los conocía todavía lo bastante bien como para involucrarlos en una partida como esta. H era joven, no había cumplido aún los veinte, pero no había visto ese grado de valor en muchos hombres. Ni siquiera en Flandes. Se necesitaba mucho para hacerse pasar por deudor y de esa manera entrar voluntariamente en el infecto agujero de la prisión de Marshalsea para así ayudar a un hermano en la hora de su necesidad. H lo había hecho. Volvería a hacerlo si fuera necesario y lo haría con una sonrisa en la cara. Entrar en Irlanda no sería peor que penetrar en el pozo inmundo de la prisión en Southwark. «Que Dios me dé la razón en esto.»

Oyó al gallo en la madrugada. «El heraldo de la mañana.» Había siempre algo... mágico en el canto del animal con la primera luz. Transmitía alivio y, en consecuencia, alegría. La que alguien como él siempre sentía al ver y sentir la temprana claridad... al ver y sentir que la noche no era perenne... todavía. Lo tomaría como un buen presagio y aprovecharía su momentáneo buen humor para escribir a Idiáquez. Le gustara o no, tenía que informar al nuevo hombre fuerte en Madrid al frente de los asuntos del exterior. No sabía mucho de él, aunque sí lo suficiente como para sacar conclusiones que nadie tomaría por precipitadas. Para empezar, contaba como uno de los sabuesos de Alba y eso decía mucho a su favor. Era bien conocido que en materia de perros el duque no era jamás partidario de perdonar la vida de cachorros débiles. Y se podía decir sin exageración que aplicaba la misma lógica con las personas. Lo había visto en Flandes: capitanes rebajados por la mera sospecha de cobardía y sargentos elevados al mando de una compañía por haber tenido el valor de contestarle con descaro. Si Idiáquez había sobrevivido frente a un mentor como aquel no tenía

inconveniente en quitarse el sombrero y hacer la reverencia. Luego... estaban las embajadas: Génova y Venecia. Sobrevivir en la primera tenía mérito. Salir con vida y juicio de la segunda se podía considerar un milagro. Italia era así: mataba a los hombres sirviéndose del placer, más rápido cuanto más alta la condición. Y hablar de Venecia equivalía a mentar la quintaesencia en el método. Idiáquez no podía ser un imbécil. «Al menos es algo. Distinto, para variar.»

Acudiría después a acostarse. Aunque durmiera pocas horas necesitaría aquel liviano descanso porque el día nacía con la promesa de ajetreo: H en el barril, su interrogatorio, nuevas órdenes para un nuevo destino y luego la visita de aquel joven. ¿Cómo se llamaba? «Ah, sí, Throckmorton. Francis Throckmorton.» Venía recomendado desde Oxford y pronto habría de viajar a Francia. Era mucho lo que allí tendría que ver... y aprender. Era mucho lo que sus amigos los Guisa podían enseñar. Sobre todo en materia de asesinato. Porque ese objetivo seguía fijo en su mente: Elizabeth, si él como embajador podía conseguirlo, perecería a manos de un asesino a sueldo. Y Throckmorton era un candidato ideal para hacer ese trabajo si las referencias recibidas eran fiables. Y parecían serlo a todas luces: joven, apasionado... e impresionable. El duque de Guisa lo tendría fácil en Francia: el alumno inglés sería dócil y en breve podría retornar a Gran Bretaña para dar cumplida cuenta de la real persona y sentar, de esa manera, a una nueva reina en el trono: Mary Stuart, la reina escocesa encarcelada por Elizabeth; el nuevo icono deseado por la Liga Católica francesa con quien los españoles cooperaban con esmero. Francia y España. Era una alianza posible... deseable.

Y la sangre real inglesa podía sellarla.

GLENMALURE

Desde lo alto de Lugnaquilla, William Stanley había llegado a ver Gales, al otro lado del mar de Irlanda. Había sido hacía tres meses, en un día en el que un fuerte viento del nordeste había barrido las nubes durante unas pocas horas. Nunca antes había estado en la cumbre de la montaña y nunca, había pensado entonces, volvería voluntariamente a estarlo: la desolación a aquella altura era prácticamente absoluta, mucho más que en cualquier otro espacio que hubiera visto antes. A sus pies, sin embargo, mirando hacia el norte, a unas cinco millas de distancia, había podido situar con claridad el valle de Glenmalure sobre el terreno, la frondosa garganta en forma de «U» que se extendía de noroeste a sudeste siguiendo el curso del Avonbeg, un torrente entre rocas, traicionero e impetuoso en invierno. Hoy, a su pesar, se encontraba allí y no era poco lo que daría por desdecirse de lo pensado hacía doce semanas y poder volar hacia la cumbre. Porque sentía, casi podría decir que... sabía, que no le quedaban más de dos horas de vida en aquella vaguada. Ni a él ni a los hombres que mandaba.

Ordenó detenerse a la primera fila en el grupo de retaguardia de la columna de infantería. Una vez más. Lo

había hecho cuatro veces en la última hora, siempre con el mismo resultado: silencio. Atroz... mortal. Estaban allí, aunque no los pudieran ver. Saltarían a sus gargantas cuando menos lo esperaran, probablemente en el momento de su mayor dificultad a la hora de avanzar sobre aquel terreno, cuando no hubiera posibilidad de repliegue y alcanzar la salida de la garganta, a cuatro millas de distancia, se antojara una quimera irrealizable. Era lo que le había dicho, gritado, repetido hasta la saciedad al seco puritano de Arthur Grey, decimocuarto barón de Wilton, ante la mesa de campaña sobre la que había desplegado los relucientes planos con los que había llegado hacía pocos días desde Inglaterra como delegado supremo de la corona en Irlanda: tomar aquel paso sería suicida. Equivaldría a convertirse en conejo. Uno que los irlandeses cazarían con gusto y alegría, para asarlo después a fuego lento.

—No diga «irlandeses», capitán. Diga, si me hace el favor, «salvajes». Es un término apropiado, digno, pese a su significado, de un buen literato. Los hombres como yo apreciaríamos el gesto.

«Y tu madre también, bujarrilla.» Así había contestado en su interior al secretario que Grey había traído consigo: un relamido perrito faldero con pretensiones literarias que se había presentado bajo el nombre de Edmund Spenser.

—Llámelos como le salga de los huevos, Spenser, pero tenga una cosa clara en el interior de esa cabeza que tan bien acicala cada mañana: se la cortarán si no se anda con cuidado. En eso ponen tanto empeño y tienen tanta destreza como nosotros.

—¡Capitán! ¡Qué desagradable!

—¡Stanley! —había gritado esta vez Grey, ahogando así la aguda exclamación de su amanerado escribano y las socarronas risas del resto de capitanes—. ¡No consentiré que hable así a mis subordinados!

—¡No saldremos con vida si toma esa ruta, señor! Hay otros caminos, aunque lleve más tiempo. Contará con muchos más hombres al llegar a destino. Se lo aseguro.

No había estado solo a la hora de hablar de la estrategia más conveniente para acercar las nuevas compañías al sur en un intento por taponar la herida que, sin duda, los españoles intentarían abrir en un futuro que todos, a tenor de los informes más fiables, sabían cercano. Sir Francis Cosby, al mando de las tropas nativas, también había hablado sin ambages: «Descenderemos el valle con niños llorando a moco tendido, Grey. Están sin curtir.» Y el bueno de Wingfield no le había ido a la zaga. Sus sobrinos Peter y George encabezarían la marcha pese a sus súplicas. Al hombre solo le había faltado arrodillarse para no tener que ver lo que sabría sería inevitable al día siguiente.

—He comprobado las nuevas armas, señor, y dos tercios son inservibles. Apenas tenemos arcabuces para repeler lo que nos pueda caer encima.

Nada, sin embargo, había servido frente a la incompetencia de aquel intransigente vestido de riguroso negro que nunca antes había estado al frente de un ejército. Y ahora pagaban las consecuencias.

Esperó unos segundos más antes de dar la orden para reanudar la marcha. Habían iniciado el descenso sobre Glenmalure tras atravesar otro valle, el de Fraugh Rock, y siempre se habían movido en dos columnas: la de Grey, dominada por la caballería, a la izquierda y retrasada con respecto a la columna de infantes a la derecha, encabezada por sir Francis Cosby y el capitán Green, que cubrían así al coronel George Moore, justo por delante del grupo de retaguardia. A ellos les tocaba hacer buena la brillante estrategia que Grey les había propuesto la víspera.

—No sudaremos, caballeros. Créanme. La infantería batirá la hierba, el zorro saltará y luego daremos rienda

suelta a nuestros corceles. ¡Por favor, no sean tan pesimistas!

Nadie había hablado después de aquella sentencia de muerte. Nadie, salvo Spenser, que había aprovechado el tenso silencio para clavar una última punta sobre el ataúd.

—El contraste de la sangre sobre la fronda verde del paraíso salvaje de la bruja Acrasia. Acabaremos con sus bestias. Háganlo y serán cantados por el mañana como lo que son: caballeros redentores, portadores de la sagrada y eterna llama de Gloriana.

Habría podido matar en aquel momento a aquel cretino, pero no habría podido hacerlo como quería o se merecía. Mejor así. Ahora, se dijo, no tardarían en sentir la dentellada del lobo dada su cercanía y cuando ocurriera quizá Dios tuviera a bien hacer justicia dando a uno de aquellos montaraces la ocasión de rebanar el pescuezo de aquel idiota adulterado por el estudio de Cambridge. Estaban ahí. Podía casi olerlos. ¿Por qué no detenían la vanguardia Cosby y Green, aunque solo fuera para reponer fuerzas y dar ánimo a aquellos infelices? «No fallarán cuando disparen al rojo y al azul de las nuevas casacas.»

Comprobó una vez más el cebo de la pistola. No se había mojado en ninguna de las dos ocasiones en que se habían visto obligados a cruzar el río para hacer posible el descenso, un hecho que, junto a las paradas ordenadas, les había distanciado de los primeros grupos. Conformaban la retaguardia de la infantería, sí, pero no podía dejar que el hueco entre hombres, ya de por sí grande, se incrementara una yarda más. Si lo hacían...

No pudo completar su mudo razonamiento: el brusco empujón del hombre a su espalda se lo impidió.

—¡Maldita sea!

No obtuvo ni respuesta ni disculpa, lo que le obligó instintivamente a girarse para buscar el origen de un golpe

que a punto había estado de hacerle estrellar su cara contra el bosque de afiladas piedras sobre el que los pies se habían movido en la última media hora. La visión le paralizó: Glover, uno de los reclutas llegados hacía un año, agarraba con ambas manos, su cuerpo hundido entre dos de las traicioneras rocas del Avonbeg, la flecha que acababa de atravesarle el cuello. Dos o tres soldados más, como él, miraban fijamente a aquel moribundo con los ojos fuera de sus órbitas que en vano y desesperadamente intentaba gritar, incapaces todavía de comprender que este era el comienzo de su propio y agónico final. Solo cuando uno más del grupo cayó a continuación, con el pecho atravesado por dos vástagos que impactaron prácticamente a la vez, reaccionaron agachándose instintivamente. Habían disparado del oeste, desde la amenazadora fronda que se erguía a los pies de la ladera, a un centenar de pasos. Pero allí no había enemigos que se pudieran distinguir en el rápido reconocimiento que Stanley hizo al apartar la mirada de los hombres caídos. Ni allí ni al frente. Pero sí era evidente que no estaban solos en la pesadilla: vio a dos de los hombres de Moore caer entre gritos casi a la vez y, más allá, a Cosby dar una orden antes de disparar su arma contra, así le pareció en la confusión, uno de los nativos regulares al que vio caer de bruces sobre las rocas. Si era así, si Cosby se había visto obligado a disparar contra uno de sus propios hombres, entonces la situación era peor de lo que se pudiera imaginar: contaban con muchos nativos entre sus filas y si estos se pasaban al enemigo en una tesitura como esta, no serían muchos los que podrían contar al día siguiente lo que había ocurrido. Podría, sin embargo, haber sido un caso aislado. Y podría no haberse tratado de un intento de desertión en pleno combate. El terror también lo podría explicar. Había algo siniestro y paralizante en las flechas. No se oían. En la mayoría de casos no se localizaba con facilidad su origen. De ahí que la reacción de los bisoños, como ahora comprobaba

una vez más con sus propios ojos, fuera la de dar vueltas sobre sí mismos de una manera alocada. Para él, sin embargo, como para los pocos a su lado avezados en la guerra, el origen de los disparos obligaba a mirar en la dirección opuesta, como veía ahora hacer al capitán Walter Raleigh y a un desconocido con quien había cruzado pocas palabras y en quien había notado la falta de un trozo de carne en su lóbulo izquierdo. Los dos habían llegado con Grey desde Inglaterra y los dos intentaban, sin prestar en apariencia atención a los disparos a sus espaldas, escudriñar el denso follaje en la ladera este, hacia donde el enemigo, al disparar desde el oeste, pretendía orientar su huida.

—¡Raleigh! ¡Mantenga a los hombres en el cauce!

Era su única opción de salir con vida de aquella cacería. Una en la que se enfrentaban a un cazador con estrategia de manada que no empleaba jamás, si se lo podía permitir, todas sus fuerzas para golpear en un solo lugar. Y esta era una ocasión donde se le había dado la oportunidad de tomar todas sus decisiones a su libre antojo: había seguido durante millas su aproximación, había contado con horas para preparar el ataque y lo había llevado a cabo en el lugar con el que cualquier oficial veterano soñaría para tender una emboscada.

Oyó en ese momento los primeros disparos de arcabuz: el coronel Moore acababa de ordenar a un pequeño puñado de hombres que descargaran sus armas contra la fronda a su costado, en un vano intento de detener la mortal cadencia de flechas. Actuaban a ciegas, como los hombres a su mando a los que ahora veía seguir el ejemplo. Estaban poniéndole las cosas muy fáciles al enemigo.

—¡No disparéis, imbéciles! ¡No disparéis!

Era el capitán Raleigh quien gritaba desaforado. Como él, se había dado cuenta de que eso les privaría de toda capacidad de respuesta si ahora se daba un ataque de frente.

Era realmente lo que más temía. Había sentido muchas veces la ciega carga del *gallowglass* como para saber que solo uno de cada diez hombres de los que bajaban por la vaguada tendría el coraje, la sangre fría y la habilidad para anular el mortal trabajo del hacha de doble filo.

—¡Capitán! ¡Capitán Stanley! ¡A su izquierda!

Giró el cuerpo con rapidez al oír el grito de Wingfield: dos de sus hombres corrían hacia la ladera este después de haber arrojado sus arcabuces tras comprobar que no habían funcionado. No fueron más de diez los pasos que pudieron dar en esa dirección: como movida por un resorte invisible, una línea entera de irlandeses se hizo de repente visible al dar un paso adelante en la fronda. No hubo cadena de disparos. Tan solo el ruido atronador de unas veinte armas descargadas al mismo tiempo para hacerle sentir que la hierba caía así bajo la guadaña, como lo hacían los hombres en derredor: lenta y dolorosamente, con miembros arrancados que volaban por el aire para salpicar las verdes orillas del Avonbeg. Lo había dicho la damisela de Cambridge. Y había tenido razón. Solo se había equivocado en el pequeño detalle de la sangre: la que ahora salpicaba alegremente el dulce paisaje de la bruja Acrasia era inglesa y había pertenecido a hombres como los que en un par de minutos empezarán a llorar en su alocada carrera por alcanzar la cima de la loma a su espalda, donde esperaba una caballería que no podía, dada la naturaleza del terreno, acudir en su ayuda vaguada abajo.

Wilkes fue el primero de los suyos en huir. No había sorpresa alguna en ello. «Si tuviera hambre mataría a un retoño para apropiarse de la leche de los pechos.» Y lo haría sin escrúpulos. Pero hombres así también ganaban guerras. También eran necesarios. Y todo porque vivían, como las sanguijuelas, de la sangre: la que otro derramaba como ofrenda al honor. «La estupidez del valiente.» Se lo había

oído decir en alguna ocasión. Y quizá tuviera razón, pero si la tenía también otra cosa sería cierta: «la justicia en la mano del que ha visto». Y esa sería algún día la suya. El día en que los parientes que medraban al lado de la reina no pudieran interponer por él un escudo frente al cuchillo. El suyo, el mismo que ahora blandía en la mano izquierda, tras haber disparado y luego tirado la pistola y haber sacado a pasear la espada que agarraba con la derecha. También él escalaría con desesperación aquella pendiente para poder sentir el abrazo amigo de la caballería, pero se diría a sí mismo que no estaba huyendo, sino persiguiendo al infame al que había visto degollar a niños con una amplia sonrisa de complacencia en el semblante. El mismo que durante las últimas semanas se había atrevido a insinuarle en dos ocasiones que no diría nada de los encuentros clandestinos con O'Daly, cuando entregaba las cartas de la condesa que luego seguían su curso hacia Inglaterra para dar cumplimiento al encargo de lord Burghley, si ese silencio se veía recompensado con oro.

DESDE SICILIA

Alonso Cobos, amigo del alma,

Nada hay y nada habrá que obre en contra de tu dolor salvo, si eres afortunado, el letargo en la memoria que el paso de los años pueda brindarte para aliviarlo. Si es así, me alegraré... porque habrás vivido para ver ese momento. Saber que respiras para sentir el mañana, aunque venga lleno de desesperación, como me has hecho ver en tu carta, es hoy por hoy mi mayor alegría. En esa tu soledad, empero, busca si lo necesitas al amigo sabiendo que no hay distancia que no pueda cubrirse. Hoy es mediante este papel, mañana Dios quiera que sea en persona: sabrás de mí. Por ahora es esto

lo que puedo y debo contar:

... Supe de la licencia y repliegue de los tercios en Flandes al poco de acaecer, pero solo vi aparecer por estos pagos a los primeros hombres hace unos meses, cuando hasta Palermo llegó un primer grupo de dos mosqueteros y una pica seca con unos escudos por gastar y mil historias que contar. // habían tardado, como tú, muchas semanas en poder alcanzar el hogar. // echo el remate, los haberes les habían sido entregados después del motín, pero la firma del rey, como suele su dinero, había tardado meses en llegar, siendo así que acabaron por embolsar solo parte de los atrasos y nada de lo que en el tiempo posterior a la paga se les adeudaba. Con todo, al recordar sus penalidades se daban por hombres bendecidos por la fortuna. Quedaban pocos, muy pocos, que como ellos pudieran afrontar un mañana con dos manos y dos piernas.

// ablé con ellos, pagué su vino en dos o tres encuentros y nada hubo en sus palabras que te pudiera hoy resultar interesante o sorprendente... salvo, y por eso escribo sobre ello, lo que contaron sobre el tercio de Valdés y su

sublevación en *Salst*. Tu nombre, quiero dejar constancia, no salió a relucir. Estos eran soldados del ya difunto don Julián Romero, cuya pérdida me desgarró, y se vieron involucrados en lo que siguió a *Salst*, el saqueo y ruina de *Amberes*, que no recordaban precisamente con orgullo. Lamento, amigo, si invito con mis palabras a que salgan a pasear los fantasmas del pasado. Mis noches no son mejores que las tuyas, *Cobos*, y sé en consecuencia lo que me digo. Pero debo hacerlo si quiero quedarme con la conciencia tranquila ante el amigo que pidió mi ayuda.

Lo que paso a relatar es lo que contó el piquero *Luis de Artime*, a la sazón hijo de *H uelva*, casado en *Sicilia*:

Cuando su compañía pudo por fin desmovilizarse, obtenida la licencia, cinco de sus hombres, entre los que se encontraba *Artime*, decidieron juntar hacienda y fuerzas para emprender el camino de regreso al sur, donde a todos ellos les esperaba familia. No habían caminado mucho cuando casi a la altura de *Thiomville*, al caer la tarde y cuando ya

habían decidido que pasarían la noche al raso, oyeron de repente descarga de mosquetería. Al acercarse al lugar de la trifulca oyeron gritos y alaridos que les dieron a entender que una lucha muy cerrada estaba acaeciendo, por lo que cargaron armas y desenfundaron aceros. No les llevó mucho decidir cuál había de ser su papel en todo aquello: tres hombres yacían muertos y otros cuatro se defendían malamente de la horda de campesinos que los había cercado. Reconocieron al momento en los hombres arrinconados a soldados de su propio tercio que, al igual que ellos, habían emprendido el camino de regreso. Lucharon, pues, codo a codo con aquellos hermanos de armas hasta matar a varios de aquellos miserables y conseguir que el resto se desbandara. Cuando por fin pudieron sentirse a salvo e intercambiar abrazos, les fue revelado por los hombres a los que habían ayudado que aquel no era el primer asalto al que se habían enfrentado: un día antes, dos horas después de que se hubieran dado de narices con el cuerpo de otro soldado, ahorcado, al que habían tenido tiempo de dar cristiana sepultura, habían tenido que salir por pies para salvar el gajate. Los que les habían atacado en la ocasión que viera

Artime, eran, así lo creían, miembros de la misma canalla con la que ya se habían topado. Artime y los suyos, pues, habían tenido hasta ese momento la suerte de cara al no haberse encontrado con el camino bloqueado. Y echo este que no habría de repetirse en los días que siguieron, porque hasta sentirse plenamente a salvo, que no fue hasta estar a la altura de Baume les Dames, casi dejada atrás la Lorena, tuvieron que luchar en dos ocasiones más. En la última de ellas, y es aquí donde has de encontrar, así lo creo, lo que puede ser de tu interés, tuvieron la suerte de atrapar con vida a una de las ratas a quien hicieron cantar algo más que las coplillas de rigor. Y lo que resultó les heló la sangre: sus cabezas seguían teniendo precio... y era alto.

Aquel campesino, al que a la postre habrían de ahorcar, fue claro antes de entregar su alma al... diablo: cualquier hombre que presentara el arma de un soldado de los tercios, prueba documental (una carta, cualquier papel personal) y una parte de su cuerpo, podría esperar recibir una recompensa de cincuenta escudos a ser entregada por las mismas autoridades flamencas que habían lanzado los edictos

contra la tropa, anteriores al saqueo de Amberes y que tanto habían tenido que ver en su inicio. Al soldado que habían encontrado ahorcado en el camino le faltaba la mano izquierda, hecho que se explica por todo lo anterior. Sus pertenencias, igualmente, habían volado. Pero aún hay más, Cobos, y esto te toca de cerca: Artime me contó, y lo corroboraron los soldados con él llegados a Sicilia, que en el caso de los amotinados de Halst, los hombres del tercio de Valdés, y en concreto en lo tocante al electo y su consejo, esto es las cabezas visibles del motín, la anterior recompensa ha de multiplicarse por cien, es extensible no solo al soldado en sí, sino igualmente a su familia, y... no tiene fecha de vencimiento.

Alguien en Halst y Amberes, Cobos, tal y como confesó ese hijo de puta antes de morir, quiere sangre y está decidido a pagar bien. ¿Explica eso... algo, amigo del alma? Quiera Dios que no. Pero si en tú fuero interno, la respuesta fuera otra, sea esta la que fuere, por favor te suplico que incluyas mis manos entre aquellas dispuestas a ayudar. No quiero saber, no quiero juzgar. Sé con quién me

¡agué la vida. Y eso basta y sobra. Pero has de saber que han empezado a oírse voces y cuentos. Y hablan de ahorcamientos, de familias degolladas que nada tuvieron que ver con lo acaecido en los motines. Hay incluso nombres: el de un Alonso de Uruña (¿te dice algo?) al que habrían degollado junto a su esposa, a quien habrían ultrajado varias veces, en algún lugar cercano a la costa de Dunquerque. Navarrete, el selecto, si no hay error en lo que digo, en el motín de Salst: murió en el asalto a una trinchera en Amberes, pero ha llegado hasta mí el rumor de que su cadáver fue desenterrado y luego en parte mutilado por alguien a la búsqueda de la misma clase de recompensa.

Sicilia es rica en historias, Cobos, pero he aprendido en los meses que llevo aquí a separar la paja del grano. No suelo ya equivocarme. Y en lo dicho algo me dice que se trata de grano... del bueno por más señas. Los hombres se han batido en retirada, con las banderas deshonradas, olvidada su grandeza en hechos de armas. Han vagado de retorno, asediados por la jauría, quienes, no seré yo quien lo niegue, igualmente como perros se comportaron en Amberes, en

Itáls, en otras plagas con anterioridad. Pero que no se nos olvide que fueron la desesperación y el hambre quienes impulsaron a aquellos hombres al salvajismo. A nos hombres, todo sea dicho, que antes de amotinarse lucharon... y ganaron para su rey lo que nadie, sino solamente ellos, habría podido ganar. Ahora se les ha llamado de nuevo a las armas y han vuelto a acudir, sin preguntar, sin queja en sus labios. Muerto Requesens, lucharán al lado de Parma, como ya han empezado a hacerlo, sabedores de que es en el combate donde el honor encuentra mejor acomodo. Maastricht ya ha caído bajo sus banderas. Y seguirán otras plagas. Para otros, empero, la lucha se librará en el escenario de su propia mente y no será menos enconada que la otra. Surgirán preguntas, dudas y las respuestas no abundarán. Quizá los amigos puedan entonces ayudar. Si es así... aquí estaré.

Cae la noche y con ella, Cobos, la amenaza del sueño. Está habitado por espíritus que se niegan a emigrar a la región del olvido, pero uno aprende, ¿verdad?, a tratarlos con familiaridad y delicadeza. Cuidate mucho y guarda tu espalda.

Don Francisco de Valdés nos llamó en el motín del 74 "muy magníficos señores" y "hijos". Ignoro si dio igual trato al escuadrón en el 76 en Itálist, pero una cosa es cierta: dicho una vez, dicho mil. Y eso le convierte, según sus palabras, en nuestro «padre» y a nosotros en «hermanos»... Dudo de lo primero (¿Prompería un verdadero padre tantas veces su palabra ante los hijos? Podría ser. Es un Valdés, después de todo), pero lo segundo no puede ser más cierto. Solo que en este caso es la sangre que ambos vertimos a la vez la que nos iguala y hermana, y no la más que probablemente falsa oratoria del maestre de campo. Esperemos que con su Magdalena Oñs, su joven yegua flamenca, se comporte un poco mejor.

De un «magnífico señor a otro de igual alcurnia».

Desde Palermo, en el día de Nuestro Señor
XJ de Diciembre de 1579.

D. Diego Ortiz de Urdar,
Capitán del cuerpo de caballería ligera

-¿R ecuerdas a Urueña, verdad, Cobos?
—¿Acaso podría olvidarle, Ginés?

En el sitio de Haarlem se había ganado el apodo del Patinador al emular a los patines holandeses que un día sí y otro también habían roto el cerco plantado por don Fadrique Álvarez de Toledo. Fue su escuadra, a la que había entrenado en aquella clase tan especial de combate, la que cambió radicalmente el curso de los acontecimientos.

—Cayeron diez el primer día. ¿Te acuerdas, Cobos? —dijo Ginés con el brillo en los ojos de las ocasiones que a veces daba en llamar «gozosas», sobre todo cuando, como en ese momento, el recuerdo venía regado con aguardiente—. ¿Cómo llamaba don Bernardino de Mendoza a los patines?

—Espuelas de munición, Ginés. Siempre —Cobos añadió con una sutil sonrisa sobre el rostro, la primera que el sargento viera en semanas— fue dado a la poesía.

Lo recordaba y lo recordaría. Todo. Probablemente hasta el fin de sus días. Pero no lo haría, como Ginés, regocijándose por el saldo de bajas en el enemigo sino por la lección que había supuesto. Una que con el tiempo le había ayudado a afrontar la vida... de otra manera. Una que en su tesitura actual no estaba de más recordar por cuanto su mensaje se reducía a algo tan sencillo como «hacerse uno con el entorno». Considerado fríamente, como la distancia del frente permitía hacerlo en estos momentos, aquel había sido uno de los rasgos que más les había ayudado a sobrevivir: el ratón gris, el búho chico, la avefría, la agachadiza, la anguila y el rebelde habían sido los maestros. Túneles y madrigueras en la tierra, la lealtad al grupo, el ingenio, admitir al agua como aliada... la tenacidad y el valor. Esas habían sido las lecciones. Aprenderlas y ponerlas en práctica les había dado vida. Olvidarlas... era lo que habían hecho muchos de los que hoy ya no respiraban.

—¿Crees que es verdad lo que cuenta el capitán en su carta, Cobos? Sobre Urueña, ya me entiendes.

No era mentira. De eso estaba seguro. Si de algo no carecía el rebelde era de dinero. Por esa razón podía comprar armas y hombres. ¿Por qué no sangre? La de los que habían robado, violado y saqueado, la del consejo de soldados amotinados, como él, con Juan de Navarrete como electo a la cabeza, que habían dado inicio a la locura... la de familias inocentes que a centenares de leguas de distancia habían vivido en la humillación del crédito, de la limosna, llamando «manjar» al segundo caldo de berzas, comiendo cada día con lágrimas de desesperación ante la falta de noticias del padre, marido, hermano o hijo, soldado en el tercio, al que habían visto hacía años partir con la mochila y la espada a la espalda en dirección a una tierra de la que nadie había hablado o hablaría jamás con dulzura.

—Urizar no lo mencionaría en la carta si no estuviera seguro de que todo tiene visos de verdad. No es —dijo bajando la mirada y el tono— un hombre de dimes y diretes. Nunca lo ha sido.

—¿Crees, mi alférez, que... que lo que...?

—Candela y Luis están muertos, Ginés. Nada les devolverá la vida. Tampoco me la podrán dar, como lo hacían. Yo —y al decirlo unas lágrimas rodaron por la mejilla— soporté el horror... porque vivían. Estaban aquí y eso me bastaba.

El silencio duró un par de minutos, los que Cobos necesitó para dominar el dolor y poder de nuevo endurecer un rostro en el que, Ginés lo habría jurado con la mano sobre el fuego, se habían multiplicado las arrugas en las últimas semanas. «Ha envejecido», pensó el sargento. El brillo de la mirada se perdía tras el primer combate, eso no podía sorprender. Pero en el caso del alférez había algo más: la pregunta en el mirar de quien no halla respuesta para el

sufrimiento, sea este pasado, presente o por venir.

—Cobos... no sé, no sé bien qué decir. Encontraremos a...

—¿Y luego, Ginés, qué haremos? ¿Qué haremos cuando sepamos el horror que impulsó la venganza?

—No sabemos todavía quién...

—¡Yo sí lo sé! ¡Y Urizar... y tú! Candela y Luis pagan con su vida la sangre que otro... otros perdieron. Fui elegido para el consejo de los amotinados de Aalst y no me opuse. Ese fue mi error. ¿Sabes por qué? Porque juzgué a los hombres a mi lado por mi mismo rasero. No supe ver en ellos a la bestia, quizá porque en mi interior yo mismo me había encargado de acallar su rugido. Al no oírlo... pensé que no existía en otros... Luego, ya era tarde. ¿Qué habrías hecho tú en la piel del rebelde después del horror del saqueo?

Ginés le miró fijamente. Viniendo de Cobos, la pregunta tenía fácil respuesta. Una que debería haber sido evidente para quien la hacía. Esas palabras nunca deberían haber salido de aquellos labios.

—Yo no habría matado a una mujer y a un niño a sangre fría. Y tú tampoco. Somos hijos de la guerra. Ella nos da y ella nos quita. Pero no caeré en la mentira que el violador tras el combate se repite cada noche hasta creérsela.

—¿De qué mentira hablas?

—De aquella que culpa, Cobos, al rey, al maestro de campo... al enemigo... a su puta madre. De aquella que libra al único culpable del peso de su propia conciencia. Y ese culpable, cuando existe, está en cada cual. Te he visto echar los hígados en el cuadro, Cobos. Sé de lo que hablo. Y también te he visto dar agua al enemigo. ¿Me entiendes ahora?

¿Podía no hacerlo? El sargento era uno en la hermandad. Una que encontraba en cuatro leyes no escritas, pero

sagradas, la razón para matar o afrontar la propia muerte sin remordimientos. «Este es mi credo. Esta la raya que marca mi vivir. No la traspasaré. Aquí respiro... aquí muero.» Le habría gustado enseñar eso al hijo que ya no estaba allí. Uno al que ya no podría decir, en el abrazo, que todo había sido aprendido en los ojos de una mujer que seguía oliendo a romero cuando por las noches abría los ojos al sueño de la memoria. No. No buscaría a un asesino. Pero sí a un ladrón de futuro. El de su hijo y esposa. En España había muchos. La tierra, después de todo, era fértil a la hora de engendrar esa clase de desecho, aunque en su caso bien pudiera ocurrir que la búsqueda le obligara a volver sobre sus pasos hasta el mismo lodazal de Zelanda del que había salido para darse de bruces con una clase de dolor que hasta entonces no había ni siquiera sospechado que pudiera existir.

—Lo entiendo, Ginés. Como entiendo que he de buscar al carnicero. Pero... eso me toca a mí. No puedo pedirte que me acompañes.

—Di mejor que no debes. No lo hagas. No lo pidas. Solo déjame estar. Como en Brielle o Mook, Cobos. ¿Es mucho?

Podría haberle preguntado por qué, pero Cobos no lo hizo. Sabía la respuesta. De haber salido de sus labios, la pregunta habría causado, además, innecesario dolor y era ya mucho el que había a su alrededor. Ginés simplemente estaría allí y diría que ese era su lugar. No había otra razón. Nunca la había. Era la misma por la que había estado en la primera línea de asalto en Amberes en la madrugada de las ramas verdes, cuando desde Aalst habían dejado el motín para marchar durante toda la noche y así poder ayudar a las fuerzas de Sancho Dávila. No había habido órdenes. No había habido coacción o amenazas. Solo ruido. El de los cañones. Y en Aalst se había leído con claridad su mensaje: Amberes caería sin remisión con la llegada del nuevo día y con ella el tercio de Sancho Dávila. «¡Por mis cojones que no, Cobos!»

Podía, si cerraba los ojos, recordar con nitidez aquel semblante dominado por la rabia. Ciega, asesina... mortal. La misma con la que se habían adentrado en la calle de San Miguel, con Navarrete al frente, para cubrirla de sangre y vísceras, antes de prender fuego al ayuntamiento. Gritos. Ira. La borrachera de furor homicida había durado días, tres si no recordaba mal, durante los cuales no había visto a Ginés. Nunca le había preguntado qué había hecho. Y nunca lo haría. «No pisaré infierno ajeno.»

—¿Volverías, Ginés? ¿Estarías dispuesto a pasar otra vez por aquello? Si te quedas a mi lado, será necesario ir. La mano que paga está allí.

El sargento encogió los hombros a la vez que arqueaba los labios al apretarlos.

—Yo... aquí... Cobos, me aburro. Echo de menos aquello.

No era verdad. En Ginés de Cazorla, no. Como no era verdad que no hubiera sentido dolor cuando le había visto jugar con la punta del dedo meñique de la mano izquierda, colgando todavía de un hilo de carne: «Hay que reconocerlo, mi alférez: los jodidos mantecosos tienen puntería. Hay que ver lo que tiene que costar dar a esto a esa distancia.» Todos habían reído, incluido Cobos, y aquella risa había levantado del barro a los más jóvenes. Una vez más. Y esa había sido la buena. Por eso hoy vivían para contarlo. Los dos detestaban la guerra. Salvo botín y dolor, nada había en ella que un hombre de bien quisiera o pudiera encontrar: tan solo hacía aflorar lo que cada cual llevaba dentro. El cobarde en Madrid no ganaba arrojado en Flandes. La muerte olía igual en un sitio y en otro.

—Iremos poco a poco, sargento. Correr sin juicio no devolverá vidas. Pensar puede salvar la nuestra. Necesitamos el aire de Madrid. Debemos descansar, ganar fuerzas. Hay un hombre dentro que poco a poco ha de volver a nacer. ¿Estás de acuerdo... amigo?

No era ahora Cobos quien luchaba para evitar la lágrima en la piel.

II

DUBLÍN

Quinn se había criado a poca distancia de allí, lo que explicaba la profusión de detalles con los que había aturcido la mente de H en los días previos a su partida de Londres y su portentosa, a la vez que exacta, memoria, si era verdad que había abandonado Irlanda a los catorce para no volver. No había ni un solo error en las distancias marcadas o en el pequeño plano de Dublín que H había memorizado a partir de los ejercicios de orientación sobre el papel que Quinn le había planteado en Ely Place. Todo estaba allí y todo era, por el momento, tal y como se le había dicho, incluida la bella torre cuadrada de la iglesia de St Michan's. Desde The Innes, el lugar donde también por indicación de Quinn había pasado la noche, quedaba a su derecha, un poco más allá de la ligera curva que hacía el camino que se iniciaba en el puente sobre el Liffey. «Un lugar... que pone, mi querido H, los pelos de punta. Solo te diré que yo en tu lugar no bajaría a la cripta.» Luego, se había negado a añadir una palabra más al respecto.

«¿Qué habrá?» No tenía contestación y, peor aún, no la tendría. Al menos por el momento. Había dejado correr el día en su mugriento aposento y ahora, cercano ya el toque del

Angelus, debía ponerse en movimiento para llegar hasta Coliemore, frente a la isla Dalkey, donde Thady Convey *el Joven*, según había puntualizado Quinn, había sentado sus reales los últimos quince años. Le llevaría tiempo, pensó. Al menos tres o cuatro horas a caballo. «Es un camino largo, H, pero en Coliemore no pasarías desapercibido más de una hora. Entra y sal. Retorna si has de hacerlo, pero procura no permanecer allí mucho tiempo. Hazme caso: el camino más largo suele ser el más seguro para volver a casa. Y te queremos aquí de retorno.»

Su viaje al sudoeste, donde encontraría a William Stanley, a quien el embajador Mendoza le había encargado contactar, pasaba necesariamente por el cobertizo que Convey tenía frente a la isla Dalkey. Necesitaba un disfraz y allí podía encontrarlo... si el irlandés se prestaba a ello. Quinn, después de lo que le había explicado, no tenía dudas al respecto. «Colaborará, H. Tan solo recuerda, y usa llegado el caso, lo que te he dicho.» Mendoza, sin embargo, había sido menos optimista. Existía la posibilidad, de la que Quinn no había querido oír hablar, de que el irlandés no quisiera prestar la ayuda que se le pedía. Y si era así, el peligro para H podía multiplicarse por diez. «Te preguntaré... y exigiré una respuesta sobre lo que quieres hacer en la zona a la que vas», Mendoza había reflexionado en voz alta, «y si es así, debes estar preparado. Negarte a hablar sería tu sentencia de muerte. Convey te vendería a los ingleses». La estrategia a seguir debía ser otra, una que pudiera inspirar miedo. «Lo que te ha dicho Quinn puede servir, H, pero guarda otra carta en la manga. Una que lleve el nombre, recuérdalo bien, de Thomas Phelippes. Puede que Convey no lo conozca, aunque me extrañaría, pero hará indagaciones. Y cuando eso ocurra... las piernas puede que le flaqueen un poco. Su peso al lado de Walsingham comienza a ser evidente. Como buen irlandés, Convey sabrá, como la escoba, en qué esquina se encuentra la mierda.»

Dublín era muy diferente a las ciudades que H conocía. Se respiraba en ella el aire sofocante de la guerra. El ajetreo a lo largo de las dos riberas del Liffey era constante, pero casi todo guardaba relación con la sangre que a pocas millas de allí, fuera de lo que los ingleses daban en llamar The Palé, estaba siendo derramada: barriles de pólvora, picas, sogas, madera, bastimentos... La mercancía era movida de un lugar a otro por cadenas de hombres y carros, custodiadas a cortos intervalos por soldados ingleses de la guarnición del castillo. No había en estos últimos, como notó al instante, pereza o desinterés y sí, por el contrario, vigilante atención. Tenían los ojos abiertos. De eso no había duda. Y centraban su mirada en los cientos de harapientos seres que, incluso a cuatro patas, trasladaban y luego almacenaban la mercancía. Muchos, pensó, debían de ser prisioneros. Y a juzgar por el esfuerzo y la evidente mala alimentación que sus famélicos cuerpos delataban, no vivirían muchas semanas. En la taberna le habían dicho la noche anterior que había habido dos explosiones de pólvora, con muy pocas horas de diferencia, hacía una quincena. Eso sin duda explicaba la actitud de los soldados: sentían al enemigo en su propia casa. Uno que podía presentarse tanto bajo el andrajoso disfraz de una pordiosera como bajo el griterío de unos niños aparentemente enfrascados en una pelea callejera.

Bordeaba a caballo la orilla sur, a todo lo largo de The Merchants Key, la zona de mayor bullicio, marcada en toda su extensión por un mismo tipo de edificio: almacén y depósito en planta baja y vivienda en la parte superior. Eran las casas más sólidamente construidas que había visto hasta el momento, pero el sucio gris de la piedra no las hacía atractivas. Dublín era, ciertamente, una ciudad oscura. Oscura y húmeda. En su lobreguez, le recordaba a The Shambles, la zona en Bristol donde había permanecido dos días con sus noches antes de embarcar.

Miró hacia el norte un instante. Al otro lado del río podía

ver ahora St Mary's, la abadía cisterciense convertida en arsenal. Mantenía un tráfico regular de botes con Coliemore, el puerto donde los barcos de mayor calado, los que no podían superar la barra del Liffey, atracaban. Uno de aquellos remos podría haberle llevado hasta allí, pero eso habría supuesto quebrantar una de las órdenes más claras de Quinn: «Llega a remo y estarás colgando al amanecer. En Coliemore se vigila el mar. Todo lo que este vomita se examina, sobre todo si habla y anda sobre dos patas. Tienes, como dice Mendoza, una buena leyenda, H, pero no tientes a la suerte. La máscara no soportaría un interrogatorio a conciencia.»

Los Convey habían vivido allí durante generaciones, siempre atentos a las necesidades de suministro inglesas... fuesen estas las que fueren: carne, bizcocho, madera... Cubrían todos los frentes que se les ofrecían, incluido el de la venta de armas, al que la última generación, la de Thady, había prestado especial atención durante los últimos diez años. El nuevo y fructífero negocio, sin embargo, no había significado el abandono de la vieja línea de trabajo. Thady Convey, por ejemplo, mantenía en Coliemore un matadero, a pocos pasos de su almacén principal, del que en teoría salía gran parte de la carne empleada para sostener la guarnición, siempre creciente, en Dublín. Por no hablar del bizcocho de ración: el que cargaban de retorno la mayoría de los barcos empleados en el transporte de las tropas licenciadas. Todo un imperio, levantado sobre viejas y caducas estructuras aún en pie, que Thady contemplaba por costumbre todos los días al atardecer desde la pequeña torre de piedra levantada al borde del paso más estrecho entre tierra firme y la isla Dalkey. Abierta en su parte superior por tres ángulos, pero cubierta por una techumbre que descansaba sobre cuatro columnas, permitía una mirada privilegiada en derredor de la que, a juzgar por sus palabras, Convey parecía sentirse muy orgulloso.

—El cielo, Montague, es algo parecido a esto. Los tres o cuatro que he mandado allí, y que han tenido la decencia de visitarme alguna vez en mis sueños, coinciden en ello: desde allí se ve... todo. ¡Exactamente como aquí!

Había seguido una carcajada, coreada por el matón que en todo momento cubría sus espaldas: un enorme jorobado, con cabeza afeitada y de musculosos brazos, excesivamente largos para la proporción que hubiera sido normal, al que de vez en cuando Convey tiraba trozos de carne asada que ávidamente recogía del suelo.

—Connor es un gran perro, Montague. Tiene dos cosas a su favor: su hermanita Bridget, a la que enculo dos o tres veces por semana, y el hecho de que cuando muerde no suelta. Siempre obedece... ¡Siempre!

H pudo sentir la velada amenaza en la última palabra, acompañada de una penetrante y fija mirada que sostuvo hasta que Convey se dio la vuelta para mirar en dirección al este, hacia un mar por el momento en relativa calma, que no tardaría en embravecerse si se hacía realidad la promesa de tormenta de las nubes en lontananza.

H había dejado atrás Dublín por Ormond's Gate para luego acercarse progresivamente hacia el este primero, a lo largo del camino de Landsowne, y más tarde hacia el sur para atravesar, en ese orden, Sandymount y Dun Laoghaire. Un viaje a caballo que le había llevado las tres horas de las que Quinn le había hablado, y durante el que había tenido tiempo para reflexionar por enésima vez sobre opciones. Las que Convey le obligaría a sopesar con la reacción, imprevisible para todos, que pudiera tener ante su petición. «No la hagas en tono de súplica. Exige. Convey debe oler una posible ganancia. Pero solo eso: olería. No habrá un solo penique de por medio.»

—Así que Quinn, mi viejo amigo de la infancia, ha crecido hasta convertirse en un hombre de bien y honrado como yo,

¿eh, Montague?

A H le gustaba el falso nombre con el que Mendoza se había empeñado en bautizarle para la misión: John Montague. Había algo... noble, aristocrático en su resonancia. «Se llama abolengo, H. El que todo caballero que se precie debe tener. Y tú lo eres. Un caballero en dificultades... monetarias, es cierto, pero caballero al fin y al cabo».

—A Quinn le va bien. No se puede decir que no. Por él estoy aquí.

—¿Y en qué exactamente puedo ayudar al amigo de un amigo?

—Quiero trabajo, Convey. Uno que me lleve a vender en tu nombre lo que tengas que vender al sudoeste. Ganarás dinero, te lo aseguro.

El irlandés volvió a reír a carcajadas durante un breve instante. La risa, sin embargo, era esta vez forzada, lo que explicaba la falta de convicción en Connor cuando intentó imitar a su amo. H miró un segundo en derredor para cerciorarse de su posición. No quería sorpresas a su espalda, algo que deliberadamente había buscado Convey, pensó, al llevar la conversación hasta una esquina en la que hablar y oír exigía dejar atrás al engendro: había cesado de recoger carne del suelo y ahora permanecía de pie, con los brazos cruzados, taponando la única salida de la azotea.

—¿Trabajo, eh, Montague? En Dublín es muy difícil encontrarlo, pero en el sudoeste es sencillamente imposible.

—¿Por qué?

—¿Preguntas por qué? Thady Convey te lo dirá, joven Montague: hace pocas semanas los ingleses perdisteis a cuatrocientos... repito... —añadió enfatizando lentamente la cifra—, cuatrocientos hombres en... yo diría... que hora y media. ¿Quiere saber el joven marqués inglés dónde? Porque

eres inglés, ¿verdad, Montague?

Convey era inteligente. No hacían falta las advertencias de Quinn para darse cuenta al momento de que bajo aquella cabeza, cubierta por un escaso, pero largo y lacio cabello, pegado a la piel por el abundante sudor de un seboso cuerpo, había una mente que trabajaba rápido. Tan rápido como el movimiento incansable de los dos ojillos, hundidos bajo gordas y sonrosadas mejillas en las que no había el más mínimo atisbo de barba.

—Galés, Convey, como sin duda ya sabes por mi acento. ¿Dónde fue la carnicería?

—¡Ah, galés! ¡Claro! Ya decía yo que había algo muy poco inglés en esa voz. ¡Me gustan los galeses, Montague!

Había palmoteado al decirlo y Connor había reaccionado con varios sonoros jadeos al gesto. Llevaba al cinto un largo cuchillo con empuñadura de asta de ciervo, al que se aferraba ahora su mano derecha. Convey, por su parte, no portaba armas. Al menos a simple vista.

—Glenmalure. El valle de Glenmalure, Montague. No está muy lejos de aquí cuando uno se para a pensar, pero es un paso casi obligado para llegar desde Dublín al sudoeste.

El tono jocoso había desaparecido bruscamente. Convey jugaba ahora la carta de la seriedad.

—No es un buen negocio, Montague. Menos bocas, menos comida...

—¿Qué pasó exactamente?

—Bueno... es difícil decirlo. Incluso han llegado a echarme la culpa. ¡A mí!

—¿Por qué?

—Dijeron que los últimos arcabuces eran inservibles. ¡Imbéciles! Llevan a críos a la guerra y luego pretenden que sepan disparar. No, Montague, la respuesta supongo que ha

de encontrarse en los irlandeses.

—¿Los hombres de Desmond?

—Desmond, Baltinglass, O'Neill, ¿quién lo sabe? Y además, ¿qué más da? Los irlandeses, Montague, sabemos perder. Somos maestros en el arte. Por eso, cuando una vez de mil ganamos, lo hacemos a lo grande: sabemos que no se volverá a presentar una ocasión semejante en mucho tiempo.

H oyó la hueca risa de Connor a su costado. Tan solo duró un par de segundos, los que Convey tardó en mirarle: el *bulldog* estaba bien adiestrado. No había dudas. Como no las había de que, llegado el caso, mordería. Y lo haría, como se le había advertido, para no soltar la presa.

—Hablabas antes de ganancia, Montague. ¿Qué gana Thady Convey en todo esto?

H sopesó la respuesta unos instantes. Entraba en el terreno examinado en detalle con Mendoza y Quinn en Ely Place. «Palo y zanahoria, H. Recuérdalo: palo y zanahoria.»

—Habrá dinero, Convey. Mucho. Hay gente detrás de mí que no olvidará tu ayuda.

—¡Bien, Montague! Hablas como me gusta. Pero Thady Convey tiene ya muchos años. Y ya lo sabes: Dios es bueno, pero es mejor no ponerse a bailar en una barca pequeña. Necesito pruebas... como, por ejemplo, que me digas exactamente qué quieres hacer. El sudoeste, Montague, no es un buen lugar para ir ahora mismo. Los españoles han desembarcado en Smerwick. Hay nervios, miedo. Habrá lucha. La gente se come a sus muertos. ¡En fin! Lo habitual.

«No mendigues. No negocies.» Las palabras de Mendoza volvieron a resonar en su cabeza. Miró de nuevo a Connor: no había abandonado su posición frente a la abertura en la piedra por la que habían penetrado. Se encontraba a cuatro pasos. «Suficiente. No necesito más.»

—La gente a la que represento, Thady, no es muy amiga de explicaciones. Ellos son los que saben, pero no les gusta mucho que los demás, la gente como tú o como yo, nos consideremos sus iguales.

—¡Ohhh! ¡Gente como tú y como yo! ¡Montague, el marqués, se rebaja! Se iguala a este puerco irlandés para decirle que tiene amigos poderosos por encima de la escoria. Gente... ¿cómo has dicho?... que sabe. ¿Y qué saben?

H volvió a oír el jadeo en Connor, aunque esta vez no desvió la mirada para comprobarlo. Necesitaba centrarla en Convey. El pulso había comenzado y ganarlo pasaba por sostener con aplomo su posición.

—Saben... un poco de todo, Thady. Saben que soy diestro con el cuchillo y saben cómo llevar gente a la horca. Por ejemplo la que mezcla carne humana y de alimañas para luego venderla como suministro al ejército. Admite el consejo, Thady: déjate llevar. Puedes ganar mucho. Hazme caso. Topcliffe no debería pintar nada en esto.

Quinn había insistido en la información. Había habido rumores. Frecuentes. Fundados. Thady Convey había paliado más de una vez la escasez de ganado suministrando al ejército carne de rata, gato, perro o incluso humana, según se había llegado a descubrir en al menos una ocasión. Nada, sin embargo, había salido a la luz... por el momento. El dinero de Thady había comprado siempre el silencio de los capitanes ingleses encargados de la intendencia. Gente a la que Quinn conocía. Gente a la que no le gustaría sentir el aliento en la nuca de los oficiales del Consejo Privado de la reina, dados a usar con relativa ligereza y alegría el potro. Para eso tenían a Richard Topcliffe y su cámara de tortura. Un nombre que, como ahora denotaba la reacción en Convey, podía poner muy nervioso a cualquiera.

—Aclarémoslo, Montague. ¿Me estás amenazando? ¿Es eso? ¿Crees que puedes llegar aquí, a mi propia casa, e

insultarme con impunidad? No ha nacido todavía el hijo de puta galés que pueda hacerlo. Inténtalo de otra manera. O si lo prefieres, deja la labor a Connor. Sabe bien cómo conseguir que los demás digan lo que Thady Convey tiene pleno derecho a saber.

H cruzó los brazos. En el interior del izquierdo, metida en una doble capa bajo el cuero para pasar desapercibida si, como había ocurrido, se le registraba, guardaba una fina hoja de acero. Pequeña, pero afilada en extremo. Suficiente para hacer lo que ya había decidido que haría si mediaba la orden para que aquel ser deforme atacara.

—Nadie amenaza, Thady. Nadie insulta. Te traicionan los nervios.

—¿Nervios?... ¿Nervios? Serás tú el que tiemble, cabrón, cuando Connor te abra en canal. ¡Connor!

H solo necesitó un suspiro y un rápido movimiento para primero hacer sentir a Convey el acero en su cuello y luego rodearle para ponerse a su espalda y ver así a Connor venir de frente.

—¡Dile que salte, Convey! ¡Que salte al vacío!

La bestia deforme había parado en seco, paralizada por la sorpresa. Como Convey, no había imaginado que algo como aquello pudiera suceder. Había registrado al extraño antes de subir a lo alto de la torre: era joven; sin espada no representaba peligro alguno. ¿De dónde había sacado aquel acero?

H apretó el cuello de Convey al rodearlo con su brazo izquierdo, mientras con la mano derecha aumentaba ligeramente la presión de la hoja sobre la yugular. El sudor de Convey era ahora copioso. Mezclado con el pequeño reguero de sangre que H había hecho surgir del cuello empezaba a teñir la grasienta camisa del irlandés.

—No repetiré la orden, Convey. ¡Di al perro que salte al

vacío! Y considérate afortunado... No creo que a Thomas Phelippes le guste demasiado que le cuente este desagradable encuentro.

Primero sintió un leve estremecimiento en el prisionero. Luego una ahogada queja. Connor, a su frente, miraba boquiabierto y perplejo a su amo. Su cara ahora reflejaba miedo, el que producía la certeza sobre las palabras que habrían de seguir y que acompañó con una brusca sacudida de la cabeza.

—¡Salta! ¡Salta al vacío, Connor! ¡Te lo ordeno! Si no lo haces, Bridget...

Primero fue el grito, desgarrador. Luego el golpe seco del cuerpo al chocar contra el suelo. H relajó un poco la presión sobre su presa. La conversación transcurriría desde ese momento, estaba seguro, sin sobresaltos. Tenía, lo sabía, un disfraz con el que llegar a William Stanley. El miedo obraba milagros.

HORROR Y PENITENCIA

En el convento de la Santa Cruz, o *dos Capuchos* como solían llamarlo las humildes gentes de la aldea más cercana, había solo dos clases de monjes: los que podían dormir completamente estirados en su celda, bien porque su estatura fuera corta o porque la hendidura en la piedra al final de la losa que servía como cama permitía la completa extensión de los miembros, y los que, en cambio, se veían obligados a yacer con las piernas encogidas. Un hecho que, a los veinte años de la construcción, hablaba por sí mismo de la fidelidad al principio de la penitencia con el que los primeros ocho monjes habían colocado el basamento. Penitencia en la humildad, la que todas y cada una de las puertas en el recinto imponían al obligar a bajar la frente a todo aquel que quisiera traspasar el dintel. Álvaro de Castro, el mecenas de cuyas manos los monjes habían recibido las tierras en la sierra de Sintra y el dinero para la obra, no había tenido nada que ver en ese grado de rigor. El tan solo había dado cumplimiento a la promesa hecha por su padre, João de Castro, antes de morir en Goa, en los brazos del jesuita Francisco Javier. Un hecho, pensó Idiáquez a la entrada al convento, que no dejaba de ser ciertamente

paradójico en aquellas circunstancias: venía a ver a un hombre, del que se podría decir que se había perdido en el mar, hasta el lugar erigido para honrar la memoria de quien tanto había hecho por la navegación al establecer muchos de los secretos de la declinación magnética.

En su pobreza, el lugar era sobrecogedor: hijo del bosque y de la piedra, había sido construido siguiendo una escala calculada para obrar el dolor. A lo diminuto de las celdas había que añadir detalles como el de la mesa del refectorio, una larga losa, que se levantaba tan solo hasta la altura de las rodillas. Sentarse, si no era en la humedad y el frío del suelo de piedra, no se contemplaba. Como no se admitía el paliativo del fuego para combatir el entumecimiento que Idiáquez podía sentir, de minuto en minuto, instalándose progresivamente en sus miembros. Viniendo de la cercana Lisboa, donde acompañaba a un rey de España a punto de ser coronado rey de Portugal, el contraste causaba algo más que mero pasmo. Era, antes bien, una sensación rayana en el desasosiego: si existía y emanaba de Dios la fuerza para sobrellevar ese diario vivir... entonces él carecía de ella y nunca la encontraría. ¿Era eso? ¿Era eso lo que sentir a Dios en tu interior significaba: la capacidad para sobreponerse al dolor, a la privación, al sufrimiento... a la escasez? ¿Era eso, quizá, lo que en los últimos tiempos tantas veces y tan en vano había intentado hallar en la plegaria: la fuerza para encontrar un sentido a su vivir y hacer? Aquellos hombres la habían encontrado. ¿Nacía del sufrimiento, de la penitencia voluntaria y libremente impuesta en cada caso? ¿Abría esa llave la puerta a la paz, la que por doquier se respiraba en el espacio que ahora pisaba mientras aguardaba a que un monje le condujera ante el convaleciente fray Mateo de Oviedo?

No tenía respuestas. Como no las tenía con respecto a la pregunta inicial que le había llevado hasta allí, tras recibir la nota en Lisboa en la que se le pedía encarecidamente que

fuera a visitar a un postrado fraile franciscano recién arribado de Irlanda en un pequeño barco que había encallado no lejos de aquel lugar. No conocía al hombre, pero conocía sus hechos, al menos los más recientes. Y no auguraban nada bueno. Sabía que estaba detrás del desembarco del coronel Bastiano de San Giuseppi en Smerwick al mando de seiscientos hombres. «¿Habían sido seiscientos?» Nadie en su entorno lo había sabido con certeza. Algunos habían hablado incluso de ochocientos, pero todo habían sido meras conjeturas nacidas de la información sobre los preparativos hechos en el puerto de La Coruña. Luego... silencio. Nada se había sabido en la corte sobre lo acontecido allí. Ni siquiera habían llegado despachos desde la embajada en Inglaterra, la fuente de información más cercana a los acontecimientos. Y eso, se repitió, solo podía significar una cosa: que todo había salido mal. En este caso, contrariamente a lo que solía acontecer, la falta de noticias constituía en sí misma la antesala de la tragedia. Era fácil de entender: el desembarco tenía como último fin, eso parecía desprenderse de las pocas declaraciones obtenidas en La Coruña, provocar la tormenta. Una en la que el trueno de los clanes católicos irlandeses, unidos por la esperanza y la confianza que el desembarco de tropas pudiera obrar, rugiera frente al ejército inglés en la isla. Pues bien, no había habido ruido. Nadie había vuelto para clamar a voz en grito que se enviaran refuerzos para apoyar un levantamiento general. Ese había sido el juego, esa la baza de gentes como fray Mateo, guiadas, así lo creía Idiáquez, por irresponsable ingenuidad al pensar que el rey cedería al chantaje de la primera y efímera victoria para enviar el grueso del tercio necesario para acabar el trabajo. «Las orondas posaderas de los frailes están para sentarse a pensar en otras cosas.» Lo había dicho Bernardino de Mendoza en el último billete privado que le había hecho llegar desde la embajada de Londres para informarle de los planes de Throckmorton y tenía razón. Una intromisión como

aquella en asuntos militares que solo incumbían a la cabeza de la nación, era imperdonable. Nadie discutiría la buena intención, pero sí la locura de la puesta en escena.

—Y pagaré con el remordimiento, Idiáquez, todos y cada uno de los días que Dios tenga a bien darme. Pero no soy solo yo quien debe cargar con esa losa sobre la conciencia...

—¿Qué quiere decir exactamente, padre?

Idiáquez había hallado a fray Mateo tendido sobre un catre, hecho a base de varas secas de avellano, que los monjes habían instalado en un pequeño patio interior, al final de la tortuosa y estrecha senda que igualmente guiaba a la iglesia. El día invitaba a ello. Era el primero en esta nueva primavera en el que se podía sentir la tibieza en los rayos de sol, un hecho al que el herbolario del convento, y cuidador del enfermo, había querido sacar partido.

—La esperanza sin fundamento, señoría, equivale a crueldad. Y quien la siembra, solo merece desprecio. Utilizaría otra palabra si no llevara hábito, una que no necesito pronunciar ante quien juzgo persona sabia e inteligente.

Hablaba con dificultad y lentitud. La carencia de fuerzas era patente, pero no era solo la penosa travesía desde Dungarvan hasta la playa de Azenhas do Mar la que podía explicarlo. A ese hecho había que sumar una más que evidente carga interior, visible en la palidez del rostro y en la tristeza de una mirada perdida en unas cuencas hundidas.

—¿Habla por mí, padre?

—Hablo por todos los que durante generaciones han engañado. Desde los que recibieron en los días del emperador al primer emisario del conde de Desmond en aquel entonces, un tal Galfididus, hasta los que ordenaron a un honesto y valiente capitán como Urízar decir en el año setenta y cuatro que España acudiría en su auxilio. Hemos

traicionado su fe.

Idiáquez respiró hondo antes de continuar. Tenía ante sí a un hombre derrotado y enfermo, carente, así parecía, de la fuerza necesaria para asirse a la vida. Había muchas respuestas a lo dicho, pensó, pero ninguna que no exigiera decirle que lo ocurrido, fuera lo que fuese, se explicaba en gran parte por el engreimiento del aprendiz de brujo. Uno que, sin saber lo que la guerra exigía, se había volcado en preparativos que iban mucho más allá de su competencia como fraile franciscano. Pero no era eso lo que más ayudaba en esos momentos.

—¿Por qué me ha llamado? ¿Por qué quería que viniera a verle desde Lisboa?

—Porque yo no podía ir y debía entregarle algo...

Al decirlo introdujo con dificultad la mano bajo el hábito para a continuación sacar un rugoso papel doblado. Temblaba entre dedos en los que Idiáquez pudo ver quemaduras como las que normalmente causaba la pólvora.

—Es de alguien que no creo que conozca, Idiáquez. Me fue entregado por un irlandés, la mano de confianza del conde de Desmond, un tal O'Daly, quien a su vez lo había recibido en secreto de manos de quien lo escribe y firma.

—¿Cuál es su nombre?

—Stanley, capitán William Stanley. Alguien a quien no conocerá y que no creo que a estas alturas... viva.

Idiáquez intentó no exteriorizar su grado de sorpresa. Mendoza había hablado del mismo hombre, un capitán inglés. «Siembra y recoge», había dicho el embajador para explicar el envío de un enlace desde Londres en una misión sumamente arriesgada, pero necesaria: «... no sabemos lo que Stanley puede ofrecernos, Idiáquez, pero no será poco. Es prioritario acudir». Quizás este papel pudiera ahora aclararlo, aunque ya no valdría de mucho si, como había

dicho el fraile, el soldado había dejado de vivir.

—¿Por qué cree que puede haber muerto, fray Mateo?

—Porque Grey de Wilton no habrá perdonado que no acatara sus órdenes.

—No le entiendo, padre. No sé de lo que me habla. ¿A quién se refiere cuando habla de Grey de Winton?

—Wilton, Idiáquez. Wilton. O si lo quiere, el hijo aventajado del diablo.

Fray Mateo cerró los ojos durante unos instantes bajo la palma de su mano derecha. Idiáquez volvió a observarle con detenimiento: había sido no hacía mucho, estaba seguro, un hombre robusto, aunque de baja estatura, pero su complexión se había debilitado hasta un grado sumamente preocupante. Ocurría a veces, con ciertas enfermedades de cuya naturaleza los médicos no estaban seguros: hablaban de que el enfermo «se consumía», resultado quizá de una mala conjunción de humores; la mirada se hundía en cuencas ennegrecidas y resultaba fácil atisbar paulatinamente el hueso bajo la piel. Fray Mateo no había llegado a ser un esqueleto andante. «Todavía.» Pero lo sería si aquellos frailes no conseguían hacer algo. En su caso, sin embargo, como le había dicho el herbolario al conducirlo hasta el enfermo, no había nada que curar en el cuerpo. «Aunque sí en el alma.» Y eso convertía la tarea en algo difícil, sobre todo porque exigía del enfermo un «sí» a la vida. Sin fisuras. Y en Fray Mateo, a la luz de su aspecto y tono a la hora de hablar, resultaba dudoso que existiera ese afán interior.

—Arribamos a comienzos de noviembre —dijo de repente para sorpresa de Idiáquez y sin dejar de cubrir sus ojos— con pocas armas y menos bastimentos. Pero pensábamos, equivocadamente, que allí encontraríamos suministros. Los que hubieran dejado los hombres de Fitzmaurice el año

anterior y los que nos pudieran prestar Desmond y sus hermanos. Todo, sin embargo, se fue por la borda cuando llegó Sanders...

Hizo una pausa cuando dos monjes, con capuchas sobre sus cabezas y en absoluto silencio, pasaron por delante de ellos con azadas en las manos. La comunidad se elevaba a doce, pero eran solo cuatro los religiosos, como le explicaron antes de emprender regreso a la corte, dedicados a atender la huerta.

—... Estaba enfermo. La disentería le consumía, como lo hacía la desesperación. Él fue quien nos avisó de la inminente llegada de un ejército inglés al mando de Wilton, a quien se unirían los dos barcos que habían recalado en Waterford, mandados por el almirante Winter.

—¿No ayudaron los irlandeses?

—Poco, muy poco. No tienen armas, Idiáquez. Los ingleses han destruido sus cosechas, los brazos más fuertes han ido desapareciendo y el conde de Desmond... no es un hombre que sepa o pueda dar esperanzas.

—¿Por qué no?

—Se debatió durante mucho tiempo en la duda, manteniendo una posición ambigua entre el inglés y nosotros, incluso en contra del criterio de sus hermanos, como para que ahora el resto de clanes le siga a ciegas. Ha pasado su momento, Idiáquez. Su señoría sabe bien lo que eso significa en la guerra.

«Derrota y muerte.» Siempre. Y lo que fray Mateo tuviera que contar, no sería una excepción. Era eso, ahora lo entendía bien, lo que se podía leer en su semblante, en sus gestos... en su abatimiento.

—¿Qué ha pasado con los hombres de San Giuseppi?

Tardó un buen rato en contestar. Tanto que Idiáquez llegó

a pensar que el silencio había de interpretarse como negativa a hablar. Una conclusión, que de haber sabido lo que la respuesta del fraile encerraría, no habría sido tan errónea. También a él le habría resultado difícil encontrar palabras.

—Murieron...

—¿Murieron? ¿Sin más? ¿Quiere decir... todos?

—Todos... ajusticiados. La mayoría acabó pasada a cuchillo, pero a algunos, los que no quisieron aceptar hacerse protestantes antes de morir, les quebraron los huesos, dejando que se retorcieran de dolor durante horas antes de poner fin a su sufrimiento. Es lo que sé, Idiáquez. Lo que O'Daly me contó. Dijo que los ingleses devolvían así el golpe de Glenmalure.

Idiáquez no había esperado oír algo semejante. Había anticipado, con razón, que las noticias serían duras. Pero no había imaginado ese grado de crueldad en la acción de guerra de un ejército regular... a no ser que...

—¿Por qué no pactaron su rendición si no podían vencer? San Giuseppi mejor que nadie debía saber...

—Y lo sabía. ¡Lo sabía!

—Entonces no lo entiendo, padre...

—¿Qué hay que entender, Idiáquez? ¿No lo ve su señoría? Después de dos días de combate, pactamos una rendición honrosa con los ingleses. No seguiríamos luchando y a cambio nos permitirían retirarnos sin coger prisioneros. Entraron sin oposición en nuestras defensas porque fuimos fieles a lo convenido, y luego Wilton traicionó la palabra otorgada para que Raleigh y Macworth hicieran su trabajo. ¿Cuesta tanto entenderlo? ¡Por Dios bendito!

—¿Quiénes son Raleigh y Macworth?

—Los dos capitanes que se encargaron de cortar las cabezas. Los que llevaron a cabo lo que Stanley se negó a

hacer. Por eso hablaba antes de su muerte.

Idiáquez dejó pasar los instantes que siguieron en silencio. Lo necesitaba para digerir la amargura; algo siempre difícil, aunque en aquel sitio conseguirlo, así le parecía, pudiera resultar más factible que en cualquier otro lugar. El rastro de la penitencia hallada en el dolor se respiraba en el ambiente, pero también el sosiego al final del arduo camino. Los monjes lo experimentaban cada día. Recorrían esa dura senda para retornar cada jornada al punto de inicio, purificados, quizás incluso reconfortados, por haber sido capaces de enfrentarse un día más al reto. No era un mal sitio tampoco para que fray Mateo pudiera quizá volver a encontrar su antiguo «yo».

—¿Cómo pudo escapar, padre?

—Sanders nos ayudó en lo que pudo. Un día antes de que Wilton se presentara ante nuestras defensas de *Dun an oir*, cuando ya Winter había echado el ancla en la bahía de Smerwick, nos sacó de allí para ponernos en manos de un grupo leal que nos pudiera llevar a Waterford. La idea era embarcar lo más rápido posible para buscar refuerzos en España. Pero todo se dilató en extremo, tanto que O'Daly tuvo tiempo de llegar hasta donde estábamos para hacer entrega de ese documento y contarnos los detalles de la matanza.

—¿Y Sanders?

—No quiso hacerse a la vela. Mi impresión es que quiere, o quizá deba decir que quiso, morir allí.

Idiáquez no había conocido en persona al jesuita, pero sí había oído hablar de él en varias ocasiones. Sus escritos, creía recordar, habían creado más de un tumulto en la corte, en especial los relacionados con la concepción mesiánica de la monarquía. No todos los teólogos estaban por la labor de defender esa visión, abrazada con pasión por el mismo rey,

que convertía a la corona en agente directo del supremo hacedor. Stukeley, como recordó de repente, había estado en buena relación con él antes de dirigirse a África con el rey Sebastián. Quizás eso podía explicar por qué Sanders había recalado en Irlanda siguiendo a las diezmadas huestes de aquella trágica aventura del pasado.

—¿Qué sabe, padre, de Stanley?

—Poco. Tan solo lo que O'Daly puso en mi conocimiento. Se rebeló contra Wilton cuando recibió la orden de ejecutar a los prisioneros. Un par de oficiales, según parece, le secundaron, pero el resto no hizo nada por defender su manera de actuar. Lo último que O'Daly sabía era que sería trasladado a Cork para un juicio sumarísimo. Y si es así, no tiene muchas cartas para obrar el milagro. No con Grey de Wilton.

—Ya entiendo —respondió Idiáquez palpando de nuevo con delicadeza el billete que se le había entregado. Aquel documento resultaba, por primera vez, atractivo... intrigante. Pudiera ser que fuera incluso esclarecedor. Ardía en deseos de examinarlo, algo que fray Mateo supo entender al momento.

—Hay un pequeño jardín al final de esa senda, Idiáquez. Tiene tiempo para leerlo antes de volver a Lisboa. De hecho, le conviene hacerlo. Pudiera ser que necesitara de nuevo que le explicara alguna cosa. Y si es así, será un placer ayudar. Por mi parte... ignoro su contenido. Le doy mi palabra.

Idiáquez hizo lo sugerido. Acallar la curiosidad nunca había sido algo que le resultara ya no fácil sino ni siquiera posible y aquel billete engendraba mucha. Lo abrió con sumo cuidado: el papel era de una calidad pésima y a ello había que unir los rigores de una travesía que había dejado palpable huella. La letra, en cambio, era elegante; propia, reflexionó, de alguien dado a escribir con cierta asiduidad. No había encabezamiento, ningún nombre en concreto a quien

aquellas líneas fueran dirigidas, pero sí lo que le pareció la mitad de una moneda, sujeta al papel por lacre endurecido:

Todo indica que mi tiempo entre los vivos será breve si no surge entre ellos quien pueda hacer cambiar de opinión a quien sin duda será un riguroso juez. Pero esa brevedad no será tanta que no pueda hacer de este papel mi testamento:

Confieso ante Dios mi salvador que no he tenido nada que ver con los asesinatos de Smerwick. Mis manos están teñidas de sangre inocente, no lo negaré en la antesala de un juicio militar que probablemente me llevará a la horca, pero no pertenece a ninguno de los soldados españoles desembarcados en la bahía de Smerwick. En espíritu fui uno con ellos. Lo era antes de su llegada. Y lo seguiré siendo hasta el final, cueste lo que cueste. Mi nombre será el de un traidor para los mismos que tildarán de acto

heroico lo que no ha sido otra cosa que pura y despreciable vileza, perpetrada por cobardes asesinos carentes del más mínimo vestigio de honor. Lo sé. Y no me importa. Esa será mi grandeza. De la misma manera que no hace falta ver un barco para saber su estado, porque basta con ver al capitán, será suficiente con examinar a quien de mí haga un traidor para entender la honestidad que quío mis actos: será la misma que a él le falte.

Mi vida no vale un chelín. De ahí que acompañe a esta nota la mitad de uno. Yo guardaré la otra parte. Quede que Dios, en su grandeza, una un día esas dos mitades en circunstancias que ahora no podemos ni siquiera imaginar. Recemos para que así sea.

Sir William Stanley

Capitán

Resultaba difícil sacar conclusiones. Podía entender la necesidad en Stanley de una confesión a fin de exonerar su nombre de lo que a todas luces se describía como una matanza sin escrúpulos. Con la muerte visible en lontananza, sería lógico que un hombre quisiera dejar su honra limpia, al menos con aquellos que realmente le importaran. Hasta ahí no había nada extraordinario en aquel documento escrito extrañamente en pulcro español. Todo encajaba con lo que fray Mateo acababa de contar, lo cual corroboraba, a su vez, lo que O'Daly había dicho al franciscano. Pero la mitad de aquella moneda y lo que sobre ella se decía eran harina de otro costal.

Las palabras eran enigmáticas. Parecían las de alguien que todavía viera la posibilidad de asirse a la vida y que, por tanto, contemplara una real aunque extraña, lejana y casi imposible solución a su desesperada situación.

—¿Pidió Stanley que expresamente se me entregara a mí el documento?

Idiáquez había vuelto lentamente hasta el lugar donde había mantenido la primera charla con el religioso, a quien de nuevo atendía el herbolario ayudándole a beber un caldo recién preparado.

—No, Idiáquez. Esa fue idea mía cuando al llegar aquí supe que su señoría acompañaba a su majestad en Lisboa. Stanley solo pidió que sus líneas llegaran lo más alto posible en España. En ausencia del rey, a quien no podía pedir que acudiera, la mejor opción era la persona encargada de los asuntos exteriores.

El secretario real volvió a examinar la mitad de la moneda, lenta y detenidamente. La acuñación, como su defectuoso borde demostraba, era pésima, pero no se trataba de dinero falso: el metal era de buena calidad, no había duda alguna en ello. Partida por la mitad con un objeto lo bastante contundente y afilado como para haber dejado un corte

limpio en ligero ángulo, la parte que Idiáquez sostenía en la palma de la mano ofrecía por el anverso una corona encima de una cabeza de la que solo se podía ver parte del ojo. En el margen se podía leer *Hib Regina Eliza*: un chelín inglés de plata, no había duda. «¿Qué coño significa esto?» ¿Había querido su poseedor comprar con él esperanza en la desesperación? Leyó de nuevo el documento, un acto que en los días siguientes habría de repetir hasta memorizar todo el contenido: *Si no surge entre ellos...* «¿Entre quién?... los vivos.» ¿Qué oculta esperanza llevaba a aquel hombre prácticamente sentenciado a muerte a pensar en la posibilidad de que aquellas dos gastadas mitades de metal pudieran volverse a unir en un todo? ¿Y si era así, entonces qué? Fray Mateo no sabía nada de él, salvo su más reciente pasado. Solo Bernardino de Mendoza había aportado información más detallada, suficiente para entender que se trataba de un soldado cuyas cualidades cualquier maestro de campo habría valorado como excepcionales.

Levantó lentamente la cabeza hasta que su mirada se encontró con la del fraile, inquisitiva como pocas. Y fue ese hecho, quizás, el que provocó todo. Nunca habría de saberlo a ciencia cierta. Pero ahí estaba: el fugaz momento en que empezó a entender. En la densa y oscura nebulosa había habido un brevísimo pero intenso estallido de luz. Una idea... no sabía bien cómo definirla... inconcreta, alocada, extraña... una quimera. Surgida... quizá... de la embriagadora mezcla de luz, humedad y olor en la que el convento empezaba a sumergirse dos horas antes del toque de oración. Y sin embargo... atractiva. «Puede... puede que... ¡No, por Dios! ¡Es ridículo pensarlo! Y sin embargo...»

Fue fray Mateo, sin apartar sus ojos, quien le sacó de su ensimismamiento.

—¿Puedo ayudar, Idiáquez? ¿Hay algo que le preocupe?

—No... no... solo que...

No terminó la frase. La pregunta estaba ahí y no se iría de su mente. Pero no debía hacérsela al franciscano. Ahora no. Quizá nunca. Debía examinar cuanto antes lo contado por Mendoza en su último despacho respecto a lo que Throckmorton había pactado con los Guisa para el asalto a Inglaterra y el asesinato de la reina. Eso era lo que el momento exigía: que se marchara. Necesitaba soledad. Soledad para pensar. Aunque...

—Solo una pregunta, padre... ¿Habría cambiado algo de haber contado con Stanley en nuestras filas?

Por primera vez vio la sonrisa en el rostro del religioso. Le sentaba bien. Y solo podía augurar algo bueno. Quizá, después de todo, hubiera en él un «sí» interior a la vida.

—No, Idiáquez. No habría cambiado nada. En las nuestras no.

—¿Qué quiere decir, padre?

—Lo mismo que ya ha pensado su señoría: que en nuestras filas solo habría sido un muerto más. En las suyas, sin embargo... pero trabajando para nosotros...

—¿Sí, padre?

—Habría significado la diferencia entre la muerte y la vida, entre derrota y victoria. Irlanda hoy sería nuestra. No tengo ninguna duda.

Otro hombre, asediado en su embajada de Londres por un vigilante enemigo, había dicho algo parecido con distintas palabras en el pasado más reciente. Por eso había expuesto al peligro a uno de sus mejores agentes enviándole al encuentro de Stanley. «Dos acciones... un mismo escenario: Irlanda.» ¿Por qué no? ¿Había tiempo todavía? Podría... ser. Pero todo requeriría respuestas rápidas a más preguntas. Habría muchas, no le cabía duda, pero entre todas ellas esta sería siempre la primera. Una a la que fray Mateo habría de responder de nuevo con una sonrisa, la segunda de la tarde:

—Padre... ¿cómo podría un hombre contactar con O'Daly sobre el terreno?

EL CONSEJO DE LAS DESAVENENCIAS

Sir James Croft se movió incómodo en su asiento. El consejo privado de la reina se había reunido hacía dos horas y no se había llegado todavía a la discusión de los puntos más relevantes, los que William Cecil, o lord Burghley si se usaba su último título, le había anticipado en secreto que se tratarían. Casi todos giraban en torno a Irlanda, la tierra en la que él mismo había ostentado el cargo de delegado de la corona hacía tres décadas. Y casi todos tenían que ver con muertes: inglesas, irlandesas, españolas, italianas; pasadas, presentes y... futuras. Que él recordara, aquella tierra jamás se había mentado en las reuniones de gobierno si no era para rendir homenaje a la sangre. No tenía sentido alguno que un desgraciado hubiera tenido éxito al acuñar el nombre de «isla esmeralda». Era, sencillamente, ridículo. El rubí habría sido una elección más afortunada. Sobre todo... más lógica, dada la constante carga de horror por norma inherente a las noticias llegadas de allí.

Miró discretamente a su alrededor antes de volver a posar la vista sobre sir Francis Walsingham: solo Burghley parecía prestar atento oído a aquella lenta y cansina exposición de hechos burocráticos en la que el señor del

secreto llevaba inmerso sin interrupción más de una hora. Incluso la misma reina había llegado a bostezar en dos ocasiones, la segunda de manera mucho menos disimulada que la primera. Elizabeth, reflexionó Croft, había ganado peso en las últimas semanas después de haberlo perdido con anterioridad a resultas, eso al menos era lo que muchos en la corte pensaban, de las desavenencias en el consejo con respecto a su matrimonio con el francés. Ahora, sin embargo, aquel nubarrón se alejaba en lontananza para dar paso a la luz de la prosperidad, materializada en el tesoro que Drake, tras su circunnavegación del globo, acababa de depositar a los pies de la corona. «Las joyas obran siempre la sonrisa.» Con Elizabeth el axioma adquiriría tanta rotundidad como el principio igualador de la muerte. Lo había visto en Leicester, en Hatton, en él mismo sin ir más lejos: el endeudamiento personal en la adquisición de joyas para utilizarlas como inversión en la compra del favor real. Funcionaba. Siempre lo hacía, aunque no siempre lo obtenido compensara el gasto inicial.

—Y, por último, majestad, lo más importante...

Las palabras de Walsingham interrumpieron su reflexión. Nada había habido en lo anterior que se pudiera catalogar de excepcional o al menos interesante, y que, en consecuencia, tuviera que trasladar en secreto al embajador Mendoza. Excepto el pequeño detalle sobre *Portus Nova Albionis*. Walsingham había mencionado el lugar, como lo había hecho con anterioridad en al menos dos consejos, pero este era el primero en el que se había asociado indirectamente a Nueva España, en concreto a la zona del límite norte. En el curso de su navegación, Drake había reclamado el territorio para Inglaterra, dejando atrás a un puñado de hombres sobre el terreno; el germen, así se esperaba, de una floreciente colonia. Mendoza respiraría ahora más tranquilo sabiendo dónde en concreto empezar a buscar al enemigo. Y eso quizá significara algo. «Puede que haya dinero.» Tenía pocas dudas

al respecto: era la clase de información por la que Mendoza, lo mismo que Walsingham en el lado contrario, estaría quizá dispuesto a pagar más de lo que a priori se pudiera imaginar.

—Bien, mi querido, conciso y entretenido servidor. Hemos sobrevivido, aunque a duras penas, hasta este momento. ¿Cómo espera su señoría acortar nuestra agonía?

Había sonado el primer chasquido del látigo real. Y el castigo se recibía, como siempre ocurría inicialmente con Walsingham, con azoramiento y leve sonrojo.

—Lo lamento, mi señora, pero...

—Chet... chet... chet, milord. No tengo tiempo para oír sus excusas: mañana tengo que recibir en audiencia a tres embajadores. ¿Puede su señoría concluir? Y, por cierto, ¿bastarán cinco o seis horas para que consiga hacerlo?

Nadie celebró con risas la descarga de sarcasmo. Aunque sí con sonrisas. En Burghley era más patente que en nadie. ¿Significaba algo? «Pudiera ser.»

—Lo haré, majestad... en poco tiempo. Lo que tengo que decir ofrece, como las monedas, doble cara: Smerwick ha caído. El enemigo ha perdido a más de seiscientos hombres, mientras que en nuestro bando no ha habido bajas que merezca la pena reseñar.

Era una noticia esperada, pero no por ello menos grata. Aunque, de nuevo, no parecía que lo fuera para todos: la expresión en el marmóreo rostro de Burghley constituía en ese momento una isla en el mar de la alegría. Había sabido con antelación lo que Walsingham iba a decir al consejo, pero aun así resultaba difícil interpretar aquella seriedad, pensó Croft.

—¡Es... es una noticia estupenda, mi querido moro! ¡Brindaremos por ello! —dijo la reina, con el raro desembarazo en ella que traía hasta el presente el eco de la joven que hacía años había asombrado a todos por su

capacidad para reír en la adversidad.

Un coro de espontáneos «hurras» iniciado por sir Christopher Hatton contribuyó aún más al alborozo casi general. Inglaterra estaba necesitada de esa clase de noticias. Ponían fin a la ansiedad de meses.

—¡Explíquese, sir Francis! ¡Cuesta tanto creer que nuestras armas hayan podido destrozar así a las españolas! ¡Es un milagro!

—Puedo ser considerado así, mi señora: un milagro. Pero a mi modo de ver solo corrobora el acierto que tuvimos al poner al frente a Grey de Wilton.

Sir James Croft habría podido en ese momento lanzar su propio y personal «hurra» por lo que acababa de oír. Porque al hacerlo rendiría pleitesía a la inteligencia e instinto político de aquel hombre. Era él quien de principio a fin había hecho posible aquel nombramiento militar, silenciando así y venciendo en consejo a quienes, como Burghley, inicialmente no habían estado en absoluto de acuerdo. Sí, llegaba el momento de recoger la recompensa y se apresuraba a reclamarla.

—Milord hablaba hace un instante de la doble cara de la moneda. ¿Podríamos conocerla?

La pregunta de Burghley devolvió inmediato silencio a la reunión.

—¡Es cierto! —dijo la reina, dejando ver que por un segundo había olvidado el preámbulo de sir Francis—.

¡Mi espíritu ha hablado como debe! ¡Siempre lo hace! Gracias, sir William. ¿Puede decirnos algo al respecto, sir Francis?

—Puedo y debo, mi señora —respondió Walsingham con estudiada indiferencia, intentando así minimizar el alcance de lo que iba a añadir—. Ha habido un caso de clara traición

que debe ser castigado de inmediato, pero requiere de su real autorización. Se trata de un caballero...

—¿Un caballero? ¿Traidor en las circunstancias que nos ha descrito su señoría? ¿Cómo puede ser? ¿De quién se trata?

—Stanley, mi señora, sir William Stanley. Desobedeció órdenes, se negó a luchar. No siguió a los demás oficiales. Grey de Wilton ha informado...

—¡Miente! ¡Es él precisamente, Wilton, quien debería ser ejecutado de inmediato!

El rugido del viejo depredador seguía teniendo fuerza. Emanaba de su grado de autoridad, algo que nadie discutiría en el caso de lord Burghley: había dado consejo a la reina desde el mismo momento en que, a la muerte de la reina María, había recibido la noticia en Hatfield House de que la corona era suya. Era, con diferencia, el más veterano en asuntos de estado de todos ellos; «el espíritu», como solía llamarle Elizabeth; la fuente de aliento y consuelo de la corona en la hora de la tribulación. No era de extrañar que su acusación causara inmediato y visible sobresalto. Podría ser considerada, además, seria en sus términos. Mucho. Y venía cargada de amenaza. ¿Un reto que obtendría respuesta? «No... por el momento», concluyó sir James sin mucho convencimiento: no era del todo seguro que el hecho de que Walsingham hubiera agachado momentáneamente la cabeza, a la espera de las palabras que sabía saldrían de la real boca, significara que admitiera la derrota.

—¡Lord Burghley...! ¿Cómo puede...?

—Majestad, los hechos se pueden contar de muchas maneras. No pido que rechace los de sir Francis... por el momento. Tan solo que primero lea y luego decida. No le llevará mucho tiempo.

Burghley dejó a continuación sobre la mesa real un

manoseado folio, doblado por la mitad, en cuya cara visible no se podía apreciar escritura alguna. Elizabeth lo recogió con ligero pero evidente temblor en su mano derecha, para luego acercarse a la esquina más alejada de aquella estancia de Whitehall, una que ofrecía, en opinión de sir James, una de las vistas del Támesis más privilegiadas que él conociera.

—Es... es... ¿Ha seguido el mismo conducto que el resto, sir William? —la reina preguntó al cabo de unos minutos.

—En efecto, mi señora.

—¿Y quién lo firma? O mejor dicho, ¿quién debería haberlo firmado?

Sir Francis Walsingham levantó la cabeza. Ignoraba por el momento el contenido, pero eso no le preocupaba en exceso. Saber, en cambio, quién podía estar en el origen de la misiva significaría dar respuesta a una pregunta que ni siquiera Maliverny Catlyn había conseguido por el momento contestar. Su hombre había hecho progresos, era cierto. Gracias a él hoy sabía que quien quiera que fuera el responsable de aquella correspondencia irregular que acababa en las manos reales se encontraba dentro de la vanguardia del ejército desplazado a la isla. Todo encajaba: solo en primera línea habría sido posible recoger cartas, como las escritas por la condesa de Desmond, para luego hacerlas llegar hasta Inglaterra. Pero más allá de este hecho, no había claridad alguna. La pregunta de la reina en el consejo, sin embargo, acababa de despejar en sí misma una segunda duda. No tanto por el contenido en sí, sino por la persona a quien había sido dirigida: Burghley. El «conducto» al que su majestad se había referido solo podía significar una cosa: que aquel papel había seguido, de principio a fin, la misma senda que la documentación anterior. Y eso, a su vez, dejaba claro que Burghley, igualmente de principio a fin, había estado involucrado en el asunto. Era él quien había establecido la cadena. Y ahora la corona le exigía que pusiera

boca arriba sus cartas.

—Majestad, con el debido respeto, responderé a la pregunta en privado. No sería conveniente ni aconsejable que lo hiciera en público.

—¿En público, sir William? —interpuso sir Francis con ironía expresada en el tono bajo en él habitual—. No estamos precisamente en la plaza del mercado.

—Es cierto, milord. Esto es el consejo real, que busca, siempre lo ha hecho, la salvaguarda de la corona. No hay otro afán en mí. Imagino que coincidirá con el del resto de miembros.

Walsingham mantuvo una sonrisa de escepticismo. En él equivalía a expresar que recogía el guante de desafío que Burghley acababa de estampar en su rostro. No vacilaría en entrar en ese duelo.

—No se escude en la lealtad, sir William. Se nos supone a todos. Sin excepción. Y no somos, como ve, muchos. ¿Podría, pues, esta feliz y pequeña galería de leales corazones saber quién firma lo que... ahí figura por escrito, como su majestad exige?

La reina, como Croft comprobó en ese instante, permanecía por el momento aparentemente ajena a aquel intercambio dialéctico de golpes, su atención de nuevo centrada por entero en la relectura de un documento que parecía haber descompuesto su expresión hasta un punto que ni siquiera su gruesa capa de maquillaje podía disimular.

—No he dicho, sir Francis, que no vaya a responder a la pregunta. Y no ha sido mi intención escudarme en la lealtad, como milord ha esgrimido. No es difícil imaginar por qué su señoría actúa así. En alguien como vos, la irrefrenable y baja inclinación, propia de sirvientes, a saber lo que se cuece en cada fogón, lo explica. Aquí, si no me equivoco, estoy o debería estar entre caballeros. ¿No es cierto?

Burghley acababa de responder con una andanada gruesa que a todas luces parecía haber hecho blanco: el rostro de Walsingham había perdido de repente su habitual palidez para alcanzar el tono rosáceo que solo una mal disimulada rabia podía explicar. Los dos navíos habían cruzado sus costados, pero Croft entendió que Burghley había hecho fuego tras ganar el barlovento y eso significaba que la capacidad de maniobra seguía siendo suya. Una visión, a tenor de las palabras que habían de seguir, probablemente compartida por el conde de Leicester: si alguien tenía la capacidad de ver con antelación hacia qué lado habría de girar la victoria, era él. En ese respecto, Croft no lo había visto equivocarse jamás.

—Sir Francis, creo que sir William está en su derecho a actuar como lo hace. La conclusión que extraigamos de su silencio, que no será tal con su majestad, no puede ni por un segundo estar teñida por la desconfianza. Tiene, estoy seguro, sus razones, y serán, como siempre lo han sido, poderosas.

La voz de Robert Dudley, primer conde de Leicester, en opinión de muchos, incluido Croft, *primus inter pares* en el corazón de su majestad, pareció sacar a la reina de su ensimismamiento. Aquel rostro, en el que eran ahora visibles las pequeñas estrías en la blanca capa que desde hacía poco la reina exigía que se le aplicara antes de comparecer en público, parecía querer dar a entender que el breve pero agrio e intenso desencuentro entre cortesanos le había pasado desapercibido.

—Robin... querido y dulce petirrojo. Léelo... por favor.

La reina no había usado aquel epíteto en ninguna reunión previa. Nadie, al menos, recordaba haberlo escuchado, lo cual no significaba que fuera desconocido. Elizabeth, como muchos de los presentes sabían, lo utilizaba en privado. Era su manera de expresar el íntimo afecto

sentido hacia un hombre del que erróneamente se decía que compartía mucho, incluida la fecha de nacimiento, con ella.

—Sir Francis —dijo Elizabeth mientras Leicester se retiraba hacia la misma esquina donde la reina había estado minutos antes—, cuando Grey de Wilton informó... ¿mencionó ejecuciones?

—Majestad, entiendo que fue su secretario personal, Edmund Spenser, quien redactó el documento y sí... hizo alusión a ejecuciones. Ocurre siempre en la guerra.

La reina tardó unos segundos en replicar. Había dureza en su mirada, no exenta de rabia contenida. Algo que el consejero no tuvo dificultad alguna para apreciar, acostumbrado como estaba a leer un rostro en el que el enfado daba siempre un brillo especial a los ojos.

—Sí. Ocurre. Es cierto. ¿Ocurre también que se ejecute a sangre fría al enemigo cuando se ha rendido y pactado con honor un acuerdo para retirarse de sus posiciones? ¿Entra ese tipo de conducta asesina en la teoría de la ciencia de la guerra? ¿Entra la tortura, el ensañamiento vil contra soldados desarmados, la mutilación de sus partes?

—Majestad, ignoro lo que ese documento contiene. La información que yo poseo es la suministrada por el conducto oficial y no habla de nada de eso. Es cierto, menciona lucha. Tenaz. Atroz. Y luego la victoria. Nuestra victoria. No ha habido, que yo sepa, nada deshonesto en ella.

No era habitual, pensó Croft, encontrar desprevenido a sir Francis. Pero la reina lo había hecho. El consejero había bajado la guardia y aquel escrito, fuera de quien fuese, parecía hacerle vulnerable.

—¡Claro! Mi moro lo entiende. Solo su privilegiada mente podría hacerlo. Los demás... sencillamente... no llegamos. La verdad es inescrutable para nosotros. ¿Podría, pues, ilustrarnos, señorita?

—¿En qué sentido, majestad?

—Atroz... tenaz. Son sus adjetivos, o quizá los de ese Spenser. Aplicados a la lucha. ¿No es así? Pues bien, ¿cómo entiende su señoría que en esa lucha... tenaz y atroz... seiscientos enemigos mueran sin que nosotros recibamos un rasguño? Sir Francis, por favor, no meta a Dios en su respuesta. Soy toda oídos. Y, por cierto, que alguien me recuerde que mi próximo vestido contenga ese motivo.

El azoramiento era patente en el consejero. Carecía de argumentos. Un hecho derivado, a su vez, de la falta de información fiable. Catlyn no había aportado nada al respecto en las últimas semanas. «Tres semanas... —reflexionó Walsingham— es demasiado tiempo. ¿Qué...?»

—¿Y bien, sir Francis? ¿Va a contestar ahora o debemos esperar otras seis horas antes de que su señoría se decida a hacerlo?

—Majestad. Lo lamento. No tengo nada que decir salvo recordar que la lucha en esa tierra es la más dura a la que esta nación haya tenido que hacer frente en su historia. Si ha habido ejecuciones como las que su majestad ha mencionado entiendo que deberíamos exigir una explicación de sir Arthur. Estoy seguro de que será convincente. Pero eso no exime a sir William Stanley...

—¡Le exime por completo, Walsingham! —dijo Burghley con un tono áspero que de nuevo incrementaba la ya de por sí palpable tensión en el ambiente.

—No lo hace, sir William —terció esta vez la reina para desautorizar al tesorero real—. Ha habido desobediencia. En un soldado, aunque sea en uno tan valioso como sir William Stanley, no debe ser pasada por alto.

—Pero, majestad, sir William ha luchado como pocos lo han hecho. Es uno de los mejores capitanes, por no decir el mejor, que tenemos. Si ha rehusado...

—¡Ha desobedecido, sir William! Insisto en ello. Y por ello debe ser juzgado. Pero no lo será en Irlanda. Será traído a Londres cuando se dé el primer repliegue del ejército. Mientras tanto, que Grey de Wilton reciba este mensaje: si toca un pelo de sir William yo misma le despellejaré. Sir Francis, encárguese de hacer llegar la buena nueva a ese... carnicero. Cuando esta campaña acabe no volverá a mandar mi ejército en Irlanda.

En ese momento, un azorado sir Walter Mildmay, casado con una hermana de sir Francis Walsingham y uno de los miembros más taciturnos del consejo, alzó dubitativamente su mano para pedir permiso para hablar. Elizabeth tardó un buen rato en darse cuenta del gesto. Cuando lo hizo, sus palabras no fueron precisamente las que más podrían haber animado a Mildmay a abrir la boca.

—¡Sir Walter! ¿Estaba ahí su señoría? ¿Desde cuándo lleva en la sala? ¿Entró con nosotros o estaba ya desde la sesión anterior, el miércoles pasado?

Mildmay bebió un sorbo de agua antes de contestar. Junto a él, un nervioso escribano, Thomas Wilkes, recién estrenado en el primero de los turnos en que los cuatro escribanos reales dividían su trabajo anualmente, le ayudaba a ordenar la caótica masa de papeles frente a sí.

—Majestad, con el debido respeto, ha llegado a mí una información que pudiera quizás arrojar luz sobre las tinieblas del caso del capitán sir William Stanley en relación con su quizá desgraciada actuación en Smerwick.

—¡Por el amor de Dios, Mildmay! ¿Habla así a su esposa para llevarla a la cama? Supongo que de hacerlo empezará a convencerla a primera hora de la mañana en la esperanza de que puede haber entendido el mensaje para la noche. ¿Quién demonios ha hablado con su señoría? Quiero solo... y hablo muy en serio... dos palabras.

—Wilkes, majestad, Thomas Wilkes, el escribano.

—Seis, seis palabras —dijo la reina antes de pedir a Burghley que acercara su oído para hacerle una confidencia.

—¿Majestad? —preguntó titubeante un asustado Mildmay, en quien se concentraban ahora todas las miradas de los doce miembros.

—Seis, Mildmay. Y dije dos. Eso quiere decir que seis menos dos hacen cuatro, ¿verdad, sir William, aguda mente matemática al servicio de la tesorería real?

—Es cierto, majestad —corroboró Burghley con una poco disimulada sonrisa.

—Pues bien, sir Walter Mildmay está en deuda con nos, Burghley, y deberá pagar con una perla por cada exceso. ¿Ha quedado claro? ¡Solo dos palabras, Mildmay!

—Sí, majestad.

El consejo rio abiertamente a coro con la respuesta del ruborizado cortesano. Elizabeth miró complacida a su alrededor antes de centrar su mirada en Wilkes, en la esquina más alejada de la larga mesa de roble a la que se sentaban las dos hileras de consejeros. La risa actuaba como bálsamo. Siempre tenía ese efecto. Por eso era buena en situaciones tan tensas como la que el consejo acababa de vivir, incluso si se conseguía a expensas de un individuo en concreto como el puritano de Mildmay.

—¡Wilkes! —La reina gritó para imponer el silencio—. Tiene la palabra. Informe a este consejo y hágalo con brevedad.

De los escribanos del consejo, Thomas Wilkes era el más avezado en política internacional. Había estado a cargo de misiones diplomáticas en Francia, frente a la reina madre, Catalina de Médici, en Alemania, y en los Países Bajos, donde infructuosamente había tratado de negociar con Donjuán de

Austria una nueva política que Inglaterra pudiera secundar al poner fin a la guerra en la que los hermanos protestantes se veían inmersos. Culto y eficiente, Elizabeth le había premiado con el cargo de impresor real por sus desvelos; un monopolio que al ser vendido con posterioridad a un tal Christopher Barker le había permitido llevar una vida no exenta de lujo que todos los presentes, salvo Walsingham, desconocían.

—Majestad, mi sobrino, el alférez Stephen Wilkes, con quien mantengo regular correspondencia, ha servido en Irlanda bajo las órdenes de sir William Stanley durante estos dos últimos años. Y no es precisamente positivo lo que de él ha tenido a bien hacerme sabedor.

—¿Le ha contado su sobrino algo directamente relacionado con los hechos de Smerwick?

—En su último despacho, majestad, mencionó Smerwick, pero solo para decirme que la situación pintaba bien. No habían entrado en combate aún. Lo que, en cambio, sí me dijo en despachos anteriores es que sospechaba que el capitán Stanley podía ser culpable de traición al mantener contacto regular con el enemigo.

Las últimas palabras de Wilkes constituían en sí mismas una acusación cuya gravedad no podía ser ignorada. La palabra «traición» marginaba y reducía prácticamente a la nada la anterior ofensa de insubordinación y rebeldía. Involucraba por entero a la corona, contra quien, por definición, todo traidor actuaba.

—¿Es consciente, Wilkes, de la gravedad de lo que sostiene?

—Lo soy, majestad. No hablaría así si no lo fuera. Pero no tengo motivos para sospechar que mi sobrino haya mentado. No... no acuso a sir William. Tan solo quiero que su majestad oiga lo que podríamos llamar el testimonio de un testigo

presencial.

—De acuerdo, Wilkes. Repita fielmente —dijo la reina haciendo hincapié sobre la última palabra— lo que su sobrino escribió.

—Mencionó el hecho, majestad, en dos ocasiones. Y en las dos sucedió casi lo mismo. El primer caso se dio en Waterford: siguió a sir William hasta las ruinas de un antiguo monasterio de franciscanos a las afueras de la ciudad. Quería tan solo, así me lo explicó, vigilar su espalda. Y fue entonces cuando sucedió: pudo ver al capitán hablar con un andrajoso irlandés, viejo y barbudo, durante unos quince minutos. Aquel hombre entregó algo al capitán.

—¿Algo, Wilkes?

—Un papel, majestad, que Stanley se apresuró a guardar en su bolsillo.

—¿Y la segunda vez?

Croft miró en ese momento a Walsingham. Había satisfacción mal contenida en su rostro. Las palabras de Wilkes le situaban de nuevo en posición ventajosa: la principal acusación contra el proceder de Grey de Wilton, por cuyo nombramiento se había visto obligado, como hoy, a un agrio cruce de palabras con Burghley, ya no nacía del trato dado a un mero subordinado católico como Stanley, sino de un más que probable traidor. Y eso cambiaba las cosas. Cambiaba todo. Súbita y agradablemente.

—Fue, majestad, tres meses después. Mi sobrino no dijo exactamente dónde. Tampoco dijo haber visto a sir William hablar con el irlandés en esa ocasión. Pero sí dijo haber observado cómo un hombre, similar en su aspecto al que había visto en Waterford, se alejaba a caballo tras salir de una fronda boscosa de la que al cabo de unos minutos habría de salir el capitán igualmente.

La reina bajó durante unos segundos su semblante.

Necesitaba recapacitar. Lo que Wilkes acababa de contar alteraba la situación de Stanley. ¿O no lo hacía? Las dudas se agolpaban en su mente y cuando eso ocurría no pensaba bien. Surgía la indecisión, ese lastre del que Leicester en privado le había suplicado que se librara, sobre todo cuando de ofrecer ayuda militar a los rebeldes de Flandes se trataba.

—¿Hay algo más que deba añadir, Wilkes?

—Tan solo, majestad, que las relaciones de mi sobrino con sir William nunca han sido del todo buenas. Stephen ha cumplido siempre con su deber, pero sir William nunca le ha puesto las cosas fáciles.

—¿Y no explicaría eso, Wilkes, una acusación tan seria?

Fue Burghley el que hizo la pregunta, la misma que la reina habría hecho de no haberse adelantado el consejero.

—Señoría... lo dudo, señoría. Mi sobrino es un hombre de honor. No haría eso.

—Entonces, Wilkes, ¿por qué ha actuado hasta ahora tan contrariamente a los intereses reales no informando a este consejo?

La pregunta de Leicester, hecha a sus espaldas, le cogió por sorpresa. Se sentía cogido entre fuegos opuestos. Y se le obligaba a entrar en un terreno muy peligroso del que probablemente no sería fácil salir indemne. Jugaba sobre el filo de un cuchillo que empezaba a moverse, lo que disminuía su escasa estabilidad. Por primera vez sentía miedo en una reunión del consejo.

—No tengo respuesta, señoría. Solo puedo pensar, mi señor, que su buen criterio se lo ha impedido. Quizá tuviera dudas. Quizá no estuviera del todo seguro.

Dudas. Eran las dudas, reflexionó en silencio Elizabeth, las que la privaban del sueño reparador que tanto necesitaba. Nunca había certeza. Cuando parecía existir era

tan solo para desvanecerse al instante en un mar de oscuridad poblado de arrecifes que obligaban a cambiar constantemente el rumbo de la nave. Dudas. Problemas. Wilkes había tratado de aclarar la situación intentando demostrar la, para él, lógica conexión entre el rebelde y el traidor. No lo había dicho en esos términos, pero lo había pensado. Elizabeth estaba segura. Y al hacerlo había deteriorado la situación hasta un extremo que minutos antes habría sido impensable. ¿Era justa esa acusación? ¿Podía creerse? ¿Podía, debía la corona, a la vista de la evidencia, prescindir sin más de los servicios de uno de los más veteranos capitanes del ejército, alguien a quien ella misma había tenido en mente hacía unos días para su nombramiento como gobernador de la provincia de Munster?

—Gracias, Wilkes, por lo que ha hecho. Indagaremos en el asunto. Sir Francis Walsingham se encargará de ello. Mientras tanto, Stanley permanecerá bajo custodia en los términos dichos. Su situación no ha cambiado. Y eso significa que, llegado el caso, será empleado en combate.

La noche puso fin a la habitual reunión de los sábados. El consejo había deliberado durante más de cinco horas y el cansancio había dejado huella evidente, especialmente en Burghley, el miembro de mayor edad. Salvo por una pregunta, había guardado absoluto silencio cuando Thomas Wilkes había lanzado la acusación contra Stanley. Y había hecho bien, se dijo. Hacer patente al consejo el papel de enlace entre la condesa de Desmond y la reina que el capitán había desempeñado durante meses, habría supuesto desvelar a Walsingham su declarada intención de mantener canales de información ajenos a los suyos. No tenía al secretario por enemigo, pero tampoco por amigo. A menudo la alianza que sir Francis establecía con Leicester, como había ocurrido en el caso del nombramiento de Grey de Wilton, le restaba a él una autoridad que solo podía compensar con información. Privilegiada, nueva y, sobre todo, lejos del alcance de

hombres como sir Francis. No hacerlo equivaldría a entregar a otro las riendas de gobierno que Elizabeth había puesto en sus manos desde el comienzo de su reinado. Las mismas que, si Dios lo tenía a bien, desearía poder legar a su hijo Robert. Junto al establecimiento de alianzas internas en el consejo que pudieran servir de contrapeso a la de Leicester y Walsingham, ese acopio de información era lo único que podría garantizar en parte la realización del sueño de un padre, orgulloso hasta la locura de la inteligencia del hijo deforme que Dios había tenido a bien poner en su vida.

SEÑOR Y CRIADO

Londres, 13 de marzo de 1581

Ely Place

Mendoza dejó marchar a Croft al cabo de tres horas. Esta vez no habían utilizado el barril de cerveza, sino el disfraz: uno de pordiosero del que Croft, en cuanto pudo verse en presencia del embajador, se había quejado amargamente. Quinn había organizado su entrada en Ely Place entre un grupo de diez mendigos a los que se había atraído al recinto con la promesa de alimento y la recompensa de un chelín. No era nada que en sí mismo pudiera resultar chocante a los ojos vigilantes de Walsingham en el exterior. Al contrario, el hecho se había convertido en rutinario; algo que sucedía cada dos semanas y que congregaba a una gran masa de vagabundos a la entrada. De ellos, solo diez tenían acceso al interior: los que Quinn señalaba con el dedo tras exigirles que se persignaran. «Caridad cristiana, majestad.» Así lo había explicado Mendoza en audiencia ante la reina, quien sin duda habría disfrutado enormemente, al menos durante unos minutos,

apreciando el esmero con el que el consejero inglés se había hecho irreconocible para la ocasión. Las monedas de oro, sin embargo, los «ángeles» de diez chelines con que Mendoza había pagado por sus desvelos, compensaban muchas cosas, incluido el insufrible y nauseabundo hedor. Su rastro, Mendoza lo sabía por experiencia, habría de ser patente en la embajada hasta pasadas al menos veinticuatro horas. Nada, como había ocurrido en la primera ocasión en que hubieran utilizado la treta, parecía mitigarlo, ni siquiera el agua de rosas o la quema de incienso. Hasta los mismos pordioseros, tal y como Quinn había informado, se alejaban espantados. Uno incluso había llegado a decir que un chelín era un pago bastante escaso dado el sufrimiento.

—Mejor así, Mendoza. Prefiero que huyan. No soporto verme a su lado. Es... es indigno. Aguantaré el olor.

—El hábito no hace al monje, sir James. Y luego está la otra mirada: ¿preferiría no poder volver a la embajada porque hubiera sido apresado por Walsingham y estuviera a la espera del hacha en Little Ease?

Miedo y codicia. Obraban, cuando se sabía cómo combinarlos, milagros. El de Croft, se dijo Mendoza, era particularmente sorprendente: se podía decir que ocupaba un asiento en el consejo como pago a la traición cometida hacía ya muchos años contra la reina María al apoyar la sublevación de Wyatt. Era su gran logro en la vida, dado que ni su estancia en Irlanda como delegado de la corona, ni sus acciones militares en Escocia, habían estado presididas precisamente por la eficiencia. Elizabeth había premiado eso en concreto: la abierta demostración de falta de lealtad a una soberana, como la anterior, cuyo recuerdo odiaba.

Con todo, Croft era útil, aunque no enteramente fiable. El riesgo de que se convirtiera en un agente doble que operara en última instancia para Walsingham no podía dejar de ser tenido en cuenta. Existía y existiría. Mendoza se lo

había repetido a sí mismo cientos de veces. Una moneda de más podría obrar ese cambio. Una que sir Francis pagaría con gusto si con ello conseguía derribar el hasta ahora sólido muro de Ely Place. Por esa razón debía tener cuidado. Extremo. El retorno de Francis Throckmorton de Francia y los planes por él concertados con los Guisa para la liberación de la reina de Escocia, tras el previo asesinato de Elizabeth, constituían una señal de que los tiempos podrían cambiar. En breve, pero siempre y cuando se pudiera mantener absoluto silencio sobre los preparativos para la invasión armada que las coronas española y francesa deberían llevar a cabo en perfecta conjunción con lo anterior. Idiáquez volvía a ser en ese sentido crucial, reflexionó: solo él podría convencer al rey Felipe para que diera su consentimiento. Pero solo jugaría ese papel si desde Londres se le garantizaba que los planes eran viables. «¿Lo son?» No sabía mucho todavía. Throckmorton solo había esbozado uno general, el mismo que el secretario real tenía ya en su poder en España desde hacía varias semanas. Y era, en principio, atractivo, especialmente cuando se tenía en cuenta lo que Croft inadvertidamente le acababa de desvelar: que el nombre de la primera dama de compañía de la reina era Elizabeth Throckmorton. ¿Cooperaría desde dentro esa prima, como estaban dispuestos a hacerlo otros parientes? Francis había mencionado tres: Thomas, su hermano, y dos cuñados, ambos caballeros, sir William Catesby y sir Thomas Tresham. No estaba mal para empezar. Sabía poco de Catesby, salvo que descendía del William Catesby ejecutado por el abuelo de Elizabeth tras la batalla de Bosworth, pero lo que Francis le había contado sobre Tresham no dejaba lugar para la duda respecto a su fidelidad a la causa católica: el odiado jesuita Edmund Campion, buscado a conciencia desde que hubiera entrado clandestinamente en Inglaterra por Richard Topcliffe, el asesino y torturador a sueldo de la corona, se escondía bajo su manto protector. Al menos por el momento. Y eso

equivalía a tener que soportar la pesadilla del cadalso cada noche. «No es poco.»

Idiáquez recibiría con cierto grado de satisfacción toda la información vomitada, incluida la que Croft había aportado relativa a Stanley. Al menos, se dijo Mendoza, contradecía para bien la que Idiáquez le había enviado tras ver a fray Mateo de Oviedo cerca de Lisboa: no habría por el momento, como el franciscano había informado, juicio sumarísimo contra su persona, lo que otorgaba tiempo.

«¿Hay margen temporal para actuar, Mendoza?» Era la pregunta con la que Idiáquez había cerrado el último despacho. «¿Margen para qué exactamente?» Idiáquez no lo había explicado. Y eso le inquietaba. ¿Se refería el secretario de estado a la misión de H? ¿Era eso lo que había querido decir: si H tendría tiempo para llegar hasta la persona de Stanley y concretar los detalles de su desertión antes de una sentencia que desde España se antojaba condenatoria? Podría ser, pero su instinto le decía que había algo más. Lo poco que sabía de Idiáquez le señalaba como una persona introvertida, poseedora de una excepcional capacidad para el análisis, pero remisa hasta la exasperación a desvelar el más mínimo detalle en lo relativo a la acción a seguir. ¿Por qué si no el comentario que había hecho sobre la detención de Urizar en Waterford en el pasado? Había sonado a deseo expresado por escrito: «me gustaría que obraran en mi poder el mayor número de detalles al respecto, en concreto los que los ingleses puedan tener». Estaba ahí: una invitación para que él, Mendoza, indagara. Algo que no sería difícil: Quinn sabía algo, pero era Croft quien podía suministrar, como había prometido al abandonar Ely Place, los detalles más jugosos. Existían, el consejero de Elizabeth lo sabía con certeza, al menos dos informes concienzudos al respecto, que el consejo había examinado en su día. Y ambos, por lo que Croft había señalado tras arduos esfuerzos por recordar los hechos, coincidían en algo realmente curioso: mencionaban

la existencia de dos espías, de los cuales, solo uno, un capitán de infantería, habría sido el apresado. Del segundo, el que habría obrado con toda probabilidad la liberación del primero al buscar y encontrar ayuda local, se había sospechado en su día, como Croft creía recordar, que pudiera ser irlandés. Alguien que desde dentro del territorio habría actuado en conjunción con el español. Sabría más detalles. Muy pronto, se dijo Mendoza. Pero eso no aportaría la respuesta que necesitaba. «¿Qué coño está planeando Idiáquez?»

Respuestas. Siempre escaseaban. A veces ni siquiera existían, como ocurría en el caso de H. Por lo que él sabía, podría yacer muerto en cualquier ciénaga irlandesa. Desde su abandono de Dublín no había habido ni una brizna de esperanza. Nada. Vacío total. Y habían pasado ya meses. Por el enlace que había informado a Quinn desde Irlanda, sabía del encuentro con Thady Convey y de la muerte de un perro deforme de dos patas. Ese había sido, en parte, el escueto y raro informe. El resto hablaba de la marcha hacia Wexford primero y luego hacia el oeste para mantenerse lo más cercano posible a la costa. Tenía lógica. Los ingleses controlaban la mayor parte de los puertos. Y eso, a alguien con una identidad como la que H poseía para la ocasión, le beneficiaba. Internarse sin más en el territorio, sin buscar el amparo de la costa, habría significado exponerse innecesariamente a muchos peligros. Salvo el de Ormond y dos más, el resto de clanes eran católicos... y estaban en guerra. Probablemente no respetarían la vida de un extraño como H, máxime si encontraban en su posesión la documentación que le convertía, si había hecho caso a lo que se le había ordenado antes de su partida, en agente comercial de Thady Convey.

Esperaría. «¿Puedo hacer otra cosa?» Día 13. Noviembre. En el año del Señor de 1581. «Viernes y trece.» ¿Haría bien en hacer caso a supersticiones heréticas como esa?

Decididamente no. En Ely Place, al menos mientras él estuviera al mando, no habría cabida para supercherías de esa clase.

Irlanda. Un lugar inconcreto entre

Lough Ennell y Mullingar

18 de marzo de 1581

El grupo había avanzado despacio durante los últimos seis días. Pero en las últimas horas se podría decir que el paso se había ralentizado aún más, un hecho que los mal alimentados caballos agradecían. Eran doce hombres, incluidos los dos rastreadores nativos que Maliverny Catlyn había escogido antes de la partida de Cork. Y seguían las huellas de una presa. Valiosa y escurridiza. Aunque no tenían certeza absoluta de que siguiera con vida. Los últimos informes obtenidos en Cork la habían situado al noroeste de Dublín, en algún lugar en el bosque de Clonlish, más allá de Mullingar. Pero la fuente no era del todo fiable: aquella mujer había confesado bajo tortura, después de que le hubieran sido amputados tres dedos del pie derecho. Y eso era precisamente lo que creaba dudas en Catlyn: podría haber mencionado cualquier lugar al azar para no tener que sentir de nuevo el insufrible dolor causado por el corte del cuchillo de Wilkes. La coincidencia, sin embargo, con lo que otro nativo, un niño, había confesado igualmente para librar de la horca a su padre, había generado esperanzas. Infundadas, quizá, pero merecedoras de su atención. Dos de seis. Seis torturas, una doble mención de Clonlish: ¿pura aritmética sin más? «No.» Había trabajado así en el pasado y los resultados le habían dado la razón: el rastro auténtico de la pieza partía por lo general de una evidencia que pocos tomarían por tal.

Por esa razón la mayoría de cazadores fracasaba. Por la misma que él y un pequeño grupo de elegidos, como Topcliffe o Fitzherbert, triunfaban: el éxito radicaba en la fe en lo improbable.

Sabían que Nicholas Sanders había estado presente en Smerwick, de cuyo cerco había sacado en el último minuto a un franciscano español, fray Mateo de Oviedo, y a Cornelius O'Mulrian, a quien el Papa había nombrado obispo de Killaloe. De ellos, el primero había partido de vuelta a España, probablemente desde Waterford, mientras que el segundo se había unido a la partida, ahora en clara huida, del conde de Desmond. Sanders, en cambio, había sido hasta hacía poco un misterio. Durante semanas después de la derrota de españoles e italianos en *Dun an oir*, la pequeña fortaleza de Smerwick, nadie había aventurado nada sobre su paradero. Solo cuando Montague había hecho su aparición, el interés renovado en la pieza sentido por Catlyn había vuelto a ser patente. Y de nuevo por una razón circunstancial: un simple y breve comentario hecho junto al fuego de campamento, al que nadie, salvo Catlyn, había prestado atención.

Habían sido cinco. Habían bebido. Y habían hablado. En franca y alegre camaradería. De Stukeley, de San Giuseppi, de los hombres pasados a cuchillo. Alguien entonces había mencionado a Sanders, Catlyn no recordaba con exactitud quién: «seguro que el hijo de puta ha muerto. De lo contrario habríamos sabido algo de él». Era lo que todos, incluido Catlyn, pensaban. Lo que habían pensado durante semanas. Lo que habían llegado a convertir en verdad tras repetírselo cada día. Era así como los rumores adquirían certeza, especialmente entre soldados. La repetición tenía esa virtud. Y por eso precisamente la breve frase de Montague había alertado a Catlyn: «el cuervo ha huido al norte». Nadie más había prestado atención. Nadie más parecía siquiera haberla entendido. Solo Maliverny Catlyn. Y

ese hecho había provocado la pregunta:

—¿Por qué has dicho lo del cuervo, Montague?

Había sido hecha en la hora de la modorra, después de que el resto de hombres se hubiera acostado, y había sido responsable de que ambos hubieran contemplado el amanecer entre la bruma.

—Lo oí en el camino. En una taberna. Alguien dijo que Irlanda era una cárcel.

—¿Una cárcel?

—Sí. Toda isla lo es cuando uno se detiene a pensar. El mar es un guardián excelente.

Catlyn había leído la ocurrencia. No era la primera vez que aquel galés le sorprendía. Habitualmente callado, cuando hablaba lo hacía siempre para dejar retazos de información que merecía la pena recoger. Nadie lo diría a juzgar por su aspecto desaliñado.

—Sí, en efecto. Nunca se me había ocurrido. Tiene su gracia. Pero ¿qué tiene eso que ver con lo del cuervo?

—Llamo así a Sanders. El hábito de los jesuitas es negro. Y como los cuervos, son también carroñeros. Fue en Kinsale. En The Lion's Den. Alguien comentó que Sanders no podría salir de la isla porque Irlanda era una cárcel. Lo que haría, lo que ya había hecho según la misma persona, sería buscar el norte, las tierras de O'Neill. Solo allí podría encontrar refugio.

Catlyn había examinado entonces con más detalle al galés. Era joven, muy joven. Poco dado, por lo que de él había observado, a moverse en torno a un grupo en concreto y sí, en cambio, a relacionarse, aunque superficialmente, tanto con la tropa como con los oficiales. Spenser, el secretario de Wilton, parecía haber llegado a apreciarle en poco tiempo. El galés era uno de los pocos hombres con los

que aquella tarta andante podía hablar de héroes y dioses, una de sus pasiones confesables.

—¿Cómo es que un hombre como tú, Montague, ha acabado trabajando para ese cerdo de Thady Convey?

—No será por mucho tiempo, Catlyn. Tan solo quiero ahorrar dinero y con Convey puedo hacerlo. Luego me marcharé.

—¿Puedo saber adónde?

El galés no había respondido. Se había limitado tan solo a mirarle fijamente durante un par de segundos antes de hacer, a su vez, una pregunta. Molesta como pocas:

—¿Cómo te hiciste eso en la oreja, Catlyn? Una vez conocí a una prostituta en Southwark que me habló de un hombre al que, como tú, le faltaba un buen trozo de carne en ese mismo sitio. En su caso, había sido por un mordisco. ¿Te ocurrió a ti lo mismo?

La mención de la prostituta de Southwark le había puesto momentáneamente sobre aviso. Era cierto. Algo así le había ocurrido hacía meses. Había sido en los días en que junto al imbécil de Walter Williams había estado haciendo indagaciones sobre la conexión católica entre Irlanda y Roch. La prostituta se lo había preguntado y él había dado esa falsa explicación. «¿Podría ser que...?» No. Había desechado esa opción al cabo de un minuto. Tenía fe en lo improbable, pero no hasta esos extremos. La casualidad también tenía cabida en la vida. Después de todo, la prostituta era la más joven del prostíbulo. Y eso significaba abundancia de parroquianos. ¿Por qué no podría haber sido Montague uno de ese montón? De tener algo que ver con lo que entonces habían buscado habría guardado silencio. Solo un perfecto idiota bajaría así las defensas. Y Montague era cualquier cosa menos eso.

—No, Montague. En mi caso fue una bala católica. En Francia. Desde entonces me ha servido de recordatorio.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que mataré a todo papista que se me ponga a tiro. Aunque, claro está, si con ello gano dinero, mejor que mejor.

—¿Y puede ser eso posible? ¿Hay dinero en matar católicos?

La pregunta le había hecho reír de nuevo: era tanta la ingenuidad de aquel imberbe. De ahí su encanto, se había dicho Catlyn. «Es como una cebolla. Tiene capas. Siempre sorprende ¿Quién eres realmente, Montague?»

—Lo hay, John. Mucho ¿Te gustaría comprobarlo? Tenemos una buena ocasión.

—No lo entiendo, Catlyn. ¿A qué te refieres?

—Sanders, Montague. Si está vivo, vale una fortuna. Mucho más de lo que te imaginas. Conozco a la persona que pagaría un buen montón de oro por él.

Para su sorpresa, Montague no había entonces hecho nada por tragar el cebo. Al contrario: su inicial desinterés había llegado incluso a ser por unos instantes hiriente, ofensivo.

—¿No querías dinero, Montague? Lo tienes al alcance de la mano. ¿Cómo puedes rechazar lo que te propongo sin ni siquiera preguntar por los detalles?

—Porque nadie regala nada, Catlyn. Lo sabes tan bien como yo. ¿Por qué habrías de compartir ese tesoro del que hablas conmigo? ¿Por qué habrías de compartirlo con nadie? Ve y tómallo. Nunca he confiado en los regalos. Y me ha ido bien.

—Este no lo es, Montague. Hay dinero en este asunto. Pero también peligro. Internarse en el norte siguiendo el rastro puede llevarnos hasta la guarida del lobo. Y si eso ocurre, cuatro brazos serán mejor que dos. Por eso te lo

propongo. Has dicho que Sanders está en el norte. Bien sigámosle. No habrá recompensa sin esfuerzo.

—Yo no he dicho que esté en el norte, Catlyn. Incluso si fuera verdad... ¿en qué parte buscaríamos? El norte es muy grande.

Catlyn había guardado entonces silencio antes de contestar. Vista desde el presente, aquella decisión había sido la correcta. La contraria, la mención de la tortura sobre los prisioneros que podrían haber estado junto a Sanders en un pasado no muy lejano, habría alejado a Montague para siempre.

—No creo que sea un problema. Lo averiguaré. Eso es asunto mío.

—¿Qué harás, Catlyn?

—Algo sencillo, John. Algo que sabes, pero que tú no puedes hacer: pagar por la información. Mira a tu alrededor. ¿Qué ves? Yo te lo diré: miseria. Un chelín sería suficiente para comprar el mundo... si estuviera en venta. No habrá problemas, John. Invertiré el dinero necesario. Ya haremos después cuentas. ¿Estás conmigo?

—Sí... si puedo solventar un pequeño problema.

Luego el galés le había hablado de Stanley y de la necesidad de verle a solas. El capitán, mantenido en aislamiento por Grey de Wilton, tenía deudas con Convey que quería arreglar antes de enfrentarse a su incierto futuro. Y solo podía hacerlo si explicaba a su agente detalladamente cómo hacerlo. Pero eso requeriría tiempo y... privacidad. Dos cosas que el alférez Wilkes, siguiendo órdenes, no se había dignado brindarle hasta entonces.

—No habrá mayores problemas, Montague. Hablaré con Wilkes. Agradecerá saber que Stanley se encuentra, además de en peligro de muerte, en situación deshonrosa.

—Gracias, Catlyn. Dejaré a alguien en Waterford a cargo de la mercancía. Thady Convey tiene un factor a sueldo en el puerto. Él se encargará del negocio en mi ausencia.

Luego habían partido, moviéndose siempre hacia el norte. Dejándose ver cuando les convenía, generalmente cuando topaban con un grupo de irlandeses que no supusieran una amenaza y que sí, en cambio, pudieran ofrecer información a cambio de dinero. Buscaban el bosque de Clonlish, pero si era cierto que Sanders se había movido hacia allí, también querían la evidencia de su paso en esa dirección. Y la habían encontrado. En un par de ocasiones. En ambas de la misma manera: al atardecer, cuando el grupo se había detenido en el lugar ideal para hacer una pequeña fogata que pudiera pasar inadvertida durante la noche. Palabras susurradas apresuradamente a cambio de unas monedas. Luego una sombra desvaneciéndose sin ruido entre los árboles: «el jesuita pasó por aquí. Hace una luna. Estaba muy enfermo». Las palabras en la fronda prácticamente habían coincidido.

—¿Lo ves, Montague? Tenía... teníamos razón. Podrás soñar y volar con el dinero que Phelippes nos pague.

—¿Phelippes, Catlyn? ¿Has dicho Phelippes?

—¿Lo conoces?

Catlyn había hecho la pregunta con prevención. Con Montague le ocurría: no saber exactamente qué o a quién en concreto tenía a su lado. Y eso podía ponerle muy nervioso.

—Oh, sí. Somos viejos amigos.

—¿Viejos? ¿Y eso lo dice un imberbe de apenas veinte años?

—Veintiuno mañana, si es cierto que hoy es 18 de marzo. Y sí, lo dice un imberbe al que Phelippes pagó, muy bien por cierto, por pasar tres semanas en Marshalsea.

—¿Marshalsea, eh? ¿Fue al salir de la prisión cuando viste a aquella prostituta de la que me hablaste antes de partir?

Los dos rieron a coro. En Maliverny, Catlyn, sin embargo, había alivio añadido al grado de alegría: había apostado, en contra de su costumbre, por hacer de esta cacería un lance compartido. No sabría explicar bien por qué. Su instinto, quizás. Y ahora descubría que no se había equivocado con el galés. La apuesta había sido arriesgada, pero siempre... desde el principio... había tenido razón: Montague escondía otra identidad. ¿Respondía al mismo nombre? Ahora tenía razones para dudarlo. Pero no le importaba. Alguien había hecho su misma elección años antes. Y ese alguien no se había equivocado jamás: Thomas Phelippes podría tener muchos defectos, pero no el de ignorar qué y cómo buscar en la mirada de un hombre. Dieciocho de marzo. En una semana serían ricos. No necesitarían más tiempo.

—Es miércoles, ¿verdad, Catlyn?

—Lo es, Montague. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada en concreto. En mi tierra este día tiene un nombre muy especial. Es el miércoles anterior a la semana de Pascua.

—Los galeses sois gente muy rara, Montague. ¿Cómo lo llamáis?

La respuesta no le dejó dormir hasta bien entrada la noche. «¿Quién eres, Montague?»

—El miércoles del traidor, Catlyn. Ya sabes... por Judas.

DOS CAPITANES Y UN HOMBRE DEL NORTE

Madrid, en la madrugada

Ginés no supo calcular su edad cuando le vio esa primera vez. Probablemente en torno a los cincuenta, pensó al abrir la puerta. «Aunque entonces...» No, cincuenta eran demasiados años. El secretario de estado no habría podido, de tener esa edad, haber servido como paje del difunto don Carlos, aquel hijo loco a quien un amargado padre y rey se había visto obligado a mantener bajo llave. Don Juan de Idiáquez tenía necesariamente que ser más joven, solo que su aspecto no lo evidenciaba: pálido y extremadamente delgado, el hombre que al amanecer había señalado con voz ronca querer ver al alférez don Alonso Cobos parecía enfermo. De agotamiento, quizás. Era, pensó Ginés, lo que les pasaba a muchos «chupatintas»: la ausencia de luz en sus vidas les hacía criaturas de las sombras. Era esa oscuridad, esa falta de exposición al sol debido a su trabajo, la que lentamente les consumía. «Amojamado. Eso es lo que le pasa. Es mojama con patas.»

Alonso Cobos le había prevenido la víspera: Idiáquez

llegaría, probablemente con escolta de dos aceros, en la madrugada, cuando Madrid no se hubiera despertado aún. Quería discreción y... secreto. Así había rezado el billete que un alguacil había entregado dos días antes.

—Nada de habladorías en la taberna, Ginés. No sabemos lo que quiere. Pero sea lo que sea, será importante.

No habían hecho muchas elucubraciones sobre su visita. Habría sido imposible. Ni siquiera podían imaginar cómo aquel hombre había podido llegar a saber de su paradero. Menos aún qué podía querer de soldados licenciados como ellos.

—Quizá quiera que le hagamos... algún trabajo especial, Cobos. Ya me entiendes.

—No, Ginés. No será el caso. De serlo, no vendría en persona. Un secretario de estado no mancha sus botas para hacer eso.

—¿Entonces qué?

—No lo sé, Ginés. Pero presentándose de esta manera... me temo lo peor.

—¿Por qué lo peor, alférez?

—Piénsalo, Ginés: Idiáquez no va a ningún lado, no visita a nadie. Se acude a él, incluso si eres grande de España. No baja de su pedestal para saludar. Son los demás los que tienen que cubrir hacia arriba esa distancia. Si viene aquí es porque necesita algo. Y es urgente. Ahora piensa, ¿qué puede ser para que alguien con tanto poder no pueda conseguirlo desde el Alcázar?

Cobos le saludó con una ligera reverencia frente a la chimenea antes de extender la palma de la mano para invitarle a sentarse. Había encendido el fuego hacía una hora, un margen suficiente para que la estancia perdiera la habitual frialdad de la primera hora.

—Gracias por recibirme, don Alonso. Supongo que mi petición le habrá sorprendido.

—Lo ha hecho, señoría. ¿Podría no hacerlo? Pero considérese en su casa. ¿Puedo ofrecerle algo caliente? ¿Caldo, quizás?

—No, gracias, alférez. A lo mejor un poco más tarde... si ha lugar. Ahora quisiera hacerle una pregunta.

Cobos le examinó con detalle aprovechando que el secretario había bajado momentáneamente su semblante: vestía de riguroso negro. Con austeridad, pensó, que tenía algo de exagerada, dado su rango. Quizás era así por imperativo real: según se rumoreaba en la calle el rey vestía de esa manera de ordinario, cuando no estaba obligado a exponerse públicamente. Quizás Idiáquez tan solo siguiera su ejemplo. Aunque Cobos lo dudaba: lo poco que sabía no hacía de él un cortesano al uso, adulador o mentiroso. Al contrario: si en algo habían coincidido las escasas opiniones discretamente recabadas era en su independencia de criterio. Incluso frente al monarca, lo que le convertía a menudo en un consejero incómodo, parco en palabras y enemigo de circunloquios.

—Sé que conoce al capitán don Diego Ortiz de Urizar. Sé lo que hicieron juntos en Zelanda, algo que aprovecho para agradecerle y que tengo muy en cuenta cuando hablo. ¿Conoce los detalles de su misión a Irlanda en el setenta y cuatro?

La pregunta le sorprendió. Tanto como el preámbulo. El segundo porque evidenciaba que alguien, desconocido por el momento, había suministrado información que no estaba al alcance de muchos. La primera porque no había esperado algo... tan directo. Una aproximación indirecta podría, al menos, haberle preparado para responder con más seguridad. En estas circunstancias, en cambio, aquellas palabras le obligaban a adentrarse de repente en un terreno

prácticamente desconocido. Aunque, también era cierto, resultaban gratas al oído. No en vano tenían que ver con uno de los dos hombres, Ginés habría sido el segundo, al que no dudaría en llamar «hermano».

—Sé, señorita, que estuvo allí. Pero ignoro todo lo demás. La guerra nos había separado para entonces. Solo sé lo que él mencionó por carta y fue eso solamente: que había estado allí. Sin más.

—Bien. En ese caso permítame que se lo cuente. No llevará mucho tiempo.

Idiáquez sacó entonces un pañuelo bordado. Olía, así le pareció a Cobos, a romero, lo que trajo hasta su presente un súbito y fugaz recuerdo de la niñez, apenas un súbito destello de luz para iluminar la escena de una madre jugando con su hijo en una de las verdes praderías al borde del Pas.

—Urizar, Cobos, desembarcó en su día en Waterford como mercader, lo que explica por qué fue saqueado nada más poner pie en tierra. El puerto irlandés carecía en aquel entonces, y no creo que haya cambiado mucho, de una guarnición inglesa fuerte: apenas cuatro docenas de soldados para defender una muralla semiderruida y una entrada al puerto infranqueable para navíos de mucho calado. Los irlandeses incontrolados campaban, pues, a sus anchas. Él, de hecho, los llamó «salvajes» en un informe posterior que puedo poner a su alcance si lo desea. En conclusión: un desembarco en una villa sin importancia, apenas de quinientas almas, lejos de miradas inglesas. ¿Le resultan familiares esas circunstancias?

Idiáquez había esbozado en ese momento lo que a Cobos le había parecido una sutil sonrisa que había durado apenas un par de segundos. ¿Un sencillo gesto de complicidad en él? «Quizás.»

—¿Qué buscaba Urízar, señoría? Supongo que ahí reside la explicación a todo.

—No es mala pregunta, Cobos. Puedo entender su línea de pensamiento: Urízar no quería llamar la atención. Lo cual, a su vez, indicaría que buscaba algo que solo lograría encontrar si pasaba inadvertido. Le diré lo que los ingleses pensaron.

—¿Los ingleses, señoría?

—Oh, sí, Cobos. Llegaremos a ello: Urízar fue capturado. Pero deme tiempo.

Era la primera vez que oía aquel detalle. Sabía, aunque muy poco, de la misión. Por Urízar. Pero no había habido, cuando el capitán había mencionado los hechos, ninguna alusión a su apresamiento. «¿Por qué no?»

—Urízar se movió durante más de dos semanas por el sur: Kinsale, Dungarvan, Waterford, Cork... Dejó un rastro. Sutil, apenas visible, pero suficiente para que los ingleses le pudieran tender una trampa de vuelta a Waterford, justo antes de embarcarse de vuelta a España. Buscaba, como imagina, algo. ¿Sabe qué, según los ingleses? Información. ¿Se imagina ahora de qué clase?

Cobos pensó durante unos instantes. No era difícil aventurar una hipótesis: los pueblos y villas mencionados por Idiáquez tenían algo en común: eran todos puertos. Los más importantes en el sur, en la provincia que, según le pareció recordar, se llamaba Munster. De las tres o cuatro razones que acudían a su mente y que pudiera considerar que habían hecho moverse a Urízar con sigilo en aquella zona, esta era, sin duda, la más poderosa:

—Buscaba una bahía, señoría. ¿Me equivoco?

—No lo hace, Cobos. Admiro su capacidad de deducción. Ahora vaya un paso más allá, ¿para qué?

—Solo hay una respuesta: un desembarco. Urízar buscaba un fondeadero para una posible fuerza de desembarco. ¿La flota del setenta y cuatro, quizás?

Idiáquez le miró fijamente a los ojos en ese momento. Había en ellos el mismo grado de asombro que su pregunta hizo evidente al segundo:

—Sea honesto conmigo, Cobos. Entendería que no quisiera desvelar que su amigo, Urízar, le contó estos detalles. Le aseguro que, por mi parte, esa confesión no iría a ningún sitio. Le doy mi palabra de honor.

Cobos se apresuró a negarlo, un hecho que ayudó a disipar gradualmente la inicial y visible perplejidad en el rostro del secretario. Quizás había ido demasiado lejos, pensó el alférez, al haber hecho deducciones como aquellas, sobre todo teniendo en cuenta que Idiáquez no había explicado aún la razón para su visita. No era ningún alumno, se dijo, que tuviera que sobresalir académicamente frente a su maestro.

—¿Por qué me pregunta todo esto, señoría?

—Porque necesito su razonamiento, que considero hasta el momento impecable, Cobos.

Hizo una pequeña pausa antes de continuar, de nuevo para pasar suavemente el pañuelo por su frente.

—... Tiene toda la razón, alférez: la armada del setenta y cuatro. Sigamos... Fue importante —Idiáquez añadió haciendo un gesto de asentimiento para reforzar sus palabras—. Trasladó en su día un buen número de tropas... hasta Flandes.

—¿Se consideró entonces, señoría, la posibilidad de enviar esas fuerzas a Irlanda? ¿Fue eso lo que en su día explicó la misión de Urízar en Irlanda?

Cobos era consciente de que sus sucesivas preguntas

podían revelar su creciente grado de impaciencia. Pero también intuía que este era un juego en el que la regla del tiempo venía impuesta por el contrincante. Uno, como Idiáquez, que le obligaba a seguir una secuencia de razonamiento con un propósito no confesado. Por el momento.

El consejero real sonrió de nuevo. Esta vez, abiertamente. Había en él visible complacencia, quizá provocada, como concluyó Cobos, por su decidida y positiva actitud a la hora de buscar respuesta a aquellos acertijos.

—No contestaré por ahora a esa pregunta, Cobos. Solo diré que eso fue lo que los ingleses pensaron en su momento. La captura de Urizar fue un milagro para ellos. Así lo dijeron en uno de los dos informes que escribieron con posterioridad. Fue su apresamiento lo que les puso en alerta, lo que les obligó a movilizar tropas. Lo que, en conclusión, les ayudó a tomar la decisión de reforzar las fronteras del sur para así evitar la catástrofe.

—Esas cosas ocurren, señoría. Lo sabe bien todo aquel que se ha visto envuelto en algo parecido. Al otro lado de la línea...

—... hace mucho frío, ¿verdad?

Se podría decir así, pensó Cobos. Era fácil cruzarla, pero el retorno siempre estaba sometido al cinco doble: en la mayoría de los casos, era un simple y cruel juego de azar en el que la habilidad del jugador se limitaba a tirar los dados, algo que apenas influía en el resultado final. Sí, hacía frío. Y la soledad dejaba sentir su peso. En tierra enemiga podía destrozar a un hombre en pocos minutos. Era más letal que las armas; distorsionaba la noción del tiempo y del recuerdo; paralizaba la acción; convertía la visión de una furtiva caricia en tentación prácticamente irresistible, capaz en sí misma de arruinar en un segundo los preparativos de meses.

—¿Por qué, señoría, hablamos de Urízar?

—Porque quiero que repita lo que él hizo. Necesito que dé exactamente los mismos pasos sobre la misma tierra.

Cobos se levantó para echar un nuevo tronco al fuego. Necesitaba tiempo para reflexionar sobre lo que estaba ocurriendo. En esa hora dominada aún por la penumbra, se sentía a medio camino entre el sueño y la realidad frente a un hombre como Idiáquez en el que no era fácil leer emociones.

—¿Por qué yo, señoría? Soy un soldado...

—Con licencia. Lo sé, Cobos. Pero no busco al soldado. Busco al único hombre que conozco capaz de moverse como Urízar en el pasado. No... no suelo decir esto muy a menudo, pero... necesito su ayuda.

Se giró para poder contestar de frente. Jamás había caído en el error de considerar honesto al hombre que parecía serlo. Había visto muchas muertes achacables a esa causa como para hacerlo. Y el de Idiáquez era en aquellos momentos un semblante que invitaba a hacer esa valoración. «Me equivocaría si pensara así.» Pero también era cierto que existía, le pareció, expectante angustia, la provocada por la incertidumbre ante su respuesta.

—¿Qué quiere encontrar, señoría?

—¿Quiere eso decir, Cobos, que acepta mi encargo?

—No suelo negar ayuda a quien la necesita, sobre todo si no tengo, en principio, nada en contra de la persona.

Era cierto. Como lo era que no había realmente una petición. No con gente como Idiáquez. «Guante de seda en puño de hierro.»

—Gracias, capitán, pero debo decirle que no se trata de buscar nada. Se trata, podríamos decir, de lo contrario.

—No lo entiendo, señoría. Urízar...

Idiáquez interrumpió con un gesto de la mano sus palabras. Aquel juego, como el alférez entendió al instante, tocaba a su fin. Pero era necesario un último giro: el que Idiáquez ahora se disponía a dar.

—Urizar, capitán, no buscaba nada. Conocíamos la capacidad de esos puertos con anterioridad. Lo que pretendía era... ser encontrado. Desviar la mirada del enemigo. Hacerles creer que la flota podía ir allí y obligarles así a concentrar sus fuerzas lejos del Canal.

—¿Quiere decir —replicó Cobos haciendo ahora patente su perplejidad— que desde el principio el destino marcado para la flota había sido Flandes?

Idiáquez asintió con la cabeza un par de veces antes de su explicación. Se sentía ahora más relajado, quizás incluso hasta para aceptar ese caldo ofrecido a primera hora.

—Necesitábamos esas tropas en Flandes, pero no teníamos tiempo para que siguieran el camino español desde Italia. Los barcos serían más rápidos, solo que...

—Solo que podían ser vulnerables en el Canal —dijo Cobos interrumpiendo así, aunque de manera prácticamente inconsciente, la explicación de Idiáquez.

—Así es. De nuevo está en lo cierto, Cobos. Por eso necesitaba su razonamiento al principio, para que entendiera cuál fue el mecanismo que provocó el error de los ingleses.

El alférez tomó asiento de nuevo. Idiáquez había agitado un señuelo y él no había descubierto el engaño hasta que había sido demasiado tarde. Curiosamente, pensó, no se sentía herido en su amor propio. Al contrario, reconocía y admiraba, ahora, la habilidad con la que Idiáquez había inducido su razonamiento. «Hay seguridad en la inteligencia», se dijo. Tanta como peligro en la estulticia. Si tenía que trabajar a las órdenes de alguien, prefería hacerlo con los Idiáquez de este mundo, poco dados a cometer

errores. Aunque en el caso presente hubiera uno en el que el secretario había incurrido dos veces.

—No soy capitán, señoría. Por ahora soy solo un alférez.

Idiáquez volvió de nuevo a sonreír, antes de aceptar el caldo que se le había ofrecido. Lo pidió tras decir con sencillez otras palabras. Unas que Ginés y Cobos habrían de celebrar bebiendo hasta el anochecer.

—Era alférez, Cobos. Lo sé. Como sé que ahora ya no lo es.

Atardecer en Cork

Volvió a beber de la escudilla. Apenas un sorbo. No tenía ninguna razón que le indujera a pensar que Wilkes cambiaría su rutina. Y eso significaba que no habría más agua hasta bien entrada la mañana del día siguiente. Había sido duro los primeros días, pero después de cuatro semanas sir William Stanley había llegado a aceptar con estoicismo su situación. Podía ser peor, solía reflexionar. De hecho, lo había sido. Hacía tres meses, justo después de que se hubiera negado a ejecutar al enemigo: Spenser, probablemente azuzado por Wilkes, había insistido a Wilton para que le sometiera a un inmediato consejo de guerra. Solo el apoyo de capitanes como Raleigh o Wingfield había evitado en aquel momento lo peor. Lo cual era en sí mismo sorprendente: de todos los oficiales que conocía, Raleigh habría sido el último en el que habría imaginado encontrar un apoyo. Podía entender la decisión en Wingfield: habían luchado mucho tiempo juntos. Existía respeto mutuo. Pero Raleigh era diferente: había acudido a Irlanda a labrar su fortuna. Tenía ambiciones, en parte ya colmadas tras recibir miles de acres de tierra en pago a su macabra obra. Haría, como había

demostrado, cualquier cosa por avanzar un escalón. Era de la misma factura que hombres como Spenser, orgulloso poseedor desde hacía dos semanas de uno de los mejores castillos de Desmond: Kilcolman, no muy lejos del estuario del Shannon. «Siento debilidad por la coherencia, Stanley. Es lo primero que suelo sacrificar en la encrucijada.» Siempre enigmático, aquellas palabras de Raleigh habían cobrado sentido en el instante en que, tras pronunciarlas, había solicitado verse a solas con Wilton. Aquella reunión había obrado cambios, numerosos e importantes, llegando incluso a neutralizar por completo el acoso de hombres como Spenser o Wilkes. De hecho, Wilton, por lo que sabía, había tenido con posterioridad agrias palabras con ambos. ¿Significaba eso que Raleigh había abogado en su defensa tras poner sobre la mesa hipotéticos apoyos que pudiera tener en la corte? ¿Gente, quizá, como lord Burghley, que desde la sombra le apadrinaba? ¿Era eso lo que había susurrado en el oído de Wilton? Si era así, había una clara diferencia entre ambos: Raleigh podía mencionar, aunque fuera en voz baja, esa mano cercana al poder; a él, en cambio, no le estaba permitido hacer algo similar: lord Burghely, para quien en secreto había servido todos aquellos meses, nunca admitiría, y menos aún ante gente como Grey de Wilton, que Stanley había llegado a mantener contactos regulares con el enemigo siguiendo órdenes suyas con el propósito de hacer llegar mensajes a Inglaterra. Si un día llegaba a existir esa ayuda, vendría derivada del hecho de que Burghley, libre y voluntariamente, decidiera ofrecerla, no de su petición.

Por eso no había mandado a Inglaterra un escrito firmado con su nombre. No habría servido de nada. Pero sí lo había hecho a España. Había sido, como recordó, en los primeros momentos, cuando la zozobra y la debilidad habían hecho mella en su cuerpo y en su mente. Cuando creía haber visto llegada la hora de hacer testamento ante la cercanía de su muerte. Un mozo de cuabras se había encargado de llevar el

mensaje hasta Waterford, el mismo que solía avisarle de la cercanía de O'Daly. Wilkes se lo había preguntado siempre que había acudido a cobrar su chantaje: ¿cómo sabes, Stanley, cuándo acudir?, ¿quién te avisa?

Siempre se había limitado a pagar a aquella rata para luego guardar silencio. Era mejor así: se imaginaba cada moneda entregada a Wilkes como una palada de tierra extraída de la fosa que habría de servir de tumba para aquel miserable. Hoy por hoy, solía decirse, vivía. No tenía esperanza alguna de que desde España pudieran hacer algo por remediar su situación. Pero sí podría ocurrir que algún día volviera a Inglaterra, aunque solo fuera a hacer frente al juicio por rebeldía. Y entonces podría suceder: Wilkes ofrecería testimonio en su contra, negando, por supuesto, haber recibido compensación alguna en el pasado por su silencio. Era eso lo que la rata esperaba. Quizás entonces, solo quizá, lord Burghley se viera obligado a mostrar su juego. Y si eso acontecía, el alférez sería entonces el traidor por no haber denunciado en inicio lo que creía traición. «Eso sí que sería un giro inesperado, ¿eh, Wilkes?»

Pensamientos como aquel le sostenían en pie. Vivía de imaginar el futuro, uno que en la desesperación construía a su antojo. La realidad, en cambio, era otra. Una que cada atardecer, como ahora ocurría, imponía su intolerable presencia: que nadie creería, llegado el momento, al rebelde. ¿Por qué habrían de hacerlo? Se hacía daño a sí mismo imaginando que podría contar con ayuda. Los Burghley de este mundo no actuaban así: jamás, y debía repetírselo hasta la náusea, harían o dirían nada que pudiera ir en contra de sus propios intereses. Y apoyar a un capitán católico, rebelde por más señas, lo hacía.

Se dejaría ir, como la mansa corriente del Lee, que ahora veía a través de la ventana de la estancia en la que Wilton le obligaba a recluirse cada día a partir de las cinco de la tarde.

Odiaba esa sensación de aislamiento. Le privaba de perspectiva; le inducía a distorsionar la realidad hasta el punto de anular su juicio en cuanto a amigos y enemigos. Le había ocurrido con Montague... la primera vez. ¿Quién era realmente? Le había hablado del embajador español y lo había hecho apresuradamente. ¿Por qué había aparecido así, de repente, en el momento de su extrema necesidad? Es cierto, había mencionado el mensaje que O'Daly se suponía había hecho llegar hasta la embajada. Y con él todos los pasos de la cadena. Pero no había sido suficiente para vencer sus suspicacias. ¿Se había equivocado? Podría ser.

Montague. Había sentido miedo ante él esa primera vez. Le había parecido... un cazador. Sabía que era una técnica empleada con asiduidad: aprovechar la angustia del reo para hacerle creer en una falsa ayuda y así inducirle a confesar sus crímenes. No tenía constancia alguna de que su mensaje hubiera llegado a manos de Mendoza, si ese era el nombre del embajador. ¿Por qué, pues, no podía su presencia ante él ser una trampa que Wilton, Wilkes o Spenser estuvieran tendiéndole para así asegurarse una prueba de su traición?

Luego... había habido una segunda vez. Apenas habían tenido unos minutos para hablar, pero aquellas palabras habían cambiado su opinión. Le habían hecho cobrar ánimos.

—Yo no soy tu enemigo, Stanley, pero Maliverny Catlyn sí lo es. Mide tus palabras con él. Trabaja para Walsingham.

—¿Quién eres, Montague?

—Me envía Mendoza, ya te lo he dicho. Sabemos esperar, también lo sabes. Elige el momento y danos el aviso. Lo arreglaremos. Confía en nosotros.

—No tengo momento alguno que elegir ¿No lo ves? Me juzgarán y ahorcarán sin remedio.

—No lo harán. No aquí. Te llevarán a Londres. Allí nos volveremos a ver. Mantén la esperanza.

—¿Cómo lo...?

No había habido tiempo para hacer la pregunta. Montague había desaparecido un segundo antes de que Wilkes se hubiera personado en la celda. ¿Cómo sabía que le llevarían a Inglaterra?

Su vida pendía de un hilo, pero no sería él, si podía evitarlo, quien usara el cuchillo para cortarlo. Lo había dicho una vez: su existencia valía menos de un chelín, pero eso era más que nada.

*Orillas del lago Derravaragh,
condado de Westmeath*

Sean MacMahon tenía a aquellos cinco donde quería: a orillas del lago Derravaragh, hambrientos y con miedo. Sobre todo con miedo después de haber visto morir a siete hombres por el camino. Había habido de todo, pero de lo que más orgulloso se sentía aquel tributario de Turlough Luineach O'Neill era de las dos primeras muertes: en la noche y a cuchillo, sin alterar el sueño de los demás. Podía imaginar el terror del resto al despertar de su breve y angustiado sueño. De eso se trataba. Pero aquellos hombres no merecían mejor suerte. Buscaban a Sanders, el jesuita del que los hombres del sur les habían hablado. No le tenía ninguna simpatía después de las falsas esperanzas que había dado a las gentes de Desmond, pero tampoco dejaría que aquella escoria convirtiera su cabeza en trofeo a exhibir: merecía la muerte tranquila que había buscado entre la fronda de Clonlish.

Les habían seguido desde hacía cinco días, a una distancia durante las horas de luz que se acortaba bruscamente al atardecer, cuando solían atacar, y que apenas

sí existía durante la noche para evitar así una fuga en la oscuridad. Era lo que las circunstancias habían impuesto hasta ese momento. A partir de ahora sería todo diferente: los números estaban nivelados y eso permitiría un ataque por sorpresa del que no saldrían con vida si oponían resistencia. Sería en la madrugada, justo en el momento en el que cometerían el error de internarse en la zona pantanosa. Por eso habían matado en primer lugar a los rastreadores. Sin ellos caminaban a ciegas.

NOTICIAS DE H

Mendoza volvió a leer el sucio papel. Era la cuarta vez que lo hacía en las últimas horas y notaba cómo su enfado iba en aumento. Solo había un hecho positivo que poner en el otro plato de la balanza: que H vivía, o al menos eso parecía deducirse de aquellas líneas. El resto era... tan malo como parecía: Stanley aparentemente no había escuchado a razones. Sencillamente había carecido de la fe necesaria para creer a H, al menos la primera vez que se habían visto. ¿Había sido su elección como embajador la correcta? Ahora lo dudaba. Máxime teniendo en cuenta lo que aún faltaba por esclarecer: «¿Qué cojones hace en tierras de O'Neill? ¡Por Dios todopoderoso, es para volverse loco!»

Paseó inquieto de nuevo por una estancia en la que el fuego que uno de los sirvientes había encendido hacía ya dos horas no parecía surtir efecto alguno en él. Las palabras, además, no querían salir de su mente. Las había leído la noche anterior, una hora antes de acostarse, minutos después de que Quinn le hubiera entregado el papel que el irlandés le había dado a la entrada de la embajada: «Nadie que haya sido consagrado al exterminio podrá ser rescatado:

debe morir.» Levítico, capítulo 27, versículo 29, si no recordaba mal. No había podido evitar pensar en H al verlas. Como tampoco había podido evitar sentirse culpable: la responsabilidad de su elección recaía por entero en él. Y había sido... errónea: H era demasiado joven. ¿Cómo había podido convencerse a sí mismo de que enviar a un niño como aquel a una tierra como Munster, en Irlanda, era lo correcto? Había pecado de soberbia e irresponsabilidad. Eso era. Ahora lo veía con claridad. Y pagaba, pagaría el resto de su vida si H moría, con remordimiento. Una guerra como esta, dura como pocas, se tragaba a muchos hombres. Pero los que cerraban sus ojos a la vida a resultas de la estupidez del mando eran... en cierto modo especiales: ejercían su derecho a infligir tormento sobre la conciencia. Y no faltaban jamás a ese encuentro.

Miró de nuevo el reloj mecánico de bolsillo alemán que el duque de Guisa le había hecho llegar para... ¿cómo había dicho?... «reforzar el concierto mutuo para así alcanzar el supremo bien a la misma hora». Había oído definir el asesinato político de varias maneras en el transcurso de su vida, pero esta era, sin duda, la más enrevesada que conocía. Viniendo de un pedante como Guisa era comprensible. Aunque también preocupante: el excesivo ornato en las palabras solía estar reñido con las mentes agudas. Y vive Dios que necesitaban gente inteligente para sacar adelante la empresa de Throckmorton. Ahora más que nunca, después de que el jesuita Edmund Campion hubiera sido primero torturado y luego ejecutado en Tyburn.

Quinn le había contado algunos detalles: el verdugo había sido especialmente hábil, lo que significaba que había ahorcado al reo sin llegar a causar su muerte para que así pudiera sentir aún insufrible dolor al ser abierto en canal y descuartizado. Que supiera, la historia de sus últimos meses en la clandestinidad había salido al completo de su boca tras ser sometido al potro en varias ocasiones. Y eso significaba la

perdición de todas aquellas familias católicas que le habían acogido, incluidas las relacionadas con Throckmorton. «Irán lejos a la hora de interrogar y torturar. Walsingham no perderá una oportunidad como esta.»

Se acercó de nuevo al fuego. El irlandés llegaría, si era puntual a su cita, en media hora y no quería que la tiritona provocada por el frío y la fiebre se dejara notar. Su temperatura había subido en la última hora, pero no podía dejar de escuchar a aquel hombre. ¿Por qué no había venido H con él? ¿Estaba muerto? Y si no era así, ¿qué le había retenido en el norte?

Eran muchas las respuestas que esperaba encontrar en los próximos minutos, pero sin excepción estaban asociadas a preguntas sumamente preocupantes. «Quién te manda y por qué» serían siempre y en cualquier caso las dos primeras.

—Me envía Sean MacMahon, señor de Monaghan y vasallo del gran Turlough Luineach O'Neill. Ambos le saludan y ambos esperan una respuesta. Por esa razón estoy aquí.

Era un hombre corpulento, de pelo castaño largo y ondulado, con las manos más encallecidas que Mendoza hubiera visto en su vida. Tenía dos cicatrices en su curtido rostro: una, la más grande, partía en transversal su poderoso mentón; la otra reposaba sobre la ceja izquierda. «Un hombre con suerte», pensó Mendoza: si el filo de la espada se hubiera deslizado tan solo la décima parte de un palmo, aquel ojo no vería hoy. Vestía ropa basta, muy parecida a la que solían usar muchos de los barqueros del Támesis. Y, como ellos, olía a sudor y humedad.

—¿Puedo saber esa pregunta?

—Capturamos a cinco hombres hace tres semanas cuando seguían el rastro de un jesuita. Venían del sur y solo uno de ellos vive hoy. Y lo hace porque su historia menciona al embajador de España, para quien dice trabajar. Es galés y

dice llamarse Montague. Mi señor quiere comprobarlo. Lo último que desea es obrar en contra de España. De ser verdad lo que ha contado, vivirá. Si miente, morirá como los demás.

Mendoza sintió un inmenso y súbito alivio, notado al instante por el extraño ser que tenía enfrente, que no alteró su glacial expresión. Su hombre vivía. Eso era lo importante. Solo ahora pudo darse cuenta de lo mucho que había llegado a apreciar a aquel muchacho. Tanto que la alegría causada por el mensaje de aquel irlandés había disipado casi por completo la tiritona sentida solo minutos antes.

—¿Cómo puedo llamarle... señor?

—Mi nombre es Finbar MacDermott. Sean MacMahon es mi segundo padre. Me crie junto a él.

Mendoza recordó en ese momento algo que había oído hacía ya unos cuantos años: la curiosa costumbre irlandesa que dotaba siempre a los hijos de dos padres, los que le habían engendrado y los que le habían criado. Nacían en el seno de un clan para ser al cabo de unos pocos meses llevados al seno de otro diferente, en el que durante años crecerían. La práctica reforzaba alianzas. Estrechaba lazos. Creaba vínculos imperecederos, tanto en el amor como en la guerra.

—Mi hombre ha dicho la verdad, Finbar. Ruega en mi nombre a Sean MacMahon que le perdone la vida. No olvidaré ese gesto si lo hace. Díselo así. ¿Podría ahora, por favor, saber por qué Montague ha terminado en las tierras del norte?

El montaraz no respondió al momento. La pregunta de Mendoza le desviaba de su misión, que no era otra que hallar la respuesta que ya tenía. Responder a lo que el embajador español ahora le preguntaba podía, quizá, llevarle a revelar información que el gran MacMahon quisiera preservar en

secreto.

—Acompañaba a once hombres más. Venían, según confesaron, de Cork, y tenían la intención de capturar al jesuita Sanders en el bosque de Clonlish.

—¿Eran entonces doce, contando a Montague? Si no me equivoco, antes habías dicho cinco.

—Dejaron a siete por el camino. Los fuimos matando poco a poco a medida que avanzaban. Cuando solo quedaron cinco saltamos sobre ellos al amanecer. En nuestro caso solo perdimos a un hombre.

Asombro e intriga. Mezclados a partes iguales. Era lo que las palabras de aquel hombre generaban en Mendoza. Intriga por lo que paulatinamente desvelaban. Asombro por la manera en que eran dichas: con una naturalidad que bordeaba la indiferencia. Tratándose de un asunto tan brutal como aquel, el contraste entre contenido y forma de expresión era chocante.

—Lamento esa pérdida. Díselo igualmente a Sean MacMahon. ¿Fue mi hombre el responsable?

El irlandés abrió la boca para mostrar una amplia sonrisa. La falta de dos dientes le daba un aspecto casi siniestro. Mendoza no tuvo dificultad en imaginarle infundiendo pavor en los niños del clan.

—No. No fue él. Disparó uno que respondía al nombre de Mal... Malvarny. Más le valiera no haberlo hecho.

—¿Por qué lo dices?

—Cortamos todos sus dedos, uno a uno, antes de ahorcarle. No merecía menos.

Mendoza sintió en ese momento la náusea. Había visto cosas terribles en Flandes, pero no estaba tan familiarizado con el sadismo como para soportar con total entereza la muestra del mismo que el salvaje le ofrecía. Su rostro debió

de traicionarle. Al menos así lo entendió cuando pudo oír la voluntaria explicación del irlandés para completar la escena:

—No hicimos sino lo que él había hecho a los nuestros. Otro del grupo nos lo contó para intentar así salvar su propia vida: había torturado a hermanos en el sur, que conocían al jesuita, para averiguar su paradero. Montague nos dijo que sospechaba que aquí en Inglaterra trabajaba para Wosingam.

—¿Walsingham? ¿Os lo dijo Montague?

Su asombro no dejaba de crecer. Lo que aquel hombre desvelaba con decreciente reticencia ofrecía un panorama nuevo que permitía alterar en gran parte el juicio inicial sobre H. Si era verdad lo que había contado al ser capturado, acompañaba a un hombre de Walsingham siguiendo el rastro de un jesuita. Era en parte, y solo en parte, comprensible: Malvarny podría haber sido un cazador de recompensas. Walsingham empleaba a muchos: Fitzherbert, Topcliffe... el mismo George Eliot, responsable de la captura, si estaba bien informado, de Edmund Campion en el hogar de Francis Yate. Ahora bien, ¿por qué acompañarle hasta Clonlish? «¿Es ese el nombre del bosque?» Tratándose de H era difícil imaginarse la respuesta. Podría haber respondido sencillamente a uno de sus súbitos impulsos, a uno de aquellos «pálpitos» tan habituales en él, como el que le había hecho entregar la bolsa llena de oro al carbonero de Eweston.

—¿Por qué abandonó Montague el sur? ¿Confesó algo cuando le interrogasteis?

Finbar frunció su entrecejo. No le gustaba el uso de un término como «interrogatorio», generalmente asociado a tortura.

—Montague, embajador, habló por propia voluntad y desde el primer momento. Sentimos que era lo que deseaba.

—¿Lo deseaba? No... no entiendo nada.

—Yo estuve allí, embajador, y sé lo que digo. Montague dejó un rastro muy visible en los días anteriores a nuestro ataque. Quería ser cogido. No me extrañaría que la idea de ir hacia el norte partiera de él. No ha dicho nada sobre eso, pero es mi impresión.

«¿Impresión?» No tenía ningún sentido. Lo contrario habría sido lo normal o natural en H: era un ferviente católico. ¿Por qué iba a unirse a una partida de caza como aquella yendo hacia el norte?

—¿No lo ve, señor? Montague llevó a Malvernny hasta nosotros. Hizo todo lo que estaba a su alcance para que el grupo pudiera caer en nuestras manos. Fue muy valiente. Se jugó la vida varios días. Podría haber sido uno de los que apiolamos por el camino.

Tardó unos minutos en entender plenamente las implicaciones de lo que el irlandés acababa de decir. Pero cuando lo hizo, Mendoza sintió que había sido quizás injusto con H. Mucho, si eran verdad las conclusiones a las que había llegado: que H había dado por terminada su primera misión, al no haber podido mantener contactos regulares con Stanley, y que luego había cargado voluntariamente sobre sus hombros con una segunda, mucho más peligrosa que la anterior: caer deliberadamente en la trampa del norte junto a una de las criaturas del secretario de estado inglés. Sintió cómo su pelo se erizaba en la nuca al imaginar los detalles: el acercamiento al hombre de Walsingham sin descubrir su propia identidad, la marcha hacia Clonlish en busca de la pieza y de la recompensa, el baile con la muerte a diario frente a hombres como Finbar, acostumbrados a fundirse con el terreno hasta hacerse invisibles al escrutinio del ojo. Y luego... Mendoza detuvo en seco aquella cadena de pensamientos. Había pasado algo por alto, pensó, que ahora cobraba una importancia enorme, fundamental para entender aquella fantástica historia.

—Finbar, ¿podrías decirme, por favor, cómo supo Montague que Malvarny trabajaba para Walsingham?

Mendoza notó al instante que había ido demasiado lejos al hacer la pregunta. La cara de confusión del irlandés hablaba por sí sola.

—No lo sé, embajador. Montague parecía saberlo... O lo sospechaba. No fue eso... lo que le preguntó.

—¿Preguntó a quién, Finbar?

—A Malvarny. Fue después de que le cortamos el segundo dedo.

—¿Quieres decir —dijo titubeante Mendoza tras ahogar de nuevo la náusea— que Montague asistió a... bueno... ya lo sabes... y que preguntó algo a ese hombre cuando le torturabais?

Finbar volvió a mostrar los dos huecos en su sucia línea de dientes. Como si de un enorme niño se tratara, asentía satisfecho con la cabeza tras comprobar que había sido capaz de trasladar a Mendoza una explicación satisfactoria de lo acontecido.

—¿Qué... qué le preguntó, Finbar? ¿Te acuerdas?

El irlandés frunció el ceño unos instantes en un esfuerzo por recordar.

—Le preguntó sobre un lugar... en Gales. Pero no consigo acordarme.

Mendoza se recostó sobre el respaldo de su asiento. Era, pensó, aún más increíble de lo que había imaginado en principio. «¿Cómo demonios...?»

—No importa, Finbar. Me has dicho mucho. Creo que ya sé de qué lugar se trata. ¿Podría ser el bosque de Eweston, en Roch?

No eran dos los dientes que faltaban en la boca del

irlandés, sino tres. La falta del tercero solo era visible cuando abría al máximo la boca. Ocurría cuando, por ejemplo, comía o, como ahora, cuando reía a carcajadas. «Un oso con la mente de un niño.»

UN REGALO PARA ELIZABETH

Daniel Kelly

Solo habían descansado dos horas en su búsqueda, pero Owen O'Moriarty y Daniel Kelly sabían que el éxito dependía de su celeridad. Como el resto de las partidas que se habían dispersado para cubrir más terreno, recuperarían el sueño cuando dieran con aquellos ladrones de ganado y violadores. No eran en total muchos, pero sí los suficientes para matar a aquella jauría que había atacado el hogar de Maurice O'Moriarty, en la orilla sur de la bahía de Tralee. No sabían con seguridad quiénes podían ser. La mujer a la que habían violado y golpeado brutalmente no había reconocido a ninguno, aunque sí había oído pronunciar a uno de ellos el nombre de Garrett Fitzgerald, decimoquinto conde de Desmond. Si era así, si aquellos perros rabiosos estaban bajo su mando, la ofensa habría sido doble porque Garrett Fitzgerald había sido uno de ellos durante años. Se había criado con los O'Moriarty.

Habían iniciado la búsqueda tan pronto como habían podido reunir al resto del clan y buscado ayuda en la

guarnición inglesa de Castlemaine. Pero esa rápida reacción no había impedido que los atacantes les llevaran una ventaja de unas siete horas, un hecho que en aquel terreno incrementaba hasta lo indecible la dificultad de la búsqueda.

—Tienen que conducir el ganado, Owen. Eso les hará ir más despacio.

Era cierto, pero también lo era que aquellos hombres conocían la tierra, lo que probablemente les permitiría aprovechar uno de los muchos escondrijos que esta brindaba a la espera de que sus perseguidores se cansaran.

—Lo sé, pero eso no cambia mucho las cosas, Kelly. Seguiremos subiendo. Cuanto más arriba estemos más tierra veremos.

Lo habían hablado antes de hacer los grupos que se dispersarían para poder así abarcar franjas de terreno más amplias: Owen O'Moriarty y Daniel Kelly ascenderían lo más posible a la búsqueda de cualquier señal de fuego que pudiera delatar al enemigo. Si encendían una hoguera y eran tan idiotas como para hacerlo en terreno abierto podían darse por muertos.

De los dos, Kelly era el menos acostumbrado a aquel tipo de esfuerzo. La vida en la guarnición de Castlemaine se había tranquilizado mucho en los últimos tiempos. Las salidas se habían espaciado. La lucha ya no formaba parte de la vida desde que Desmond y los españoles hubieran sido derrotados. Y menos aún en noviembre, cuando el frío y la humedad imponían su ley en aquella costa oeste tan expuesta a los elementos. Había ganado peso y sus piernas habían perdido casi por entero la tensión del pasado. Seguir a aquel O'Moriarty, por tanto, constituía en sí mismo un martirio apenas dulcificado por el breve reposo de unos minutos que habían dejado atrás.

—La cima está ahí delante. Podremos ver todo el valle

cuando amanezca, dentro de una hora.

Kelly agradeció aquellas palabras. Ganar la cumbre les daría un nuevo descanso, al menos mientras otearan con cuidado el valle de Glanageenty, en especial la densa arboleda en la que Owen sospechaba que se podrían haber escondido. No era, pensó, una mala deducción: conocía el bosque; había pernoctado en él varias veces durante la guerra contra los clanes leales a Desmond; y sabía por experiencia que podía dar refugio a muchas almas. Lo había hecho en el pasado, cuando habían tenido que buscar al enemigo entre sus árboles perdiendo en el esfuerzo a muchos hombres, la mayoría muertos por flechas surgidas de una fronda que en algunas zonas podía ser tan densa como un tapiz.

Cubrieron los últimos pasos jadeando por el esfuerzo. El viento les daba ahora de lleno en el rostro al no contar ya en la cima con el resguardo de la loma que habían ascendido. Podían solo ver un paso por delante, pero era suficiente para sentir la caída hacia el valle, sumido todavía en absoluta oscuridad.

—El viento está con nosotros, Kelly.

Lo estaba. Barrería la escasa niebla y eso significaría que podrían ampliar su ángulo de visión. Si los hombres de Desmond estaban ahí abajo no sería del todo impensable que cometieran un error al sentirse seguros entre la arboleda. Era la esperanza a la que debían asirse en aquella fría mañana.

Owen O'Moriarty no había hablado de Desmond. En realidad no había dicho mucho durante las horas en que habían avanzado juntos. Pero Kelly sospechaba que estaba sumido en la misma confusión que él mismo sentía. El conde no había contado con la ayuda de los O'Moriarty en su rebelión, pero eso no hacía de ellos necesariamente unos enemigos. Sobre todo teniendo en cuenta los lazos del

pasado. Era, por tanto, difícil imaginar por qué aquellos hombres, si era verdad que servían a Desmond, habían atacado la hacienda de Maurice O'Moriarty deshonrando vilmente a su esposa. No había muchas explicaciones, salvo quizá la de la venganza o la de la necesidad. Pero ninguna de ellas explicaba satisfactoriamente lo ocurrido. Si de venganza se trataba, era difícil encontrar el motivo que la había provocado: los O'Moriarty habían sido leales a la corona inglesa, pero habían dado cobijo en secreto a algunos refugiados, salvándoles así de una segura muerte en la horca. La necesidad, por otra parte, explicaba muchas cosas, incluida la desesperación del vencido, pero no la violación de la esposa de Maurice.

—Salvo que la muerte de Goram MacSweeney lo explique.

—¿Qué quieres decir, Owen?

—Que los perros no tienen amo, Kelly. Por eso muerden a su antojo.

Los MacSweeney eran *gallowglasses* al servicio de Desmond. Lo habían sido durante generaciones. Goran MacSweeney había sido su capitán hasta hacía unos meses, hasta que el conde de Ormond, el gran aliado de los ingleses en Irlanda, le había colgado en Cork. Si Owen tenía razón, aquellos hombres podrían ser los restos de un ejército mercenario moviéndose sin bridas que pusieran freno a sus desmanes. Kelly se había enfrentado a ellos como soldado nativo enrolado en el ejército inglés en un par de ocasiones. Y en ambas había sentido un terror paralizante, no tanto por sentir la muerte cerca sino por la perspectiva de su captura: lo que había oído sobre la suerte que podía esperar a un irlandés como él, al servicio de los ingleses, de ser capturado por gentes como aquellas, explicaba también por qué habrían llegado a violar a una mujer como Oona.

Permanecieron tumbados sobre el terreno, recobrando

lentamente un ritmo tranquilo en la respiración. El esfuerzo había sido grande, pero el tiempo que ahora tendrían que pasar escrutando la oscuridad a sus pies les vendría bien para recuperar fuerzas.

Salvo el silbido de las rachas de aire, no había otro sonido que rompiera el silencio. Con viento del oeste y en un día de tormenta, habrían podido oír el batir de las olas, pero en el nuevo día a punto de amanecer el mar estaba en relativa calma en la bahía.

Miraban ambos hacia el sur, lo que dejaba la tenue pero creciente claridad del amanecer a su izquierda. El valle, sin embargo, no se veía aún afectado por ella, como lo hacía la cima sobre la que se hallaban. Allá abajo la luz tardaría todavía tiempo en abrirse camino.

—Allí, a tu derecha.

Kelly miró en la dirección señalada por el brazo de Owen.

—¿Qué has visto?

No hubo respuesta por parte del O'Moriarty. Concentraba su mirada en un punto sin apenas pestañear. Kelly volvió a mirar en la misma dirección, esforzándose esta vez al máximo para hallar el origen de aquel gesto.

Estaban allí, apenas visibles durante algunos segundos para luego desaparecer; pequeños destellos, como los que una hoguera causaría, entrecortados, quizá por ramas que el viento hiciera bailar a su alrededor. Y eso marcaba el camino a seguir.

—¡Están ahí, Owen! Debemos avisar a los demás.

Tampoco esta vez hubo respuesta. Kelly veía ahora a Owen O'Moriarty mirar a derecha e izquierda, sin propósito aparente que pudiera brindar una explicación.

—Owen... Debemos descender.

—¿Y perder así lo que hemos encontrado?

Kelly no entendió en primera instancia aquellas palabras. ¿Por qué esperar? Solo cabía hacer una cosa: bajar, encontrar a las demás partidas y acercarse hasta el fuego. Si eran los hombres que buscaban, caerían sobre ellos por sorpresa, sin darles tiempo a que pudieran oponer resistencia.

—Si nos movemos ahora, Kelly, perderemos la dirección en cuanto hayamos descendido unos pasos. Hemos visto una luz, pero no sabemos situarla. No sabemos exactamente hacia dónde movernos. La luz del día nos lo dirá en unos minutos. Debemos esperar.

De nuevo, aquel O'Moriarty tenía razón. Sería muy difícil mantener un rumbo fijo en aquel terreno. Por no hablar del emplazamiento: sin al menos una referencia segura, no sabrían la distancia que deberían cubrir para llegar hasta la hoguera.

—Ballymacelligot —oyó de repente decir al O'Moriarty—, al este. Hay una cueva junto a los primeros árboles. Ahora estoy seguro.

Los dos saltaron a la vez para comenzar una loca bajada entre un pequeño torrente con piedras sueltas entre las que era sumamente difícil mantener el equilibrio. Debían buscar a los demás grupos haciendo sonar el cuerno, pensó Kelly. Solo una vez cada media hora para no alertar al enemigo. Y debían hacerlo ahora, cuando todavía estaban lejos. Las patrullas lo oirían. Al menos alguna. El enemigo no.

—¿Por qué no haces sonar el cuerno, Owen?

—No debemos hacerlo. Todavía no. Debemos asegurarnos.

La respuesta del O'Moriarty le hizo de repente sentirse nervioso. Acercarse a aquel fuego sin la ayuda de los demás podría significar su inmediata muerte. No sabían con exactitud sus números, pero Oona había hablado de veinte.

Era lo que había salido de su sangrante boca antes de partir. Y eso convertía su acercamiento en un innecesario reclamo para la muerte.

—Owen, no podemos...

—Sí podemos, Kelly. No debemos apartar a los demás de su búsqueda si no estamos seguros.

Kelly no tenía ninguna autoridad sobre aquel hombre. La tendría en el supuesto caso de hacer prisioneros. Solo entonces podría erigirse en amo y señor de la situación, al estar representada en su persona la ley inglesa. Pero hasta entonces la iniciativa no le correspondía. Discutir con Owen O'Moriarty, por otra parte, no le llevaría a ninguna parte: haría lo que tenía decidido hacer, sin importarle lo más mínimo lo que alguien como él, inexperto y poco curtido a sus ojos, pudiera decir.

El terreno ganó ligeramente en bondad al cabo de una hora. Las piedras habían dado paso a la hierba del valle surgida de un suelo de turba en el que era fácil avanzar rápido y en silencio. Tenían una milla por delante hasta alcanzar las primeras masas de árboles, pero una vez en ellas la marcha habría de ralentizarse de nuevo: el avance dentro del bosque, en muchas zonas prácticamente cerrado por marañas de zarzas, no sería fácil, máxime si querían hacerlo con sigilo. Kelly, sin embargo, confiaba en aquel silencioso O'Moriarty. Los miembros del clan conocían el terreno mejor que nadie: nacían y morían en él; cazaban en él; vivían de él. Notaban al instante cualquier pequeño cambio como consecuencia de los efectos naturales: árboles derribados por el rayo, cursos de agua nuevos surgidos tras las riadas, guaridas abandonadas por una nueva camada. No perderían tiempo andando y desandando a la búsqueda de pasos. Si habían de llegar a aquella hoguera lo harían por el camino más corto. Sin dudas sobre la dirección a seguir. No con Owen O'Moriarty.

—Estamos a media hora de camino, Kelly. Será mejor que lleves la espada a la espalda. Harás menos ruido. Abre los ojos.

Órdenes cortas y tajantes, pruebas evidentes en sí mismas de la tensión. La caza imponía esa ley. Siempre. Ningún cazador escapaba a ella: cobrar la pieza exigía un desgaste de nervios previo. Era el precio por la aproximación, por la cercanía que convertía al cazador en un ser letal. Estaba asociada al silencio y al sigilo. Ellos eran los que garantizaban la invisibilidad. Y en aquella clase de caza esta establecía la línea entre vida y muerte. Cuando de hombres se trataba, ser visto no solo significaba fracaso. En muchas ocasiones, y esta podía ser una de ellas, también significaba el final. Ambos hombres lo sabían. Al fin y al cabo se enfrentaban a piezas que, como el jabalí, se revolverían con fiereza para abrir en canal al enemigo si se veían acorraladas.

—No atacaremos, Owen. Nos limitaremos a observar.

El O'Moriarty no contestó. Tan solo se limitó a esbozar una sonrisa despreciativa ante lo que consideró eran palabras dictadas por el miedo. Kelly no era uno del clan. No podía sentir la rabia royéndole las entrañas. Echaría a correr en el mismo instante en que viera la cara de uno de aquellos *gallowglasses*. Lo había visto ya. En otros soldados ingleses, apenas destetados: muchos se orinaban al ver la cara del enemigo a dos palmos. «Las mujeres del clan tienen más valor que ellos.»

Avanzaron hasta encontrar un riachuelo cuyo cauce siguieron con la vista fija en el suelo. Owen O'Moriarty buscaba huellas, pisadas que hubieran dejado una marca en el barro, especialmente en zonas más abiertas donde el paso fuera franco.

—Un hombre, dos niños.

—¿Qué?

—Pasaron por aquí anoche.

Kelly fijó la mirada en las huellas que el O'Moriarty señalaba, en las que solo pudo apreciar la diferencia entre las marcas grandes y unas más pequeñas, con una menor impresión en el barro, lo que indicaba un menor peso de la persona. Que fueran dos niños, como había dicho el O'Moriarty, escapaba a su comprensión.

—Van hacia la cueva. No está lejos de aquí.

Avanzaron en esa dirección procurando levantar sus piernas en cada zancada para no provocar ruido al hacer rodar alguna de las piedras sueltas. Debían medir con cuidado cada paso, examinando con anterioridad el terreno para no posar el pie sobre una rama cuyo crujir pudiera igualmente delatarles.

—¡Mira!

La voz del O'Moriarty era ahora un mero susurro que acompañaba el gesto de su índice derecho señalando un pequeño descampado frente a una pared de piedra casi vertical, en el que se apreciaba claramente el fuego que habían visto desde la altura. Había perdido intensidad, pensó Kelly. «Esas pequeñas llamas no habrían sido visibles desde arriba.» Pero eso no significaba gran cosa. Tan solo que no había sido alimentado en la última hora. Lo que, en cambio, sí tenía un sentido era la ausencia de ganado o de centinelas que vigilaran la entrada a la cueva frente a la que se había hecho aquella hoguera y cuyo interior alguien con toda probabilidad ahora ocupaba.

—No están aquí, Owen.

El O'Moriarty le hizo un gesto para que acercara la oreja a su boca.

—No puede haber más de tres personas. No es grande.

Tenemos que ver quién está dentro.

Acabó de hablar a la vez que desenvainaba con cuidado la espada corta a su espalda. Kelly siguió su ejemplo. Se sentía un poco más tranquilo. Si el interior era pequeño, como Owen O'Moriarty había dicho, podrían hacer frente al peligro, especialmente contando con la sorpresa. Pudiera ser que dentro solo estuvieran el hombre y los dos niños que Owen había visto en el barro.

Se acercaron con cautela hasta situarse a ambos lados de la boca, en parte cubierta por unas ramas. Podían ver ahora el interior: tres bultos envueltos en mantas sobre el suelo. Owen O'Moriarty parecía haber tenido razón. Y eso ponía las cosas un poco más fáciles.

—¡Arriba!

Los tres se despertaron sobresaltados con el grito de Owen O'Moriarty, que no esperó a que se recobraran por entero de su sorpresa.

—¡Afuera! ¡Espacio! ¡Y en silencio!

La luz del exterior les permitió examinar con detalle a sus prisioneros: dos niños, como el O'Moriarty había dicho, de unos seis y diez años respectivamente, y un hombre barbudo, sucio y desarrapado, en el que se hizo evidente una fuerte cojera al dar los primeros pasos hacia el exterior. Era difícil calcular su edad.

—¿Le conoces?

Owen O'Moriarty no contestó. Tan solo se limitó a mirar al prisionero fijamente a los ojos, como si en ellos quisiera encontrar la respuesta a un misterio no aclarado.

—Hablará, ya lo verás.

La hoja de la espada de Kelly golpeó entonces el hombro derecho abriendo un tajo profundo del que al instante empezó a brotar la sangre. El hombre cayó sobre sus rodillas

entre alaridos de dolor que al instante hicieron temblar y llorar a los niños.

—¿Quién eres?

La debilidad ajena había transformado a Daniel Kelly hasta hacerle llevar ahora, por primera vez en muchas horas, la iniciativa. Owen O'Moriarty no hizo nada por detenerle. Había visto ya en los ojos de aquel anciano vencido la respuesta que Kelly buscaba. Y no era una que pudiera dejar indiferente al soldado o que debiera intentar ocultar.

—Soy... el conde de Desmond.

—¿El conde? —dijo Kelly con incredulidad—. ¡Es el conde! ¡El puñetero conde de Desmond! ¿Lo has oído, Owen?

Había alegría desbordada en su voz. Mezclada con la sorpresa, una vez que la incredulidad había sido vencida, ofrecía un dramático contraste con las lágrimas que cubrían aquellos rostros infantiles y los gemidos del herido.

—Le llevaremos a Castlemaine. La recompensa será grande.

Owen O'Moriarty, una vez más, habló entonces para hacer visible lo evidente a aquel cobarde metido a soldado inglés. No era alguien que supiera, como había demostrado en su aproximación, prever las consecuencias de sus pasos.

—No llegará vivo. Se desangrará por el camino.

No había añadido el peligro de toparse con los hombres que habían buscado en las últimas horas. No hacía falta. El hecho de que el herido no pudiera afrontar el camino de vuelta hasta Castlemaine reducía las opciones a una. La que se hizo evidente al momento en las palabras de Daniel Kelly:

—Tienes un minuto para rezar, conde.

Richmond upon Thames, Hampton Court

No era su palacio favorito. De ahí que no lo visitara con asiduidad. Solo alguna ocasional pieza teatral hacía desaparecer el halo de tristeza y melancolía en el que eternamente parecía sumergirse aquel inmenso edificio. «¿Por qué?», pensó la reina. No tenía respuesta a esa pregunta. Quizá tuviera que ver con el hijo del carnicero, el viejo cardenal Wolsey. Él lo había construido... para luego entregárselo como regalo a su padre cuando había empezado a sospechar que su cabeza no duraría mucho sobre sus hombros. El lugar estaba asociado a muertes: la de su hermano Edward, la de su madre, a quien su padre había recriminado aquí por primera vez su adulterio. Y luego... luego estaba la de aquel niño. ¿Acaso no era la suya también de alguna manera una muerte si no podía abrazarle? Podía verle caminar, jugar, reír, saltar, correr, llorar, comer, escribir... bailar, pero no podía oír de sus labios la palabra «madre». No la oiría jamás. Y eso equivalía, sin duda, a una muerte en vida.

Siempre tenía el mismo pensamiento delante de aquel cuadro. El viejo maestro Gheeraerts lo había pintado para dar cumplimiento a un encargo extraño, el más extraño en toda su vida de pintor.

—Majestad, no puedo pintar el retrato de su madre. Está muerta. Puedo hacer copias de...

—Quiero un original, Marcus. Te pagaré bien. Quiero ver a mi madre embarazada, cuando me llevaba en su vientre.

—Pero yo jamás, majestad, vi a la reina Anne. Sus facciones...

—Pinta primero el cuerpo, Marcus. Debe ser el de una mujer que aparezca de pie en el bosque. Deja el rostro para

el final. Y, por favor, recuérdalo, es un encargo secreto.

El esbozo había ido ganando cuerpo y belleza semana tras semana. Gheeraerts había seguido fielmente las indicaciones.

—Su mano derecha debe descansar, Marcus, sobre una cierva. El viejo poeta Wyatt escribió una vez un poema sobre una que los cazadores no podían capturar. ¿Sabes por qué?

—No lo puedo imaginar, majestad.

—Porque llevaba en su cuello un colgante con una inscripción: *Noli me tangere*.

Recordaba cómo se había divertido con la expresión de aquel semblante, en el que los ojos habían parecido durante unos instantes querer abandonar sus órbitas.

—Majestad, perdóneme, pero no veo la relación que eso pueda tener con la reina Anne.

Era más que evidente, había pensado Elizabeth en su momento, pero solo para los iniciados, y Gheeraerts no lo era.

—La cierva representaba a mi madre, y era propiedad, como también decía el poema, del César. Es decir, de mi padre. Por eso los cazadores no podían tocarla. Un aviso, Marcus. Tan solo un aviso: aquel que la tocara moriría.

Marcus Gheeraerts había guardado silencio. La risa del minuto anterior había dejado paso a una súbita seriedad. Conocía la historia de sobra: la acusación de adulterio, las ejecuciones de los supuestos amantes. Un capítulo de terror a añadir a los muchos que el viejo devorador de esposas había escrito.

—Majestad, necesito instrucciones sobre la ropa.

Su indecisión había durado mucho tiempo. Había amado entonces sus vestidos tanto como lo hacía hoy. Hablaban a sus súbditos, prometían ciertas cosas a los que eran capaces

de leer en ellos. Negaban otras. Avisaban del peligro. «Amor y crueldad», la vieja pero sabia receta del italiano.

—Quiero un vestido de muselina y seda en el que esté representada con profusión la rosa tudor. ¡Ah! Y pájaros: petirrojos.

Gheeraerts había luego trabajado con denuedo y meticulosidad hasta dejarlo terminado. Y ella había acudido con nerviosismo a aquella última cita con el arte, sintiendo en su interior una compleja mezcla de emociones: «¿descubrirá Gheeraerts el engaño? ¿Dirá algo a alguien si lo hace?». Luego había reflexionado: en realidad no importaba demasiado lo que el pintor dijera o dejara de decir. Aquel sería siempre el retrato tardío de una Anne Boleyn embarazada. Quien viera en él la realidad bajo aquel velo de apariencia, la Elizabeth madre obligada a guardar su secreto, y lo dijera, bailarían con el verdugo. Su virginidad era el consuelo de una nación. Sabía bien que había ocupado en el corazón de muchos súbditos el lugar dejado vacante por la Virgen María tras la abolición del culto mariano llevado a cabo por la iglesia anglicana. Por eso, negarla equivaldría a traición. Y ese crimen siempre... siempre, bajo cualquier circunstancia, se pagaba con la muerte.

—Pinta mi cara, Gheeraerts. Los que conocieron bien a mi madre siempre me han dicho que me parezco mucho a ella. Y quiero un anillo que cuelgue de mi cuello.

Luego, un último aviso para iniciados, incluido Gheeraerts, que ya no podría nunca esgrimir la excusa de la ignorancia:

—*Mea sic mihi*. Lo quiero escrito en la esquina superior izquierda. Puede que después añada alguna frase más, pero esta es la más importante.

El pintor lo había comprendido al momento. Lo había visto en la expresión de su cara. El cuadro guardaba un

secreto, pero era uno que estaría siempre en la posesión de una sola persona.

—Así lo haré, majestad. ¿Le agrada el resultado final?

Lo había hecho. Lo hacía. La obra había ido ganando encanto con el tiempo, quizá porque su propia mirada había cambiado. Empezaba en el presente a sentir la angustia de la cuenta atrás y eso le hacía valorar, aún más, la belleza. «Es efímera.» Perderla, empezaba a comprenderlo, equivalía a contemplar de cerca la muerte. Por esa razón odiaba los espejos. Eran lo contrario a aquel cuadro: ofrecían siempre la imagen del hoy, nunca la del ayer. Y eso les dotaba de una crueldad sin límites.

Oyó unos pasos a su espalda. No necesitaba volverse para saber de quién se trataba.

—Dime, Elizabeth.

—Majestad, lord Walsingham desea verla. Dice su señoría que se trata de un asunto urgente.

—Espera diez minutos y luego hazle pasar. Le recibiré aquí mismo.

La dama de compañía dio la vuelta tras hacer la reverencia de rigor. Era, pensó la reina, la más inteligente de las seis. De ahí su desgracia: aquella que la unía con vínculos de sangre a personas bajo sospecha.

—Por cierto, Elizabeth, ¿hace mucho que no ves a Francis Throckmorton? Es tu primo, ¿no es verdad?

—Lo es, majestad. Y hace siglos que no lo veo. ¿Debo preocuparme?

—Al contrario, mi niña. Alguien me ha hablado muy bien de él.

La vio alejarse hasta perderse al final del largo pasillo. «No hay traición en ella. Al menos por el momento.» Era un consuelo. Apreciaba a aquella mujer: una de las pocas que

podía cubrir sus necesidades o deseos inmediatos sin que mediaran órdenes. Lamentaría enormemente perderla si llegaba a confabularse con el idiota de su pariente. Lo que Walsingham había averiguado acerca de él, después de las confesiones del jesuita Campion, que había encontrado durante meses cobijo en casas de familiares de los Throckmorton, y de ciertas filtraciones en la embajada francesa, dejaba poco lugar para la duda: mantenía estrechos contactos con los Guisa y eso le convertía en enemigo. Uno que bien pudiera estar dispuesto a lo peor. «¿Será tan inteligente como para engañar a mi perro guardián?»

—No lo creo, Walsingham.

—¿Perdón, majestad? —dijo el secretario tras hacer la reverencia en la distancia, sorprendido ante las inesperadas palabras de la reina.

—Nada. Pensaba en perros. En uno negro, como vos.

Sir Francis Walsingham había acudido a palacio tan pronto se le había hecho entrega de aquel repugnante trofeo. No podía haber obrado de otra manera. Su cargo tenía ciertas servidumbres y esta era una; aunque quizá la más desagradable.

—Debo enseñarle algo, majestad. Y no será plato de buen gusto.

Elizabeth se dio cuenta en ese momento de lo que sir Francis portaba en su mano izquierda: un saco de arpillera, con algo aparentemente pesado en su interior. No le resultó difícil sacar una inmediata conclusión. Lo había visto en otra ocasión y en ella el saco había tenido la misma apariencia.

—¿De quién se trata, Francis?

El secretario no se sorprendió. Estaba acostumbrado a gestos en su majestad como aquel: parecía tener la capacidad de ver y oír tras las paredes; anticiparse al futuro.

A veces no parecía... humana. Era como si con el tiempo fuera fundiéndose con la imagen artificial que todos a su alrededor se habían confabulado para crear: la de una diosa virgen inmune a los efectos del inexorable carro del tiempo.

—Es... era el conde de Desmond. Es su cabeza. Fue capturado por los O'Moriarty mientras se refugiaba en una cueva en el bosque.

Necesitaba vencer su repugnancia, se dijo, y ver la cara del traidor. Walsingham lo contaría a su salida. Y no quería que sus palabras hablaran de una reina incapaz de mirar de frente a la muerte.

—Sácala y ponía encima de esa mesa.

Había sido enviada por el conde de Ormond, explicó entonces el secretario, quien a su vez la había recibido de los O'Moriarty. Desmond había encontrado la muerte hacía seis días exactamente. La celeridad de los mensajeros había obrado el milagro de que la reina pudiera contemplarla tras tan breve lapso de tiempo.

—¿Te acuerdas de él, Francis?

Los dos le habían conocido bien en el pasado, cuando había permanecido preso en la Torre. Ya entonces había sido evidente que no caminaría recto en su vida.

—Duró vivo más de lo que pensamos entonces, Francis. ¿Sabes por qué?

No esperó a la respuesta del secretario. Su reflexión había derivado en un monólogo, algo que solía hacer en los momentos de fuertes emociones.

—Debió la vida a su esposa. De no ser por ella habría muerto aquí en Londres. Ajusticiado. No se merecía menos. Pero Eleanor intercedió por él entonces, como luego haría mil veces en su vida. ¿Por qué, Francis, sentimos las mujeres debilidad por hombres así?

—Majestad...

—¡No me interrumpas! Yo te lo diré: amamos la emoción que nos hacen sentir. Nos acercan al peligro, pero lo hacen consiguiendo que de alguna manera nos sintamos seguras en sus brazos. Y eso, a su vez, es lo que a hombres como Desmond les empuja a ir cada vez más lejos.

Se acercó para intentar tocar la piel, pero no pudo en el último instante posar su dedo sobre aquella palidez. Los ojos estaban cerrados. Había sido una mirada bella, pensó. Como lo era siempre la del hombre que se movía bajo la sombra de la locura. Por eso había entendido a Eleanor. Por eso había llegado a apreciarla, porque sentía lo mismo que ella tantas veces había sentido por... Por eso había necesitado sus cartas.

—¿Le acompañaba su esposa, Francis?

—No, majestad. Por el momento la condesa está bajo la custodia del conde de Ormond.

—Quiero que se la trate con todo respeto y que no le falte de nada.

—Así se hará, majestad.

Se dio la vuelta para reflexionar unos instantes ante la ventana que daba a uno de los patios. La claridad había disminuido en aquella hora otoñal. Pronto sería de noche y no quería tener que pasarla con algo así en su palacio.

—Que la empalen en el puente de Londres.

El secretario hizo de nuevo una reverencia para hacer patente su obediencia.

—Y, Francis, que den mil libras de plata a los O'Moriarty.

No estaban sobrados de lealtad en la isla vecina. Amor y crueldad. «También castigo y recompensa.» Ahí radicaba la esencia del poder.

AL OTRO LADO DE LA RAYA

Dos días. De lento y pesado transcurrir. Horas pasadas en el silencio de la bodega del barco que le había traído desde Castro a Waterford, siguiendo el ejemplo de lo que Urízar había hecho en el pasado. Caminar hacia Knockeen al amanecer del tercero junto a aquel crío le estaba sentando bien. El aire fresco limpiaba sus pulmones, la mirada buscaba con ahínco la lejanía del horizonte, y las piernas se recobraban del entumecimiento. Iba al encuentro, tal y como había ordenado Idiáquez, de O'Daly. «Sin él no podremos hacer nada, Cobos.» Y lo hacía al suroeste del puerto, a media legua de las últimas casas, confiado por entero al pequeño pelirrojo que Domingo Santos, uno de los marineros, había encontrado el día anterior en la oscura posada junto al embarcadero. Había usado como contraseña las palabras que Idiáquez, a su vez, había aprendido de un franciscano en Lisboa y habían obrado el milagro, aunque no de inmediato: Domingo Santos, *el Riosellano*, como todos a bordo le llamaban, había tenido que volver dos veces al lugar hasta poder traer de vuelta hasta el barco a quien ahora veía caminar por delante. Tendría unos doce años y había en él la mirada despierta de la necesidad. Había dado su nombre en

el primer momento, Liam, pero no había añadido apellido o detalles sobre su procedencia. Y Cobos tampoco había querido preguntar: el silencio le ayudaba a sobrellevar la tensión y esta se había ido acumulando con el paso de las horas hasta dejar su huella en la presión que sentía en el pecho.

—Estamos cerca. O'Daly irá a las piedras.

Era la primera vez desde que habían dejado atrás el pueblo que Cobos oía aquel detalle, pero no aclaraba nada sobre el destino que el chaval había mencionado en primera instancia. Knockeen, había pensado Cobos cuando Liam lo había mencionado, podría ser una pequeña aldea alejada que O'Daly usara como refugio en la zona.

—¿Habrás casas, Liam?

Un seco «no» les sumió de nuevo en el silencio de aquella mañana nubosa. Caminaban en dirección al mar por una zona llana y verde, salpicada por alguna que otra pequeña arboleda, en la que no se distinguía ser humano alguno o ruidos de animales que pudieran hacer pensar que había vida en ella. No había ni siquiera pájaros que Cobos pudiera ver. En otras circunstancias aquello le habría alarmado, pero en las presentes podía entender que O'Daly buscara esa clase de paraje para encontrarse con él. Waterford, como toda la zona costera del sur, estaba vigilado por patrullas inglesas que regularmente peinaban la zona a la búsqueda de los grupos leales a Desmond que, tras la derrota del conde, debían su subsistencia a ataques rápidos y brutales sobre los lugares donde hubiera acumulación de bastimentos, por pequeña que fuera. El hambre les había convertido en seres desesperados que no hacían ascos ni siquiera a la carroña. Los ingleses lo sabían y por eso utilizaban, como Domingo Santos había oído por casualidad en la taberna, la comida como cebo. No había muchos entre aquella famélica fraternidad que se resistieran a la tentación,

algo que explicaba por qué incluso en el mismo Waterford los primeros irlandeses en poner pie sobre cubierta se habían quedado con buena parte de la carga transportada: naranjas, limones, avellanas, vino y aceite.

Había partido de Castro hacía ya diez días a bordo de una zabra que dos veces al año se acercaba hasta la costa sur irlandesa. Idiáquez se había encargado de buscarle sitio entre la tripulación. «Una mano más a la hora de izar velas y manejar cabos, Cobos. Es lo que eres, lo que no debes olvidar hasta que llegue el momento.» No lo hacía, pero podía sentir un nudo en el estómago con tan solo imaginar el momento en que tuviera que hacerlo. Para eso estaba allí. Por eso debía ver a O'Daly. La entrada dependería de él mismo. La salida, no. Esta última solo sería posible si el irlandés conseguía reclutar manos dispuestas a un sacrificio que con el paso de las horas se le antojaba cada vez más irrealizable. «No afrontarán la muerte sin respuesta al porqué.» Y ni siquiera él mismo podía ofrecerla. El secreto último estaba en manos de Idiáquez y no había querido desvelarlo.

—Es mejor así, Cobos. Si supieras a qué última necesidad responde tu misión no podrías aguantar el envite.

—¿Qué debo decir a O'Daly cuando lo pregunte?

—Que no olvidaremos su gesto cuando la guerra se mueva al norte.

Habían caminado durante más de dos horas y se acercaban ahora a un cúmulo de piedras enormes, con dos de las más grandes asentándose, a modo de techo, sobre otras que descansaban en la tierra, dejando en el interior una cavidad a la que se podía acceder reptando a través de una abertura a ras de suelo. Era obviamente algo hecho por la mano del hombre, pero no era fácil encontrar una explicación a su finalidad, sobre todo teniendo en cuenta el hecho de que se levantaban en un terreno en el que no

había otras piedras parecidas o una cantera de la cual hubieran podido extraer aquellos bloques. «¿Cómo han llegado hasta aquí?»

Había algo extraño en aquel lugar, incluso para Liam, remiso a cubrir los últimos pasos.

—Es ahí —dijo señalando el lugar con su índice—, O'Daly vendrá.

—¿Cuándo?

—Pronto —contestó, para a continuación alejarse corriendo hacia el oeste, sin más explicaciones y sin que Cobos tuviera tiempo para intentar sonsacarle algo más de información.

No había, se dijo, peligro alrededor. Por el momento. Pero podría haberlo si aparecía alguien que no fuera O'Daly, sobre todo teniendo en cuenta que, salvo por un pequeño cuchillo en el interior de su bota, no llevaba arma alguna. Lo contrario podría haber alertado a alguno de los soldados ingleses en el puerto y no quería, por el momento, levantar sospechas. Esa parte de su misión llegaría, pero sería con las reglas que él dictara sobre momento y lugar.

—Hola, español.

La voz le sobresaltó haciéndole girar en redondo para localizar la procedencia. O'Daly, si era él aquel anciano de larga melena gris que había hablado desde detrás de una de las grandes piedras, había aparecido de repente, sin hacer ruido alguno que delatara su aproximación.

—Soy Angus O'Daly, y creo que me buscas.

Hablaba con calma. Un hecho que transmitía confianza y seguridad. Delgado y vestido con un hábito marrón que le cubría hasta las rodillas, poseía una mirada penetrante que Cobos sintió al momento escrutándole de arriba abajo.

—Soy Alonso Cobos, y me envía don Juan de Idiáquez,

secretario...

—... del rey. Lo sé. Aunque no lo conozca... todavía ¿Qué buscas en Waterford?

Cobos hizo lo posible por no hacer patente su sorpresa. Hablar de Idiáquez en aquel remoto lugar era en sí mismo algo extraño, pero hacerlo con un anciano irlandés a quien el nombre le resultaba familiar confería a aquel encuentro una nota de irrealidad.

—Necesito ayuda.

—¿Y crees que yo te la puedo brindar?

No lo creía. Lo sabía. Era lo que Idiáquez había explicado hasta la saciedad en el Alcázar:

—O'Daly es la mano derecha del conde. Todos los clanes católicos le respetan. Si he de hacer caso a lo que me ha dicho un franciscano que conoce bien el lugar, es para los irlandeses de la zona muchos hombres en uno: curandero, maestro... incluso juez. Suele mediar en las disputas y su palabra es ley. Es una persona casi... sagrada, a la que seguirán a ciegas si él lo pide. Por eso le necesitamos.

No eran necesarias aquellas palabras en el recuerdo para entender que se trataba de alguien especial: su tez era muy pálida, lo que unido a la pulcritud y suavidad de sus manos hablaba de una persona más dada al estudio que al trabajo manual; en todo similar, incluido aquel hábito cortado a la altura de la rodilla, a los monjes que conocía, salvo por el pequeño detalle del cuchillo ligeramente curvo al cinto y un pequeño tatuaje, dos símbolos en rojo y azul entrelazados y desconocidos para Cobos, en el dorso de la mano derecha.

—Quien me manda, O'Daly, no tiene dudas al respecto.

—¿Y por qué debería hacerlo, español?

No apreció en sus palabras el grado de recriminación del que Idiáquez le había prevenido. «Pudiera ser», había dicho

el secretario «que el fracaso de la rebelión le haya inducido a culpar a España de lo ocurrido, en especial por la falta de ayuda. Pero nunca prometimos nada, al menos oficialmente. Lo que otros hayan podido hacer o dejar de hacer es otra cosa».

Cobos había oído entonces lo suficiente para entender que, de alguna manera, las armas españolas habían estado involucradas en la lucha. No sabía, no podía saber, hasta qué límite, en qué número o de qué calidad había sido la ayuda recibida por los rebeldes irlandeses, pero todo indicaba que había sido muy escasa, quizá porque había sido entregada siguiendo conductos poco habituales. En ese sentido, Idiáquez había aludido varias veces a la figura de un franciscano, cuyo nombre se había reservado, como el eje principal que conectaba la causa rebelde con España.

—El rey sigue creyendo en la victoria de los clanes católicos, O'Daly. Apoyará la lucha, pero lo hará cuando lo estime oportuno. Hay muchos frentes abiertos. Yo soy un enviado suyo. Mi viaje hasta aquí habla de su interés.

O'Daly no contestó al momento. Se limitó, tan solo, a bajar ligeramente la cabeza, en un gesto, como Cobos entendió, de reflexión que en sí mismo le definía. «No es hombre de prontos. Pensará lo que tenga que decir y no dirá, con toda probabilidad, todo lo que piensa.»

—No lo dudo, Cobos, pero debes saber, o ya sabrás, que hubo otros antes. Dijeron más o menos lo mismo. Corrieron los mismos riesgos o mayores. Y hoy nuestro dolor no es menor. Al contrario, ha aumentado hasta hacer de la desesperación la mejor aliada de la gente. Matan a sus hijos, comen a sus muertos. Se quitan la vida. Y lo llaman descanso.

Eran palabras duras. Hacían mella. Y era así porque no contenían, Cobos estaba seguro, ni la más mínima huella de exageración o mentira. No conocía al detalle la situación de

los clanes del sur. Pero sabía lo suficiente de la guerra para imaginar sin dificultad las consecuencias de la derrota. Y aquella gente había sido vencida. Lo había dicho Idiáquez, sí, pero no habría hecho falta. La evidencia se hallaba en sus ademanes, en la curvatura de espaldas doblegadas por el duro yugo del vencedor, en ojos que hablaban de humillación y sometimiento, de degradación y vejaciones.

—Los combates no han acabado, O'Daly. Los clanes del norte lucharán y encontrarán ayuda en la tierra de la que vengo.

—No discutiré, Cobos. No estamos aquí para eso. Tienes razón en que solo aquel que muera verá el final de la guerra. Es verdad; pero no es tu verdad, español. ¿Por qué tienes miedo?

Había hombres así, pensó al instante: podían leer el alma ajena y no sobresaltarse al hacerlo. Y O'Daly era uno de ellos. Dueños de una sabiduría destilada en un largo correr de siglos; capaces de leer el mañana en el ayer; acostumbrados a ver las tinieblas en un brillante amanecer.

—Mi miedo existe, O'Daly. Como existió en un amigo hace unos años. Estuvo en estas tierras. Y vino a hacer lo mismo que yo debo afrontar. Nadie escapa al miedo, Angus. No en un trabajo como el mío. Es la única garantía, aunque remota, de que podamos salir con vida.

Cobos había aceptado, voluntariamente y no sin cierto agrado, moverse en el terreno personal. No hacerlo, con un interlocutor como O'Daly, habría equivalido a poner fin a su misión. El irlandés, Cobos así lo entendía, ayudaría a un hombre en concreto como él, pero no ayudaría a una causa. La hora de las grandes palabras, vacías y ligeras como el viento, había pasado. No tenía cabida en un presente como el suyo donde la angustia paseaba altiva entre seres que llamaban manjar a las raíces que podían encontrar en la tierra.

—Se llamaba Diego Ortiz de Urizar, Cobos. Yo también lo conocí. Y era un buen hombre. Habló de ayuda, pero él fue el primer engañado. ¿Alguna vez hablaste con él?

—Es mi amigo, O'Daly. Vive. En Sicilia, una isla en el Mediterráneo. Quien me envía también lo conoce, al menos por sus hechos. Y no es menor su estima hacia él.

—¿Se encuentra bien? —preguntó O'Daly con vivo y genuino interés, prueba del aprecio que sentía por el capitán.

—Lo está, Angus. Hace años que no lo veo, pero hablamos por carta. Ha formado un cuerpo de caballería ligera y sigue... encontrándole sentido a la vida. No hay — Cobos añadió con brusca seriedad— nadie en quien más pueda confiar. En el pasado...

—¡Déjame tu mano, español! Solo quiero estrecharla entre las mías. Será breve. La izquierda.

Cobos le dejó hacer. O'Daly había cerrado los ojos tras coger sus dedos, que ahora acariciaba suavemente aunque a intervalos incrementara bruscamente la presión sobre ellos, llegando incluso a hacerle sentirle un ligero dolor.

Su voz entonces cambió. De repente. Era ahora grave, como surgida de una profunda cavidad de la tierra que le otorgara una resonancia especial.

—Habrá un antes y un después del dolor, pero vivirás para volver a encontrar amor.

—No lo entiendo, O'Daly. Explícame lo que has dicho — dijo al irlandés cuando finalmente abrió los ojos.

—No puedo, Cobos. No recuerdo las palabras que he pronunciado y tú no debes decírmelas. El mensaje es solo para ti. Viene del vientre del tiempo. No soy dueño de esa voz.

Parecía cansado. «Exhausto», pensó Cobos. Era como si de repente O'Daly intentara recobrase de un intenso

esfuerzo que hubiera acabado con sus fuerzas. No había entendido su mensaje, pero sí había sido capaz de sentir su efecto. Y no era otro que el sosiego. No tenía una palabra mejor para definir su sensación en esos instantes, extraños como pocos: un inmenso sosiego que le daba fuerza y seguridad, ganas incluso de afrontar lo que intuía sería una prueba dura, quizá la más ardua de su existencia. Sabía, por extraño que pudiera parecer, que viviría para ver un día más después de aquello.

—Gracias —dijo sin saber exactamente por qué—. No lo olvidaré.

—No lo hagas, Cobos. Llegado el momento te dará ánimo. Lo puedo vislumbrar. Y ahora dime, ¿cómo puedo ayudarte?

Hablaron entonces de Idiáquez. De su extraño e incompresible plan. Y lo hicieron durante más de dos horas en las que O'Daly, salvo por unas pocas preguntas sobre circunstancias muy concretas, permaneció en silencio, escuchando atentamente detalles sobre la antigua misión de Urizar y cómo Idiáquez había solicitado la ayuda de Cobos yendo en persona a visitarle a su hogar.

—¿Cómo se llama ese franciscano, Cobos? Te has referido a él en varias ocasiones.

—No lo sé, Angus. Idiáquez nunca desveló su nombre, pero sí creo que confía en él, si es que el secretario real puede llegar a confiar plenamente en alguien.

—Yo sí sé quién es, pero no diré su nombre, Cobos. Confío en el criterio de Idiáquez y no quiero echar por tierra sus razones para mantenerlo en secreto. Solo puede tratarse de la persona que tengo en mente y para mí es suficiente. Si está al corriente de tu misión y no se ha opuesto, como parece que no lo ha hecho, puedes contar con mi ayuda. Escucha bien lo que sigue.

Hizo una breve pausa para volver de nuevo a coger la mano de Cobos entre las suyas. No apretaba en esta ocasión los dedos. Tan solo se limitaba a hacer que la palma y el dorso del miembro de Cobos sintieran una leve y agradable presión que parecía despertar los sentidos.

—Dos días. No podemos pasar ese límite o morirás, Cobos. Dentro de Reginald's Tower ocurre con frecuencia. Luego tiran los cuerpos al mar. A los que logran sobrevivir se les carga en carros y son enviados a Dublín. Por eso... todo debería suceder un lunes. Es el viernes cuando envían a los presos que puedan tener a la capital. El lunes garantiza esos dos días que necesitamos... Y hoy es viernes. Contamos con sábado y domingo... para hacer lo que tengas que hacer.

Cobos no pudo evitar sentir una gran alegría interna al oír cómo O'Daly había hecho suya aquella causa. El irlandés era ahora un engranaje más en aquel extraño mecanismo del que nadie, salvo Idiáquez, podía tener una visión completa. Pero era una pieza fundamental.

—... No perderán tiempo. Cobos... —añadió mirándole directamente a los ojos e incrementando la presión sobre la mano—, será duro. No tendrán piedad. Nunca la tienen. Piensa en mí. Piensa en mis palabras. Pueden, aunque las desconozca, ayudarte. Lo intuyo. Solo así podrás ver el amanecer del miércoles. Será entonces. Pero hablaré de los detalles en concreto mañana al amanecer. En el barco. Yo te buscaré.

Se levantó para darse a continuación la vuelta y desaparecer lentamente en la misma dirección que había seguido el pequeño pelirrojo unas horas antes. Cobos le siguió con la mirada: O'Daly era un hombre extraño, uno de los más raros que hubiera visto en su vida. Frágil pero duro. «Como dicen que es el diamante», pensó Cobos. No era una mala comparación: había oído decir que el afortunado poseedor de aquella piedra preciosa podía dormir en la

seguridad de que nunca sufriría mal de ojo. Si era así... solo podía esperar lo mejor. Pero lo haría rezando para que esa primera luz del miércoles no estuviera tan lejana como el oscuro horizonte que ahora podía contemplar frente a él.

LA IMPACIENCIA DEL EMBAJADOR

«¿Por qué coño no escribe Idiáquez?» Mendoza había perdido la cuenta de las veces que en el último mes se había hecho aquella pregunta. «¡Es como para acordarse de sus muertos!» Tramas como la de Throckmorton eran equiparables a guisos: el más suculento podía convertirse en bazofia si el tiempo no era tenido en cuenta. Poco o demasiado. Daba igual: en ambos casos se perdía la excelencia.

«Necesito confirmación; necesito, maldita sea, la confirmación de que el rey da su visto bueno; de que todo va adelante.» Se lo había dicho al secretario de estado en los últimos y urgentes despachos. Empleando otro lenguaje, era cierto, pero en todos los casos con idéntica claridad. Y no había habido respuesta. «¿Qué más detalles puede querer o necesitar?» Había enviado a España el plan general acordado entre Francis Throckmorton y los Guisa. Hacía meses. Era viable. «¡Por Dios santo! ¿No lo ven?»: no resultaría difícil matar a Elizabeth y poner en su lugar a Mary Stuart, pero debía hacerse en plena coincidencia con dos desembarcos: el de las fuerzas de Guisa en el sur, en Arundel, en la zona de Sussex controlada por lord Henry Howard, si finalmente se

conseguía un informe fiable de las mareas; y el de los tercios españoles en Irlanda, para desde allí dominar la isla vecina y dar el salto al oeste de Inglaterra, a zonas como Bristol o Liverpool donde los ingleses intentarían hacerse fuertes. Era sencillo. «¡Y magistral!» Pero debían obedecer lo marcado por el tiempo. «Cada hecho a su hora. Y el burro por delante.» Variar en el último momento lo establecido o dudar equivaldría a fracasar. Y fracasar significaría olvidarse de la posibilidad de que Inglaterra pudiera estar regida por una reina católica como la Estuardo escocesa.

Era imposible que el rey Felipe no viera las ventajas: deshacerse de Elizabeth no solo significaría tener un paso franco en el Canal, con puertos seguros en la costa inglesa donde los barcos con rumbo a Flandes pudieran refugiarse en caso de ser atacados por los hugonotes de La Rochelle. También supondría ahorrarse la fatiga y el sufrimiento de tener que enfrentarse a tropas inglesas en el cenagal holandés. Croft había sido tajante al respecto cuando había informado del último consejo.

—La reina no podrá aguantar mucho más la presión, Mendoza: Walsingham y Leicester unen fuerzas para multiplicarla. Ambos quieren tropas inglesas que luchan codo con codo con los rebeldes flamencos. Y no tardarán mucho en conseguir su objetivo. Saben qué decir a la reina. Ambos son maestros en el arte de generar miedo.

Elizabeth, pese a la fortaleza que pueda aparentar, no deja de ser una mujer.

«Es dudoso. Lo último, quiero decir.» Hacía tres días que había tenido audiencia con la reina en Richmond y el paisaje daba ciertamente que pensar: la máscara de cera, o quizá de talco blanco, o de la mezcla de ambos, no lo sabía con certeza, con la que desde hacía meses invariablemente cubría su rostro, le daba un aspecto espectral. Unida a sus exuberantes vestidos, hacían de ella algo así como un

fantasma que se moviera vaporosamente por las galerías, sin que nadie pudiera tener certeza absoluta de que sus pies tocaban el suelo. Era una mujer extraña, caprichosa y veleidosa, pero... inteligente. Mucho. No tardaría en entender, como Walsingham y Leicester susurraban en su oído, que esa ayuda a los rebeldes flamencos sobre el propio terreno redundaría en rápido y succulento beneficio para Inglaterra. Sobre todo teniendo en cuenta que la ausencia de tropas en su propia casa no la hacía más vulnerable. ¿No era así? España no daba, no había dado, señales de querer o poder atacar Inglaterra. «Y eso nos hace débiles y a ellos, maldita sea, les hace soñar. ¿Dónde estás, Idiáquez? ¿Dónde está tu despacho cifrado? ¡Dios!»

Dio la espalda al fuego para recibir a Quinn. «Alguien leal», pensó. Alguien que se había ganado su respeto durante aquellos meses. Incluso algo más si pensaba en las agudas, aunque escasas, observaciones que habían salido de su boca durante aquel tiempo. Sí, admiraba su capacidad para penetrar en espacios ocultos, opacos, cuando se trataba de hacer frente a hechos confusos y complicados en los que no era fácil llegar a ver la luz.

—¿Sabemos algo de H, Quinn?

—No, señoría. Pero lo sabremos en cuanto aparezca en Southwark. No debería tardar.

—Otra cosa... Thomas...

Mendoza dudó unos segundos antes de seguir adelante con aquello. Quinn estaba al corriente de muchos de los detalles relacionados con la trama de Throckmorton, pero no de todos. Había hablado con él, solicitado su opinión en tres o cuatro ocasiones, pero nunca había comentado con él nada relacionado directamente con lo que Croft hubiera desvelado en Ely Place tras un consejo real. Hacerlo por primera vez, como había comenzado a hacer, exigía cruzar una línea de no retorno. Y eso era siempre arriesgado.

—¿Has oído alguna vez el nombre de Fagot?

Quinn no respondió de inmediato. Intuía que aquello era sumamente importante para el embajador. Su mano lo decía todo: el temblor en ella se había incrementado súbitamente con la mención de aquel nombre.

—No, señoría. No es un nombre que me resulte familiar.

—Tampoco a mí, Thomas, pero... Croft me ha dicho que cree que es uno de los informadores de Walsingham.

No había nada nuevo en esa aseveración. Walsingham, ambos lo sabían, tenía centenares de ojos y oídos a sueldo. Fagot podría ser sencillamente uno más. A no ser que...

—¿Por qué cree, señoría, que es importante?

—No... hay, Quinn, una... razón especial. Es solo... que... Croft mencionó su nombre en relación con Paul's Wharf.

—¿Paul's Wharf? ¿Y cree, señoría...?

Vio asentir a Mendoza al momento. Sobraban las palabras: Francis Throckmorton, por lo que sabían, vivía en esa parroquia. Un lugar humilde, junto al río, en la orilla norte, directamente al sur de la catedral de San Pablo. Podría ser cualquier cosa. Una mera coincidencia. Pero Quinn entendía también por qué aquella mención había alertado a Mendoza.

—¿Puedo saber, señoría, algún detalle más?

—No los hay, Thomas. Créeme. Si supiera algo más te lo diría. Croft simplemente dijo, y ni siquiera estaba seguro de haberlo oído bien, que alguien llamado Henry Fagot, y utilizaré los términos textuales usados por Walsingham en la reunión, «intentaría averiguar algo más sobre el asunto de Paul's Wharf». Las palabras de sir Francis al consejo en ese momento parece ser que estaban relacionadas con algún problema de índole estrictamente personal que Mauvissière había tenido allí y del que Fagot habría informado al

consejero inglés a través de una carta cifrada.

—¿El embajador francés?

—Así es, Thomas. Es lo que me ha hecho... digámoslo así... levantar las orejas.

Quinn esbozó una sonrisa para celebrar la pequeña ocurrencia. Había, pensó, algo que quizá mereciera la pena analizar en más detalle en lo que el embajador acababa de decir. A veces, lo importante no estaba en lo dicho u oído, sino en el lugar de procedencia. Y este podría ser uno de esos casos.

—¿Ha considerado su señoría dónde podría ubicarse ese tal Fagot para saber exactamente eso acerca del señor embajador francés?

—¡Buena observación, Thomas! ¿Quieres decir, si no deduzco mal, que piensas que solo alguien cercano a Mauvissière podría haber informado a Walsingham a tal efecto?

—Así es, señoría. Pero si me lo permite yo añadiría algo más...

—¿Y es? —dijo Mendoza aguzando la mirada, en un esfuerzo inútil por observar el detalle en los gestos de Quinn.

—Que es nuevo. Un nombre nuevo, señoría. Es lo que quiero decir. Fagot no ha sonado antes. No es... familiar ¿Podría tratarse de alguien... nuevo... cercano al embajador, con acceso a ese tipo de información personal?

«Podría ser.» No era un mal comienzo. Aún no conocía bien a Michel de Castelnau, el rizado Sieur de la Mauvissière, y sus tejemanejes en Salisbury Court, donde residía como embajador de Henri III, su graciosa majestad francesa. Pero sí sabía dos cosas: que mantenía contactos regulares con Francis Throckmorton y que hacía unos meses había recibido bajo su techo, ofreciéndole trabajo como segundo secretario,

a Giordano Bruno, el polémico fraile dominico a quien la Inquisición de Nápoles había buscado sin éxito durante años. «Un paso hacia la provocación.» ¿No lo era? Mauvissière se definía como un sincero y devoto católico. Y sin embargo... «¿Por qué le ha dado cobijo?»

No lo sabía y, probablemente, no lo sabría nunca. Pero no era esa la pregunta que ahora debía hacerse, sino otra, la que Quinn había dejado bailando en el aire: ¿Era él Fagot? ¿Podía ser el herético dominico la persona que desde el interior de la embajada francesa pudiera estar espiando para los ingleses? Podría ser. Había visto cosas más raras. De hecho... había un ápice de lógica en aquel asunto: si Giordano Bruno necesitaba huir, y lo estaba haciendo, su mejor santuario era y sería siempre Inglaterra, la cueva del hereje. ¿Era así como trataba de comprar seguridad para el futuro?

—No es una mala observación, Quinn. No estaría de más que de vez en cuando echáramos un vistazo por Salisbury Court, ¿no te parece?

—Lo haré, señoría. Intentaré reclutar a alguien que pueda informar sobre entradas y salidas.

—Hazlo, al menos durante algún tiempo. Luego, ya veremos...

Dejó pasar un par de minutos antes de decir a Quinn que podía retirarse. No se había dado cuenta hasta ese momento, y no tenía mayor importancia, pero Fagot significaba algo en inglés.

—¿Haz de leña, Quinn?

—No entiendo, señoría, lo que...

—¿Es eso lo que significa «fagot»?

Lo era. Quinn conocía la palabra. No le costó explicarse con otras palabras en inglés a las que añadió elocuentes

gestos. «¿Una broma?» Si Fagot era Giordano Bruno, el asunto no dejaba de tener su pizca de gracia: el nombre falso elegido podría tomarse como una burla a las ejecuciones a fuego de la Inquisición.

—Pero, señoría, también tiene un segundo significado.

Aquello le sorprendió. Mendoza se tenía por alguien con un buen dominio del inglés, pero esa segunda acepción era algo que ignoraba por completo.

—¿Cuál es, Quinn?

—Invertido, señoría. Alguien que...

—Ya me lo imagino, Thomas. Sobran las explicaciones.

El término se usaba con profusión al sur de la catedral de San Pablo. Los habitantes de la zona parecían tener un inglés al margen de la norma, según explicó Quinn, y «fagot» era un término que había oído usar a más de uno. Encajaba. «Por segunda vez», se dijo Mendoza. «No me extrañaría que Bruno lo fuera.» Había oído cosas... meros rumores... sobre problemas que Bruno había tenido en la Universidad de París. Hasta ahora había pensado que podían estar relacionados con sus nuevas visiones de los astros, pero... quizás hubiera otras cosas... más escabrosas.

—Lo investigaré por mi cuenta, Quinn. Quizás alguien que conozco en París pueda decirme algo.

—¿En París, señoría?

Mendoza se rio con la perplejidad expresada por Quinn. Le habría encantado observar con detalle su cara, pero... no podía. El mal progresaba y lo cercano parecía perderse, cada vez más, en una lejanía brumosa, odiosa y odiada.

—Sí, Quinn, París. Te informaré. Ahora puedes retirarte.

Permaneció sentado y en silencio en la creciente oscuridad. No encendería velas. En su condición casi equivalía a malgastar cera. «La noche avanza hacia mis ojos

y lo hace a lomos de un brioso corcel. No tardará en llegar.» Pero tenía una ventaja, solo una, especialmente valiosa en aquellas circunstancias: ayudaba a concentrarse tanto en la reflexión como en la oración. Y ahora tocaba hacer lo primero.

La hora del diálogo había muerto. Hacía mucho tiempo. Nadie lo quería ya por compañero. Ni su rey, dadas las continuas ofensas y provocaciones de los ingleses. Ni estos últimos, embarcados decididamente en el apoyo de la causa protestante... donde quiera que se alzara, como ocurría en Flandes. No tenía muchas dudas al respecto: enviarían tropas allí sin tardar... si no se hacía algo antes. Ganarían en audacia. Y ahora, además, redoblarían sus esfuerzos. Irlanda había dejado de ser una amenaza. No necesitarían muchos soldados en la isla y eso les permitiría emplear el resto al otro lado del Canal. Había fracasado su intento de atraer a Stanley al lado español. Y ese contratiempo no era precisamente menor: una deserción como la suya habría suministrado información interna a España, pero, sobre todo, habría hecho surgir muchas dudas en las filas inglesas. Lo sabía por experiencia. Lo había vivido en Flandes. «¿Cuántos más traidores hay?» Para un ejército era una pregunta dura como pocas. Destrozaba la cohesión, creaba recelo, lograba que la confianza mutua se tambalara. La deserción de Stanley podría haber marcado un antes y un después. Habría significado la antesala perfecta para lo que Throckmorton había engendrado. Pero... no había ocurrido. Y si algún día ocurriera... sería ya demasiado tarde.

Todo o nada. El juego estaba planteado en esos términos y la partida debía jugarse en los próximos dos o tres meses. No más. Intuía que el secreto no tendría mayor vida que esa. Acabar con él equivaldría a carecer del arma de la sorpresa. Y sin ella nada saldría bien. «¿Dónde estás, Idiáquez? ¿Dónde coño está tu despacho?»

MALOS PASOS

Una moneda

El capitán Angus MacCreedy podía entender al borracho en su esencia como tal. Al fin y al cabo él mismo lo era. Bebía regularmente. A conciencia. Lo que suponía caer inconsciente muchos días antes del anochecer. Y eso constituía un regalo en sí mismo: acertaba las horas en la pocilga de Waterford, de donde no se había movido en los últimos cuatro años. «Los mierdas ingleses me harán morir aquí. No querrán a un escocés en un peldaño más alto de la escalera.» Entender, sin embargo, a aquel miserable al que a duras penas podían sostener en pie dos bisoños de la guardia, exigía ir más allá de la mera y llana comprensión de los efectos del *usquebauch* sobre la persona. Le habían traído a Reginald's Tower casi a rastras y todo por el pago con una moneda de oro: un escudo de sol francés, si había entendido bien, con el que había comprado una pinta de alcohol, la mitad de la cual había sido trasegada de una sola vez, casi sin respirar. Luego había venido la discusión por el pesaje del pedazo recortado a la moneda para el pago. Algo en sí mismo

habitual. Ocurría todos los días, aunque nunca con monedas de oro. Eso era lo que desafiaba su capacidad de comprensión. «Un sol de oro en manos de la escoria.» Si eso era normal, entonces todo podría ocurrir. «A la vejez, gaitero.» ¿Por qué no? Sería otro milagro como aquel.

—¿Cómo se llama este perro?

—La encontré... en el suelo, capitán. Se lo juro por mi madre.

Un mendigo más. «Carne de horca», pensó MacCreedy. «¿De dónde salen tantos?» No era esto precisamente lo que había soñado con ver el lunes a primera hora. La viuda Murdoch le había sonreído en el oficio anglicano y eso le había dado esperanzas de que al día siguiente se dejaría caer por Reginald's Tower con alguna excusa. Había futuro en ella: cinco mil acres. Una renta lo suficientemente holgada como para dejar atrás ratas viejas y harapientas de greñas grises y grasientas como la que tenía delante. Hizo un gesto para que uno de los soldados le diera una patada a la vez que le hablaba.

—¡He preguntado cómo te llamas! Ya llegaremos al robo.

—Seamus, señor... capitán, y juro por Dios que no la he robado.

—¿No, eh? Bueno, Seamus, cuéntamelo todo. Lo quiero en detalle, así que despacito.

Se le había caído al español. A uno de los que habían llegado en aquel barco destartado hacía cinco días. Habían luchado por evitar que les robaran toda la carga. Y lo habían hecho bien. Al menos habían podido vender un tercio. Y luego habían estado comprando: pieles, *usquebauch*, ahumados... Seamus se había fijado en ellos. No hablaban mucho y solo se había visto a uno de ellos por la taberna. Dormían a bordo, con dos hombres de guardia por cada mitad de noche. Gente pacífica, excepto uno de ellos; curiosamente

el que había perdido la moneda: Seamus le había visto agarrar por el cuello a un hombre hasta casi ahogarle contra un muro.

—¿A otro español, Seamus?

—No, capitán. Era uno de los mercaderes... de Kinsale, creo.

El miedo a los guardias parecía haberle despejado. La trabazón del discurso había disminuido; las ideas afloraban con mayor rapidez; sus finas y blancas manos, en una de las cuales había un curioso tatuaje sobre el dorso con dos símbolos en rojo y azul entrelazados, acompañaban ahora a las palabras en un intento por dar más coherencia a lo dicho.

—... Fue después de que el español le entregara la bolsa. Por eso se cayó.

—¿Quieres decir que la moneda se perdió cuando esos dos empezaron a pelear?

—En realidad no lucharon, señor. El español le dijo algo en voz baja cuando le tenía sujetado. Luego le soltó. Pero para entonces la moneda había caído. No se dieron cuenta.

—¿Y qué compró el español?

Nada o casi nada. «Papeles.» Seamus estaba seguro y no cambiaría su opinión aunque MacCreedy insistiera en decirle que probablemente lo había imaginado a consecuencia del alcohol.

—Lo vi con mis propios ojos, capitán. Y no estaba borracho. Lo juro. Luego sí, pero no entonces.

—¿Cuándo lo viste, Seamus?

—Fue el sábado, capitán, por la mañana. Luego el español se fue a caballo y no volvió hasta las tres.

«¿A caballo?» Waterford era pequeño, muy pequeño. ¿Adónde habría querido ir un marinero español a caballo? Y,

sobre todo, ¿con qué propósito? El riesgo que corrían acercándose a puertos como aquel, con guarnición inglesa y en guerra, era muy alto de por sí. Nadie en su sano juicio lo aumentaría adentrándose a la ligera en un territorio donde la vida valía menos que el perdón del verdugo.

—¡Cabo! Denle un poco de comida y algo de ropa. Debemos tratar bien a nuestros invitados, ¿verdad, Seamus?

El viejo mendigo mostró entonces sus sucios dientes en una amplia sonrisa, a la vez que hacía una serie de exageradas reverencias con las que los tres soldados alrededor rieron a carcajadas antes de abandonar aquella estancia redonda en el piso superior de la torre. No eran muchas las ocasiones en que podían ver a MacCreedy en aquel aparente estado de relajación. Lo normal en él habrían sido otras órdenes. Unas que tuvieran que ver con el apodo por el que en secreto le conocían, el Gato, en clara alusión a su querido «gato de nueve colas» que con tanta destreza usaba, al menos tres veces por semana.

—Y ahora descríbeme a ese español. Es posible que quiera conocerlo antes de que se largue.

—Es... alto, señor. Y delgado... y tiene el pelo rojo y corto, como muchos de los nuestros. No sé qué más decirle.

—¿Tiene alguna cicatriz en la cara, Seamus? ¿Algo que le pueda identificar?

—Señor, no llego a tanto. Sus ojos son claros. No... no... no hay más.

Bastaría. Los detalles de la descripción serían suficientes para que sus hombres le reconocieran al instante. Había algo en lo que el mendigo había dicho que no podía desecharse a la ligera. Y tenía que ver con lo que aquel inglés, Maliverny Catlyn, le había preguntado hacía muchos meses: «¿Alguna visita sospechosa, MacCreedy? ¿Gente llegada del mar para algo diferente que no sea vender o comprar?»

No había habido nada especial que reseñar en aquella ocasión, pero si la pregunta fuera hecha en el presente, la respuesta sería bien diferente. «Papeles.» ¿Qué papeles? Estaban asociados a dinero. Así parecía desprenderse de la respuesta del mendigo: el español habría pagado por ellos y luego habría amenazado al comprador, quizá para infundir miedo si la información que contenían era errónea o falsa. ¿Información? La palabra le llevaba de nuevo al pasado: era eso lo que Maliverny Catlyn había dicho igualmente. Había llegado con Grey de Wilton, pero no era uno más en aquel ejército. Se había movido libremente. No había estado sujeto a la disciplina, como él. Y había hablado de información. La que los españoles desearían tener de aquella zona con vistas a un desembarco de tropas. Había sido antes de lo de Smerwick, pero daba igual. ¿Había acaso disminuido la amenaza? «No.» Los españoles estaban a siete días de navegación, a lo sumo diez con mal tiempo. Podían presentarse sin más. Y entonces ¿qué? La guarnición de Waterford no pasaba de cincuenta hombres. Los barrerían de la faz de la tierra sin sudar. Cork, por ejemplo, sería distinto. Allí estaba estacionado el grueso del ejército de Grey. Pero acudir en ayuda de Waterford llevaría un par de días. Para entonces los españoles habrían ganado infinitamente más que una cabeza de playa.

—¡Greyhound! —gritó al hombre situado en el exterior de la estancia, en el rellano de la escalera que conectaba los tres pisos del edificio—. Avisa al cabo. Dile que le quiero aquí con cinco hombres bien elegidos antes de una hora.

Olvidaría por el momento las nalgas de la Murdoch. Aquellos papeles demandaban ahora toda su atención. Los examinaría y lo haría sin dejar pasar los minutos. «Un trago. Uno largo. Luego, movimiento.»

—¿Has oído algo, Seamus, de cuándo tienen pensado largarse los españoles?

Ratas como aquella vivían en su espacio natural, el puerto. Sabían todo lo que allí ocurría. Eran gaviotas sin plumas. Como ellas, vivían de los desechos.

—Largarán velas mañana, señor capitán. Solo les faltan los perros.

—¿Qué perros, Seamus, por el amor de Dios?

—Loberos, capitán. Los cambian por mastines. Trajeron a dos y se llevarán de vuelta otros dos. Lo hacen siempre.

«¡Perros! ¿Será posible?» Podían llevarse a alguno con dos patas de los muchos que por allí pululaban. Se los regalaría. Nadie los echaría de menos. «Además, hablan.»

La risa le provocó una tos que a duras penas pudo sofocar con otro largo trago de *usquebauch*. El mendigo levantó entonces el semblante para mirarle. Había odio en sus ojos, se dijo el soldado Greyhound. El mismo que veía cada hora, cada minuto en todos y cada uno de los irlandeses que se cruzaban en su diaria y aburrida rutina militar. ¿Por qué iba a ser este diferente? Nada ni nadie podía poner remedio a aquello. Como ingleses en Irlanda, vivían en la seguridad del grupo, al igual que cualquier colono en tierra virgen por conquistar. Irlanda lo era: un edén a explotar... si podía ser vaciado. O al menos si sus salvajes criaturas podían ser conducidas en manada a una alejada esquina, preferiblemente en el inclemente oeste, donde las posibilidades de sobrevivir estarían limitadas. No merecían otra cosa.

—¿Qué miras, salvaje?

La captura

o tardarían en llegar si los cálculos que había hecho con

NO'Daly eran los acertados y el plan de la falsa pelea en el puerto, durante la que había dejado caer la moneda de oro, funcionaba. Cobos no había alertado a los hombres a bordo. Y no lo haría. Desconocían todo de su persona y de su razón para estar allí. Y quería que siguieran en la ignorancia. Cuando aparecieran los soldados, su reacción sería natural, espontánea. Y eso les salvaría más adelante la vida. Lo contrario, hacerles conocedores de su papel aunque fuera mínimamente, equivaldría a convertirles en cómplices de algo que se pagaba con la muerte, tanto en Irlanda como en España.

Cobos no había hecho amistades entre ellos, salvo con Domingo Santos, que desde el comienzo se había prestado voluntariamente a ayudarlo, reconociendo en él la impericia del novato.

—¿De dónde sales, Cobos? No has visto una vela en tu puñetera vida.

El hambre y la necesidad habían sido entonces la respuesta. Y Santos la había dado por buena. Días más tarde habían hablado del ejército y de Flandes. Podía ser algo útil. Los ingleses preguntarían a los hombres. Exigirían respuestas sobre su persona a cambio de la licencia para partir. Y entonces Santos se explicaría. No habría nada malo en hacerlo. Cobos sería en sus labios un veterano de guerra, alguien enrolado para ganar un honrado maravedí con el que dar de comer a la familia. No era una historia nueva. O si lo era, la novedad radicaría en hablar de Cobos como de un soldado licenciado con dos piernas y dos brazos, más de lo que muchos otros podrían decir en similares circunstancias.

Había guardado los papeles con cuidado. Resultaría difícil dar con ellos, pero no imposible. Eso era lo que quería: que la búsqueda de los soldados ingleses se viera coronada con el éxito, aunque no inmediatamente. No entenderían gran cosa cuando los vieran. También eso entraba dentro de lo

planeado. No ofrecerían respuestas. Pero sí plantearían preguntas. Y no serían hechas con delicadeza. «Dales un cabo del que puedan tirar, Cobos, pero que no sea demasiado largo. Debe resultarles difícil hallar el tesoro de la palabra que atesoras y que deberás soltar en el último momento. Cuando lo hagan, tragarán el anzuelo ¿Sabes por qué? Porque se lo habrás hecho desear.»

Era una de las instrucciones de Idiáquez. Quizá la más importante. Le exigía obrar como lo haría un actor. Solo que esta vez el dolor no sería fingido. O'Daly se lo había dicho en el primer encuentro y luego había vuelto a repetirlo cuando se habían visto por última vez: «MacCreedy es un hombre brutal, un gigante sádico, Cobos. Como buen borracho no tiene ni paciencia ni freno. Dale algo... en el límite. Un poco cada vez. Eso te mantendrá con vida hasta...».

La madrugada del miércoles. En el mejor de los casos había prácticamente dos días por delante. O'Daly no había sido muy claro al respecto. También eso entraba dentro de lo planeado: «No debes poseer esa información, Cobos. Si logran extraértela bajo tortura todo se vendría abajo.»

Había tenido ocasión la víspera de examinar con cuidado Reginald's Tower. Situada junto al muelle principal, en un promontorio entre los ríos St John, al sureste, y Suir, al norte, era la más importante de varias con las que Waterford contaba, la mayoría en muy mal estado. «Por eso el lugar ha perdido importancia, Cobos. Los ingleses carecen por el momento de los recursos necesarios para recuperar las defensas. Prefieren invertir el dinero en Cork y Kinsale. Pero no siempre fue así.» O'Daly le había informado luego con detalle al respecto: Reginald's Tower era una estructura antigua. Los hombres del hielo la habían levantado hacía cientos de años. Reforzada en varias ocasiones, nunca había dejado de mostrar orgullosa su solidez original.

—Es dura como el hierro. Y como él, siniestra, Cobos.

Nosotros no podemos contemplarla sin sentir miedo. Hay sitios así: marcados para siempre.

Sería allí donde le llevarían. Había casi certeza absoluta al respecto.

—Siempre es así —había indicado O'Daly—. El piso superior sirve de prisión.

Era una dificultad añadida: liberarle exigiría acabar con los soldados de los niveles inferiores, no menos de quince en todo momento. Algo que no sería fácil si se desperdiciaba la sorpresa inicial. ¿Quedaban hombres en el sur que pudieran estar a la altura de semejante desafío?

O'Daly tampoco había hablado claramente al respecto, aunque no era difícil imaginar que no podían ser muchos. Miles habían muerto y otros tantos se pudrían en calabozos esparcidos a lo largo de toda la costa de Munster. Había, era cierto, muchos que se habían retirado a las tierras del norte, donde esperarían el segundo capítulo de aquella guerra. Pero esa misma razón era suficiente para entender que estaban lejos. Quizá demasiado para que O'Daly pudiera establecer contacto y llegar a tiempo.

—No dudes eso, Cobos. Estaremos allí. Esa certeza te mantendrá con vida. Mis palabras en Knockeen... ¿te dicen algo? Sigo sin conocerlas. Nunca lo haré, pero algo me dice que aquí pueden cobrar pleno sentido... en parte. En el dolor, imagina que vives una pesadilla y que despertarás de ella.

Lo haría. Era la única opción viable. Como en la antesala del combate, el deseo de vivir libraba un pulso con la premonición de la muerte en el escenario de la propia mente del soldado. Había visto a muchos morir antes de empezar a luchar: incapaces de dejar a un lado la visión de su propio final, corrían desesperados hacia ese desenlace imaginado. La mayoría lo alcanzaba. Incluso con un grado de exactitud que podía poner los pelos de punta. Aranda. Se acordaba de

él. ¿Cómo olvidarlo? Sus palabras no se irían de su mente, jamás.

—Cobos, mañana moriré. Una bala me volará la cabeza entrando exactamente por aquí —había dicho señalando la zona con el índice izquierdo—. Guarda, por favor, esta carta para entregársela a mi mujer cuando vuelvas a casa.

Y esa bala había salido a su encuentro, entre la niebla del amanecer. Por esa razón no quería hoy dejar volar la imaginación. Concebir la idea en el pensamiento equivalía a provocar la visita de la dama negra. «Viviré», se repitió tres veces en voz alta y con creciente intensidad. Y lo haría recordando la cara de la mujer y del hijo que amó, dejando crecer por esta vez la sorda y abrasadora rabia contra aquella mano asesina y anónima que había cerrado los ojos para siempre de aquellos dos inocentes. «Viviré para... acallar ese otro dolor.»

UN GOLPE DE SUERTE

No sabía bien qué hacer. Aquella abultada carta le quemaba en las manos. Pero no había nadie a quien pudiera consultar; nadie a quien debiera exponer su duda. Su gran duda. ¿Debía abrirla en ausencia de Cobos? Sabía que procedía del capitán Urizar. No podía ser otro. El mosquetero de la guardia que la había entregado había sido claro: «Llegó con el último correo de Nápoles.» Y por ello mismo podía ser importante. La última vez, Cobos le había leído el papel en voz alta, creía que por entero. Abrir la nueva misiva, por tanto, no sería una violación del secreto que el capitán pudiera echarle en cara cuando volviera. «Volver. ¿Lo hará?» Ginés tenía sus dudas. Como Cobos había dicho, la visita de Idiáquez no había traído nada bueno. Los dos habían hablado a solas dos días después del primer encuentro. Durante más de diez horas, si Ginés había contado bien. Y eso solo podía significar una cosa: que el amigo del alma resultaba necesario para llevar a cabo algo peligroso. No habrían hecho falta tantas instrucciones, tanto detalle, tanta repetición de datos, si no estuviera en lo cierto. No había pegado la oreja a la puerta, pero no había hecho mucha falta: había llegado a oír ciertas cosas,

nombres ingleses de puertos en tierras... ¿irlandesas? Creía que sí. Pero solo lo podía suponer. En ese sentido, Cobos no le había dicho una sola palabra. «Da igual. Ha vuelto a su origen.» No era difícil atar esos cabos: «solo en tierra enemiga». Por eso su desaparición podía ser un hecho cierto, aunque no sería él quien contemplara tal posibilidad más allá de dos segundos. «¡Lagarto, lagarto!» Esas cosas a distancia. «¡Volverá! Pero puede que sea necesario entretanto hacer algo.» Pudiera ser. Había mil cosas que no le resultaba difícil imaginar: algo que Urizar necesitara; alguna pregunta, quizá, que requiriera pronta respuesta; nueva información... sobre... ¿por qué no? Urizar había suministrado la primera pista y, si Cobos tenía razón, habría seguido con sus pesquisas: «No soltaré ese hueso fácilmente, Ginés.» Razón de más, por tanto, para abrir y leer el documento ¿Leer? Esa era la gran dificultad. No todas las manos le resultaban claras. «¡Qué cojones!» Lo intentaría. «No tengo otra jodida cosa que hacer.» Un vaso de aguardiente al lado pondría las cosas más fáciles. «O dos.»

Amigo Cobos, capitán:

Sí, capitán. Como ves, la buena nueva ha llegado incluso hasta este apartado agujero, olvidado en gran parte por Nuestro Señor. ¿Será por nuestros pecados? Pudiera ser, caro amigo. La carne es débil y aquí esa debilidad se acrecienta, sobre todo cuando aparece en la forma de una Venus joven... y morena. Sí, Cobos. He de admitirlo

frente a la cara del amigo que sabrá obrar con la suficiente discreción delante de las comadres de la corte; me he enamorado; como un inberbe mancebo que descubriera por primera vez el placer. Se llama Adela... y es siciliana. Tiene diecisiete años y me da, Cobos, lo que a mi edad no se puede tasar: ganas de vivir el mañana y hacerlo con alegría. No tengo, como sabes, hijos. Nunca he querido tenerlos. Una cosa es intuir que el horror existe y otra bien diferente haberlo visto y sufrido. Es mi caso. Acaso el tuyo. Pero yo nunca fui tan fuerte como tú: por eso nunca quise que un hijo por mí engendrado pudiera ver lo que a mí me ha sido dado contemplar. Adela no ha cambiado nada a ese tenor. ¿Cómo podría? Sería en sí mismo un doble crimen crear esa vida a sabiendas de que yo no podría, dada mi edad, verle crecer hasta... manejar la espada. No, Cobos. Nada de eso sucederá. Mas creo, y por eso doy gracias a Dios cada jornada, que podré disfrutar en mis últimos días del placer que supone vivir al lado de la inocencia y de la bondad. Quiera Dios que sean muchos. Amén.

Dicho lo cual y esperado un buen rato a que tu risa

amaino, paso a contarte lo que de verdad te interesa saber. Aunque, como suele ocurrir con este humilde servidor, la verdad no se hará evidente hasta haber sido aderezada con el suficiente detalle. Paciencia, amigo. Paciencia y buen hacer:

No es poco habitual que hasta este rincón lleguen gentes extrañas, muchas sin raíces. Gentes que no suelen tener razones para explicar su apuesta. O al menos, no las ofrecen voluntariamente. Tal es el caso de muchos veteranos que no tienen un pedazo de tierra en España al que llamar suyo, o familiares a los que abrazar. La guerra lo ha sido todo para ellos, como bien sabes. Y cuando cesa, cesa la razón de existir. De ahí que se acerquen hasta aquí, aunque nunca lo confesarán de viva voz, a la búsqueda de un lugar donde morir. Un no tranquilo, caliente la mayor parte del año, aislado por un mar que podrán contemplar cada mañana y frente al que rezarán, en el mejor de los casos, para expiar sus culpas. Suelen llevar vidas retiradas. En su austero devenir encuentran cuatro monedas ayudando en la pesca, recogiendo la aceituna y la uva, mendigando en muchas ocasiones a la puerta de las muchas iglesias que esta tierra ha construido como

tributo a su falsa piedad. He visto a muchos y he rezado para no acabar como ellos. Se parecen unos a otros como gotas de agua: el mismo silencio, la misma tristeza, la misma visible pesadumbre en el andar.

Eso fue, Cobos, lo que pensé cuando vi por primera vez a quien dijo entonces llamarse Antonio Luján. Tenía la misma historia de todos ellos reflejada en su cara. Por eso no llamó mi atención en un primer minuto. Aunque sí lo hizo en los siguientes, cuando hasta mí llegó la denuncia de una muerte: había sido al atardecer, justo después del toque de a recoger perdidos, en un pequeño descampado no muy lejos de donde nuestras compañías de caballería ligera se ejercitan. Se trataba del cadáver de un hombre de unos sesenta años, a quien al día siguiente unos vecinos de Palermo reconocieron. Había sido apuchillado ferozmente, incluso en la cara. Su nombre era Amadeo de Ventiso y cuatro personas le habían visto la víspera hablando y bebiendo vino con Luján. No había más tierra de la que partir, Cobos. Ventiso no tenía familia. Vivía en un cobertizo arrendado en las afueras de Palermo. Así que, en mi calidad de oficial y justicia,

empecé por donde solo podía empezar: buscando a Luján.

No me fue difícil dar con él: vivo en un lugar donde la palabra vuela rauda a la hora de ofrecer detalles de la vida ajena. Encontrado, pues, el pichón, he aquí lo que aconteció: Luján conocía bien a Ventiso. Se habían encontrado por primera vez en un distante ayer. En Flandes: ambos, según contó, habían tomado el mismo camino para luchar como voluntarios en los primeros años de la guerra en el tercio de Sicilia, al norte, en la zona de Frisia. Insisto en ese detalle, Cobos: Frisia. Llamó mi atención en un primer momento, aunque una voz interior a la que siempre he hecho caso y a la que debo la vida, me dijo que lo dejara correr; que no hiciera más preguntas sobre ello; que obrara, pues, como si desde un primer momento diera por buena aquella respuesta... cuando de hecho no lo era: nuestro amado tercio de Sicilia nunca estuvo en Frisia en los años de los que habló.

Guardé a buen recaudo en mi interior aquella primera mentira a la espera de ver si haría nidada junto a otras que pudieran venir. Y así fue: di cuerda al Luján, poco a poco,

manteniéndole vigilado sin que se diera cuenta, cruzándome en su camino y haciendo de ese encuentro un capricho del azar, pagándole el trago de la camaradería... tejiendo sobre él la red con la que habría de atraparlo, Cobos. Incurrió en errores, varios, pero sobre todo en uno. Y le costó a la postre la vida: fue el día en que desplegué todas las compañías a campo abierto: mil hombres en total, armados en altos números con pistola de rueda. No lo había hecho nunca. Y por esa razón fue un placer para la vista. Aunque no solo para la mía: también para la de Luján, a quien uno de los hombres encargados de vigilarle a distancia vio hacer anotaciones y dibujos.

No hay nada más, en consecuencia, que deba explicar sobre él. Sabes, Cobos, tan bien como yo, de quién se trataba: ojos y oídos pagados por el dinero enemigo. El saber recopilado, tal y como vimos en su sucio agujero, sería útil, mucho, a los holandeses: números de hombres y de caballos, armas, fechas aproximadas de embarque, incluso un plano detallado de nuestro acuartelamiento con (¡oh, diosa Sorpresa, astiva y esquivia!) la muestra del túnel de huida, cavado hace muchos años, como ocurre con cientos de cuevas en

esta tierra. Aquel era el bueno de Luján. Lo que en si mismo me llevó a comprender la muerte de Ventiso. ¿Adivinas su porqué, Cobos? ¡Sí! ¡Claro que sí! Siempre las cazaste al vuelo: Amadeo de Ventiso le había reconocido. Sabía de su turbio hacer... y había exigido dinero por el chitón. ¡Pobre miserable!

Claro que pensarás, Cobos, cómo o por qué llegué a saber tales detalles. Bueno... resulta que no soy bueno en ese tipo de narración. Vivo para el placer, mi querido capitán. Hoy más que nunca. Así que dejémoslo en que pasé dulces momentos con Luján, aderezados con ambrosía y música celestial, en aislados parajes donde la mano de Nuestro Señor se posó con delicadeza para dotarlos de belleza sin par, de luces y sombras capaces de reflejar el cielo para los vivos.

Un golpe de suerte, Cobos. Sin ese primer silencio por mi parte para dejar que Luján se ahogara en su propia mierda, yo no podría haber disfrutado de tales y casi inhumanos deleites... junto a él: cantó lo que quiso y más. Lo hizo con alegría, alborozado hasta la locura en ocasiones a

encontrar en el canto (¡oh, curiosidad de curiosidades!) alivio al pasajero calor. ¿Puedes creerlo? Yo sí... porque lo vi. Créeme: fue así. Su larga y asombrosa canción, que solo Dios podría haber inspirado, habló de parajes conocidos para nosotros, en un frío norte donde en el brumoso ayer nos partimos la cara. Y de hombres, aunque no de unos que estimemos en demasía. En especial de un grupo llamado «Muer van Halst», «muralla de Halst», si recuerdo bien mi holandés. No son constructores, Cobos. O sí, dada que toda creación es contemplada por miradas diferentes: construyen su mundo, digamos, a partir de la ruina de otros. Luzán alabó su obra cuando ya sus fuerzas escaseaban, dados éxtasis previos. No llegó a hacernos conocedores de lugares, credo o condición. Pero sí de su maestría en la caza y en la muerte. Eran ricos, dijo, poderosos y quiero creer que se nutren de sangre. ¿Cómo entenderías tú, si no es así, sus últimas palabras: «beberán tu sangre»? Es raro, extraño. ¿Hay hombres así? He visto a muchos derramarla, a raudales. ¿Has visto tú que alguno la bebiera? Al parecer esa buena

hermandad (entiendo que son varios) si lo hace. Y si es española, mejor. ¿Yán entonó, bajo y dulcemente, que pagaban bien por ella. Aunque exigían pruebas. ¿Entiendes algo, Cobos? ¿Puede ser, amado amigo, que mi vejez o mi nuevo amor me priven de razón y me hagan ver visiones preñadas de falsedad? Ayúdame, capitán, a no perder la senda de la razón: busca el lugar donde more esa curiosa y por el momento invisible hermandad. Y cuando retournes, házmelo saber. Si es en persona, mejor.

¿Por qué, alma noble, te aburras en Madrid cuando podrías navegar hacia el oriente en busca de la persona del amigo que tanto te estima? Sal de ese agujero, soldado. Armate de valor... y haz algo. Nunca antes había deseado tanto poder darte un abrazo.

Cuidate, Cobos. Y abre los ojos cada mañana para decirte: «hoy el dolor será menor».

Desde Palermo. En el día de Nuestro Señor
XV de Agosto de 1585

D. Diego Ortiz de Urdar, capitán del cuerpo

de caballería ligera.

DOS DESPERTARES

Océano Atlántico. A la altura de las islas Sorlingas

Intentó abrir los ojos, pero no pudo lograrlo con el derecho: el párpado parecía pegado a la piel inferior y cuando hacía esfuerzos por desplegarlo sentía un intenso dolor. Notaba, eso sí, el temblor en él. Un hecho que instintivamente quiso remediar intentando detenerlo con su mano. No pudo levantarla un palmo, sin embargo, sin emitir involuntariamente un largo gemido.

No sabía dónde se hallaba en ese momento. ¿El mar? Oía el batir del agua contra algo, podía sentir el vaivén, pero no estaba completamente seguro. Se sentía aturdido, aislado de otra realidad que había dejado de tener presencia reconocible. ¿Qué hacía allí? ¿Quién le había tumbado en aquel catre? No había persona alguna a su alrededor en aquella oscura estancia que pudiera dar respuesta a sus preguntas.

Sentía el enorme peso de su cuerpo, incluso estando acostado. Una masa de carne ajena a él; una pesada carga instalada en su mente de la que esta a regañadientes tuviera

que hacerse cargo. Le dolía en ciertas zonas localizadas, como la espalda. Era allí donde, sobre todo, el escozor quemaba. Otras regiones sencillamente no existían. No tenía conciencia de ellas, ni siquiera cuando con esfuerzo intentaba en su mente hacer un recorrido detallado sobre su propio paisaje.

Podía cerrar los ojos, pero no acudía un recuerdo continuado. Solo luces. Gritos. Y no había hilazón entre esos retazos, salvo por la cara de un niño pelirrojo. Aparecía en todas aquellas súbitas y cortas explosiones de luz. Lloraba. Y en una gritaba. Aterrorizado. ¿Qué veía? ¿Qué miraba?

Gimió de nuevo sin poder evitarlo. ¿O no era él? ¿Era acaso el barco el que lo hacía? Ahora sabía que estaba a bordo de uno. Podía entrever la tablazón. Y podía oírla, aunque con dificultad. También gritaba, siguiendo el compás marcado por el agua. Un barco... Aparecía igualmente en su fragmentada visión. Y hombres corriendo, pero ninguno cuya cara pudiera reconocer. Gritaban. Y uno de ellos le hablaba. Le hacía entrega de un niño. «¡Cuídale, español! ¡Adiós, Liam, no olvides esta tierra!» Y luego, nada. Oscuridad y silencio. «Liam.» Tenía la misma cara que el niño de sus inconexas visiones. Era él quien estaba aterrorizado, quien gritaba ante algo ignorado. ¿Qué veía? ¿Y por qué le habían puesto bajo su protección?

Había sido conducido hasta el barco con él. ¿Adónde, pues, iban?

Sintió de repente el pinchazo de una fina aguja en el interior de la cabeza. Penetraba hasta la entraña más oculta y allí permanecía hasta casi hacerle gritar. «¿Por qué?» Volvió de nuevo a abrir un único ojo. No había nadie a quien desde ese ángulo pudiera ver. Pero reconocía algo familiar en el entorno. Había estado allí antes, aunque no podía recordar cuándo ni por qué. Olía mal. El aire se notaba viciado, ausente la brisa que podía intuir en el exterior.

Levantó con esfuerzo la mano contraria a la que había minutos antes intentado llevar hasta el párpado. Dolía menos. Y con ella podía palpar. Cara, brazo... torso. Cada palmo de avance constituía un siniestro descubrimiento, en especial su cara: hinchada y dolorida como jamás lo había estado. Se tocó la sien con cuidado, intentando aplicar un ligero masaje. Le aliviaba el dolor causado por la punzada interna. Y de nuevo provocaba visiones: cadáveres en el suelo, uno de ellos sin cabeza. Era el de un hombre corpulento con la casaca del inglés y yacía en medio de un enorme charco de sangre. Alguien le daba una patada al pasar. No había en ese momento mucha luz. Luego, silencio después de un enorme ruido. Humo... fuego del que le alejaban en volandas dos hombres: hablaban una lengua extraña que no entendía y sus ropas estaban impregnadas de sangre. Gritaban, reían. Alocadamente. Y portaban armas: espada de hoja ancha uno y un hacha el otro. Tenían una enorme fuerza. Cada uno le sujetaba con tan solo un brazo y aun así se sentía volar sobre el suelo. Liam corría a su lado. Podía ver su pelo rojo cuando se adelantaba al grupo. Estaba muy asustado y en su embarrada cara se veía la clara huella del llanto. «¿Qué has visto, Liam?» «¿Por qué gritas aterrorizado en mi visión?»

Cerró de nuevo los ojos. Se sentía muy cansado. Y entonces acudieron a él. Palabras oídas en el sueño del ayer, promesas de alivio y sosiego: *Habrá un antes y un después del dolor...* «Y vivirás.» Lo hacía. Cuando despertara de nuevo, lo haría a una vida diferente. Una en la que podría sostener ante Idiáquez que había dicho frente al verdugo, justo en el último segundo antes de desmayarse por última vez a causa del dolor, la palabra que habían convenido. Ni más... ni menos: «Throckmorton».

Seething Lane

Francis Walsingham empezó a leer el despacho por tercera vez un segundo después de su despertar tras un corto e inestable sueño. Había llegado la víspera con el último correo urgente de Irlanda y entonces lo había leído dos veces. Sucio, horriblemente caligrafiado... pero deliciosamente prometedor. Aunque a un precio muy alto: el ataque de los irlandeses a Reginald's Tower, en Waterford, se había saldado con catorce muertes, incluida la del capitán MacCreedy a quien aquellos salvajes habían degollado; el incendio posterior de la torre, que había quedado inservible; y la fuga del espía español que habían capturado días antes. Volvía a repetirse la historia, solo que esta vez había un hecho diferente: la tortura había obrado el milagro. Y este nacía del error. El que suponía que un agente en territorio enemigo conociera una palabra, una sola palabra. En este caso, un nombre; mágico, salido de unos labios vencidos por el potro y el látigo: «Toxmorton». El español lo había dicho así, al menos tal y como venía reflejado en el informe, pero esa pequeña diferencia con respecto al auténtico apellido no alteraba la esencia del hecho: ese nombre estaba detrás del desembarco que España y Francia preparaban en conjunción con el asesinato de la reina. España lo haría en Irlanda. Francia en Inglaterra. Este y oeste, dominados al unísono. Por eso aquella serpiente se había arrastrado hasta allí. Silenciosa, letal. Lo había confesado en el último momento, parecía ser, cuando MacCreedy había amenazado con cortar el pescuezo a un crío irlandés después de haber dado de latigazos a otro. Todo después había ocurrido muy rápido: hombres corriendo y luchando. Muerte por doquier. Pero estaba dicho... y anotado por un fiel escribano. ¿Cómo decía llamarse? Pasó deprisa las hojas hasta llegar a la última. «Te recompensaré, Walter Greyhound. No mereces menos.»

La historia era asombrosa, fruto de hechos triviales a los que nadie o casi nadie habría prestado atención: un viejo borracho, con raros y asombrosos tatuajes en su mano, en posesión de una moneda de oro; una disputa en la taberna y finalmente una detención. Ahí se encontraba lo esencial, el inocente comentario de un salvaje alcoholizado sobre dos hombres a los que había visto discutir. ¿No era realmente asombroso? ¿No era, después de todo, algo que demostraba la quintaesencia de su trabajo? Era la ley, su primera ley: lo improbable está más cerca de lo real que lo verosímil. MacCreedy, aunque desconociera ese mandamiento, había obrado como si en realidad hubiera sido un aventajado discípulo del método. Merecería una moneda de oro por cada cabello... si viviera.

No diría nada a nadie de todo aquello. Salvo a Phelippes. Sería él quien tendría que dirigir a los hombres contra el animal acorralado en Paul's Wharf. Todo encajaba, todo coincidía: lo dicho por Henry Fagot, lo confesado con dolor por el español, lo que otros habían gritado en el potro tras la captura del jesuita Campion y el examen de las familias entre las que se había refugiado. El cerco se estrechaba hasta su final. «Estás muerto, Throckmorton. Y mi reina vive.» Cogería aquella presa, pero nadie sabría en qué estaba basada la deducción final para su apresamiento. Ahí radicaba su fortaleza: en el terror que infundía el desconocimiento. El saber solo significaba poder cuando era único, cuando nadie más era poseedor del secreto. Explicar los detalles que tenía frente a sí en aquel despacho equivaldría a regalar a gente como Burghley una cuota de fuerza que tarde o temprano sería descargada contra él mismo. Aun así, había decisiones urgentes en el horizonte que habrían de ser adoptadas en el consejo real. La costa irlandesa del sur debía ser reforzada de inmediato. Los españoles podrían, pese al tremendo golpe que suponía la captura de aquel hombre, seguir adelante con los planes de

desembarco. Y luego estaba... Stanley. Jugaba un papel en aquello. En su visión de los hechos, según había confesado el espía detenido al ser torturado, los españoles consideraban que era el enlace inglés que en el pasado había recibido la información del llamado Angus O'Daly, la mano que habría traicionado a Desmond. A ese irlandés, según entendían los españoles, se debía el fracaso en la pasada guerra, incluido el terrible golpe de Smerwick. Querían su muerte. Y la habían buscado enviando para eso a... ¿cómo había dicho llamarse?... Alonso Cobos. Lo entendía. Él habría hecho lo mismo en su lugar: un desembarco exigía la limpieza de la costa y O'Daly era para los españoles un estorbo letal, capaz en sí mismo de volver a desbaratar una nueva operación militar si de nuevo revelaba información al enemigo.

No había, sin embargo, ninguna verdad en ello. Eso era lo realmente pasmoso. Las deducciones españolas eran erróneas, al menos hasta donde él sabía. Y sabía mucho. ¿Pero por qué sacarles de su error teniendo bajo arresto a alguien como Stanley cuando todo había acabado? Mantener ese modo de obrar iba en contra del beneficio inglés. ¿Por qué mantendría un gobierno en prisión a quien, tal y como sospechaban los españoles, había jugado un papel decisivo en la victoria inglesa sonsacando información al enemigo? No tenía sentido. ¿Un rebelde que se había negado a ejecutar a sangre fría a prisioneros? «¡Vamos, Grey de Wilton! Siempre fuiste un inocente corderito deforme. ¿Sabes por qué? Porque naciste con la boca y el instinto del lobo.»

Abogaría por la inmediata liberación de Stanley. Ese sería el hueso que daría a Burghley. Solo ese. No sería bueno acostumbrarle a más. El viejo consejero real parecía tener enorme aprecio a ese capitán católico. ¿Por qué no complacerle y cobrar luego el favor? «¿Por qué no?» De paso induciría al enemigo a perpetuarse en el error. ¿No era esa la segunda ley? «No distraigas, Phelippes, a tu enemigo cuando está decidido a no salir de la oscuridad.»

La hora del alba era fría en noviembre, pero eso no obraba en contra de la alegría. Hoy no. Hoy tocaba reír. Por un día, Seething Lane vería a un anciano hacerlo a carcajadas.

UNA CONCIENCIA INTRANQUILA

Idiáquez había regresado de Santander hacía dos días y desde entonces se había sentido mal, hasta el punto de que no había acudido a la última reunión de la junta de gobierno. Los médicos no se habían puesto de acuerdo en el diagnóstico, aunque sí en el remedio: una ligera sangría, seguida al día siguiente de la aplicación de paños templados, humedecidos en agua hervida con hierbaluisa. La ignorancia, pensó, mataba así: cubierta por la capa de la falsa ciencia. ¿Qué sabía la osada e inculta cofradía de los galenos? ¿Acaso habían visto ellos a aquel niño? ¿Habían visto a Cobos en su retorno? Él sí, y aquello viviría estancado en su interior para hacerle recordar que Dios obraba por contrarios: la belleza debía su existencia a la fealdad; la paz a la guerra... y Dios a Satán. Aquellos ojos, los ojos del capitán, habían visto, quizá solo durante unos segundos, a la Bestia. Y eso había bastado: algo había muerto en ellos; ya no volverían a ser los mismos. Sabía de éxtasis místicos. De Teresa de Cepeda y de Juan de Yepes. Habían visto la luz, perpetuado la obra divina, luchado contra la envidia con la fuerza insuflada por los ángeles. Habían labrado su propia santidad, tocado al enfermo, aliviado el dolor. Hijos de Dios obrando el bien. Pero

solo existían, ahora estaba seguro, porque frente a ellos se erigían las fuerzas del mal, encarnadas en seres marcados por la antigua serpiente, capaces en segundos de destruir cualquier atisbo de esperanza o de fe. Cobos y Liam habían sido tocados por esa oscura fealdad y por ello habrían de moverse hasta su muerte en una sombra que no podrían abandonar.

Y él era el responsable. Había dado para poder recibir. Les había entregado a Francis Throckmorton. Se lo había dado en bandeja a los ingleses, y con él la quimérica visión de Mendoza, el alocado sueño de un embajador que había creído a pies juntillas en la viabilidad de dos invasiones y un asesinato real. Cobos había destrozado aquel irrealizable plan con una sola palabra pronunciada en un mar de dolor. La harían suya de inmediato, la atesorarían como si de una preciosa y única gema se tratara y luego...: «Throckmorton».

Idiáquez había actuado en solitario. Y eso significaba que pendía sobre su cabeza la acusación de traición. ¿Era así como se había sentido Antonio Pérez en el ayer? ¿Se había movido en su misma región? Era una zona de indefinición, comprendida entre borrosos límites: el silencio del rey y la impotencia impuesta por las circunstancias. Esperar equivalía a errar. Actuar, por el contrario, podía cambiar el curso de los acontecimientos, pero solo podía conseguirse asumiendo personalmente ciertas decisiones que no todos juzgarían por igual. Por eso debían ser secretas. Por eso, precisamente, debían aparecer como accidentes del destino: inexplicables, dolorosos... imprevisibles. La captura de Cobos encajaba en esa categoría. El rey sabía de su viaje y de la aparente necesidad que lo había exigido: información. Puertos, armas, fuerzas disponibles en los clanes del sur después de la derrota. Sobraban motivos para una misión de esa índole, pero solo si un desembarco como el que los Guisa habían cocinado en la trastienda fuera viable o deseable. Y en este caso no era ni lo uno ni lo otro. También el rey lo sabía...

aunque no lo hubiera dicho en voz alta en la reunión del consejo. No podían abrir un frente más. Lo habían hecho en el pasado y se habían equivocado. Y aun así... tres contra seis en el consejo. A favor de la acción; a favor de la locura de los franceses. Por eso había sido necesaria la captura de Cobos. El nombre salido de su boca al ser torturado bastaría para dar al traste con los locos sueños de los Guisa y del embajador español en Londres. Walsingham no necesitaría más, lo que en sí mismo explicaba tanto la debilidad de lo planeado por Throckmorton en su delirio como la inexorabilidad de su caída. El joven inglés moriría como lo que era: el loco enamorado de una reina encarcelada, inmadura e irresponsable como pocas. Nadie podría evitar ese fin.

Debe y haber. Precio y ganancia. Algunos, como Cobos o Liam, habían pagado uno muy alto. Otros, como Throckmorton y sus cómplices en Inglaterra, habrían de pagar uno incluso mayor. Quizás hasta Mendoza se viera salpicado. ¿Podía él acaso asegurar hasta dónde llegarían las ondas levantadas por la piedra arrojada en la turbia superficie del presente? Los ingleses podrían aprovechar la ocasión para librarse de tan incómodo embajador. ¿Lo harían? ¿Había dejado Mendoza pistas que le incriminaran y que, por tanto, excusaran tal violación de la diplomacia por parte de los ingleses?

Las respuestas estaban en el tiempo. Algunas no tardarían en hacerse evidentes. Otras... «Stanley recuperará su medio chelín.» Quería repetírselo en esta hora amarga. Ahí residía el haber: lo ganado tras el sacrificio. Era solo un sueño. Por el momento inconcreto. ¿Humo comprado a precio de falsa esperanza? Lo sería para muchos... «pero nadie sabrá nada; ni siquiera cuando... ocurra... lo que... tenga que ocurrir». Sería en un mañana inconcreto, pero ese día empezaba en un presente donde necesitaba fe para actuar. La que emanaba de miradas, como la de Liam, que habían

llorado ante el horror.

APÉNDICE

MEMORIAS DEL CABALLERO STANLEY
(ARCHIVO GENERAL DE SIMANCAS, ESTADO,
LEGAJO 828)[I] TRADUCCIÓN: J. E.
HAINSWORTH, PH D.

Jornada I

Dios en su misericordia me ha permitido salir con vida y dos piernas de la última tormenta de acero y fuego en la que tanto se dirimió en estos flamencos campos, desolados hoy por la mano del soldado que todos somos: un hombre incapaz de entender la enorme cuota de odio y degradación en la que a diario se ve inmerso y, sin embargo, fiel hasta la muerte a su compromiso en el combate.

Quien tenga a bien leer entenderá, en consecuencia, que las líneas que sigan se inspiren en parte en la necesidad personal de dar gracias a Nuestro Señor por hechos acaecidos que, sin duda, la posteridad agradecerá conocer en detalle. Y digo «en parte» porque hay, igualmente, una segunda razón para coger la pluma: la satisfacción del deseo que me ha sido expresado por el Ilustrísimo Señor Don Juan de Idiáquez, a través de Don Juan Baptista de Tassis, para que dé cuenta de los hechos relacionados en última instancia con la captura de la noble ciudad de Deventer.

Colmar ese deseo ajeno, siendo esta una tarea que asumo con agrado, no es, sin embargo, algo que se pueda o deba reducir a cuatro líneas. Antes bien, exige regresar a un tiempo lejano, en una tierra distante, salvaje en su hermosura y crueldad, de cuyo trágico destino fui, junto a

otros muchos, responsable.

Doy gracias, y digo bien. Pero quizá fuera más justo empezar por pedir perdón: no hubo ninguna nobleza en matar niños o ahorcar inocentes. Yo lo hice en nombre de una reina que jamás posó sus pies en aquella tierra que los romanos dieron en llamar Hibernia. Pido, imploro ese perdón del prójimo al hablar de aquel ayer porque yo mismo no puedo otorgármelo, lo cual me convierte en un ser para quien toda alegría resulta extraña y a quien, por ende, la muerte corteja de cerca.

Pisé aquel suelo por primera vez en el año de Nuestro Señor de 1570 a la edad de veintidós años, si mi año de nacimiento fue el de 1548, un hecho del que ninguno de mis parientes mayores me han dado entera seguridad o certeza. No era, sin embargo, pese a esa corta existencia, un bisoño al que le temblaran las piernas en la antesala del combate. Flandes me había dado para entonces lo que necesitaba para sobreponerme al miedo en el campo de batalla, dado que allí había luchado durante tres años bajo el mando del Gran Duque. No tengo otro nombre que quiera usar para Alba: siempre ha sido, tanto en lo bueno como en lo malo, un hombre de excesos.[\[2\]](#) Cruel hasta el vómito en ocasiones, valiente hasta la temeridad... pero siempre con un motivo de peso a las espaldas. Quien le compare, pues, en su frío y cruel proceder con el simple asesino que encuentra deleite en la muerte que da, cometerá una injusticia ante Dios y ante los hombres. No es, sencillamente, esa clase de ser... aunque sí ha sabido siempre qué es una guerra y cómo debe enfrentarse a ella. Nadie que haya conocido ese paisaje dejará de entenderme, de la misma manera que quien lo ignore no podrá encontrar sentido a mis palabras. La cacareada hermandad de las armas es eso precisamente: el terreno conjunto que comparten quienes han visto y sufrido la horrenda y amarga agonía de la lucha.

Irlanda no era entonces muy diferente a lo que es hoy, salvo por el hecho de que en el presente sus almas hayan decrecido a resultas de la atroz guerra en Munster y de la hambruna surgida del descalabro de un diario vivir que muchos han dado y dan en llamar «salvaje». No debiera ser esta, sin embargo, la palabra a emplear. De hecho, quien lo hace suele imponer su criterio asentándolo sobre la base de la soberbia. Es ella quien no solo le hace sentirse superior, sino también quien le ciega. ¿Qué hombre en justicia podría llamar a otro «salvaje» cuando acaba de ahorcar a un niño en presencia de su madre, amenazándola con matar al resto de llorosos y famélicos mocosos si se niega a dar información sobre el escondrijo en que su marido y otros se ocultan? Nosotros fuimos en ese tiempo ese verdugo, haciendo de la fuerza nuestra razón. Y al serlo convertimos a corderos en lobos. Les enseñamos la crueldad que nosotros impusimos en primera instancia. Y ante su muda pregunta sobre el porqué de nuestro odioso y agresivo proceder nos encontramos sin respuesta. Digo verdad: intentamos llenar ese vacío de silencio con mil y una peregrinas excusas. Oí hablar de civilización, de progreso, incluso del derecho del que «sabe» a imponer su ley al «ignorante». Incluso llegué a oír de un majadero disfrazado de académico y afeminado poeta que el hombre sabio, llamado a dominar las estrellas, tenía la sagrada obligación de destruir aquel paraíso para poder así erigir uno nuevo, en todo ajustado a las reglas de un emergente mundo en el que no debía haber lugar para la excepción. Todo era mentira. Una cuyo velo no dejaba ver el horror o nos hacía juzgarlo equivocadamente. Habría bastado con darse cuenta de lo evidente: que seres como el que acabo de mentar eran incapaces por sí mismos de sobrevivir más allá de diez minutos en aquella tierra cuya esencia y leyes desconocían; un hecho que en sí mismo invalidaba su derecho a la posesión de la misma. Pero... no lo hicimos. Nos escudamos en la falsedad y seguimos adelante. En mi caso

nueve años, al cabo de los cuales fui nombrado capitán y caballero por sir William Drury, el oficial de la corona en Irlanda, en Waterford. Para entonces había aprendido algunas cosas que nunca, para mi desgracia, lograré olvidar.

La primera lección la sufrí en persona cerca de Dublín, en una fría y húmeda tarde de noviembre: mi compañía se retiraba hacia la ciudad después de haber batido una amplia zona en busca de un numeroso grupo de rebeldes, responsable de la muerte de unos colonos protestantes asentados en tierras confiscadas. Bajo mi mando como primer alférez, unos cien hombres, de los cuales veinte contaban con montura, se movían con alegre ligereza, venciendo el cansancio con el señuelo del regreso a la ciudad y, con ello, a unas buenas pintas de cerveza. Volvían todos los que habían partido cuatro días antes. Y eso aumentaba, aún más si cabe, la alegría del grupo. No habíamos tenido que luchar en aquel lapso de tiempo; no había habido bajas por combate; todo había salido bien, salvo por el hecho de que no habíamos ni siquiera olfateado el rastro de los asesinos que buscábamos.

De repente, sin embargo, el silencio hizo detener el paso a algunos de los soldados más veteranos, entre los que, por aquel entonces, no podía contarme. Caminaban en vanguardia, al frente de la columna que abría la marcha, y todos reaccionaron de la misma manera... en el mismo segundo: agachándose para restar visibilidad a un posible enemigo y mandando callar de inmediato a los hombres a su alrededor. La quietud se extendió, así, a lo largo de la compañía hasta llegar a la retaguardia, donde me encontraba. En mi arrogante ignorancia, sin embargo, y tras escudriñar a izquierda y derecha aquel paisaje de suaves y verdes colinas, salpicado aquí y allá de un sotobosque que a menudo ofrecía refugio a la clase de pequeños animales con los que con frecuencia nos alimentábamos, no pude apreciar peligro alguno. O, si se prefiere, no supe leer el mensaje que

aquella falsa paz transmitía y que tanto pavor infundía en los pocos en aquel grupo que ya la habían sufrido con anterioridad. Nada se movía, ni siquiera las hojas; no había un solo pájaro que pudiéramos ver, no ya volando sino ni siquiera posado en las ramas de los árboles más cercanos; ningún ruido que rompiera el aire del atardecer.

Sentí entonces, por primera vez, lo mucho que la responsabilidad pesa cuando ha de ejercerse en circunstancias, como suele ocurrirle al soldado, que no entendemos y que, por lo tanto, escapan al menor grado de control. Necesitábamos hacer algo, movernos, seguir hacia delante en aquella marcha, pero no había voluntad alguna en la columna para hacerlo. Los soldados son así: capaces en su creencia en malos augurios de permanecer a la espera durante horas si no media una orden o un peligro inminente y visible de muerte que los haga forzar el paso. Lo segundo no existía en aquellos lejanos minutos, y eso imponía una sola salida: que yo mismo, como oficial de más alta graduación aquel día, diera la orden de avanzar.

Me adelanté hasta la vanguardia para obtener una mejor visión del frente y preguntar a los primeros hombres qué les había forzado a detenerse. «Están ahí», oí decir a uno de ellos, un galés, mientras señalaba con su índice hacia la pequeña loma, coronada por una pequeña arboleda de alisos, que se alzaba a nuestro frente.

—¿Cómo lo sabe?

No hubo respuesta alguna por su parte. Y eso fue, ahora lo puedo apreciar con frialdad, lo que me enfureció. Grité a aquel hombre, lo insulté, incluso llegué a ponerle la punta de la espada en la cara, obligándole así a ponerse en pie e iniciar la marcha para que los demás le siguieran. Alivié de esa manera tan injusta el nerviosismo que me dominaba, y que no quise entonces admitir, generado por las decenas de miradas posadas sobre mi persona a la espera de mis

órdenes. Tenía, ahora lo sé, miedo de mis propios hombres, de lo que pudieran pensar de mí si no actuaba, si no me sobreponía a aquella extraña circunstancia que nos atenazaba.

Tomé entonces por cobardía en la vanguardia lo que, en realidad, era solo sensatez. Y les obligué a subir la loma formando un primer grupo de unos cincuenta hombres, un hecho que dejaba a un número parejo atrás a la espera de acontecimientos.

Fue el último en la cadena de mis propios errores, anteriores todos ellos a la desgracia que supuso perder aquellas almas en un cruel «juego de pelota». Y pido perdón, llegado a este término, por el uso de una expresión que puede a primera vista inducir a pensar que pecho de odiosa insensibilidad al narrar los hechos. Nada más lejos de la realidad o de mi primer propósito, que no es otro que describir lo más ajustadamente posible lo que sucedió.

Los primeros en caer fueron los infantes del flanco izquierdo, blancos todos ellos de una letal mezcla de flechas y bolas de arcabuz que les sorprendió tan pronto pusieron pie en lo que desde abajo falsamente parecía la cumbre de aquel lugar. Murieron todos ellos, lo podría jurar sin equivocarme, víctimas de su propia sorpresa ante un ataque, pese a la prevención con la que se movían, que no habían visto venir. Un hecho este que hizo balancearse instintivamente al resto de hombres hacia la derecha, a la búsqueda del refugio desde el cual pudieran encarar con una mínima seguridad al enemigo. De ahí que aquel grupo adopte en mi relato la forma de una pelota que hubiera sido golpeada desde un lado obligándola así a moverse en dirección opuesta. Justo lo que los irlandeses habían planeado y deseaban, porque no bien hubieron los hombres retrocedido hacia un flanco cuando fueron segados por una segunda descarga procedente de la arboleda que solo en

parte podíamos divisar desde nuestra posición. Fue aún más mortal que la primera, incluso se podría decir que más horrible si cabe, por cuanto todo sucedió con una brevedad tal que no nos permitió reponernos de la sorpresa causada por el primer ataque para iniciar la ascensión y brindar así ayuda.

No podría decir con exactitud lo que aquello duró, aunque ciertamente el cómputo ha de hacerse en minutos, y no en muchos. Pero bastaron para que en nuestra subida hacia la cima viéramos a uno de aquellos irlandeses mostrarnos triunfante desde lo alto la cabeza de uno de los soldados a los que había degollado tras la última arremetida con espadas y hachas contra los que habían sobrevivido a las dos descargas.

Aquello nos inmovilizó sobre el terreno. Nos hizo sentir no solo nuestra propia debilidad sino el vergonzante y secreto júbilo interior sentido al no haber formado parte de aquel grupo. La rabia fue posterior. Nacida de hechos similares a aquel, y transformada en ira e impotencia, habría de explicar muchas de las atrocidades a cuya comisión aquellos hombres, y otros que vinieron a suplir las bajas, se dejaron arrastrar en los meses y años que siguieron. Se alimentaron de odio; dejaron que el rencor y la memoria destrozasen su humanidad; permitieron que el irrazonable animal se instalara en su alma. Y así se entregaron voluntariamente a la esclavitud impuesta por Amón, que no es otro que el diablo que preside el pecado capital de la ira, en la perpetración de crímenes y abusos que Dios no perdonará si no media una terrible y larga expiación en el Purgatorio.

El lugar de aquellos hechos no tiene nombre en mi memoria. Nada de humana fábrica existía alrededor que hubiera podido otorgarle un nombre, salvo una extraña construcción a unas cinco millas, en el valle del río Boyne,

que los irlandeses conocen en su lengua como *Uaimh na Gréine*, o «Cueva del Sol»;[3] una especie de montaña hecha por la mano del hombre, asentada sobre una muralla circular que posee en su frente una entrada a la cámara, según me dijeron, que el túmulo guarda en su centro y que es iluminada (de ahí el nombre) por el sol en coincidencia con el solsticio de invierno.

Dicen quienes han penetrado en él y pasado una noche entera en su interior que nadie que sobreviva a esa experiencia puede volver a contemplar la vida como lo hacía con anterioridad a ese hecho. No lo puedo asegurar, aunque tampoco negar dado que aquella tierra guarda muchos secretos que nadie, salvo sus bardos, puede llegar a entender. Pero sí diré que ese lugar explica a la perfección con su fría piedra lo que a mí me sucedió tras aquel sangriento día: me hizo diferente. De la sangre, del sufrimiento y de la vergüenza surgió un nuevo soldado, un nuevo hombre, que nunca más volvió a ver las cosas de la misma manera, aunque sí de un modo muy diferente al resto de la inmensa mayoría de soldados bajo su mando.

Había visto por primera vez a los *gallowlasses* en acción y no pude por menos entonces, de la misma manera que lo hago en el presente, que admirar como soldado su coraje, su inteligencia, su inquebrantable voluntad de vencer... o... morir en el empeño. Me enseñaron con su cruel acción que luchábamos contra un enemigo que, en su desesperación, nos obligaría a pelear de una manera que entonces estaba por nacer. Podríamos vencerle en campo abierto, cuando nos diera la oportunidad de utilizar nuestras cerradas formaciones. Pero eso no ocurriría muy a menudo. Lo evitarían siempre que pudieran. Se aliarían con la noche y el bosque. La sorpresa sería su arma más letal; una que, como había ocurrido y había podido contemplar con mis propios ojos, nos obligaría a cometer errores fatídicos si no conseguíamos vencer esa primera y súbita oleada de miedo.

Ese fue entonces mi juicio y puedo jurar que no me equivoqué un ápice, como muchas otras ocasiones demostraron. De todas ellas la que aconteció en el valle de Glenmalure fue la peor, pero ese doloroso recuerdo queda para una nueva jornada en la que, si Dios me lo permite, pueda haberme recobrado del cansancio que ahora me invade.

Jornada II

Glenmalure. Quienes saben algo de ello defienden con vehemencia que se pueden establecer pactos con el diablo a cambio de la entrega de la propia alma. Yo lo habría hecho entonces, si hubiera sabido qué medio emplear para tal fin. Habría con ello conseguido volar hacia zonas más altas en las que hubiera encontrado lo que el mortal valle parecía no ofrecerme en aquella hora aciaga: un resquicio por donde poder huir del hacha de doble filo.

El terror es contagioso. Lo aprendí ese día, aunque para entonces mi vida como soldado se hubiera elevado a una buena cuantía de años. Llega de súbito en el segundo que uno descubre que, haga lo que haga, entregará su vida sin remedio. Hace latir al corazón desbocadamente y nos obliga a sentir la angustia de no poder ni siquiera gritar, paralizados como están nuestros miembros y voluntad ante la consternación que casi siempre causa la cercanía del fin. Esa que tantas veces he visto en los hombres cuya muerte me ha sido dado contemplar y que se vislumbra en una mirada que parece implorar que alguien a su lado explique qué sucede y adonde habrá de llevarle el cercano y último suspiro.

Glenmalure me enseñó eso, pero hizo, igualmente, que abriera los ojos al peligro que entrañan los hombres que buscan imponer su autoridad desde su indecisión e

inseguridad: tardan siglos en optar por seguir el camino que conviene cuando otros lo marcan, pero en su osadía no dudan un segundo en decidirse por sendas cuya conveniencia solo ellos son capaces de ver. Obligan así a quien les sigue a pagar las consecuencias tras adentrarse por derroteros donde por fuerza el tributo se cobrará en sangre y dolor.

Un hombre así era lord Grey, decimocuarto barón de Wilton, a quien el diablo puso en mi camino en el doloroso año de 1580 al mando de las nuevas levadas que en última instancia habrían de batirse contra las huestes de Desmond y el débil socorro al rebelde enviado desde España: Glenmalure fue su bautismo de sangre, y ochocientos los hombres que pagaron con su vida esa ceremonia.

Mi vida en aquel año ya había tomado un sesgo decisivo... aunque yo no lo supiera cuando la tragedia de la que hablo ocurrió. Pero debo antes narrar ciertos hechos que pongan en antecedentes a mi paciente lector y eso pasa por presentar a ciertos compañeros de viaje.

Luché en aquel valle de la muerte con una desesperación que nunca antes había sentido, lo que hizo que no menos de cinco irlandeses cayeran ante mi espada. Pero no fue esa dudosa pericia lo que en última instancia me salvó la vida sino la ayuda de dos hombres, entonces casi desconocidos para mí. Habían llegado con Grey de Wilton y sus nombres eran Walter Raleigh y Maliverny Catlyn.

El primero había nacido en Devon y no era entonces alguien, como ocurre en el presente, que se pudiera pavonear en Londres ostentando ropas y joyas cuyo valor casi ningún otro caballero podría igualar.^[4] Ignoro por qué llegó allí en aquel entonces, aunque no es difícil imaginar que lo hiciera siguiendo los pasos de su medio hermano (ambos habían nacido del mismo vientre materno), Humphrey Gilbert, un nombre que todo irlandés asociaba entonces con la crueldad y que yo mismo no puedo dejar hoy

de emparejar con la rapacidad más vergonzante. Él fue uno de los que incendió la santabárbara en el sur de Irlanda cuando convenció al oficial de la corona entonces para que diera su parabién a la confiscación de tierras en las que pudieran asentarse colonos protestantes. Mi vida se cruzó con la suya solo en dos ocasiones y en ambas sentí que me encontraba ante la clase de hombre que no dudaría en usar crueldad inaudita si con ello conseguía saciar su hambre de tierra, una enfermedad incurable que le llevó a perder su vida en el océano a bordo de la fragata *Squirrel* tras haber explorado tierras americanas más allá de los lugares de asentamiento español. Oí decir que antes de que su nave se hundiera había gritado que el Cielo queda a la misma distancia de la tierra que del mar. Lo comprobaré si Dios me guía hasta esos confines, pero dudo que Gilbert haya tenido ocasión de hacerlo por su cuenta. Para hombres como él, la escala en el Infierno queda más cerca y es, además, ineludible.

Raleigh era en parte como él, pero solo en parte porque a su innegable codicia unía saber, valor y dos ápices de nobleza, lo que sin duda ayudaba a juzgarle, entonces como hoy, con mitigada severidad. En Glenmalure, esas cualidades se hicieron más evidentes que nunca: luchó para preservar su vida, pero también para defender la mía ayudándome en el último tramo de montaña a arrastrar la pierna en la que me habían herido. Cuando otras ratas corrían dejando atrás a los compañeros agonizantes sin prestarles ayuda, Raleigh expuso su vida a una cruel y atroz muerte para tender una mano amiga a quien, como yo, casi había perdido toda esperanza de seguir respirando. ¿Quién, pues, podría creer después de esto que se prestó, tan solo unas pocas semanas más tarde, a decapitar a los soldados españoles que habían pactado su honrosa capitulación en Smerwick, en la costa oeste irlandesa? Lo hizo y eso exige que aporte detalles en una nueva jornada. Pero eso será en un nuevo día, después

de que hoy haya hablado de ese segundo hombre del que con anterioridad hice mención: Maliverny Catlyn.

Un nombre extraño, tan extraño como el ser al que iba asociado, y que nunca más he vuelto a oír. Surgido y desaparecido en el silencio, en el que tan bien parecía moverse. Sabía escuchar y eso hacía que los demás confiaran en él. Al menos yo lo hice, y creo que en parte con buenas razones, hasta que un galés de nombre John Montague, del que hablaré más adelante, me dijo que tuviera cuidado. Cuando eso ocurrió, me sorprendió. Catlyn había sido hasta entonces alguien con quien había hablado con creciente confianza; alguien a quien, si Montague no hubiera mediado, le habría contado la secreta tarea que lord Burghley me hubiera encomendado meses antes y que tantos quebraderos de cabeza me estaba ocasionando con el alférez Stephen Wilkes. Pero no es esa la carta que ahora toca jugar, sino otra: la que obliga a mencionar que fue Catlyn quien me curó las heridas de Glenmalure y quien veló mis sueños durante las noches que siguieron, llenas, según luego habría de saber, de febriles delirios y pesadillas.

Sin él, aquellas horas podrían haber sido fatídicas, lo que me obliga a no olvidar la gratitud que le debo y que nunca pude demostrarle. Desapareció un día tal como había llegado: sin ruido; en compañía, me dijeron, del mismo John Montague, a quien antes mencioné, y de otros llamados a la aventura. Según muchos, el grupo se había embarcado para buscar la soldada en Francia. Algunos, muy pocos en realidad, defendían que aquellos hombres habían encaminado sus pasos al norte. Nunca, pese a mis preguntas, encontré respuestas que me pudieran aclarar la duda, aunque no desespero. La vida encierra sorpresas, y esta puede que sea una de ellas, aunque si aún vive, este hombre, a quien curiosamente le faltaba un buen trozo de carne en una de sus orejas, lo hará en un cómodo anonimato; y eso no pondrá las cosas fáciles para el

reencuentro.

Moira Quinn, mi dulce y sensata ama en los aposentos de Malinas, desde los que escribo estas memorias, lo ha dicho más de una vez en las ocasiones en que me ha sido dado compartir con ella la mesa: nada existe que nos pueda preparar para lo que nos será dado contemplar. No estoy seguro de entenderlo en su plenitud, o de comprender siquiera qué exactamente quiere decir cuando abre sus carnosos labios para pronunciarlo, pero puede en parte ser algo que explique ese incierto futuro en relación a Catlyn. Daría mucho dinero por comprobar si los comentarios de Montague sobre él fueron ciertos. Si nació de su generosidad la entrega con la que me cuidó en los días posteriores a Glenmalure o si, por contra, obró de esa manera para sacar provecho, como Montague defendía con ardor, a lo que en el curso de mi febril sueño pudiera decir.

Jornada III

Hablé hace dos días, bien que con extrema parquedad, de Smerwick y eso me obliga hoy a dar al lector detalles del hecho. Uno que cambió mi vida bruscamente para llenarla durante meses de dolor y angustia, tan solo aliviados por el íntimo convencimiento de haber sido fiel a mi conciencia.

Para cuando eso aconteció yo ya había dado un paso de gigante, aunque entonces no me hubiera dado cuenta todavía: había confesado a oídos amigos mi deseo de abandonar el servicio inglés para prestar mi brazo a los españoles en tierras como Flandes, donde ya había combatido con anterioridad. ¿Quién, se preguntará el lector con pleno derecho, fue ese confidente? Nadie cuyo nombre las bocas de los hombres repitan. Pero sí alguien que justificaría una vida por el hecho de haberle conocido, de

haberle hablado, de haber sentido... su sabiduría ancestral y mágica. Se llamaba Angus O'Daly, y entonces trabajaba para el conde de Desmond, si «trabajo» es la palabra que explique sus desvelos como enlace entre clanes, la dispensa de justicia, o su generosa disposición a ser confidente y asesor de quien se encuentra sumido en la tribulación. Yo le conocí en esta última labor, habiendo sido él a quien la condesa de Desmond hubiera encomendado hacer llegar su correspondencia, íntima y desconocida incluso para su marido, a la reina Elizabeth. Yo estaba al otro extremo, siendo ese el encargo personal que lord Burghley me hubiera hecho en nombre de una reina que no quería que esa correspondencia estuviera sometida al escrutinio de ojos que no fueran exclusivamente los suyos. No había tenido, cuando se me había ordenado, opciones: oír las palabras de lord Burghley equivalía a asumir su cumplimiento si uno deseaba que los seres más queridos, dejados atrás en Inglaterra, no se vieran perseguidos por sus creencias. Y eso me obligaba a recibir esas cartas de la mano de O'Daly para, a su vez, darles curso siguiendo el canal secreto marcado por lord Burghley.

Durante meses había cumplido mi labor sin problemas. Los encuentros se establecían gracias a la intermediación siempre de un niño, de nombre Liam, a quien O'Daly quería como si fuera hijo suyo: un mocoso pelirrojo de unos nueve o diez años, parco en su hablar e inteligente hasta cotas que muchos adultos no alcanzan en el curso de una vida. No levantaba sospechas en la cola de nuestro ejército: libre para ir y venir sin que nadie objetara, nadie podría haber cumplido mejor aquella difícil tarea.

O'Daly habló poco la primera vez que nos vimos. Se limitó entonces a leer mis rasgos, a interpretar mis ademanes, intentando, imagino, disipar dudas, asegurarse de que en el futuro podría confiar en el soldado inglés. Así fue, hasta un extremo en que con el tiempo logramos tender

puentes a lo largo de los cuales pudiéramos tener acceso al alma, si se me permite la expresión, ajena. Fue así, asentada ya la cordialidad, cuando le hablé de mis dudas como soldado, de mi creciente desasosiego ante la falta de honor o justificación por lo que me veía obligado a hacer en Irlanda; un sentimiento este que jamás antes había experimentado. No se trataba del horror de quien abre por primera vez los ojos a la realidad de la guerra tras haber recreado en sueños y visiones la falsa gloria a la que, como los niños en sus primeros años cuando imitan a sus mayores, se cree llamado. Si hecha por parte de quien lee, la conclusión es errónea y, por lo tanto, falsa. Yo no era esa clase de hombre y sí, en cambio, alguien a quien, precisamente por haber combatido ya muchos años, le pesaba tener que hacerlo sin ni siquiera una porción de justificación que pudiera servir de alimento a la conciencia. Eso fue lo que entonces conté a O'Daly, junto con mi íntimo deseo, aunque en ese momento lo sintiera como totalmente irrealizable, de brindar mis servicios de nuevo a España y, por lo tanto, al enemigo.

Recuerdo que O'Daly no dijo nada sobre ello aquella tarde en el bosque, nada al menos que recuerde. Se limitó, como en él solía ser habitual, a escuchar, lo que, a su vez, forjó en mí la falsa conclusión de que aquellas palabras habían sencillamente volado al viento, sin que hubieran tenido trascendencia alguna.

No fue así. El destino me haría ver muy pronto cuán equivocado estaba, aunque no antes de que sucedieran los sangrientos hechos de Smerwick de los que el lector debe saber a continuación:

El nombre del lugar no debe asociarse, si hemos de hablar con rigor, a un pueblo, ni siquiera a un grupo de casas, sino a una pequeña bahía en forma de herradura en la batida y solitaria costa del condado de Kerry. Uno de sus lados se adentra desafiante en el mar formando la península

de Dingle, siendo este un lugar ideal para levantar una fortificación, como los irlandeses habían hecho, que el mar guardará por todos sus lados salvo por uno, el que los defensores tendrán que cubrir. Los españoles, es de suponer, conocían el lugar desde hacía unos años. O'Daly me había confiado en secreto que en el pasado habían acudido espías para levantar planos y estudiar la tierra y no hay razón para desconfiar de sus palabras. El hecho, puedo decirlo como soldado, no habría carecido de acierto: la tierra estaba en aquel ayer poblada por clanes católicos que, era de esperar, brindarían ayuda a los españoles desembarcados; Dublín, por el contrario, donde Inglaterra mantenía el mayor número de tropas, quedaba y queda muy lejos, a muchas millas de distancia que un ejército, como nos ocurrió a nosotros, no cubrirá con facilidad si es, como sucedió en Glenmalure, emboscado.

Inglaterra no ignoraba ese peligro cuando Grey de Wilton desembarcó con sus nuevas tropas en Dublín. Muy al contrario, había tenido ya razones para la preocupación: un primer grupo de mercenarios había desembarcado en el año de 1579 al mando de James Fitzmaurice, un primo del conde de Desmond que ya durante años había luchado en el sur antes de acudir al Papa en busca de apoyo.

No consiguieron mucho, la verdad sea dicha, salvo alertar a la reina Elizabeth sobre la conveniencia de cerrar esa puerta por la que tan peligrosa corriente de aire se estaba metiendo en casa del enfermo. Ese fue, pues, el cometido encomendado a Wilton: tapiar la brecha, taponar la herida y hacerlo quizás, aunque nunca lo supe con certeza, con la secreta y añadida orden de utilizar cualquier medio, por cruel que pudiera ser, a tal efecto.

Acudimos allí tras lamernos las heridas de Glenmalure, con la moral en la tropa baja dados el desasosiego y la incertidumbre generados por el mando de un hombre, como

Wilton, mal asesorado en el oficio, errático, imprevisible y... cruel a la hora de aplicar castigos. Sabíamos que los españoles habían desembarcado siguiendo la estela dejada por el infortunado Fitzmaurice un año antes e imaginábamos que en aquel segundo desembarco harían las cosas mejor, poniéndonos en un aprieto. Ignorábamos, incluso cuando cubríamos las últimas millas, qué fuerzas habríamos de encontrar: Wilton no había querido, pese a las sugerencias hechas por un servidor y otros, enviar batidores por delante que pudieran despejar dudas. Aquello no era parte de su credo, dijo cuando reunió a sus capitanes, para añadir que solo Dios sería nuestro guía a la hora de combatir a los papistas. Alguien, creo que fue mi gran amigo el capitán Wingfield, susurró que Dios, después de todo, quizá no estuviera por la labor, al menos tras el ejemplo de Glenmalure, donde Wingfield había perdido a uno de sus dos sobrinos.

Esta vez, sin embargo, Wilton tenía razón... si hemos de tomar lo que aconteció por el milagro que a todos nos pareció: cuando llegamos a la vista de las defensas de *Dun an oir*, que en gaélico quiere decir «castillo dorado», sobre la península de Dingle, lo que vimos nos dejó sin palabras, perplejos. Muchos, y en eso fui el primero, llegamos incluso a pensar que habíamos caído en una trampa, porque nada sino eso, así nos parecía, podía explicar lo que teníamos delante de los ojos: los españoles habían desembarcado, nadie lo podía negar, pero la escasez de sus números causaba risa; no contaban con artillería que pudieran emplear para hostigar nuestros emplazamientos, ni siquiera con un pequeño apoyo desde el mar, desde los mismos barcos que los habían llevado hasta allí. Esa misma endebles, por ende, había sido ya responsable de lo peor para ellos: la poca fe de los irlandeses de Kerry, de los que se esperaba que habrían de acompañarles en la lucha, había desaparecido, dejando paso a la duda y al... miedo. Aquel no era el ejército del que sus

baladas hablaban en la noche y brindarle ayuda, a sabiendas de que la derrota estaba servida en bandeja de plata, supondría exponer a los suyos, una vez más, a la atroz represalia inglesa.

Tardé días en despejar la duda sobre aquello. No podía comprender, habiendo luchado con los españoles como ya lo había hecho, la razón última que había guiado a aquellos hombres hasta allí, faltos de bastimentos y armas. No eran soldados de los tercios, no podían serlo. Carecían de destreza incluso a la hora de cargar sus pocos y enroñecidos arcabuces. No poseían ni siquiera la previsión, hija de la experiencia, que les habría hecho salir corriendo de lo que, en sus condiciones, no era ya una defensa sino una ratonera. Sencillamente esperaron... y murieron.

Antes de hacerlo, empero, hablaron a resultas de las torturas a las que Wilton les sometió y fue así como la verdad fue parida: con dolor. Su coronel era un italiano, Bastiano de San Giuseppi, que en el pasado había seguido el estandarte de un loco: un tal Stukeley, cuyos delirios de grandeza el papa Gregorio había creído a pies juntillas en un pasado no muy lejano. El santo padre había abierto las cárceles y puesto bajo su mando a la escoria de Roma en su empeño por llegar a Irlanda y liberarla de la garra inglesa. Locura, ambición, fiebre y calor: todo eso explicaba el cruel curso al que aquellos hombres habían sido sometidos antes de llegar allí: habían navegado con precariedad por el Mediterráneo, unídose a las huestes del rey Sebastián en su cruzada africana, luchado en la laguna de sangre de Alcazarquivir,[\[5\]](#) para acabar siendo arrastrados, junto a algunos voluntarios españoles reunidos por un franciscano, hasta el infernal agujero en la costa oeste donde habrían de perecer.

Habrían inspirado lástima a cualquier corazón noble, pero puesto que el de Wilton carecía de ese ínfimo grado de

nobleza, como ocurría con los de otros que le acompañaban, no obtuvieron clemencia. Antes bien, sucumbieron al cuchillo y a la espada de manera ignominiosa, muchos entre alaridos de dolor tras haberles sido quebrados brazos y piernas por negarse a escupir su estandarte, bendecido por su Santidad y decorado con una imagen de la Virgen.

No hay nada hasta aquí, sin embargo, y puede que esto cause extrañeza en quien lea, que sea criticable. Y no lo es puesto que todo hecho ha de ser enjuiciado en sus circunstancias, como suele decir mi servicial Moira. En Smerwick no eran otras que las que acompañan a la guerra, en todo momento y lugar. A nadie que la haya sufrido en propia carne le habrá sido dado evitar la crueldad o los efectos de los más bajos instintos. Todo hombre se transforma sometido a esa prueba. Nadie escapa. Pero no todos caminan siguiendo el mismo rumbo: los hay que acumulan humanidad y grandeza. No son muchos, pero pueden verse en cualquier ejército. Otros, en cambio, como había ocurrido con muchos de mis hombres, abren el corazón a la bestia para que esta desde allí señoree sus actos. Lo he visto y lo he padecido. Sé de lo que hablo. Lo había visto ya antes de Smerwick y eso explica que hoy escriba lo que escribo: las ejecuciones y las torturas de aquellos días fueron impropias de seres humanos, pero no debemos olvidar que, quizá después de todo, no fueron enteramente humanos quienes las perpetraron.

Lo que habría de marcar mi devenir, en cambio, debe ir unido a mi propia concepción del honor como soldado. Luchar y morir deben ser asumidos a ciegas por quien sigue al tambor, pero entiendo y siempre he sido fiel a ello, que nadie está obligado a hacerlo sin honor. Si hubiera ajusticiado a aquellos hombres, como se me ordenó, habría quebrado ese principio. Y lo habría hecho, siendo esa mi tragedia, una vez más porque... lo había hecho ya. Ese es el perdón por el que suplicaré toda una vida, pero no quería hacerlo de nuevo.

Smerwick fue mi marca sobre el suelo. Allí y entonces me dije, expuesto a la muerte por rebeldía, que no cruzaría esa línea de nuevo; que no podría soportar vivir con una infamia como aquella sobre mis hombros. Habría sido eso, en toda su crudeza: una horrible infamia. Digo bien: esa es la exacta palabra a emplear, porque a todos aquellos hombres se les había prometido el perdón en las pláticas de rendición. Esa quiebra del honor del soldado es en sí misma lo que convierte a Grey de Wilton en una rata. Ese debería ser su estandarte: uno que los hombres puedan contemplar en los siglos por venir y que explique su vil proceder: habló de justos términos de entrega si deponían armas, prometió no estorbar su regreso a casa si juraban por su honor no volver a Irlanda, incluso admitió de palabra estar dispuesto a tomar como soldado en su ejército a quien de buen grado se convirtiera al protestantismo. El enemigo lo creyó. ¿Podría no haberlo hecho? Habría sido difícil puesto que la vacua pomposidad con la que Wilton revestía sus actos nublabla la vista y el entendimiento. De haber sabido lo que les esperaba, ninguno, estoy seguro, habría perecido sin oponer una feroz resistencia. Sus muertes, de haberse dado bajo esas circunstancias, les habrían honrado y a nosotros nos habrían hecho parecer soldados. Pero no ocurrió así. Y la costa de las cabezas cortadas existirá para decirle al futuro que el soldado inglés dejó durante unas horas de serlo para convertirse en vil carnicero.

Jornada IV

La debilidad del prójimo alimenta a menudo la vileza en quien observa. Moira, en quien es de admirar la sensatez con la que suele aderezar sus palabras cuando nos podemos sentar juntos a la mesa, viene a darme la razón con elegancia, no exenta de crudeza, cuando dice que todo

hombre dispuesto a quemar un libro lo estará igualmente para quemar a un semejante.

Creo que su pensamiento responde a la verdad. Aplicada al alferez Stephen Wilkes, la lógica en las palabras del ama no deja lugar para la duda si hoy he de comparar los primeros hechos del alferez por mí conocidos con su conducta posterior. Que el lector en cualquier caso juzgue.

Le vi por primera vez abofeteando cruelmente a una anciana a quien uno de los centinelas había sorprendido recogiendo las sobras de comida que yacían en el fango y que habitualmente servían de alimento a los dos o tres gorrinos que la compañía cebaba. Todo pasado ilumina el presente, pero este casi nunca consigue esclarecer el futuro. Si así fuera, el misterio de Stephen Wilkes, sobrino de Thomas Wilkes, uno de los escribanos reales, no habría sido tal. Habría tomado aquella escena por lo que era: un cerdo defendiendo, al abofetear a la anciana, la comida de sus hermanos. Eso habría bastado para explicar entonces cualquiera de las otras muestras en su infame proceder que me sería dado contemplar con posterioridad. Pero no obré en aquel momento con la agudeza que debiera y sí con torpeza, lo que me hizo ver en él a un hombre desesperado, atrapado en aquella ciénaga, y, como muchos otros, deshumanizado, degradado hasta el extremo de encontrar falso remedio a su estado en la crueldad con el desamparado. Nunca he sido un benévolo juez con mis semejantes y no lo fui con Stephen Wilkes en aquella ocasión. Entender su conducta como lo hice entraba dentro de un orden de cosas «normal». Normales eran el embrutecimiento y la cólera; normales eran la soga y el látigo. ¿Por qué habría de ser Wilkes diferente a los demás engendros de Circe? Hijo, como casi todos entonces, de la dureza de una vida marcada por el frío, la humedad, la escasez y la disentería. Así le entendí. Así le traté... hasta que mis ojos se abrieron a otra realidad. Una en la que el minotauro campaba a sus anchas sonriendo tras

aplicar su brutal cornada en los seres humanos encontrados al paso.

Había cruel deleite, sin excepción, en el dolor infligido. Un hecho este al que hube de enfrentarme tras convertirme en su víctima. Ocurrió, sin que yo me diera cuenta, tras uno de los encuentros con O'Daly. Wilkes, ignoro por qué, me había seguido cuando en soledad había acudido a reunirme con el bardo. Luego, es fácil imaginar lo que ocurrió: atado como estaba por mi juramento a lord Burghley y temeroso de que cualquier violación del secreto redundara en un mal para los míos, no pude más que aceptar pagar la extorsión a la que desde entonces Wilkes me sometió tras sacar la conclusión de que yo trabajaba como un espía del enemigo.

Adquirió diferentes formas: dinero hoy, relevo en la primera línea mañana. Wilkes sabía bien no solo cómo sacar provecho de aquella situación sino, igualmente, cómo hacerlo mientras humillaba a su contrario. Cuando fui arrestado por Wilton, a resultas de mi negativa a cumplir sus órdenes de ajusticiamiento, lo que ya era de por sí una situación harto dolorosa se convirtió en un infierno: Wilkes aprovechaba cualquier momento para recordarme entre risas la brevedad de mi futuro y la cercanía de la soga. Así fue como tuve que vivir durante meses, los que duró mi prisión en Cork a la espera del juicio por rebeldía que habría de poner fin a mis días y que consideraba inevitable. Horas amargas de larga sombra y zozobra; horas de soledad y angustia. Fue raro el minuto en que durante aquellas semanas vislumbré un futuro y cuando ese milagro ocurrió... no duró mucho: Wilkes lo destruyó. Siempre estaba allí y siempre acudía para recordarme que las palabras de caballeros como Walter Raleigh, que habían intercedido por mí ante lord Grey de Wilton, a quien su secretario presionaba para que pusiera fin a mis días, no lograrían que mi caso fuera enjuiciado en Londres, frente a un consejo militar imparcial.

Wilkes, sin embargo, no decía nada en aquellos días que yo no pensara o creyera sin la ayuda de su crueldad: todo, cualquier nimiedad como pudiera ser la muerte de un pájaro, parecía querer mostrarme que habría de acabar mis días en Irlanda, ajusticiado como traidor y rebelde. Se entenderá, pues, mi desesperación; un sentimiento este que entre otras cosas me llevó a escribir dos documentos en aquellas horas de zozobra: uno, sin firmar (aunque lord Burghley habría sabido al instante que solo podía haber sido escrito por mí), siguió el conducto secreto habitual utilizado para hacer llegar la correspondencia de la condesa de Desmond a Inglaterra. En él, como cabe esperar, explicaba en detalle la vil conducta de Wilton con los prisioneros italianos y españoles y la negativa de un capitán, cuyo nombre no se daba, a cumplir las órdenes de ejecución y su consiguiente peligro de ser encausado y ajusticiado. Aspiraba con ese gesto, que quizás el lector no logre entender plenamente, a dar a conocer a lord Burghley el deshonroso proceder de Wilton para evitar, en consecuencia, que se tomara por verdad la falsa narración de los hechos que haría llegar hasta Londres. No pedía nada para mí, pero sí dejaba claro, al no firmar el documento, mi compromiso, incluso en apuros tan serios como aquellos, a preservar el juramento que había hecho ante Burghley de no desvelar que era yo quien estaba al final del canal utilizado para hacer llegar la correspondencia de la condesa.

También, debo igualmente confesarlo, había un segundo propósito. Uno que tenía que ver con Wilkes: en mis horas de angustia y soledad había llegado a pensar que quizá, tras mi muerte, Wilkes hablaría de mí como un traidor que había empezado a serlo antes de Smerwick. Quería, sencillamente, que si eso ocurría alguien tuviera una segunda versión de los hechos, una que pudiera anular o al menos compensar en parte la ponzoña que Wilkes pudiera haber destilado en el oído de gentes como su tío, el escribano real, cercanos al poder.

El escrito llegó, hoy lo sé, a las manos que yo deseaba: ellas fueron las que en última instancia consiguieron que mi prisión en Irlanda se alargara durante meses a la espera de un juicio... en Londres. Curiosamente, supe de esto último por boca de John Montague en la última ocasión en que nos vimos, la misma en la que, como creo haber dicho ya, me previno contra Catlyn: «Es un hombre de Walsingham», me dijo casi con desesperación ante mi evidente falta de confianza en él. Y eso bastó: siempre guardé silencio después de aquello ante Catlyn. Jamás hice de él un confidente en quien apoyarme en la hora de la necesidad. Pero también es cierto que nunca otorgué plena credibilidad a aquel joven galés de Montague, enviado a contactarme por el mismísimo embajador español en Londres, el ilustre don Bernardino de Mendoza. Lo sé, son hechos estos que inducen a error, que siembran confusión. Yo mismo, mero aprendiz en el difícil oficio de la pluma, me lo digo, como me lo dice Moira, mi primera y más severa juez, cuando le leo fragmentos de lo escrito a diario: te adelantas a los acontecimientos; mencionas a gentes para quienes no has tenido una palabra previa. ¿Quién, por el amor de Dios se preguntará el indulgente y paciente lector, es Montague? ¿Qué hacía en Irlanda? ¿Por qué le habría enviado el embajador español en persona a ver a un capitán como yo? ¿Y no había dos documentos?

Tregua, por favor. Y luego agua y un dulce sueño, acompañado, si no es pedir mucho, de la imagen de mi Moira en la cabeza. Cuando Dios hizo el tiempo... hizo mucho. Habrá, si lo tiene a bien, minutos y horas mañana en que pueda dar a quien me lee cumplidas respuestas.

Jornada V

Lo oí en Hooton, mi pueblo natal, hace muchos años, tras

el regreso de Flandes: uno de los presos en Newgate, confinado en una de las celdas más pequeñas de esa prisión, fue obligado a compartir su mísero espacio con un nuevo prisionero, acusado de traición tras haber insultado públicamente a la reina en una taberna. Sería, dijo el carcelero cuando hizo entrar al nuevo inquilino a patadas, por un breve tiempo: el que se tardara en preparar la soga y buscar un momento oportuno para colgarlo en Tyburn.

Era un hombre joven, no carente de viril hermosura, guiado hasta allí, como pensó el primer y mucho mayor huésped, por esa arrogancia, tan común a la juventud, que combinada con la bebida suele ofrecer un tránsito rápido al infierno. Era un caso digno de lástima, pensó desde un primer momento, y eso le hizo intentar dulcificar las horas a la espera de la muerte de su compañero de celda con una conversación que pudiera hacerle olvidar lo que inexorablemente habría de acaecer con brevedad. Ambos se olvidaron así de los días y del sueño para poder hablar hasta llegar a hacerse confidencias íntimas jamás desveladas ante otra persona. Padre e hijo, se podría decir, unidos en la hora de la tribulación, apoyándose mutuamente para permanecer en pie con orgullo. Fue así como el mayor de ellos llegó a saber que el joven había perdido a sus padres en sus primeros años, habiéndose visto desde entonces en la necesidad de mendigar de parroquia en parroquia, haciendo pequeños trabajos a salto de mata e incluso robando en ocasiones para poder llevarse un trozo de pan a la boca. Toda una confesión en la antesala de la muerte, liberadora de la conciencia y digna... de un buen católico. Fue lo que igualmente dijo a su paternal oyente: «nunca he olvidado la fe de mis padres y quiero que en ausencia de sacerdote la confesión de mis pecados en esta celda me permita morir en paz».

Aquello hizo apiadarse aún más al hombre con mayor edad. No era un sacerdote, no era ni siquiera católico, pero

no negaría a aquella alma la paz de conciencia que deseaba en ese momento. «Hazlo si lo deseas, hijo. Yo te escucharé», dijo entonces. A lo que el joven respondió: «Solo si tú me ayudas a parir mi verdad. Dame el ejemplo que necesito; ayúdame a cubrir este último tramo de camino que tan arduo resulta.»

Acordaron entonces hacerlo: «*quid pro quo*». Y así oyeron en la última madrugada, antes de que el verdugo sacara al joven de la celda, dos atroces verdades con las que respectivamente habían vivido y que, pese a estar guardadas en la esquina más recóndita de su yo, muchas noches les habían privado de sueño: un asesinato y un robo. El primero cometido por el joven, tras una huida desesperada después de una de sus tropelías en la zona de Norfolk. El segundo, achacable al mayor de los dos hombres, antes de que diera con sus huesos en la prisión: «Lo hice, hijo, guiado por la avaricia. Mi socio en aquella atrocidad, un tal Fynch, me convenció para que asaltáramos la mansión de campo de lady Bertrand, una rica viuda de Lincolnshire. Lo hicimos, herimos gravemente a uno de sus criados y luego nos quedamos con el oro. Lo enterramos en el cementerio de mi pueblo para esperar y así no levantar sospechas. Allí estará si algún día logro salir de este agujero.»

—¿No temes que Fynch lo haya robado en este tiempo?
—preguntó, a su vez, el joven, con la despierta manera de pensar de quien ha recorrido esos caminos con anterioridad.

—Puede ser. En él sería natural —dijo con tranquilidad el hombre mayor—, pero si lo ha hecho colgará de una soga al cabo de pocos días. Nadie sabe que fuimos nosotros los ladrones, como nadie sabe que fue él quien violó a una de las criadas aquella noche. Si pierdo el oro, hijo, no me importará nada acusarle a la justicia, aunque eso me lleve a mí, igualmente, a la horca.

Dejaron después que el silencio de lo que restaba de

oscuridad les envolviera en un breve y agitado sueño del que los sacó el guardia del primer turno. Había llegado la hora, les anunció, y el joven debía prepararse.

Con lágrimas en los ojos, este último dio un fuerte abrazo a aquel segundo padre encontrado en el último lugar en el que habría soñado hacerlo. Rezaron después juntos una última oración antes de que el carro con los reos partiera hacia el cadalso.^[6] Cuando eso finalmente ocurrió, la tristeza invadió aquel siniestro lugar en el que ambos habían abierto sus conciencias en un desesperado intento por encontrar la paz interior.

Los días siguieron entonces a las noches durante tres quincenas, momento en el que, sin previo aviso, el preso que quedaba vivo fue sacado por tres guardianes y, sin que mediera ningún tipo de explicación, puesto encima de la tablazón del carro que solía conducir a los reos hasta la horca. Gritó, preguntó desesperado a diestro y siniestro, pero no obtuvo ninguna respuesta y sí alguna que otra risotada de los encapuchados que habrían de acompañarle en su ajusticiamiento. Frente a la iglesia de St Giles-in-the-Field se les dio lo acostumbrado.^[7] Después llegó Tyburn, donde Derrick ^[8] comenzó su trabajo quitando las caperuzas que hasta entonces habían cubierto aquellos rostros. El hombre pudo entonces mirar en derredor en un último intento por encontrar una respuesta a lo que estaba sucediendo. El público se agolpaba a pocos pasos de las sogas aquel lunes, alegre y bullicioso como siempre. Las apuestas sobre el tiempo que uno u otro reo tardaría en expirar una vez que hubiera sido colgado empezaron a sonar en sus oídos: «¡Cuenta hasta veinte, Jimmy!» «¡Yo apuesto un chelín a que mi cuenta de treinta ganará con el segundo!» Y así hasta que el redoble del tambor impuso el silencio.

Entonces sucedió: el hombre se dio cuenta en ese último instante de vida de que entre las personas que se agolpaban

en las primeras líneas estaba el joven con el que había convivido en la celda y a quien creía ajusticiado. Una cruel sonrisa surcaba su rostro mientras guiñaba su ojo izquierdo y hacía un gesto para que quien iba a morir mirara hacia su derecha: estaba allí, en el extremo de la fila de hombres que iban a ser ahorcados. Era él, las marcas de golpes habían desfigurado su rostro, pero el hecho no ocultaba su identidad: su antiguo compinche, Fynch, el violador y ladrón.

La luz se hizo en su interior: su bondad, su ingenuidad al haber visto en el joven a alguien en mayores aprietos que los suyos, le había traicionado. Había abierto su conciencia al extraño y ahora pagaba por ello.

Aquel hombre no murió, pues, sin que mediara una explicación, pero esta no llegó ofrecida en palabras. Cuando vi a Montague por primera vez en mi prisión de Cork no pude evitar recordar esta triste historia: ¿por qué no podía ser él alguien como aquel joven, enviado a sonsacar información al preso de Newgate? ¿Podía creerle? ¿Podía o debía admitir sin dudar la identidad que me ofrecía y el noble propósito que decía guiarle? Juzgue el lector intentando ponerse en piel ajena y luego diga, en justicia, si quien escribe no obró como debiera. Mañana más.

Jornada VI

Moira lloró hace dos noches cuando le leí la historia de Newgate. Me recordó a mi madre. También en ella fueron visibles las lágrimas cuando mi padre contó aquello por primera vez. Pero debo decir en su descargo que el gesto, como ocurrió con quien me dio la vida, la ennoblece, dado que habla del gran corazón que posee. Ahora que ha ocurrido, empero, me encuentro en la difícil tesitura de tener que afrontar lo que desde entonces han venido siendo

súplicas frecuentes para que escriba y... le siga leyendo... en la noche. El riesgo está ahí, que no es otro que el de sucumbir a la tentación de la fabulación, en sacrificio de la verdad; de otorgar un sesgo conmovedor a lo narrado para así obrar el milagro y el placer, ambas cosas es, de ver esas lágrimas de nuevo en tan bello rostro. Juro por mi honor, sin embargo; que no lo haré y que seguiré fiel al principio que me guió desde el momento en que cogí la pluma por primera vez, que no fue otro que el dar fe de unos hechos que a muchos puedan, quizás, parecer inverosímiles. No lo son. Nada hay en lo contado que pueda tacharse de falso. Y nada, igualmente, lo será aunque, como en lo que debo narrar a continuación, pueda parecerlo.

No he dejado caer en el olvido que mencioné en jornadas previas dos escritos enviados en las horas amargas de la desesperación. La explicación ya ha sido dada en lo que toca al que hice llegar a lord Burghley. El segundo, en cambio, ofrece una dificultad a la hora de detallar los pormenores: ni yo mismo supe exactamente a quién lo escribí, ni sé (como tampoco puedo intuirlo) quién en última instancia lo leyó.

Tomó, debo decirlo en primer lugar, la forma de un último y breve legado, de una última confesión, hecha para dejar evidencia del asco sentido por los ajusticiamientos de aquellos hombres en Smerwick, a los que consideraba, dado mi impulso a luchar para España, mis hermanos de armas. Pero debo igualmente añadir que fue algo más; que hubo en aquellas líneas la expresión de una última esperanza... de vida. Sabía, intuía que sería ajusticiado sin remedio y en breve, pero en lo más profundo quería seguir unido al sueño que le había expresado a O'Daly muchas semanas antes: el de un futuro diferente en el lejano Flandes de mi juventud. Expresé en el papel, no recuerdo las palabras exactas, algo que tenía que ver con un deseado encuentro en el futuro entre aquel lejano y desconocido destinatario y un servidor. Y rubriqué mis palabras con mi propia firma y medio chelín

sellado con lacre al papel, habiéndome guardado la otra mitad como prueba tangible de que el sueño existía, de que... había echado, como un náufrago, un mensaje al mar que quizá Dios tuviera a bien hacer llegar a las manos convenientes.

Luego, aproveché la última ocasión en que viera a Liam para dárselo, pidiéndole encarecidamente que lo hiciera llegar a O'Daly. Nunca supe, como ya he dicho, quién leyó aquellas líneas, pero sí sé que llegaron a buen puerto. Lo sé con certeza absoluta y todo porque... volví a tocar en el curso de mi vida aquel medio chelín que hubiera dejado marchar. Llegará el momento en que el lector pueda entender en qué ocasión y circunstancias eso aconteció, pero hoy debe saber algo diferente: que solo un día después de aquello recibí la primera, inesperada e inquietante visita de Montague.

Apareció ante mí en Smerwick, días después de que los cadáveres de los pasados a cuchillo se hubieran echado al mar y una semana antes de que levantáramos el campamento para encaminarnos a Cork. Sucedió en uno de los breves momentos en que se me permitió romper mi aislamiento y el encuentro no pasó más allá de cinco minutos, durante los cuales me fue dado conocer que venía enviado por don Bernardino de Mendoza después de que este hubiera recibido un mensaje hecho llegar desde Irlanda en el que se comunicaba mi deseo de abrazar el servicio español.

Aquello me sorprendió, pero no gratamente como quizá se pudiera imaginar. Recuerdo que mi primer pensamiento fue, y en esto el lector podrá entender cuán importante fue el recuerdo de la historia de Newgate, que todo se había ido precipicio abajo: que había confesado a O'Daly mi más íntimo deseo, pero que este había caído en manos de un enemigo que ahora buscaba confirmar sus sospechas. Ese fue el Montague que vi en aquel momento: el esbirro enviado a

recoger los restos de mi conciencia para así poder ofrecer mi traición al juez que habría de condenarme a la horca. Solo podía guardar silencio. Si había una posibilidad, aunque fuera tan remota como la de encontrar un justo en Gomorra, era esa: renegar de mis palabras en el pasado; rechazar a alguien como Montague en quien no podía ni debía confiar; luchar con todas mis fuerzas frente... al hiriente deseo de creer.

Aquel joven galés se retiró cabizbajo después de aquello, aunque permaneció en nuestro ejército en calidad de factor de un tal Convee, si no recuerdo mal, el hombre al cual el ejército compraba por entonces la bazofia, entre otras cosas, con la que nos alimentábamos.

No volví a verle hasta varias semanas más tarde, cuando mi prisión en Cork era ya una realidad. Fue, como el anterior, un encuentro igualmente breve: Montague, por mediación de Catlyn, había conseguido romper el aislamiento en el que se me mantenía para decirme que había tiempo por delante y, en consecuencia, esperanza. No buscó información, no hizo preguntas. Tan solo me previno frente a Catlyn y me anunció que el juicio habría de ser, finalmente, en Londres. No hubo más, ni siquiera una pequeña explicación al hecho de que él supiera lo que estaba decidido hacerse conmigo. Ignoro si fue Catlyn quien le suministró ese saber, o si don Bernardino pudo enviar a alguien que contactara con él para decírselo.

La palabra, lo he oído en alguna ocasión, puede matar. Pero puede, igualmente, como ocurrió en mi caso, dar vida. Después de aquello mi sufrimiento disminuyó: un juicio en Londres ofrecía una oportunidad, aunque lejana, de salvación. Burghley estaba allí y podría, quizá, brindarme su ayuda, especialmente al considerar la vergüenza de hechos como los de Smerwick. No habría de morir en Irlanda, entonces lo supe, y eso hizo que la crueldad de Wilkes pudiera ser encarada de manera diferente.

Jornada VII

Y entonces sucedió, para mi sobresalto y, como imagino, para el del que con paciencia lee mis líneas: fui puesto en libertad. Así, sin más, salvo por una condición, o quizá debiera llamarlo petición: que enderezara mis pasos, cuando tuviera a bien, hacia Londres.

Imaginé tras mi inicial sorpresa que aquello era obra de lord Burghley, en quien quizá mi anónimo relato del pasado hubiera hecho mella, pero Wilton me sacó al instante de mi error: era sir Francis Walsingham quien ordenaba mi libertad, quien deseaba verme, y quien, así se me dijo, me invitaba a hacerle una visita privada en su mansión de Seething Lane. ¿Walsingham? ¿Sir Francis Walsingham? No tenía ningún sentido. Nunca había hablado con él; no me conocía. ¿Por qué habría de desear verme el secretario real? Y, sobre todo, ¿por qué, como entendí, obligar a Wilton a ponerme en libertad sin custodia alguna? Era un reo, acusado en toda regla de traición y rebeldía. Quien lee debe entender en consecuencia mi perplejidad, una cuyo grado no ha disminuido con el correr de los años.

Llegué a Londres tras tomarme con calma mi retorno. Hice indagaciones antes de partir sobre Catlyn y Montague. No estaban allí y, como ya creo haber dicho, no había segura confirmación sobre la dirección que habían tomado. Una cosa, sin embargo, era cierta: las pocas almas que alcanzaron a darme algún detalle coincidían en decir que ambos habían abandonado Cork juntos. Todavía hoy me cuesta imaginar esa partida: Montague recelaba de Catlyn, me lo había dicho, y Catlyn no era un hombre al que le

gustara actuar en compañía de otros. ¿Por qué se unieron? No lo sé, y con toda probabilidad no lo sabré nunca. Jamás he vuelto a verlos.

Fue eso mismo lo que le dije a sir Francis cuando finalmente pude verme en su presencia. Maliverny Catlyn le interesaba. Parecía saber cosas sobre él. Incluso llegué a tener la seguridad en un instante preciso de que Montague había tenido razón en el pasado al decirme que Catlyn trabajaba para él. Actué en cualquier caso con prevención, incluso cuando me pidió que le contara con detalle los hechos acaecidos en Smerwick y mi negativa a cumplir las órdenes de Grey de Wilton. Hablé con sinceridad, pero también es cierto que no usé tres palabras si pude despachar mi mensaje con dos. Walsingham era un hombre de acerado mirar en cuya compañía no resultaba fácil sentir tranquilidad, ni siquiera cuando hacía uso de la adulación:

—Ha sido un gran soldado, Stanley —llegó a decirme—, incluso cuando ha llegado a desobedecer. No es algo que se le pueda tener en cuenta a la vista de los... otros... servicios prestados.

Aquello, lo recuerdo bien, despertó mi alerta. Hubo algo en la manera en que pronunció esas últimas palabras y en la manera en que entonces me miró, que me hizo abrir los ojos a la desconfianza nacida de la duda: ¿le había mencionado Burghley mi secreto cometido como enlace entre la condesa y su majestad?, ¿se había referido a eso en particular cuando había hablado de «otros servicios»? No lo sabía, pero tampoco habría de preguntar. Hacerlo me habría obligado a explicarme, llevándome a regiones cuyo secreto no quería ni debía desvelar en su presencia. Opté, pues, por la sencilla regla de dar las gracias, ofreciéndome a servirle si lo tuviera a bien en un futuro.

—No olvidaré sus palabras, capitán Stanley. Como no olvidaré el tremendo error cometido por el alférez Wilkes al

ver en su persona a un traidor y no al inteligente y valiente servidor de la corona.

Helaron mi sangre. Aquellas palabras lo hicieron. Lo juro por mi santa madre y por el calor sentido en el corazón por mi Moira. Evidenciaban la larga sombra de Wilkes, el infame hecho de que algún informe suyo hubiera llegado a Londres dando cuenta de mis encuentros con O'Daly. No podía ser otra cosa. Pero igualmente hablaban de la nula credibilidad que se había otorgado a sus palabras: alguien, estaba seguro, había intercedido para explicar que la apariencia de mi conducta respondía a un proceder muy diferente al del traidor. ¿Quién?

No lo sabía. No podía saberlo. ¿Lord Burghley? Sabía que el enemigo me entregaba las cartas, pero ignoraba los detalles exactos. Jamás le había explicado el canal por el que aquella correspondencia había llegado a Londres. Jamás había mencionado los encuentros con O'Daly. Él, por su parte, tampoco había preguntado. Pudiera ser que alguien hubiera hecho conjeturas sobre esos encuentros y dado una opinión opuesta a la de Wilkes, pero si era así, ¿habría entonces bastado ese hecho para darme la libertad? Dudas y más dudas, nunca despejadas, nunca aclaradas, ni siquiera en el curso de una noche de guerra cuando el medio chelín confiado en el pasado a Liam para que, a su vez, se lo diera a O'Daly con la petición de que lo hiciera llegar a España, llegó de vuelta a mis manos. Entendí entonces que la respuesta a esos misteriosos hechos de mi pasado estaba en él. O si se quiere, en quien me lo hizo llegar de vuelta. Pero esa cara permanece oculta en una sombra que nunca será rasgada por la luz.

Hablaré de esa noche, aunque habrá de ser en una futura jornada no muy lejana. El hecho sucedió en Flandes, donde hoy respiro, y exige una explicación, pero no nacerá antes de que reseñe acontecimientos anteriores a mi llegada

a esa tierra. Que Dios, pues, me dé fuerzas y que esta noche me conceda de nuevo el placer. ¡Amén!

Jornada VIII

Pasé aquellos largos meses en Londres. Me habría gustado acudir al norte a ver a mi familia, pero Walsingham me había ordenado que no abandonara la ciudad. Había una buena razón para ello y tenía que ver con mi condición de soldado: Inglaterra preparaba el envío de una fuerza militar en ayuda de los rebeldes flamencos a cuya cabeza habría de encontrarse el conde de Leicester. Como hombre de armas, según me confió sir Francis, podría pedírseme que me uniera al esfuerzo de guerra y eso me obligaba a permanecer en la capital con una ayuda de costa que me fue entregada por el mismo secretario real en persona.

Londres bullía en aquel ayer: rumores, preparativos de guerra, enemigos en la sombra. Había miedo e incertidumbre en el aire, alimentados por recientes acontecimientos a los que el envío de tropas al otro lado del Canal apenas podía dejar en el olvido. Y me refiero al ajusticiamiento de Francis Throckmorton y la expulsión del embajador español, que había venido aparejada cuando había salido a la luz la trama para liberar a la reina escocesa y matar a la soberana Elizabeth.

Llegué a saber algo más que el común de los mortales sobre ello porque existió en su momento quien lo había vivido de cerca y me lo pudo contar; alguien a quien yo no busqué, pero a quien mi Moira conoce bien en tanto en cuanto se trata de su hermano, Thomas Quinn, que vivió junto al embajador Mendoza durante aquellos momentos de zozobra.

Ocurrió como sigue: en Londres, una tarde de julio,

después de que hubiera acudido a The Theatre,[\[9\]](#) en la zona de Shoreditch. Había alquilado dos aposentos no muy lejos de allí y me disponía a entrar en ellos cuando un hombre, con marcado acento irlandés, se cruzó en mi camino llamándome por mi nombre. Era Quinn y, por lo que hube de saber, llevaba días observando mi diario vivir en el que se incluían dos incursiones que yo había creído discretas en Ely Place, el recinto que había servido de embajada a España, con la intención de averiguar si existía todavía alguna persona allí a quien pudiera hablar en la confianza de no ser delatado.

—No busque en Ely Place, capitán. No hallará a nadie. Si desea saber algo, sígame.

Le hice caso sin pensar en las consecuencias. Esta vez no habría otro error semejante al que había cometido con Montague. Él me lo explicó: «Montague fue enviado por Mendoza a contactarle, capitán, y convencerle para que diera el salto cuando todo estuviera arreglado. Al no lograrlo, decidió abandonar Irlanda.»

—¿A dónde fue? ¿Puedo verle?

—No está en Inglaterra y no puedo desvelar, porque carezco de la autorización para hacerlo, qué ocurrió cuando abandonó Cork. Si en algo le vale, le diré que... vive.

Eso fue todo. Quinn no estaba dispuesto a ir más lejos. La razón para verme y hablarme era otra y pasaba porque entendiera, en primer lugar, qué función él mismo cumplía en Londres en ausencia del embajador español ordinario:

—Fueron días muy duros, capitán Stanley, que culminaron con la humillación que Mendoza tuvo que sufrir ante Walsingham. Él fue quien, hablándole en italiano, le expulsó de Inglaterra cuando todo se fue al traste.

—¿Qué ocurrió exactamente, Quinn? ¿Qué puede contarme?

Su explicación fue larga: la idea no había surgido de la mente de Mendoza y sí de los Guisa, en Francia, quienes habiendo convencido a un tal Throckmorton, habían considerado viable la posibilidad de asesinar a la reina en conjunción con dos desembarcos, uno francés en Inglaterra y otro español en Irlanda. Throckmorton lo había planeado todo al detalle, pero en el pecado llevaba la penitencia: había habido filtraciones, quizá demasiada gente conocedora del secreto, quizás... algo más.

—¿Qué exactamente, Quinn?

—Mendoza nunca pudo probarlo, pero sospechó siempre que había un hecho en la sombra, desconocido para él, que explicaba en sí mismo por qué la trampa se había abatido sobre Throckmorton tan súbitamente.

—¿No había sospechado nada con anterioridad?

—¡Lo había hecho, claro que sí! Alguien desde la embajada francesa en Londres había hecho llegar información a los ingleses; los nombres de algunas familias católicas dispuestas a brindar apoyo habían salido a la luz; pero no había habido, que supiéramos, mención alguna en concreto que hiciera de Throckmorton la piedra angular de la trama.

El dinero podía explicarlo, pero no a su entera satisfacción.

—Podría ser, capitán, que alguien viera el ojo a la ganancia pero... ¿por qué en ese momento y no antes? ¿Por qué haber esperado hasta ese límite? La codicia no es amante de la paciencia. Hay algo que sencillamente no cuadra.

Habían sido, igualmente, las dudas de Mendoza; las mismas que durante noches había roído en su interior sin encontrar una respuesta.

—Abandonó el país en un estado de postración que no he

visto jamás, capitán, pero eso no quiere decir que Londres carezca hoy de manos a sueldo de España.

Lo explicó a continuación con el detalle que le estaba permitido, lo que le obligaba a omitir nombres: en ausencia de embajador ordinario, la defensa de los intereses españoles había pasado a manos de un comerciante español, asentado desde antiguo en la ciudad y a quien los ingleses no vigilaban de cerca. Él era ahora el canal utilizado desde Madrid para hacer llegar mensajes a ciertas personas o para, como ocurría con Quinn, hacer que los antiguos servidores no vieran traicionada su fidelidad a la causa católica.

—Saben ya que le he visto, capitán, pero no moverán un dedo si no quiere seguir adelante con esto.

No respondí al momento, pero tampoco me demoré mucho en hacerlo. Cuando de hecho ocurrió, la invitación de Quinn a visitarle al cabo de un mes en su casa, sita en la zona de Westminster, donde trabajaba como ayudante de curtidor, me demostró que mis palabras habían sido de su agrado.

Fue así como, en consecuencia, llegué a conocer a mi Moira, a quien su hermano me habría de rogar, llegado el momento al cabo de muchos meses, que aceptara bajo mi servicio. Pero no fue eso lo que en aquella primera visita habría de sorprenderme y sí la carta que Quinn guardaba en su manga:

—Tiene buen nombre, capitán. En la corte le respetan y se dice que hasta la misma reina recibió con desacostumbrado alivio en ella el que pudiera ser puesto en libertad a resultas...

Presté entonces especial atención a lo que habría de seguir. Nada hasta entonces había explicado por qué se había obligado a Wilton a soltar su bocado.

—... de su labor de espionaje.

—¿Espionaje, Quinn? No entiendo lo que quiere decir.

—Pues debiera hacerlo, capitán. Es lo que nuestros oídos más cercanos a la corona han dicho. Se le respeta, como he dicho. Entienden que su acto de rebeldía al rehusar acatar la orden de ejecución de Wilton no podía echar por tierra sus esfuerzos para lograr información vital de manos del enemigo. Así le ven; así le juzgan. Como alguien que en solitario arriesgó el pellejo para... saber.

No podía entenderlo, salvo si de nuevo trocaba mis encuentros con O'Daly por una supuesta estratagema que hubiera empleado para hacerme con información del otro bando. Nada, en conclusión, que fuera muy diferente a lo que había pensado y sentido en presencia de Walsingham semanas antes. Y eso me obligaba a concluir que lo que Quinn acababa de decirme surgía de la misma fuente en la que sir Francis había bebido. ¿Quién? Aquella pregunta volvía a resonar en mi cabeza, donde machaconamente habría de acompañarme mucho tiempo. ¿Lord Burghley? Habría de salir de dudas en breve, pensé entonces: la obligación contraída en el pasado me obligaba a rendir cuentas ante él. No podía posponerlo más, especialmente cuando Walsingham me había visto en persona.

No expliqué a Quinn en ese momento lo que bullía en mi mente. No habría sido capaz de hacerlo, inmerso como estaba en la confusión. Antes bien, le dejé hacer, sabedor de que tenía nuevas para mí tras aquel mes en el que no nos habíamos visto.

—Se le ordenará desde el consejo real seguir a Leicester en breve.

—¿Cómo lo sabe, Quinn? Ni yo mismo...

—Lo sé. Eso bastará. No puedo desvelar cómo ni por qué. Solo ha de fiarse de mí. Y eso significa que debe negarse.

—¿Negarme? ¿Negarme, Quinn? No pienso arriesgar el

pellejo una vez más.

Quinn se rio. Había empleado la palabra «negación», pero no en el sentido que yo había imaginado.

—Niéguese a ir por el momento, pero hágalo a la par que ofrece algo que no se rechazará.

—¿Y es...?

—Que le permitan reclutar un ejército propio que habrá de unirse al de Leicester en Flandes.

—¡Está loco, Quinn! Y lo está igualmente quien quiera que se encuentre detrás de semejante desatino. ¡Por el amor de Dios! ¿Quién soy yo para reclutar un ejército en Inglaterra?

Su respuesta entonces me dejó mudo de asombro. Jamás, ni siquiera en sueños, podría haber pensado en posibilidad tal.

—No he mencionado Inglaterra. No es ese el lugar del que hablo como reserva de hombres, sino... Irlanda. Piénselo, capitán. Se puede hacer: conoce el lugar mejor que nadie; los irlandeses han sido derrotados; miles atestan las cárceles. Y son buenos soldados...

—¡Se negarán a luchar! Son católicos. ¿No lo ve?

—No lo harán si con ello salvan sus vidas. Y luego, piénselo: seguirán a un católico igualmente. Capitán, su señoría lo es y es su señoría quien no ve. Nadie en Inglaterra, salvo su persona, se encuentra en esa situación, capaz de jugar a dos bandas.

Era ridículo. No tenía sentido. Recuerdo que pensé al momento en las carcajadas que haría surgir de nobles como Burghley, Leicester o Walsingham si me acercaba a ellos con la idea de una empresa como la que Quinn había esbozado. Y, sin embargo, no dejaba de tener algo de atractivo. Para mí, en primer lugar: había luchado contra aquellos hombres y

por esa misma razón les había llegado a respetar. No podría desear mejores soldados a los que mandar.

—Quinn, no lo entiende. Nadie en su sano juicio...

—Puede hacerse, capitán. Le seguirán. Inténtelo.

—¿Y luego qué? ¿Para qué? ¿Qué pretensiones tiene? ¿Que mate españoles? ¿No lo ve, Quinn? Es lo último que desearía hacer. Por eso estoy aquí.

—Por eso estamos aquí, capitán: porque no lo hará. O si lo hace, será solo durante el tiempo que se estime oportuno.

—¿Qué quiere decir?

—Nada que yo pueda explicar en detalle. Mis instrucciones llegan hasta esta frontera. Pero no es difícil imaginar que luego habrá, cuando se hayan dado los pasos necesarios, contactos y nuevas sendas a seguir. Solo Dios sabe en qué pueden consistir, pero me temo que sean las que sean dependerán del devenir de la guerra. Inténtelo. No pierda nada haciéndolo.

Aquella noche reviví Monasternenagh, la atroz batalla en la que los *gallowlasses* habían puesto a prueba nuestros nervios: los gritos del enemigo entre la pegajosa niebla de la mañana; el miedo a ser alimento para el hacha. No había olvidado nada. ¿Cómo podría? Y entonces había surgido quien me sugería hacer lo imposible: convertir a aquellos mismos lobos en una jauría de perros, dispuestos a obedecer el dictado de mi voz. Era algo... de locos.

Jornada IX

Y, sin embargo, se cumplió, aunque no con la facilidad que Quinn había previsto. Hice mi primer acercamiento con Burghley, cuyo grado de confianza en mi persona se había acrecentado hasta un extremo difícil de creer. No diré que

sentía que tenía una deuda contraída con un servidor, pero sí que estaba dispuesto a prestar toda su atención a lo que pudiera ofrecerle. Al menos así me lo pareció, lo que explica por qué no desechó los planes por mí expuestos de reclutar un ejército de irlandeses como el desvarío de un hombre al que la campaña de Irlanda había desquiciado.

Fue después de hablar más de dos horas de lo que había sido la guerra y del atroz final del conde de Desmond. Burghley lo había visto en persona en el pasado, en la Torre, donde el irlandés había permanecido meses bajo arresto. Su esposa, Eleanor, a quien recordaba bien, le había acompañado dando ejemplo de lealtad absoluta.

—Una mujer extraordinaria, capitán Stanley. ¿Sabe dónde puede estar al presente?

Lo ignoraba, así se lo dije, pero acompañé mi primera respuesta del rumor que había oído antes de partir de Cork: que el conde de Ormond, el fiel aliado de los ingleses en la isla, le había brindado protección.

—La reina le llama Black Tom. Es un hombre feroz, Stanley, pero no le hará daño. Allí estará segura. ¿Hay alguien en Irlanda, a quien conozca y en quien confíe, que pueda hacer llegar sus cartas discretamente hasta Inglaterra si desea seguir escribiendo a su majestad?

Contesté con una negativa. No conocía a nadie en el ejército de Grey de Wilton que pudiera acometer esa tarea.

—¿Cómo lo hacía, capitán?

—No le entiendo, señoría.

—¿Cómo conseguía las cartas de la condesa?

Ignoro todavía hoy en día por qué di aquella respuesta. Quizá porque busqué seguridad en la mentira. Pudiera ser: la conversación con Walsingham me había hecho sentir que caminaba sobre un suelo resbaladizo. Se me tenía por la

persona que no era y eso me había beneficiado. Disfrutaba de libertad a resultas de un error, pero no sería yo quien despejara aquel entuerto o quien abriera los ojos de nadie a otra realidad.

—Un niño, señoría. Se llamaba Liam.

—Un recurso inteligente por su parte, ahora inservible. ¿No lo cree?

Le di la razón: Liam, según le expliqué, siempre había acudido a mí, lo cual equivalía a decir que ignoraba cómo dar con él, cómo buscarlo.

—Incluso si siguiera en la zona, señoría, estaría muy lejos del lugar en el que ahora dicen que vive la condesa viuda.

—No importa, capitán. Su labor está hecha. Ahora toca mirar al futuro y eso nos obliga a centrar la atención al otro lado del Canal.

Fue así como entonces me explicó lo que ya Quinn me había desvelado: que se requerirían mis servicios para acompañar al conde de Leicester en su campaña contra Parma. Lo habían hablado en el último consejo y todos los miembros habían compartido la opinión de que mi persona sería útil en aquel esfuerzo por parar los pies a los tercios. Quinn había tenido razón y eso evidenciaba la existencia de un oído a sueldo de España, al menos uno, en el consejo real. Consideré, entonces, cuán frágil era el andamiaje que sostenía mi vivir: lo que otros tomaban por mi realidad era tan solo la máscara que ocultaba a un hombre cuyo secreto le habría llevado de cabeza a una atroz muerte. Era así de sencillo, como lo era que aquella máscara había sido el regalo de un desconocido ser a quien nunca podré estar suficientemente agradecido. Burghley, me convencí aquella noche, no podía ser quien había abogado en mi defensa en el pasado. Podría, no lo dudo, haberme defendido frente a la

calumnia, pero nunca obró en su poder prueba alguna con la cual sellar las bocas ponzoñosas que habían intentado hacerme daño. No y mil veces no: la respuesta se halla en otra región, ignota para mí. Que logre alcanzar ese confín o no es algo que está escrito con la tinta del destino, que a mí me resulta invisible.

Dejé atrás Londres tras haber pasado medio año recuperando fuerzas y tranquilidad: la guerra y la prisión habían quebrado mis nervios, haciendo de la noche un lugar de encuentro para el remordimiento y el desasosiego. La perspectiva de volver a Irlanda no ayudaba, en ese sentido, a que las cosas siguieran un curso libre de sobresaltos. Pero me había comprometido a hacerlo con Quinn, quien sin duda obraba de mediador entre la mente en España que había concebido aquello y un servidor. Ignoraba adónde me conduciría todo ello, como ignoraba de qué manera podría reclutar a mil hombres en Irlanda, pero encontrándome, como lo hacía, en una tierra de nadie, no podía optar por apartarme a un lado. Lucharía en Flandes, eso era lo que se me pedía en Inglaterra, pero habría de hacerlo al mando de hombres que España había deseado que reclutara. ¿Por qué? ¿Para qué?

Recé a Dios entonces para que, fuera cual fuese la respuesta a aquellas preguntas, preservara mi vida en lo que intuía que sería, como de hecho fue, una dura y cruel campaña.

Jornada X

Acudí a Irlanda con el saber a mis espaldas de que las opiniones en el consejo real estaban divididas en lo tocante a mi misión: Burghley y Leicester habían apoyado mi petición a ciegas, especialmente el segundo: sabía que la lucha en

Flandes sería la prueba más dura a la que habría de enfrentarse, y contar con un nutrido grupo de irlandeses le reconfortaba. Si eran la mitad de crueles con el enemigo de lo que habían sido con los ingleses en el pasado más reciente, los españoles habrían de arrepentirse de cruzar el acero con ellos. Sir Francis Walsingham, como Burghley me había informado a mi partida, en plena coincidencia con lo que también Quinn me había dicho en el último encuentro secreto que tuvimos, no tenía una opinión tan marcada: recelaba de los irlandeses. Lo había dicho en voz alta. Y a ello había añadido, dando comienzo a una agria disputa con lord Burghley, que no confiaba en que mi mando pudiera hacer de ellos soldados leales a la reina. Lo que había callado, aunque no era difícil intuirlo, es que no sentía confianza alguna en el hecho de que un católico pudiera ejercer el mando sobre otros católicos en una lucha por defender los intereses protestantes.

Su acusación, como en él era habitual, había sido velada. No había llegado a explicar con claridad su reticencia, quizá para no incomodar a alguien como Leicester, su aliado en el consejo y mi valedor en la ocasión. Pero sí había sido lo suficientemente evidente como para permitirle alcanzar el acuerdo, frente a la misma reina Elizabeth, de que Leicester habría de llevar a su diestra en la campaña de Flandes a alguien como Thomas Wilkes con plena capacidad como comisario para auditar cuentas y seguir de cerca los movimientos de las tropas.

No mencioné lo que sentí al oírlo, ni con lord Burghley ni con Thomas Quinn. Aquello quedaba para mí, pero era obvio que Walsingham insertaba así en aquel ejército los ojos y los oídos que necesitaba para estar al tanto de los hechos. No conocía en persona a Thomas Wilkes en aquel ayer, pero sabía con certeza que era, siendo tío del alférez Stephen Wilkes, un acérrimo enemigo que intentaría hacer de mi vida una prolongación de la pesadilla del ayer. Estaba avisado y

habría de obrar en consecuencia.

Partí de Southampton a finales de septiembre poniendo rumbo a la costa irlandesa más occidental y no a Dublín, como era lo acostumbrado. Henry Oughtred, amigo personal de lord Brughley, comerciante y futuro asentador de colonos originarios de Hampshire en zonas cercanas a Limerick, fue quien me acercó hasta la costa de Kerry a bordo del *Swallow*. Tenía dos razones poderosas para iniciar mi nueva misión desde aquel punto: la costa oeste servía entonces de refugio a muchos de los *gallowglasses* que habían servido a Desmond; y luego estaba Dublín, una ciudad que por el momento deseaba evitar dado que Grey de Wilton se había retirado a ella. Trabajaría en el oeste y daría tiempo así a que quizá Wilton cruzara el mar de Irlanda de camino de regreso a Inglaterra.

No acudí en solitario: a mi lado cabalgaron durante aquellos días seis hombres a los que había elegido con la ayuda de Quinn. Todos eran irlandeses, salvo Iacomo Francisci, o sencillamente Jaques, siendo esta la manera en que Quinn se dirigía a él: un holandés de padre veneciano, curtido en batalla y que por norma vestía enteramente de negro. El resto de hombres había encontrado en Londres refugio después de hechos de armas de los que ninguno estaba dispuesto a hablar. Tenían en su poder una nueva identidad, servían ahora a Inglaterra, lo que les libraba de la sospecha con la que hasta entonces habían vivido, y no querían perder la generosa soldada que Leicester había autorizado. Turlogh McCarthy era su líder natural. Había nacido no muy lejos de donde desembarcamos, siendo esta, igualmente, una razón para empezar el trabajo allí: los McCarthy no habían apoyado abiertamente la rebelión de Desmond y eso les había librado por el momento de la confiscación de tierras y de la miseria. Su territorio, en consecuencia, no había sufrido la devastación de otras partes del sur y eso nos ayudaba: tenían comida y querían seguir

teniéndola. Los esqueletos andantes, como decía Turlogh, a los que habían llegado a ver, habían servido para convencerles de que la lealtad está sujeta al estómago.

Aquellos hombres ignoraban mi doblez, pero no eran ajenos al rencor contra Inglaterra: el yugo impuesto en el sur era atroz; sus hermanos habían sido humillados hasta el punto de relegar su humanidad a un recuerdo del pasado; y no contaban con razón alguna para pensar que esos desafueros no fueran a extenderse en un futuro cercano hasta los confines, como las tierras de O'Donnell y O'Neill en el norte, que aún vivían ignorantes de la crueldad. El pesimismo, como era evidente en Turlogh, nacía de lo que habían visto en un cercano ayer.

—Volverán a hacerlo, capitán. Los ingleses volverán a cazar al hombre.

—No si los tercios desembarcan y toman la tierra.

Recuerdo bien aquella mirada tras escuchar mis palabras: había en ella un grado de consternación no exento de un irrefrenable e inicial destello de esperanza. No me dio la réplica, pero no hizo falta: había visto ya lo que necesitaba, que no era otra cosa que la constatación de que no sería remiso en un momento dado a seguir mis pasos y cruzar la línea.

Nos adentramos hacia el norte, siguiendo rutas y pasos no muy alejados de la costa, hasta dar con los primeros grupos de MacSheehys. Vivían en Clare y habían sido acogidos con discreción por clanes como los Thomond o los O'Flaherty, capaces de mantener nuevas bocas, dados sus números de cabezas de ganado, y deseosos de contar con espadas y hachas cuya veteranía estaba fuera de toda duda.

Fue entre ellos donde pude comprobar por primera vez la gran ayuda que el nombre de Angus O'Daly podía brindar. Muchos de aquellos hombres le habían conocido en persona.

La mera mención de su nombre bastaba para acabar con la inicial hostilidad. Abría puertas y corazones.

—No pronuncie su nombre en vano, capitán. Si su amistad con el bardo resultara falsa, cualquiera de estos hombres le cortaría la cabeza al segundo.

—No lo hago. Conocí a O'Daly. Fui su amigo y él estaría de acuerdo con mi proceder.

—¿Cómo podría? Los ingleses han puesto precio a su cabeza y su señoría busca brazos para la reina.

—Lo hago, pero está escrito en el tiempo que mi destino pasa por hacerlo. O'Daly me lo dijo. Leyó en mi mano. Me animó a hacerlo. No hago nada, pues, a lo que él se opusiera.

Aquel hombre se llamaba Donal MacSheehy y había perdido a dos hermanos en la lucha en el sur.

—Aidan y Fergus. El primero murió ahorcado en Kinsale. Yo estaba entre la multitud cuando la soga le rompió el pescuezo. El segundo dicen que cayó en Gales. O'Daly le envió allí. Lo había hecho otras veces, pero algo salió mal en la última. Traicione, capitán, a O'Daly hablándonos de su falsa amistad con él y traicionará a mis hermanos. Si lo hace, yo mismo me encargaré de rajarle de arriba abajo.

No tomé como una ofensa aquellas palabras. Decían mucho del hombre que las pronunciaba y me gustaba. Era lo que había buscado, lo que había intuido en el ayer que existía en corazones salvajes como aquellos: nobleza y fidelidad. Seguirían a ciegas al hombre que se hiciera acreedor de su confianza. Era eso lo que debía darles, pero no podía hacerlo con palabras y sí con hechos.

Sentí, pues, su sed y padecí su hambre. Cabalgué con ellos hasta la extenuación; aprendí a dormir con mantas mojadas junto a la hoguera para así beneficiarme del vapor que exhalaban; me alimenté, cuando no hubo más remedio,

de la sangre extraída de la vena de una res mezclada con mantequilla. Endurecí mi cuerpo y mi alma. Y cuando llegó el momento... maté en su defensa: ocurrió en Ballynacally, cuando nuestro grupo se cruzó con una partida de cuatro hombres enviada al norte por el *sheriff* de Limerick. Llevaban a varios reos atados con soga camino del patíbulo sin que pudieran llegar a explicar por qué, salvo por el hecho de que eran almas errantes, «dispuestas», así se expresó el que parecía tener autoridad sobre el resto, «solo a lo peor». Respiré hondo, tragué saliva un par de veces y disparé en la cabeza a aquel seboso borracho. Mis hombres acabaron el trabajo cuando los tres jinetes que le acompañaban se revolvieron espada en mano.

Liberamos a aquellos infelices, siendo uno de ellos un MacSweeney que había luchado en el sur hacía dos años. Habían sido apresados tras haber recibido hospitalidad en uno de los torreones de los O'Brien, un poco más al norte de donde nos hallábamos, y no había habido, dijo el más joven haciendo esfuerzos por parecer insensible al dolor causado por un enorme tajo en el brazo, ninguna provocación. Los hombres del *sheriff* les habían apresado de madrugada, en uno de los recodos del camino que seguían en su peregrinaje hacia la tierra de los O'Donnell.

—Hablamos con la gente del castillo. Todos nos dijeron que en el norte encontraríamos refugio seguro.

—¿Por qué hablas de refugio?

—Soy un MacSweeney, capitán, y eso al sur de Clare garantiza colgar de una soga.

—¿Lucharías a mi lado?

Fue así como Finbar MacSweeney se unió a nuestras filas, y con él doscientos hombres más, a los que no fue difícil convencer en nuestro camino hacia Dublín para embarcar de vuelta a Inglaterra.

Tenía mi ejército, pero no la clase de lucha en la que aquellos hombres serían letales. Necesitaba dotarles de disciplina sin destruir su natural don para la sorpresa; hacer nacer en ellos la inclinación a la pólvora y a la línea; y hacerlo rápido, sabedor de que nuestro primer combate en Flandes no estaba lejano en el tiempo.

Jornada XI

Partí de Dublín al mando de mil hombres, muchos de ellos gente que se había acogido al perdón desde la celda, sabedores de que cambiaban un seguro final en la horca por un incierto futuro en el que al menos se les daría la oportunidad de luchar por su vida. Eso y la generosa soldada de tres libras por cabeza había bastado. Solo tres de ellos habían estado antes en Inglaterra, siendo Finbar MacSweeney uno de ellos, y ninguno había luchado en Flandes.

Nuestro abandono de Irlanda coincidió con la partida de parte del ejército inglés desde Calais rumbo a Rammekins, donde habría de desembarcar para luego cubrir a pie las cuatro millas hasta Flushing. Leicester había quedado atrás, en Inglaterra, a la espera de nuevas levadas. Quien en consecuencia impuso su criterio en Flandes durante aquellos días fue sir Philip Sydney, hijo de sir Henry y esposo de Francés, la hija de Walsingham, a quien había desposado siendo ella muy joven.

Un hombre extraordinario... que buscaba la muerte. Ignoro por qué. Quizá porque en la gloria del combate y en el sacrificio final quería encontrar la inmortalidad ¿No es eso lo que dicen que busca el poeta y por lo que está dispuesto a entregar su alma? En Irlanda dicen que es Mab, la reina de la gente pequeña, [\[10\]](#) quien se encarga de hacer ese regalo: es

ella quien otorga a la mano las bellas líneas que no habrán de morir, quien eleva al enamorado hasta regiones que ningún mortal ha visitado, ni siquiera en sueños, para que luego las recree en el papel, y quien exige a cambio una vida entregada en su juventud. Sydney fue su presa, en Zutphen, herido por un disparo en la pierna después de un encuentro mortal con los tercios. Pero podría haber sido antes. Mis hombres y yo estuvimos con él en el intento de captura de Steenbergen y dudo que alguna vez vuelva a ver a alguien exponer su vida así. No era él quien luchaba sino el glorioso ser que su poética imaginación recreaba a cada instante. Peleaba y obraba como ningún otro por la sencilla razón de que el resto éramos soldados mientras que él sentía sobre su conciencia el peso de intentar ser un nuevo Aquiles cuyos hechos de armas el mañana habría de cantar. Leí y leo con asiduidad su poesía. Busco y encuentro en ella solaz para el alma. Busco y encuentro el alivio que raramente sale al encuentro de quien al amar sufre por no ser correspondido. Leo y entiendo. Leo y me encuentro entre sus líneas. Y eso me hace recordar... al hombre que fue: el único que conocí cuyo grado de nobleza le llevara, después de que su pierna hubiera sido destrozada, a ceder el agua a un hermano de armas de quien dijo que su necesidad era aún mayor. Son hombres así los que con su ejemplo hacen de este mundo un lugar donde pueda existir la fe en que caridad, humildad y honestidad paseen altivas para escarnio de la soberbia, la envidia y la mentira. Que en paz descansen y que su luz no se apague.

No acompañamos a Leicester cuando abandonó tierra inglesa. No llegamos a ese segundo embarque, que habría de llevar esta vez las tropas en parte hasta Flushing y en parte hasta Briel. Y no lo hicimos porque hubo una contingencia mayor que me obligó a mantener a mis tropas en Inglaterra: Quinn me había puesto en contacto con Mendoza, que ahora se encargaba de la embajada española en París, y de su

mano me fue dado saber que existía la posibilidad de una invasión de Inglaterra en conjunción de nuevo, aunque solo lo dejó entrever, con planes para el asesinato de la reina y la liberación de la Estuardo. Para mi sorpresa, Mendoza me dijo en aquellos días que los detalles obraban en manos de Jaques, quien durante varias semanas se había ausentado después de que Quinn hubiera solicitado su ayuda para asuntos cuyos detalles no me fueron revelados. Volvía a sonar la vieja música que Throckmorton hubiera interpretado, aunque esta vez, como me confesó Jaques, a cargo de un soñador llamado Anthony Babington. No le conocía y eso me privaba de razones para confiar en él. Pero no podía partir con mis hombres para cruzar el Canal, como me hizo ver el capitán Jaques, sin esperar al desenlace de aquella trama. Y si finalmente lo hicimos para unirnos a Leicester en Flandes en agosto del año del Señor de 1586 fue porque toda esperanza de que la conjura tuviera éxito había desaparecido semanas antes. Fue Jaques quien aportó esos detalles, tras darse cuenta de la nula confianza que se podía depositar en que Babington mantuviera a Walsingham ignorante de sus planes, y quien me pidió que partiéramos de inmediato si no queríamos vernos envueltos en el trágico final que a la postre habría de acontecer en septiembre.[\[11\]](#)

Nos unimos, pues, a Leicester en Flushing, un saco en el que la supervivencia dependía del robo o de la escasa generosidad de vecinos hastiados de la guerra. Fue esa la realidad que mis hombres encontraron cuando llegaron allí. Lejos de Irlanda, mirados con recelo y odio por los mismos soldados ingleses junto a los que se les pedía combatir, encontraban en el propio grupo lo que necesitaban para sobrevivir: la fuerza interior que les pudiera levantar para ayudar a un amigo en la hora de la extrema necesidad. Si alguna vez la guerra forjó una hermandad de hombres capaces de encontrar en la lealtad la razón para morir fue en ese ayer. Eso fue lo que me enseñaron, que no es lección

baladí. En su cohesión se hallaba la fuerza y en la fuerza la letal capacidad para infligir daño. Ningún otro grupo de hombres les pudo igualar en sacrificio durante los combates de aquellos días, ni siquiera los veteranos ingleses, que como yo, se habían curtido en alegres fiestas como Glenmalure o Monasternenagh.

No se sorprenderá el lector, en consecuencia, si digo que fueron llamados con frecuencia a cubrir las brechas más expuestas, en especial en las jornadas de Zutphen, donde a la postre habrían de capturar los bastiones que cubrían la ruta hacia Deventer. El sacrificio en hombres fue grande, incluidas, como han de ser, nobles almas como la de sir Philip. Pero lo que más me apenó fue la pérdida del capitán Jaques, quien desde las jornadas de reclutamiento en Irlanda se había convertido en un buen amigo. Ocurrió al atardecer del segundo día de lucha, cuando tuvimos que hacer frente a una súbita e inesperada carga de picas y mosquetes surgida de la nada, acompañada de buen golpe de jinetes. Jaques quedó atrás cuando los demás emprendimos la retirada, ausente, ignorante de mis gritos. No entendí entonces por qué lo hizo: parecía... querer ser capturado. Durante días me persiguió aquella su última mirada acompañada de una sonrisa que entonces entendí como una última señal de amistad.

La guerra no favorece el olvido, pero sí obliga a avivar los sentidos, lo que a su vez nos da una visión sesgada y falsa del tiempo. Se asemeja en esto al amor, que no deja de ser, como siento con frecuencia cuando me hallo frente a Moira, una lucha de almas condenadas a encontrarse y que, sin embargo, se esfuerzan por no caer en lazos que entienden habrán de coartar su libertad.

En aquellas horas no hubo lugar, más allá del dolor sentido en el presente, para la lamentación: dos salientes de Zutphen habían sido tomados, para quedar bajo la custodia

de Rowland Yorke, y Deventer se nos ofrecía en bandeja. No podíamos perder la ocasión de encontrar bastimentos en una ciudad como aquella que no había llegado a sufrir tanto como Zutphen. Estaba ahí para ser tomada. Así lo habían hecho saber a Leicester las cabezas calvinistas en el consejo municipal: ellas serían las que abrirían las puertas, sin hacerlo saber a nadie en su interior, para que nosotros penetrásemos y nos adueñáramos del lugar.

Sobra decir que ese mensaje nos hizo ricos en incertidumbre e incredulidad. Creó discordia, tan solo silenciada por la unánime decisión del consejo militar inglés de enviar por delante a los irlandeses. No rechistamos. ¿Podíamos acaso hacerlo? Éramos la escoria y así se nos trataba: carne enviada con la primera orden al encuentro de un enemigo, como el español, tenaz y cruel en su empeño.

En aquella ocasión, empero, lo hecho llegar a oídos de Leicester se correspondía con la verdad: entramos así en una ciudad dividida, aterrada ante la visión de mis salvajes. El miedo fue entonces nuestro aliado. Y la necesidad. ¿Quién osará criticar a mis hombres por saciar hambre y sed? Habían llegado allí tras sufrir mil y una penalidades, expuestos a los peligros que los demás habían rehusado afrontar. Y yo era quien los había guiado. Por mí podían obrar a su antojo, al menos mientras pudieran y respetaran honra. Así se lo hice saber a Leicester como condición previa cuando me eligió gobernador de aquel lugar.

Jornada XII

Stephen Wilkes. Fue entonces cuando esa escoria apareció: lo peor de la lucha había pasado; Deventer, con sus bien cuidados bastiones, ofrecía una defensa infranqueable con los irlandeses situados en sus muros; y la comida no

escaseaba, al menos para los oficiales. Debí haber previsto su presencia; debí haberme imaginado que su tío, Thomas Wilkes, aprovecharía tan venturosa ocasión para hacerle ganar honra a expensas de las duras fatigas de los demás. Concurrían todas las circunstancias para que un asqueroso jugador de ventaja como él hiciera su agosto. Había llegado con los últimos refuerzos y fue Leicester en persona quien me impuso su odiosa presencia en la plaza. Acaté la orden, pero insistí como gobernador del lugar en que permaneciera alejado de mi consejo militar, en el que se encontraban Turlogh McCarthy, Donal MacSheehy y Finbar MacSweeney. Una palabra mía y aquellos hombres le habrían despedazado a mordiscos: no ignoraban quién era ni lo que había hecho en el pasado; y todavía hoy me asombro de cómo Wilkes pudo siquiera dormir dos horas seguidas durante aquellos meses, sabedor como era de que había un centenar de cuchillos en la oscuridad ansiosos por rebanarle el pescuezo. Ciertamente la ambición ciega.

Los que siguieron fueron meses de remordimiento para quienes nos habían franqueado la entrada: nunca habían imaginado que en su afán como calvinistas por ceder las murallas a sus hermanos protestantes ingleses caerían bajo el yugo de un católico al mando de huestes irlandesas. Pero había ocurrido y no había en apariencia vuelta atrás, para regocijo de la minoría católica de vecinos a quienes mis hombres en todo momento ayudaron poniendo fin a los acostumbrados abusos en su contra.

La vida cambió para mí, pero no bendije esa circunstancia: tenía de un lado a la facción calvinista quejándose a Leicester amargamente del gasto ocasionado por mis hombres, quienes, en su criterio, estaban empobreciendo la plaza con su exorbitante demanda de alimento. De otro, estaba Thomas Wilkes, decidido a acabar con mi mando como fuere, y que no dudaba en exagerar ante Leicester las quejas de los protestantes en la plaza,

llegando incluso a trasladarme en dos ocasiones las amenazas de muerte sobre mi persona que un grupo en la sombra le había hecho llegar si no era destituido de inmediato. Se llamaban a sí mismos Muur van Aalst y según me informaron varios vecinos católicos habían sido responsables de muchas atrocidades cometidas contra soldados de los tercios en el pasado. Generaban miedo y sus palabras, como me dijeron quienes habían llegado a apreciarme, no debían tomarse en vano: nunca amenazaban sin probar que podían cumplir.

Y entonces ocurrió. Llegó de la vecina Zutphen, escrita de mano de donjuán Baptista de Tassis: una propuesta para intercambiar prisioneros, cuyos términos solo él y yo, como gobernadores, deberíamos acordar. No había nada extraño en el gesto, salvo el hecho de que su emisario fuera el capitán Jaques, a quien todos habíamos dado por muerto.

Nos abrazamos ante el clamor y regocijo de nuestros hombres. Y luego, sin demorarse, me pidió que habláramos a solas. Cuando lo hicimos, me lo entregó: el medio chelín que yo hubiera hecho llegar a España en la angustia del pasado. Estaba ahí. Sus bordes, como comprobé al momento, casaban con la pieza que siempre llevaba encima.

—¿Qué significa, Jaques?

Su explicación fue larga, asombrosa y... clara; no había lugar para la duda cuando terminó y sí muy poco tiempo durante el cual pudiera actuar: solo una noche por delante. Porque sería en el transcurso de la segunda cuando todo debería quedar sentenciado... para bien o para mal.

Reuní a mis capitanes y les hablé con franqueza. Quedaron entonces ante ellos expuestos mi juego y mi vida, acompañados de la petición de que usaran conmigo, a su buen entender, clemencia o castigo. La carcajada fue su respuesta, una cuyo eco resuena aún en mi interior y que me hizo sentir orgulloso: era uno con ellos y así me lo

hicieron entender. Me seguirían a ciegas a donde tuviere a bien conducirles, lo que me hizo sentir que de alguna manera me otorgaban la redención por mis pecados del pasado: había hecho correr la sangre de sus hermanos e hijos en el curso de una vergonzosa guerra y ahora me pagaban con lealtad. ¿Podía pedir algo más? ¿Debía? Me dije que no antes de concluir que pocos hombres podían existir que pudieran considerarse tan afortunados.

Ese perdón fue entonces mi báculo. En él me apoyé la madrugada del jueves, 28 de enero del año del Señor de 1587, para hacer frente al hecho que habría de hacerme ganar la repulsa del suelo en que nací. No hay, sin embargo, remordimiento alguno en mí y sí fortaleza: la que nace del saber que obré con nobleza al seguir el dictado de mi conciencia.

Todo fue preparado a la carrera; convoqué a Thomas Wilkes, que acudió ante mí con su odioso sobrino, a quien hacía tres días que no veía. Le informé de la petición para el intercambio de prisioneros y de mi intención de concertar el encuentro haciendo llegar hasta Tassis al mismo emisario, Jaques, que había traído el primer mensaje: sería en la madrugada del jueves, a las cinco. Estaba decidido.

—¿Por qué esa hora? No sería mejor hacerlo a plena luz.

—Es una decisión militar, Wilkes, en la que su señoría ni entra ni sale. Se hará justo fuera de la muralla norte. Así estaremos cubiertos por la mosquetería.

—¿Ha sido su señoría el conde de Leicester avisado? No podemos...

—Sí podemos. Asumo esa responsabilidad. Son los españoles los que han fijado el día, dejando en nuestras manos la elección del lugar. Son términos justos. Y eso significa, Wilkes, que no perderé la oportunidad de recuperar a mis hombres.

—Es irregular, Stanley. Todo es...

—Lo es... pero solo para su señoría. Tanto como lo sería que el sol naciera por el este mañana. Nada hay y nada habrá que le satisfaga salvo que se le entregue mi cabeza, ¿no es verdad? Tendrá que esperar, me temo. Dígaselo a los del Muur van Aalst. No habrá trofeo, ni hoy ni mañana.

Jaques partió tan pronto le di una respuesta por escrito a ser entregada al mismo Tassis en persona. Luego... vino la espera: tensa, tediosa. Temía esas últimas horas. Imaginé mil veces que Jaques podría haber sido interceptado por alguna patrulla inglesa de las más cercanas a Zutphen y que entonces todo hubiera salido a la luz. Hablé con los capitanes. Ellos me tranquilizaron: nada había seguro salvo que pelearíamos por nuestras vidas si las cosas no salían como esperábamos. De ocurrir, un pensamiento nos debería sostener en pie con orgullo: que había merecido la pena intentarlo.

Di órdenes bajo pena de muerte, igualmente, para que los vecinos no salieran de sus hogares hasta pasados dos días con sus noches. Todos, salvo un calvinista al que mis hombres mataron en la calle principal, lo cumplieron.

Llegado el momento acudí a la poterna norte: faltaban dos horas para el encuentro y la oscuridad no permitía ver si existía algún movimiento en el exterior. No era una circunstancia que en sí pudiera tomarse por sospechosa: los españoles estaban acostumbrados a los ataques en la noche, en cuyo transcurso actuaban siempre con letal sigilo. No les podía oír, pero estaban ahí... tenían que estar.

Una voz rasgó entonces el silencio: ¡Ubuuu! Los *gallowglasses* lo reconocieron al segundo: era el grito de guerra que por órdenes de Leicester se les había prohibido usar en Flandes. En esta ocasión solo podía presagiar lo mejor: lo lanzaba el amigo o quien así quería ser considerado.

Bajé entonces para abrir la poterna y salir en solitario al encuentro del primer oficial español, que me saludó con cortesía:

—Soy el capitán Alonso Cobos y si estoy en lo cierto su señoría quiere hacer entrega de algo.

Le sonreí en la noche. Todo había concluido. Dejaba atrás mi pasado, al que no habría de mirar jamás con melancolía. Tenía frente a mí a un desconocido al que no me ataba ningún lazo y que, sin embargo, habría de ser a partir de ese momento un hermano de armas. Solo faltaba que sellara aquello como había sido pactado:

—Deventer es suya, capitán Cobos. Haga entrar a sus tropas. Mis hombres no opondrán resistencia alguna. Solo le pediré un pequeño favor a cambio: que permita a los irlandeses hacer justicia con un alférez inglés de nombre Stephen Wilkes.

Aquel hombre me dio entonces su palabra de honor de que todo se haría según lo acordado.

La moneda había hablado. Como yo lo he hecho en estas jornadas. Ruego a Dios que mi memoria no me haya traicionado y que lo aquí escrito sirva de refrendo y testimonio de lo que siempre quise ser, aunque no siempre lo lograra: un hombre con conciencia... aunque mi nombre se haya perdido en Inglaterra.

Dado en Malinas, en el día XIII del mes de Junio del año del Señor de 1587.

«... y que el amor no me abandone».

LISTA DE PERSONAJES

El asterisco marca a personajes cuyos rasgos literarios se asientan sobre una base real histórica.

***Alba, duque de:** véase Álvarez de Toledo, Fernando.

***Alençon, duque de:** véase Valois, François.

***Álvarez de Toledo, Fernando:** tercer duque de Alba, también conocido como el Gran Duque. Fue uno de los brazos militares más importantes con los que contó el rey Felipe II. Destacó en escenarios como Flandes y Portugal. A un grupo de sus «protegidos» se les conocía por el nombre de La Academia.

Artime, Luis de: soldado de los tercios que se retira a Sicilia y con quien el capitán Diego Ortiz de Urizar entabla relación.

***Bruno, Giordano:** filósofo, astrónomo y religioso que acabaría colgando el hábito y huyendo de la Inquisición para refugiarse en una serie de ciudades europeas, entre ellas Londres. En esta última residió en casa del embajador francés bajo el nombre de Fagot. Acabaría muriendo en la hoguera.

***Burghley, lord:** véase Cecil, sir William.

***Butler Fitzgerald, Eleanor:** esposa de Gerald Fitzgerald, decimoquinto conde de Desmond. Mantiene una relación epistolar de carácter secreto con la mismísima reina

Elizabeth I.

Candela: esposa del alférez, luego ascendido a capitán, Alonso Cobos. Muere asesinada en su humilde casa de Madrid junto con su hijo Luis.

***Catlyn, Maliverny:** agente secreto que trabaja a las órdenes de sir Francis Walsingham.

***Castelnau, Michel de:** embajador francés y protector de Fagot, nombre en clave bajo el que se esconde la figura de Giordano Bruno, a quien protege. Tenía su residencia en Salisbury Court.

Cazorla, Ginés de: sargento del tercio. Vive con Alonso Cobos en Madrid cuando ambos vuelven con licencia a España.

***Cecil, sir William:** secretario y tesorero de Elizabeth I. Es el miembro más prominente en el consejo real. Está a favor del casamiento de la reina inglesa con el duque de Alençon y es el responsable en última instancia de que las cartas de la condesa de Desmond lleguen a la soberana inglesa.

***Cobos Cornwell, Alonso:** alférez primero y luego capitán de los tercios. Se convertirá en mano derecha de Idiáquez para llevar a cabo misiones arriesgadas.

Connor: matón de Thady Convey en Coliemore, Dublín.

Convey, Thady: factor irlandés que nutre de bastimentos y enseres al ejército inglés en Irlanda.

Conway, Tom: carbonero galés. Abre la novela, siendo el último hombre que Fergus MacSheehy ve antes de morir.

***Croft, sir James:** miembro del consejo real inglés, a sueldo del embajador español Bernardino de Mendoza.

***Desmond, conde de:** véase Fitzgerald, Gerald.

***Desmond, condesa de:** véase Butler Fitzgerald,

Eleanor.

***Dudley, Robert:** primer conde de Leicester y favorito principal de la reina Elizabeth I durante muchos años. La muerte de su esposa, Amy Dudley (Amy Robsart), en circunstancias cuando menos extrañas, dio lugar a todo tipo de rumores sobre la posible autoría del conde, que así se habría librado de los lazos conyugales que hacían imposible un matrimonio con la reina.

***Elizabeth I:** reina de Inglaterra, la última de la dinastía Tudor, de 1558 a 1603. Se la conoció como Gloriana, Reina de las Hadas, Cynthia o la reina virgen. Murió sin dejar descendencia. Su trono fue heredado por James I, VI de Escocia.

***Fitzgerald, Gerald:** decimoquinto conde de Desmond y uno de los nobles irlandeses más poderosos, sobre todo en la provincia de Munster, antes de alzarse en rebelión y perderlo todo, incluida su vida.

***Francisci, Iacomo:** también conocido como Jaques. Acompaña a William Stanley a Flandes.

***Gheeraerts, Marcus:** el Mayor. Trabajó en la corte isabelina y destacó no solo como pintor, sino, igualmente, como grabador. Su trabajo más notable fue la ilustración de las fábulas de Esopo.

***Grey, Arthur:** decimocuarto barón Grey de Wilton. Estuvo al mando del ejército inglés que venció a las tropas acantonadas en Smerwick. Fue en ese sentido responsable de la matanza de prisioneros de 1580 perpetrada por los ingleses en la costa oeste irlandesa.

***Grey de Wilton, barón:** véase Grey, Arthur.

Greyhound: soldado inglés en Reginald's Tower, Waterford.

H: nombre que se da a sí mismo este personaje

perteneciente a la familia de los Owen. Uno de sus miembros, *Hugh Owen, fue uno de los refugiados británicos acogidos por España con más peso en el juego político.

***Idiáquez, Juan de:** cortesano y «señor de la inteligencia» en la corte de Felipe II. Antes de desempeñar estas funciones, sin embargo, tuvo una larga y exitosa carrera diplomática.

***Kelly, Daniel:** nombre del soldado irlandés, enrolado en el ejército inglés, que da muerte al conde de Desmond.

***Leicester, conde de:** véase Dudley, Robert.

Liam: nombre del niño que guía a Alonso Cobos hasta O'Daly y que luego el capitán español trae de vuelta a España, salvándole así de una muerte segura.

Luis: hijo de Alonso Cobos, que muere asesinado con su madre, Candela, en Madrid.

MacCreedy, Angus: nombre del oficial escocés al mando de la guarnición inglesa de Reginald's Tower, en Waterford.

MacDermott, Finbar: hombre de confianza de Sean MacMahon. Visita a Bernardino de Mendoza en Londres para darle cuenta de las andanzas de H.

***MacMahon, Sean:** cabeza del clan de los MacMahon, tributarios de Turlough Luineach O'Neill. Vive en las cercanías del lago Derravaragh, donde apresa, entre otros, a Maliverny Catlyn y H.

MacSheehy, Fergus: *gallowglass* que muere en Gales. Actúa de mensajero de Angus O'Daly.

***Mauvissière, Sieur de la:** véase Castelnau, Michel de.

***Mendoza, Bernardino de:** antiguo soldado en Flandes y luego embajador español en Londres y París. Su estancia en Inglaterra acabó cuando fue expulsado en 1584, fecha en la que se inicia la guerra con España.

***Mildmay, sir Walter:** miembro del consejo real inglés.

Montague, John: alias que emplea H cuando se mueve en tierras irlandesas.

***Moriarty, Owen:** junto con Daniel Kelly dará muerte al conde de Desmond.

***Moura, Cristóbal de:** noble portugués al servicio de España y miembro de la llamada Academia bajo el patronazgo de Alba.

***O'Daly, Angus:** bardo irlandés que trabaja para la condesa de Desmond.

***Ortiz de Urizar, Diego:** capitán español que destacó en misiones en Flandes, Irlanda y Sicilia junto a Alba, donde crearía el cuerpo de caballería ligera.

***Oviedo, fray Mateo de:** fraile franciscano que estuvo detrás del desembarco de tropas (pocas y mal equipadas) en Smerwick. El Papa le concedería el obispado de Dublín, ciudad que nunca pudo visitar.

***Phelippes, Thomas:** agente al servicio de sir Francis Walsingham. De extremada destreza a la hora de la falsificación de documentos, jugó con toda probabilidad un papel central en la muerte de la reina escocesa Mary Stuart.

Quinn, Moira: hermana de Thomas Quinn, hombre de confianza del embajador español en Londres. Es el ama de aposentos en Malinas, donde reside William Stanley.

Quinn, Thomas: irlandés al servicio de Bernardino de Mendoza en la embajada española en Londres. Tiene una habilidad especial para hacerse pasar por loco. Sus visiones de «arcángeles» alcanzarán notoriedad en Londres.

***Raleigh, sir Walter:** noble inglés, poeta, historiador, alquimista, marino, colono. Una de las figuras más fascinantes del mundo isabelino, no carente de un lado oscuro: fue el encargado, junto con el capitán Macworth, de

torturar y matar a los soldados españoles que se rindieron en Smerwick.

Ronco: nombre del perro de presa de Tom Conway en el bosque de Eweston.

***Sanders, Nicholas:** religioso inglés y acérrimo enemigo de la reina Elizabeth I. Estuvo detrás de los desembarcos en Irlanda en 1579 y 1580. Murió, según se cree, de hambre y enfermedad en el bosque irlandés de Clonlish en 1581.

***Santos, Domingo:** marinero de Ribadesella que acompaña a Alonso Cobos en su viaje a Irlanda.

***Spenser, Edmund:** poeta inglés y secretario personal de Arthur Grey, barón Grey de Wilton. Escribió la monumental *Reina de las Hadas*, una de las obras más emblemáticas de la literatura inglesa. Su pluma, sin embargo, dio igualmente vida a obras menores como *The View of the Present State of Ireland*, en la que llegó a defender la limpieza étnica y el hambre como soluciones al «problema irlandés».

***Stanley, William:** soldado inglés que empezó luchando para España antes de partir a Irlanda para allí librar guerra contra los rebeldes. Con posterioridad acabaría de nuevo peleando para España, siendo uno de los máximos responsables de la creación del regimiento de irlandeses en Flandes. Es su nombre el que se «pierde».

***Stukeley, Thomas:** aventurero inglés que murió en la batalla de Alcazarquivir junto al rey portugués Don Sebastián, sobrino de Felipe II. Muchos de sus hombres acabarían recalando en Irlanda.

***Throckmorton, Francis:** figura principal en lo que se ha dado en llamar «trama Throckmorton», una de las tramas para asesinar a Elizabeth I, en este caso con el apoyo de la Liga Católica francesa.

***Valois, François:** duque de Alençon y luego de Anjou. Hijo de Henri II y Catalina de Médici. Su cara quedó marcada por la viruela, que contrajo a la edad de ocho años. De ahí el apelativo de "el Sapo" con el que la reina inglesa Elizabeth le «bautizó» durante el cortejo que ambos sostuvieron a finales de la década de 1570.

***Walsingham, sirFrancis:** consejero real inglés y creador del servicio de inteligencia. De gran intelecto y acérrimo puritano, desempeñó un papel central en la captura de sacerdotes católicos infiltrados en Inglaterra y de espías enemigos. A él se debió en gran parte el trágico destino de la reina escocesa Mary Stuart.

***Wilkes, Thomas:** escribano real y tío del alférez Wilkes.

Wilkes, Stephen: alférez inglés en Irlanda, bajo las órdenes de William Stanley.

***Williams, Walter:** agente al servicio de Walsingham. Es responsable de la muerte de Fergus MacSheehy.

FIN

NOTAS

[1] *Nota del traductor:* El título del documento es una traducción libre del original en inglés, «The Memoirs of Captain Sir William Stanley». Mi agradecimiento a doña Isabel Aguirre Landa, a cargo del departamento de referencias del Archivo General de Simancas, por su generosa ayuda ante las dudas surgidas en la labor de traducción, principalmente la que tiene que ver con la autoría: en su opinión, sir William Stanley habría sido su innegable autor, pero quizá la suya no fuera la mano que finalmente acabara por dar forma al manuscrito. Dicha opinión, que como traductor comparto, no puede, sin embargo, ser asumida sin un cierto grado de duda ante la ausencia, hoy por hoy, de otra copia que pudiera permitir un esclarecedor cotejo.

[2] *Nota del traductor:* El uso del presente por parte del autor al referirse a Alba parece indicar que desconoce en el momento en que escribe la muerte del duque, acaecida en Lisboa en 1582, tras la conquista de Portugal para Felipe II. Ese desconocimiento, inconcebible en alguien como sir William Stanley en 1587, año al que pertenece el presente documento, podría ser en sí mismo prueba de lo que denominamos «teoría de la doble autoría», esbozada en la nota introductoria.

[3] *Nota del Traductor:* Newgrange, una tumba con pasaje cercana a Dublín y que antecede a las pirámides de Egipto en unos quinientos años.

[4] *Nota del traductor:* Sir William Stanley se refiere sin duda en este pasaje al papel de favorito real que sir Walter Raleigh desempeñaba ya en aquel momento, justo antes, según muestra la cronología que el documento nos permite analizar, de que contrajera matrimonio, sin el permiso de la reina, con Elizabeth Throckmorton, dama de compañía; un hecho este que marcaría el comienzo de su declive al verse obligado a pagar su afrenta con un tiempo en la cárcel en compañía de su nueva esposa.

[5] *Nota del traductor:* Alcazarquivir fue una batalla librada en el Norte de África, en 1578, en la que perecieron tres reyes, siendo uno de ellos don Sebastián de Portugal, sobrino de Felipe II.

[6] *Nota del traductor:* El día de ejecuciones solía ser el lunes y los presos eran trasladados desde la prisión de Newgate hasta la horca de Tyburn. El lugar exacto donde la muerte de los reos acaecía parece estar localizado en la esquina sureste de lo que hoy en día es Connaught Square.

[7] *Nota del traductor:* «Lo acostumbrado» parece ser que solía ser una jarra de cerveza. Era el último alto en el camino antes de que la carreta enfilara Broad St Giles y luego Oxford Street.

[8] *Nota del traductor:* Nombre del que posiblemente pueda ser considerado el verdugo más famoso en la larga y siniestra historia de Tyburn.

[9] Nombre del primer teatro permanente erigido en Londres en 1576. Su desmantelamiento en 1599 serviría para que «el teatro de William Shakespeare», The Globe, fuese levantado en la orilla sur.

[10] *Nota del traductor:* En inglés, «the weepeople», los fairies o duendes. Mercutio, en Romeo y Julieta, hace una bellísima descripción de la figura mitológica de la reina Mab.

[11] *Nota del traductor:* Antony Babington fue detenido a

comienzos de septiembre de 1586 y ejecutado el día 20.